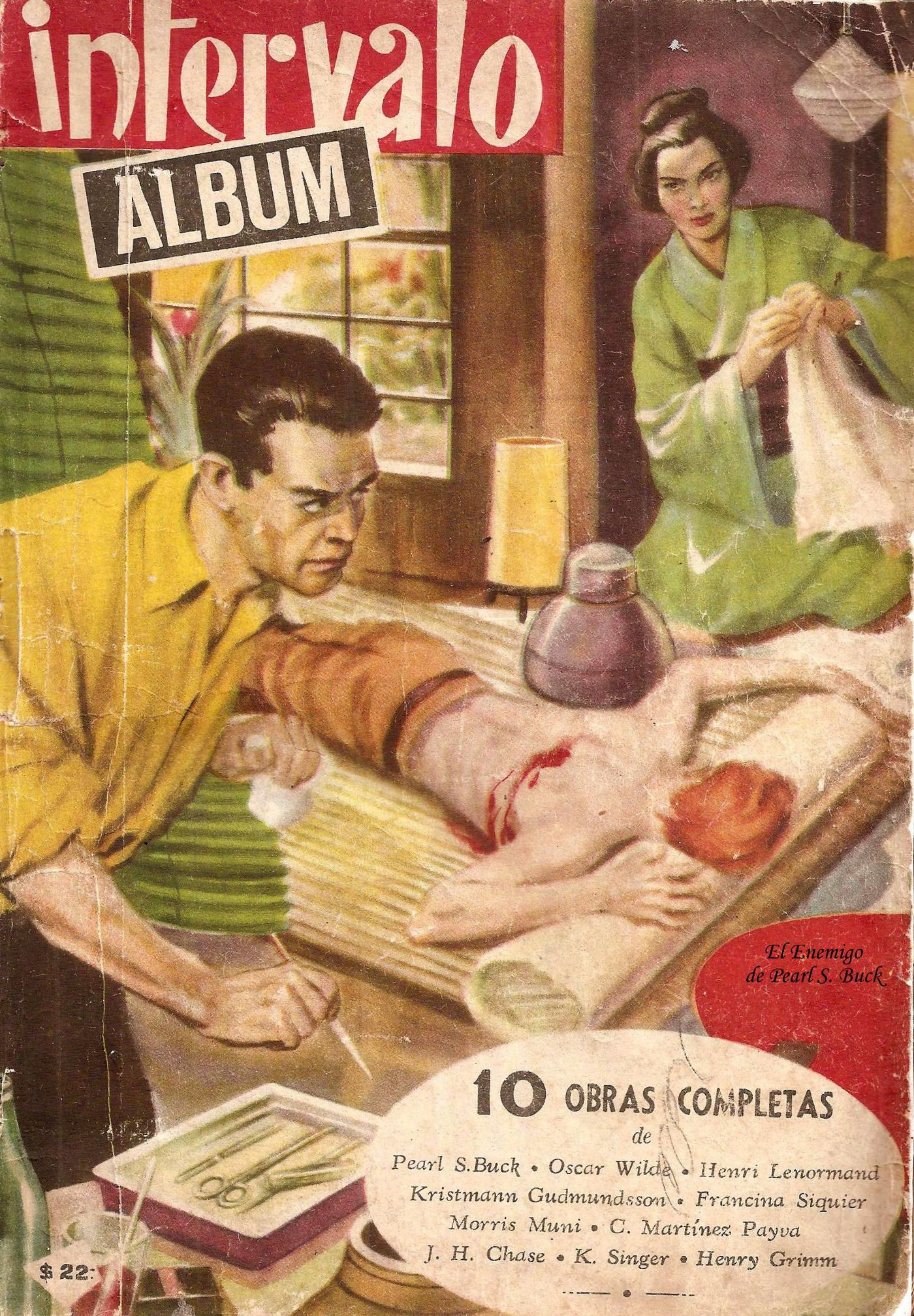


# intervalo

## ALBUM



*El Enemigo  
de Pearl S. Buck*

### 10 OBRAS COMPLETAS

de

Pearl S. Buck • Oscar Wilde • Henri Lenormand  
Kristmann Gudmundsson • Francina Siquier  
Morris Muni • C. Martínez Payva  
J. H. Chase • K. Singer • Henry Grimm

\$ 22:



# intervalo

## ALBUM

Año XIII

Nº 40

### INDICE

	pág.
El enemigo, <i>por Pearl S. Buck</i> . . . . .	3
El abanico de Lady Windermere, <i>por Oscar Wilde</i> . . . . .	14
La hija de Mata-Hari, <i>por K. Singer</i> . . .	25
Hay sangre en los diamantes, <i>por Francina Siquier</i> . . . . .	36
Asia, <i>por Henri Lenormand</i> . . . . .	51
Restos de dicha, <i>por Henry Grimm</i> . . . .	69
Tras la muerte del Zar, <i>por Morris Muni</i>	81
El gaucho negro, <i>por C. Martínez Payva</i> .	95
Al morir quedamos solos, <i>por James Hadley Chase</i> . . . . .	106
La mañana de la vida, <i>por Kristmann Gudmundsson</i> . . . . .	118

EDITORIAL COLUMBA



# EL ENEMIGO

POR PEARL S. BUCK

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE MORAGA

La casa del doctor Sadao Hoki estaba situada en un lugar de la costa japonesa donde había jugado mucho de niño, trepándose a los pinos. A los veintidós años . . .

Irás a América para aprender todo lo relativo a medicina y cirugía.

Sadao regresó doctorado a los treinta años. Ahora, en plena guerra, perfeccionaba un descubrimiento que permitiría el lavado de las heridas con asepsia perfecta, por lo cual no lo mandaron al extranjero con las tropas. El anciano general necesitaría pronto una operación.

Y deseaba tener junto a sí al hombre de ciencia admirable. La vida íntima del doctor era muy feliz, con su graciosa esposa Hana. La había encontrado en América. Fue durante una fiesta que tuvo lugar en casa de un profesor americano.

Asistía él por compromiso y buscaba un pretexto para marcharse cuando vio a la pequeña estudiante, de cabellos de seda negro y dulce mirada. En seguida la quiso.

Al conocerte, comprendí que te amaría toda la vida

Terminaron ambos sus estudios y volvieron al Japón para casarse, al antiguo estilo. Tuvieron dos lindos niños y ahora vivían en la casa de la costa. Por las tardes, cuando el médico regresaba de sus tareas, Hana salía a recibirlo.

Aún brillaba el sol cálidamente cuando los esposos se paseaban por la playa. La niebla envolvía el contorno de las cosas. De pronto, dijo Hana:

Mira, un hombre: parece que lo hubiese arrojado el mar..., camina tambaleante.

Las mangas de la señora echaron a volar cuando se inclinó sobre el caído.

¡Un hombre blanco!

Corrieron hacia el desconocido que, agitando los brazos, acababa de caer. Sería un pescador despedido por el oleaje, de su barca frágil. La costa estaba erizada de rocas, peligrosamente; el hombre debía de estar muy herido.



Le cayó la mojada gorra y quedaron al descubierto los cabellos rubios. Sadao se acordó de la herida y con dedos expertos, la tanteó en la espalda. Estaba ennegrecida por la pólvora; no había recibido cura alguna.



La niebla rodeaba a los esposos, mientras Hana lamentó: — ¡Cómo sangra! El trató de contener la hemorragia, mientras se decía: — ¿Qué haremos con este hombre? Taponó la herida con musgo marino. El hombre gimió de dolor, abriendo los ojos.



El doctor iba diciéndose, mientras quitaba la arena de sus manos: — Debíamos arrojarlo otra vez al mar. Es un enemigo blanco; estamos en plena guerra. El albergarlo en casa podría traernos el peligro de ser juzgados traidores.



"Y a él lo matarían sin remedio." Hana observaba la gorra; delectó: "U. S. Navy".

¡Es un prisionero de guerra! Se ha escapado y lo hirieron.



Habría que devolverlo al mar, pero está enfermo.

Hana agregó que era un enemigo y además parecía un muchacho vulgar. Pero había que curarlo primero. — Lo llevaremos a casa — decidió el doctor, serenamente.

Y diremos a los sirvientes que luego hemos de entregarlo.



Lo levantaron entre los dos. Pesaba muy poco; era todo piel y huesos. La playa estaba solitaria debido a la hora. Lo llevaron al que fuera dormitorio del padre de Sadao, acostándolo sobre una estera. Hana sacó una manta de seda bordada e...



...iba a desplegarla sobre el herido, cuando pensó que estaba demasiado sucio.

Fue por un cubo de agua caliente, paños secos y jabón.



Lo lavaré con cuidado. Dile a la niñera Yumi que el hombre está aquí.

Y ella hablará a los demás. De todos modos, tienen que saberlo.

El médico procedió a higienizar al americano, cuando Hana trajo lo necesario.

Hay que operarlo inmediatamente. Trae bastante toallas.



La sangre echó a perder la estera de tu padre.

El parecía no oírle; habló serenamente: — Le darás anestésico, si lo necesita. Y explicó a su mujer, atónita, lo que debía hacer mientras él operaba.

La bala está en la espalda. No mires demasiado.



Hana, al ver moverse al hombre, le puso algodón empapado en éter en la nariz. La cara enflaquecida del herido daba lástima.

En todas partes había gente mala y gente buena. Y ahora miró con espanto las cicatrices rojas que tenía el hombre en el cuello, obra de sus enemigos. Sadao extrajo la bala limpiamente. El paciente gimió: — Me arrancan las entrañas... señor.





Su pulso era débil. Hana continuaba anestesiándolo.



No le des más; el pulso se acaba. Le voy a poner una inyección.

Luego volvió a examinar la muñeca, y el rostro del médico expresó alegría.



Se salvó. Este hombre vivirá, a pesar de todo.

Cuando despertó, la mirada azul del joven era tristísima. Hana le dio alimentos. Los sirvientes se habían negado a hacerlo.



No; no entraré al cuarto del diablo blanco.



Hana advirtió que el hombre reunía sus débiles fuerzas para recibir la peor de las noticias. Y ella lo tranquilizó, diciéndole suavemente: — No tenga miedo.



¿Cómo... vine? Usted... habla inglés...

—Estudié en América—fue la respuesta— y él quiso decir algo, pero no pudo. Hana, arrodillada, le dio de comer, gentilmente, con una cuchara de porcelana.



Pronto estará usted fuerte.

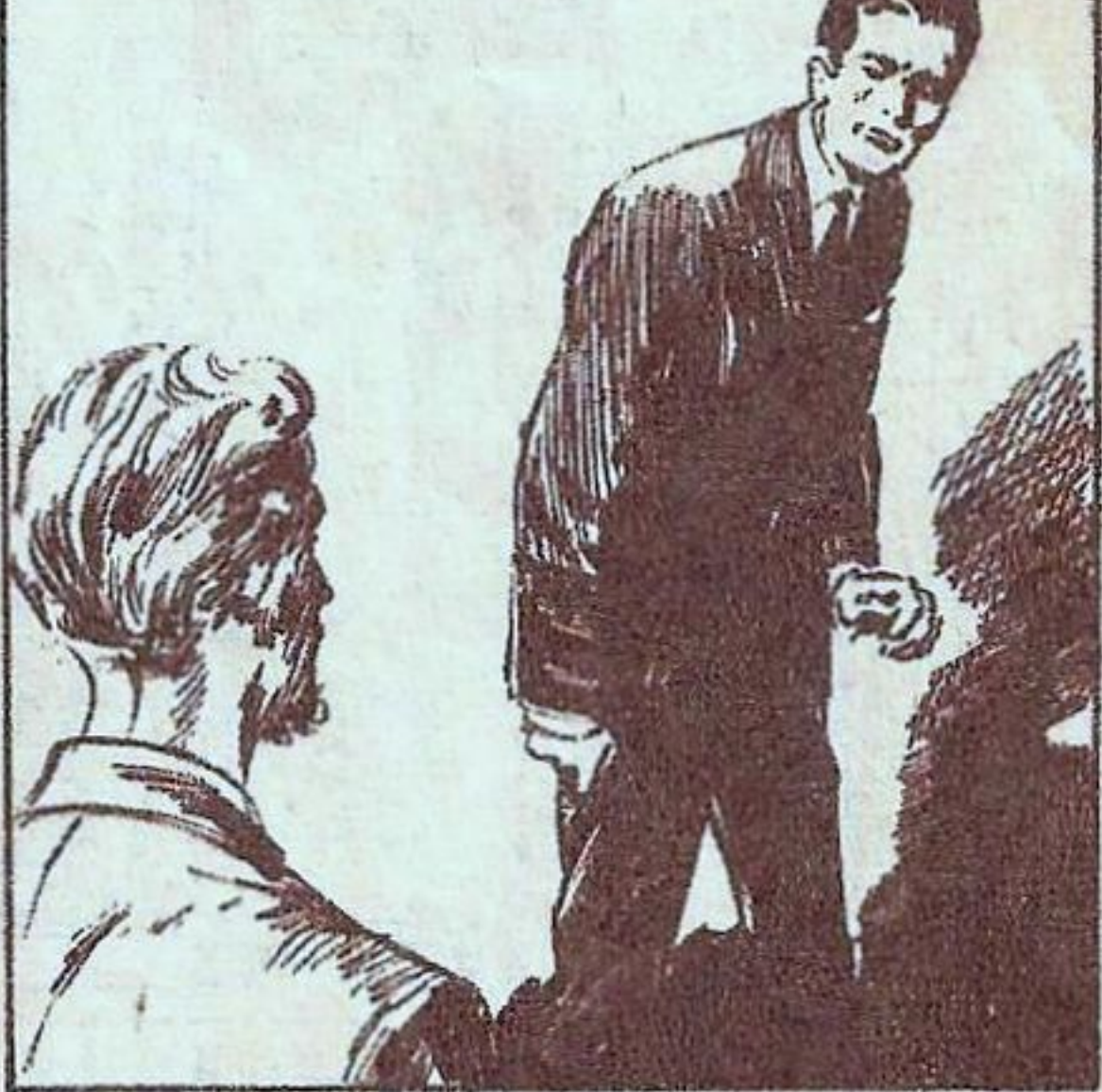
Al tercer día de la operación, Sadao encontró al enfermo sentado en el lecho.

¡Acuéstese! ¿Quiere morir? Se suicidará si repite la hazaña.

¿Qué va usted a hacer conmigo?



—Lo ignoro. Mi deber es entregarlo a la policía. Es un prisionero de guerra. No me diga nada, ni siquiera su nombre.



El joven miró al doctor con profunda amargura:

Está bien; que sea lo que Dios quiera, pero... le debo a usted gratitud.

Procure dormir...



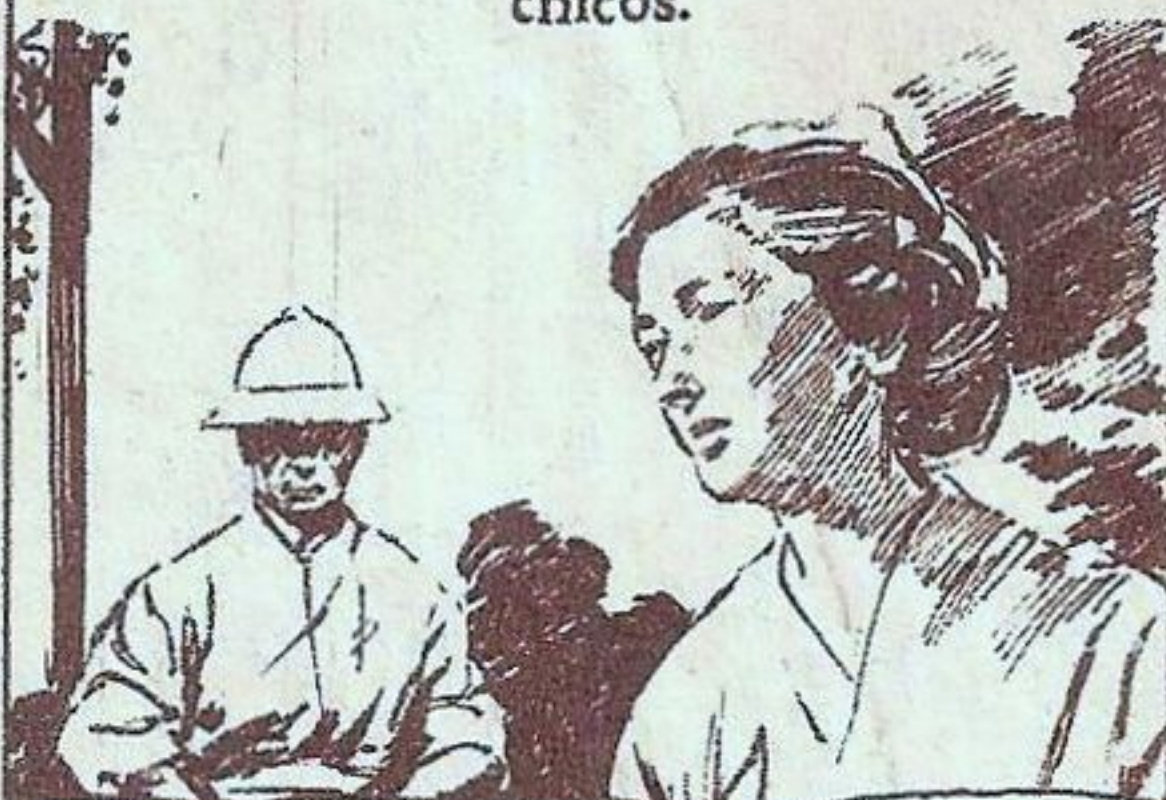
Salió de la habitación para tropezar casi con Hana, que lo esperaba detrás de la mampara de papel. Estaba muy pálida cuando dijo que los criados acababan de comunicarle que no querían quedarse ni un minuto más en la casa.



La opinión de ellos era de que los amos, como habían vivido mucho tiempo en América, se habían olvidado de la Patria.—Creían que queríamos a los americanos.



Era un viejo especialista en musgo y en plantas de invernáculo, de sonrisa dulce, pero implacable en sus ideas. Le oía Yumi, la niñera, que quería a los chicos.



En sus hijos debemos pensar. ¿Qué será de ellos si condenan al padre por traidor?

No quería saber nada del prisionero; nada. Sadao vigilaba la herida con frío interés profesional. Cuando quitó los puntos, opinó: —Dentro de una quincena estará perfectamente bien. Y se lo dijo a Hana, que lo miró temblorosa.



Siete días más tarde, ocurrieron dos cosas. Por la mañana, se despidieron todos los sirvientes, llevando sus cosas en grandes pañuelos de algodón.

La casa está sin limpiar, no hay comida, no hay nada



No. Son nuestros enemigos. Pero aprendí de ellos a no dejar morir a un hombre si puedo evitarlo.



No ocultaban sus pensamientos ni bajaban la voz con que los expresaban, y la señora los oyó mientras cortaba flores. Hana se dijo: "Tienen razón". Y no conseguía analizar el sentimiento que experimentaba por aquel muchacho, de ojos de niño.



—Déjeme que le diga mi nombre, buena señora.

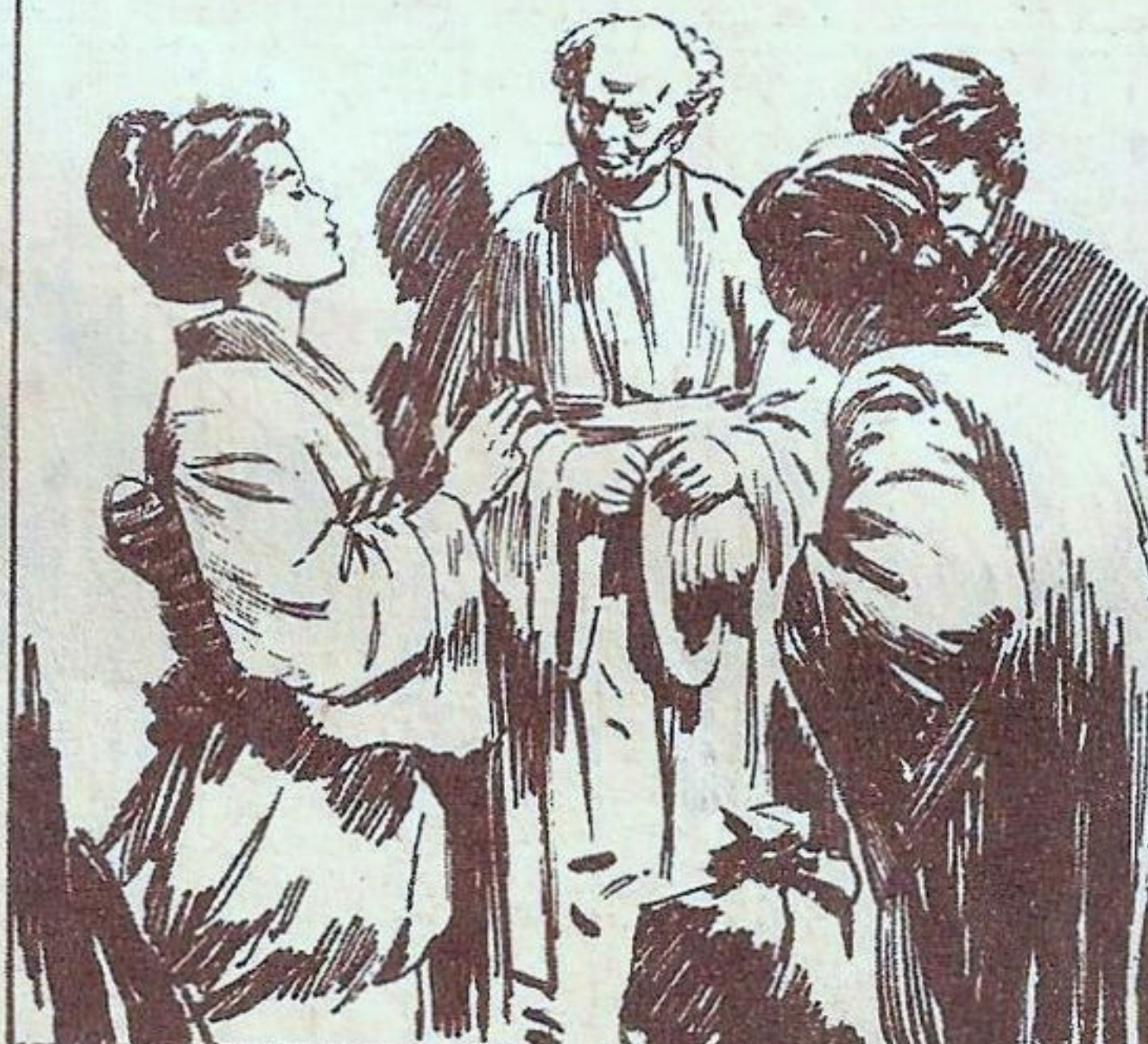
Me llamo Tom. Allá lejos tengo madre y hermanitos.



Esa noche, el médico escribió a máquina una carta para el jefe de policía: "El día 21 de febrero curé la herida de un prisionero fugado, a quien hallé en la playa, frente a mi casa." No escribió más y guardó el inacabado mensaje.



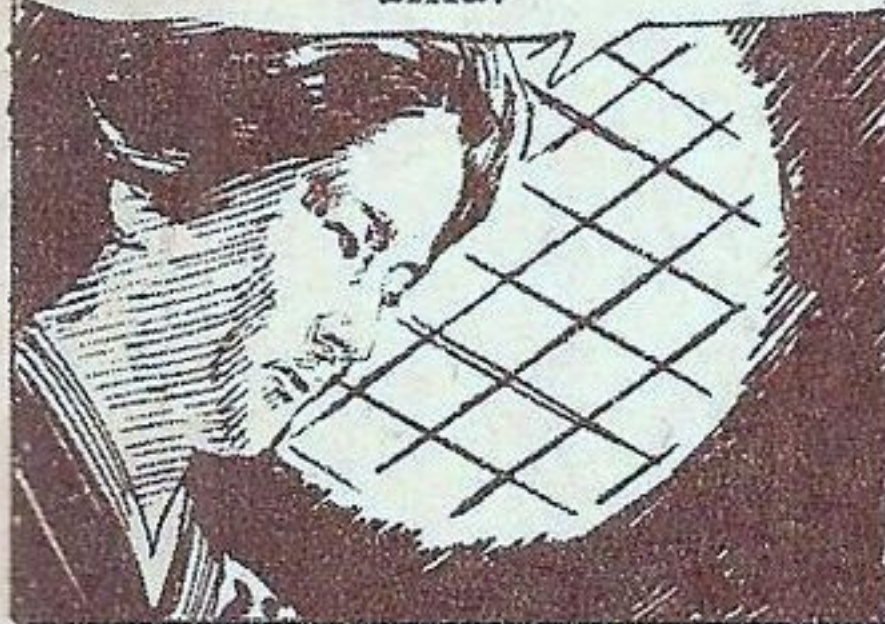
Se sintió casi aterrada, pero la dignidad le impuso un rostro impasible cuando los criados se presentaron ante ella para cobrar. Les pagó y les dio las gracias por los buenos y fieles que habían sido.





Ella se mantuvo con los ojos severos. El jardinero y el cocinero habían servido a los padres de Sadao y querían al médico; Yumi gemía por los niños.

Si el chiquito llora por mí esta noche, mándame buscar, ama.



Ella dio las gracias con mucha suavidad, prometiéndose que nunca llamaría a Yumi por mucho que llorase el nene, habituado a que lo hiciera dormir. Dispuso el almuerzo, limpió la...



... casa, bañó y vistió a los chicos. Y dio de comer al herido.



Luego, fue a reunirse con su marido: —¿Por qué no vemos claro lo que hay que hacer?

Los sirvientes lo ven perfectamente. No parecemos japoneses.



Daría la vida por mi país. Y tú también. No sabes lo que dices.

Sadao fue a reconocer al prisionero y le dijo: —Hoy puede probar levantarse y tenerse en pie.

Cinco minutos; mañana, diez. Es preciso que recobre pronto sus fuerzas.



Una ráfaga de terror palideció aún más la cara demacrada del prisionero.

Doctor, le debo la vida. . . No sé cómo pagarle.

No me dé las gracias tan pronto. Comience su ejercitación.



El espanto agrandó los ojos azules del joven y se pusieron rojas las cicatrices de su cuello. Sadao pensó en que aquellas señales habían sido hechas por los suyos.

Estoy resignado a lo que Dios disponga.



Por la tarde ocurrió otra cosa rara. Hana cosía unas prendas de los chicos, cuando vio detenerse a la puerta a un mensajero que vestía uniforme oficial. Se sintió sin fuerzas en las manos, y sin poder respirar. ¡Los criados habían hablado!

Corrió a buscar al marido, sofocada, sin poder hablarle. Sadao levantó la vista del libro; estaba en su despacho, cuyo tabique exterior daba el jardín, y tenía la ventana abierta para que el sol entrase por ella. —¿Qué desea?— preguntó al oficial.



—Tiene que venir al Palacio— dijo el hombre.

El anciano general se ha puesto enfermo, otra vez, y lo llama.



¡Oh! ¿Eso es todo?..



—¿Todo? ¿Le parece poco? —preguntó asombrado el mensajero.  
—No, no, lo siento mucho. Cuando Sadao vino a decirle adiós, estaba en la cocina, sin hacer nada.



Los niños dormían y ella reposaba del susto recibido. —Creí que te venían a prender —dijo.



Miró él los ojos queridos llenos de ansiedad y respondió: —Me tengo que librar de ese hombre, por ti. Me desembazaré de él, sea como fuere.



¡Oh, Sadao, querido mío éramos tan dichosos!

El anciano general yacía sobre su lecho europeo, cubierto de sedas japonesas. Después de reconocerlo cuidadosamente, el doctor quedó solo con él y le contó su aventura detalladamente. —No siento interés en ese hombre. Le operé como caso difícil, por obligación profesional y salió bien. El general sonrió.



Eso es señal de que usted me operará a mí con maravillosos resultados. ¿Podré resistir, sin intervención, otro ataque, doctor?



No más de uno, Excelencia.

Entonces no puedo permitir que le pase a usted nada malo —dijo el anciano con ansiedad. Su rostro, color de tierra, se volvió inexpresivo: reflexionaba. —Suponga que usted fuese condenado a muerte y al otro día yo debiera ser operado.



—Hay otros cirujanos competentes, Excelencia —insinuó el médico, lealmente.



—A mí ninguno me inspira confianza. El general se sintió agobiado por la carga de su vida de gobernante.

Es una desgracia que ese hombre se desmayase casi frente a su casa. —Eso pienso, dijo el doctor. —Bueno, pues, conviene que se le mate sin ruido. No usted, alguien que no lo conozca. Tengo mis asesinos particulares. Una de estas noches mando dos de ellos a su casa. Usted no se entera de nada.



Hace mucho calor y es natural...

... "que deje abierto el tabique exterior del cuarto que ocupa el blanco, hacia el jardín".



El duerme confiado. ¿No es natural lo que ha de suceder?

Perfectamente natural.

—Hay asesinos hábiles que no hacen ruido, que conocen el truco de hacer que la sangre se derrame por dentro. Si quiere, puedo mandar que se lleven el cadáver.



Sería lo mejor, Excelencia. Recuerde a mi esposa, a los niños...

Se despidió del general, y al regresar a su casa, maduró el plan en el camino. Le quitaban toda responsabilidad. No diría nada a su esposa, porque podría asustarse con la idea de los asesinos en su hogar. Pero ambos sabían que eran un elemento imprescindible en el régimen absoluto del país.



Desechó todo sentimentalismo.



Había servido a su profesión y era un patriota. El deber señalaba caminos inflexibles. Cuando fue a hacer su visita habitual, vio que el joven no estaba en cama.



Voy a salir un momento al jardín. Me parece que vuelvo a vivir...

—Yo no le di permiso para tanto ejercicio— reprochó Sadao, adusto.

Si no fuese porque siento algo de tirantez en los músculos de este lado...



Voy a examinarlo. El masaje y el ejercicio corregirán eso.

El médico examinó la herida ya cicatrizada; luego encontró los ojos azules casi infantiles del americano, observándole. Su barba rubia crecida, el rostro flaco, impresionaban. Tom dijo: —Si no hubiese encontrado un japonés como usted, ya no viviría.



“Y si todos se le asemejasen no hubiera corrido tanta sangre en la guerra.”

Quizá. No hable tanto. Acuéstese. Buenas noches.



¡Qué Dios lo acompañe y bendiga este hogar.

Sadao no pudo dormir bien aquella noche. Leves pisadas en el jardín, el chasquido de una rama rota, susurros, lo atormentaban. A la mañana siguiente, decidió:



(Si el aborrecido huésped no está, le contaré a Hana el plan del general.)

Hana, que madrugaba mucho desde que no había servidumbre, le dijo: —El hombre durmió bien; le he llevado el desayuno. Está casi sano. ¿Qué haremos con él?



Lo decidiremos dentro de uno o dos días más. Que duerma, le hará bien.



La próxima noche sería la definitiva, pensó el doctor. Sopló el viento hasta la madrugada, y oyó el ruido que hacían las ramas de los árboles y el vaivén de los frágiles tabiques. El del extranjero estaba corrido.

Hana, desvelada, preguntó si no convenía cerrarlo.

No te molestes. Puede hacerlo él mismo y el aire del jardín le hará bien.

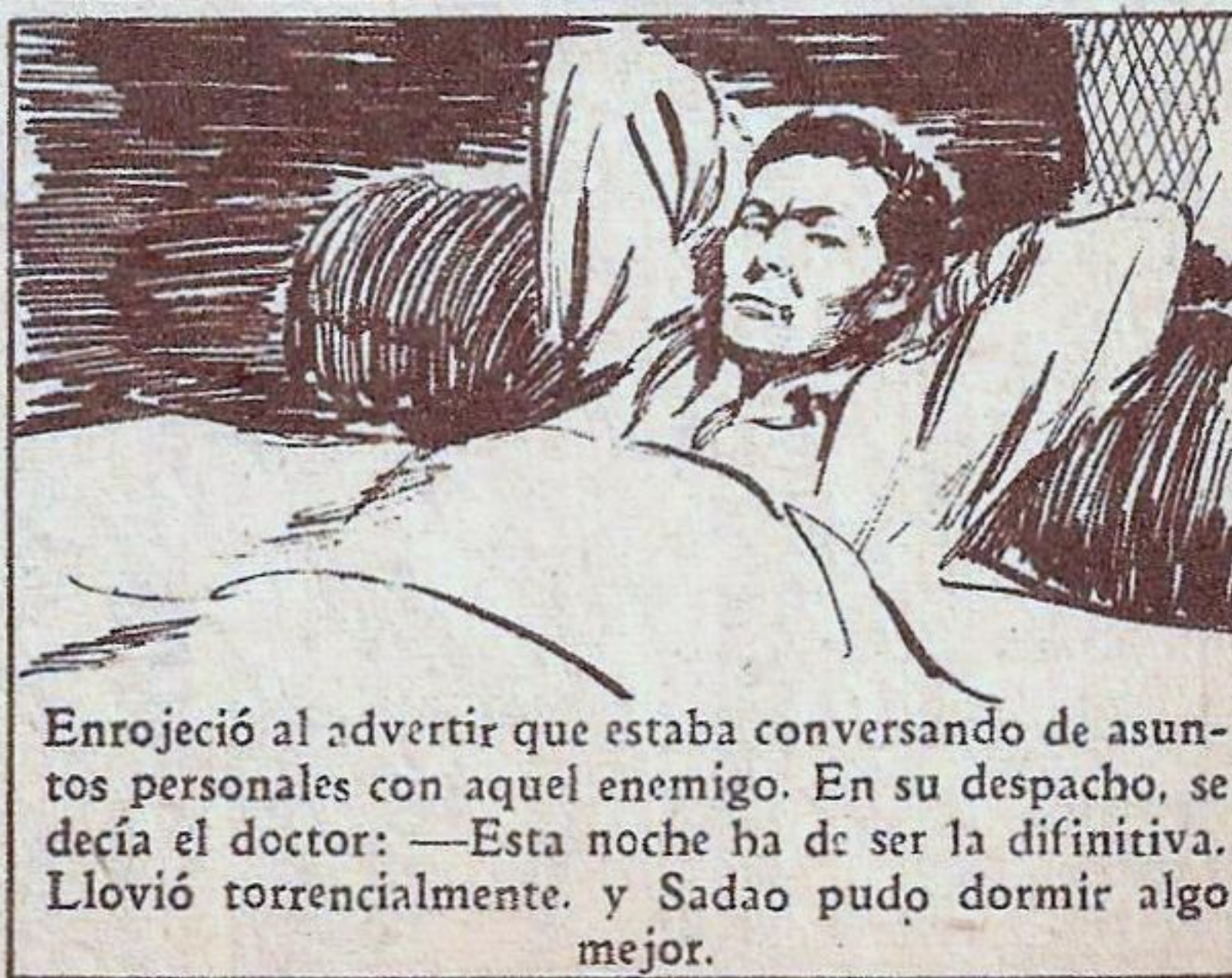


Al otro día, el americano continuaba allí. Comió, alegremente su desayuno.



Vi a sus niños jugando en el jardín. Son preciosos, señora.

Sí; gracias, y además se crían buenos y muy sanos.



Enrojeció al advertir que estaba conversando de asuntos personales con aquel enemigo. En su despacho, se decía el doctor: —Esta noche ha de ser la definitiva. Llovió torrencialmente, y Sadao pudo dormir algo mejor.



No había estado atento a los ruidos exteriores porque el del agua los cubría a todos. De pronto, despertó al oír un estampido y se puso de pie de un salto. ¿Qué ha sido? preguntó Hana, soñolienta. El nene rompió a llorar.



Voy a ver qué pasa —dijo la esposa, poniéndose su kimono. El la retuvo.

No; no vayas.

Sadao, ¿qué tienes? Pareces espantado, enfermo.



Hana parecía temer algo y fue al cuarto de Tom. antes que su marido.

Buenos días, señor. Anoche oí un disparo de revólver.

Debe de haber sido a causa de alguna inundación. Está usted muy bien de aspecto.



Contagiada del mismo terror aferró la mano del marido y ambos quedaron de pie, aguardando, temblorosos, sin poder respirar casi. Todo era silencio. Volvieron al lecho, sin dormir, hasta que fue día.

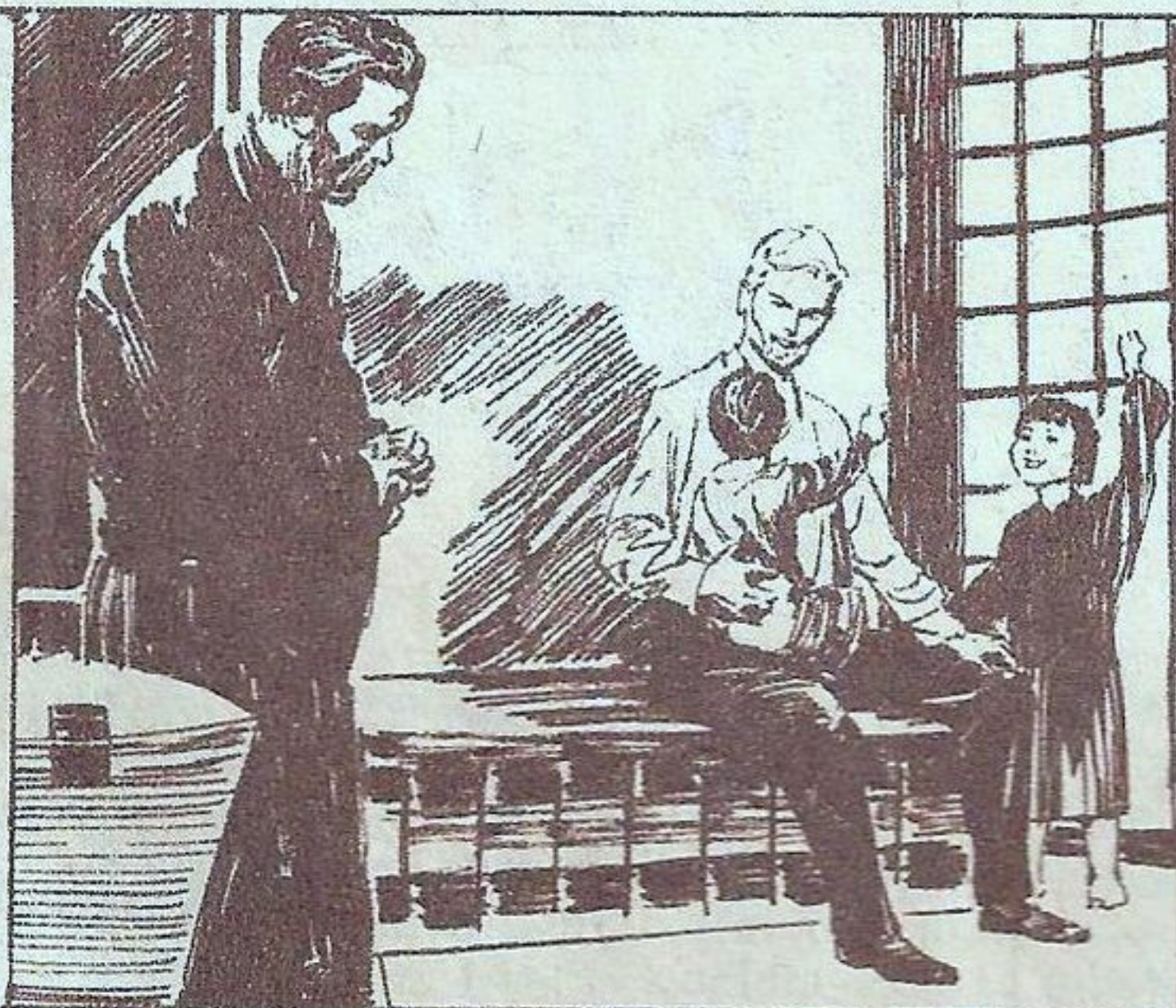


El americano tomó la mano del médico, oprimiéndola con devoción.

Nunca volveré a encontrar un corazón como el suyo.



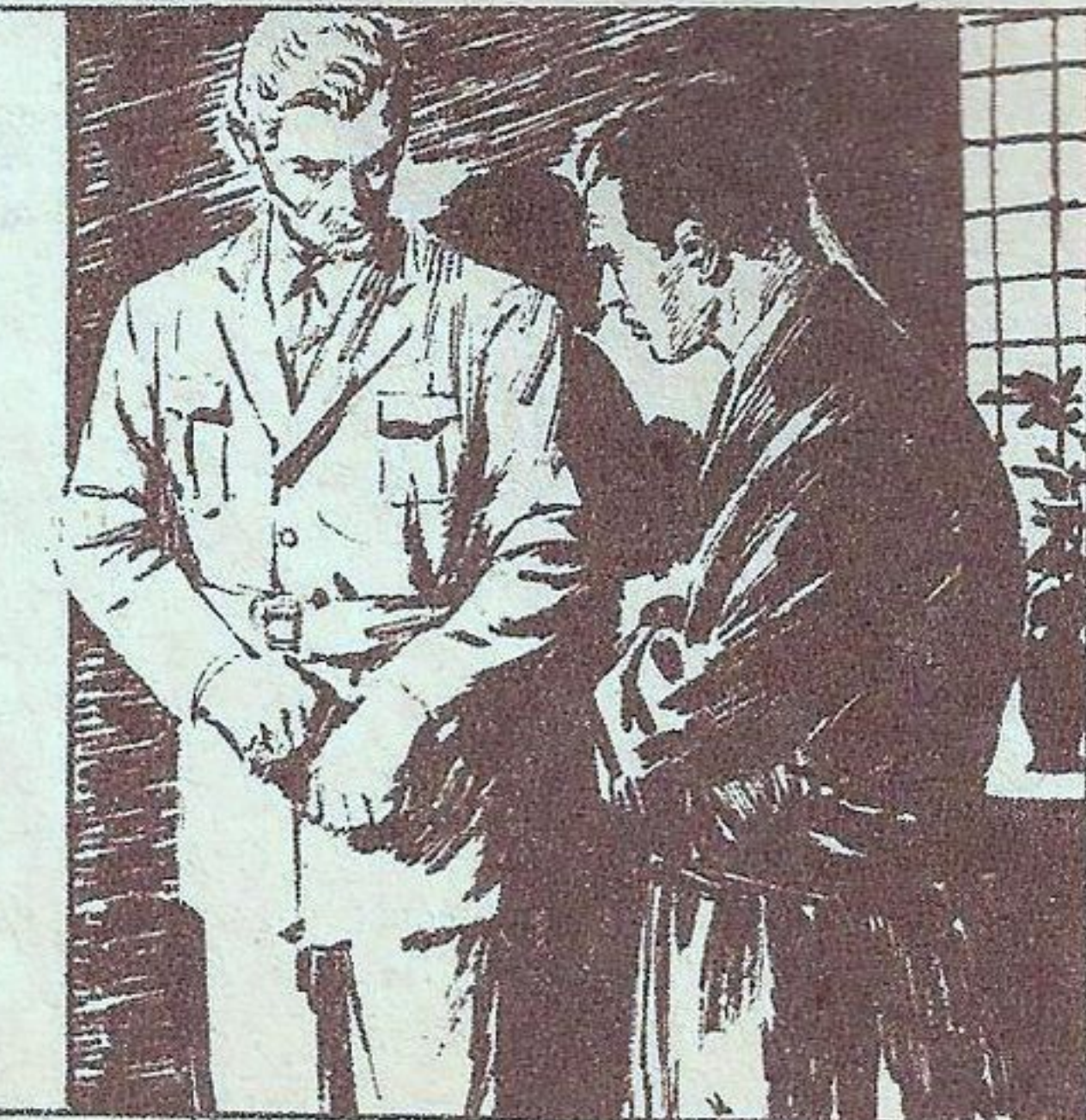
Fue entonces cuando los niños entraron corriendo, con sus juguetes, en la pieza del extranjero y comenzaron a jugar sobre sus rodillas. En ese momento Sadao decidió que no podría seguir torturándose más. Esperó a que Hana se llevase los niños a desayunar.



Ya está usted en perfectas condiciones. Esta noche dejaré mi barca en la playa con alimentos, ropas, agua y alcohol, para que usted pruebe llegar remando a esa isla pequeña, allí lejos de la costa. No está fortificada.



"Nadie la habita, porque se sumerge cuando los temporales son fuertes. Pero ahora no es época de tormentas. Puede usted buscar refugio allí entre las cuevas de las rocas y bajo los árboles. Puede vivir hasta que pase un pesquero.



"Pasan muy cerca de la costa, porque las aguas son profundas. Le pondré un arma y municiones. Los pescadores son gente simple y le acercarán a otro buque de los suyos." Tom miraba al doctor con lágrimas.





Y éste procuró desviar sus ojos: Comprenda: no es un secreto que usted está aquí. Y... ya sabe como proceden. El joven se tocó las cicatrices.

Muy bien. Gracias, gracias.



Ya en la puerta, oyó decir a Tom:

Me doy cuenta de que me vuelve a salvar la vida.

Silencio...



El doctor buscó una recia barca y almacenó ahí alimentos envasados, varias botellas de agua, varias mantas compradas en secreto, un arma, botas de agua, coñac, que sacó de reservas que jamás tocaba y procedían de regalos.



Ya oscuro, amarró la barca a un poste en el agua, porque la marea era alta; no había luna y trabajó sin luz. Cuando regresó al hogar fingió que volvía de sus habituales ocupaciones. Hana no advirtió nada raro.



Parecía contenta al servir la taza de té. —Yumi ha estado hoy aquí. Quiere tanto al niño. Y él lloró al verla.

Los criados volverán cuando se marche el extranjero.



Antes de ir a acostarse entró en la pieza de Tom, le tomó el pulso, revisó la herida. El muchacho estaba inquieto, pálido. Sadao había vacilado mucho antes de dar un farol al hombre blanco; decidió al fin regalarle el suyo.



Si se le acaba la comida antes de que divise un barco que lo admita, hágame señales con el farol en el mismo instante que el Sol se esconde. Nunca en la noche; serían descubiertas. Si se encuentra bien, pero está todavía en la isla, hágame...



... "una sola señal. Podrá pescar con suma facilidad, pero coma la pesca cruda, mariscos; el fuego podría delatarlo. Tome estas ropas japonesas."

Voy a envolverle la cabeza con este trapo negro. Llegó la hora.



Una sola. Corrió el tabique y esa noche durmió bien. A la mañana...

Sadao, el extranjero no está en su habitación.

Nos vemos libres de él.



Esa misma noche llegaron emisarios del Gobernador General.

Su Excelencia está grave y lo llama.



La operación urgente distrajo al médico. El anciano estuvo entre la vida y la muerte doce horas, y Sadao tuvo dudas sobre el resultado de su intervención. La vesícula estaba dañada, pero se logró salir adelante con éxito.

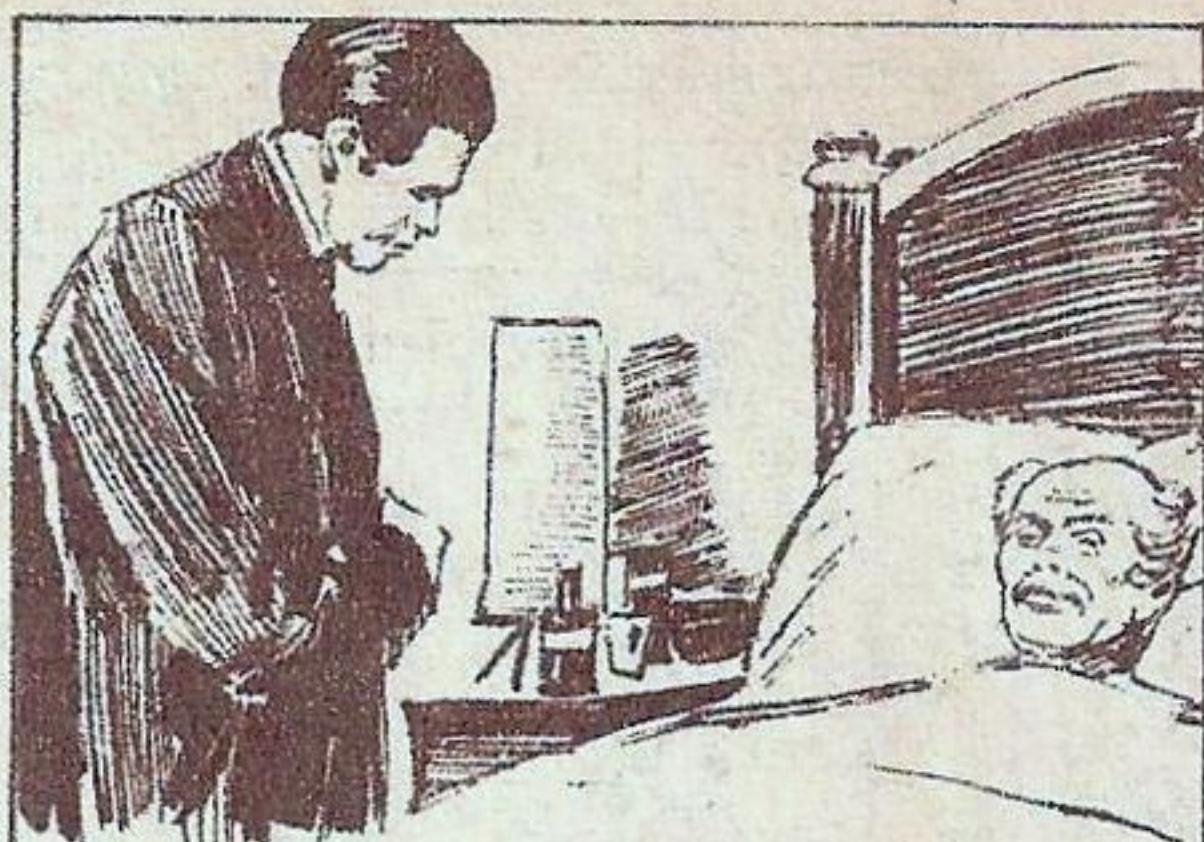
El americano estrechó la mano del doctor, y con paso firme abandonó la habitación y descendió los escalones que conducían al jardín, envuelto ya en las sombras de la noche. El doctor esperó hasta recibir la señal desde la costa.





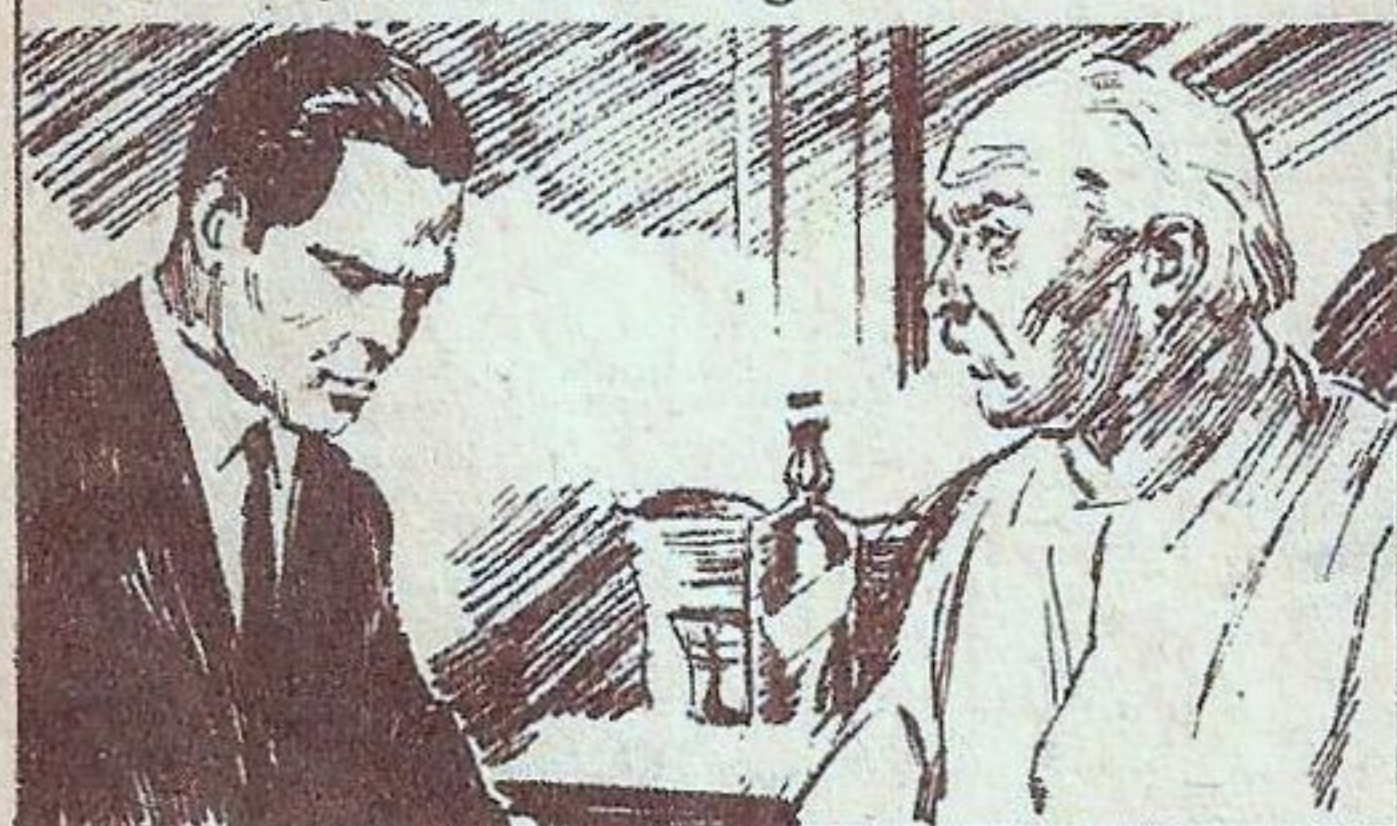


Cuando el general respiró bien y pidió agua y comida, Sadao se sintió feliz. No le preguntó nada sobre los asesinos. Cuidó al enfermo estrictamente. Al volver a su casa por unos instantes, Hana, radiante, le dijo que los criados habían vuelto y trabajaban con alegría y empeño.



Yumi limpió la habitación donde durmiera el enemigo, quemando azufre. El jardinero se enojó porque a causa del diablo blanco se había atrasado la poda días más hasta verlo fuera de peligro.

Cierta noche, el anciano preguntó: —¿Y el prisionero? Sadao respondió, sereno. —Huyó. El general, mirándolo a los ojos, preguntó con energía: —¿No le prometí que haría matar al prisionero en lugar de hacerlo usted?



—Pues bien, lo prometí —dijo el gobernador, pero sufría tanto que sólo pensaba en mí y olvidé la promesa que le hice. Fue una falta grave de mi parte. Usted comprenderá que no obré así por falta de patriotismo o abandono de mis deberes.

Miró con ansiedad al médico. —Si el asunto trasciende, espero que usted no...



—Conozco el celo que usted despliega contra el enemigo. —Es usted un hombre excelente y un cirujano maravilloso —fue la respuesta cordial...

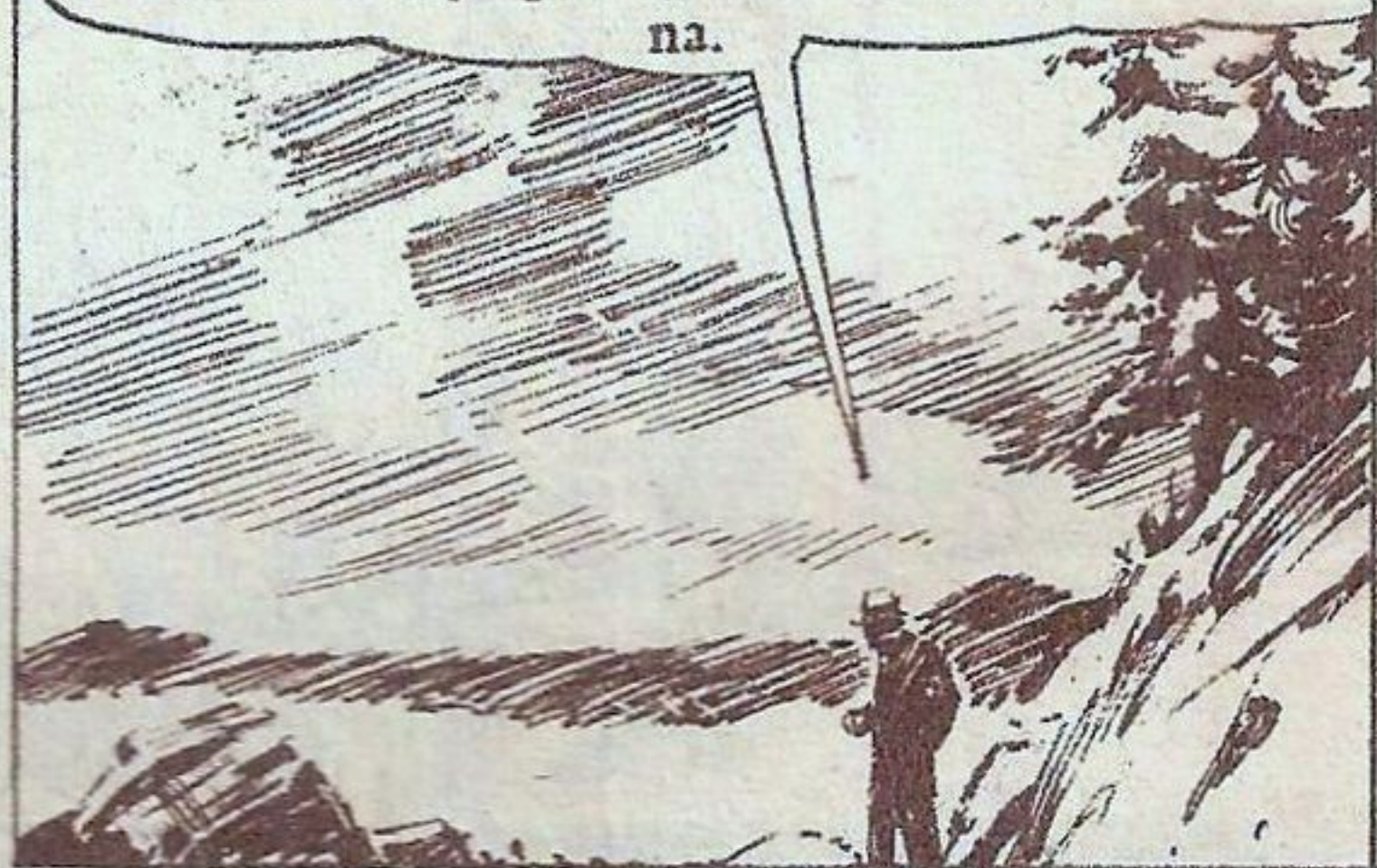
Recibirá su recompensa.



Cuando abandonó al anciano, comprendió Sadao que, causa de la conversación confidencial, tenía al militar completamente seguro. A su vez, él creía que Sadao había hecho desaparecer al enemigo. Todo sería olvidado...

Esa noche salió al jardín buscando, a la luz de las estrellas, que alumbraba el mar negro, la isla solitaria y sombría. Ninguna señal.

Se salvó; le dije que esperase una pesquera coreana.



Hana velaba junto a las cunas de los nenes dormidos con sus juguetes en brazos. Mirándolos, el doctor se preguntó por qué habría salvado a aquel hombre que era su enemigo, contrariando leyes implacables, comunes y a su raza.



Pasaron por su mente muchas caras blancas; y sobre todas, la del profesor amable, triste y sabio en cuya casa había conocido a Hana. Solamente él le había tratado con humanidad, porque debió soportar muchas veces, en América, el desprecio a su piel amarilla.

Y éste, era también un enemigo de guerra. Pero había visto una luz de ternura en los ojos azules cuando miraban a los niños. Y lágrimas...

Es extraño, pero me siento feliz de que se haya salvado.



FIN



# EL ABANICO

## DE LADY WINDERMERE

Por Oscar Wilde

(ADAPTACIÓN)

En Londres, a fines del siglo pasado, lord Windermere se dispone a festejar con un baile el cumpleaños de su esposa, que entra en la mayoría de edad. En la tarde del día destinado a la fiesta, lady Windermere recibe la inesperada visita de lord Darlington, soltero recalcitrante, que la ha cumplimentado varias veces en forma inconveniente.

—¿Cómo está usted, lord Darlington? Lamento no darle la mano. Me he mojado al arreglar estas flores. ¿Verdad que son preciosas?



—¡Admirables! ¡Y qué maravilloso abanico!—Es el regalo de mi marido. ¿No sabe usted que hoy es mi cumpleaños? El abanico lleva grabado mi nombre. —De haberlo sabido, habría alfombrado de flores la calle, para que usted las pisara.

—Sentiría tener que regañar con usted, lord Darlington. Pero los cumplidos no me halagan. Le tengo una sincera simpatía, y se la perdería en absoluto si me convenciese de que es usted como la mayoría de los hombres. —¡No,



por Dios! Me gustaría que me tomara usted en serio, lady Windermere. ¿Quiere usted que seamos amigos? Puede que algún día tenga necesidad de un verdadero amigo.

—No eche a perder nuestra amistad diciendo tonterías. Debe usted recordar algo que el mundo empieza a olvidar: la diferencia que hay entre lo que está bien y lo que está mal. La vida no es una especulación. Es un sacramento. Su ideal es el amor. Su purificación, el sacrificio. —Entonces ¿cree usted, pongamos un caso imaginario, que en un matrimonio joven en que el marido se convirtiese en el amigo íntimo de una mujer de vida un tanto dudosa, y hasta le pagara sus



cuentas, cree usted que la mujer de ese hombre no tendría derecho a buscar algún consuelo?

El diálogo se interrumpe con la llegada del mayordomo, que anuncia la visita de la duquesa de Berwick, quien se dirige a lady Windermere extendiendo ambas manos:



—Muy bien, Margarita. ¡Se ve cada señora por esos salones!... Los hombres se ponen furiosos si no se las invita. Realmente, deberíamos hacer una campaña contra ellas. ¡Somos muy buenas! Pero nos están arrinconando demasiado. Nuestros maridos acabarán por olvidar nuestra existencia si de cuando en cuando no los molestamos un poco.

¿Qué piensa usted, Darlington?

—Que el matrimonio es un juego muy curioso. La mujer tiene todos los triunfos, y sin embargo, invariablemente, pierde...



—¡Querida Margarita! ¿Qué tal, lord Darlington? No me ofrezcan té. Lo acabo de tomar en casa de lady Markby. Un té bastante malo, por cierto. Mi hija está loca de contenta, pensando en tu baile de esta noche, Margarita. —¡Oh! No crea usted que va a ser un baile de gala. No es más que una reunión íntima de gente escogida. En mi casa no entrará nadie que haya dado motivo a murmurar.





—¡Lord Darlington! —replicó lady Windermere—. ¿Por qué habla usted de la vida con tanta ligereza? —Porque a mi juicio, la vida es una cosa demasiado importante para hablar de ella en serio.



Con esta impertinencia se despidió Lord Darlington de las dos mujeres, que quedaron en amable charla. El semblante sereno de Margarita se ensombreció de pronto: su amiga estaba apenadísima por ella.

—¿Y por qué, Duquesa? —Por esa horrible mujer. Todo Londres comenta lo lamentable que resulta la preferencia que le dispensa tu esposo, querida.



—¿Y quién es ella? ¡Oh! No puedo creerlo. —Pues es



la pura verdad, mi pobre Margarita. La dama en cuestión se llama mistress Erlynne. Y todavía menos mal si no se vistiera tan bien y fuera un poco peor parecida. Pero es una mujer que no se puede admitir en sociedad, porque me han dicho que tiene un pasado... o una media docena de ellos, todos de gente bien.

—¡Es imposible, Duquesa! ¡Le digo a usted que es imposible!



No hace más que dos años que estamos casados. Nuestro hijo no tiene más que seis meses... ¿Cree usted que todos los hombres son malos? —Absolutamente todos, sin excepción. Tu marido va a verla diariamente y se pasa horas y horas en su casa. Se dice que hasta le paga las cuentas, pues tiene la casa divinamente puesta y coche propio. Augusto, mi lamentable hermano —tú lo conoces—, está también completamente chiflado por ella.

Las últimas palabras de la Duquesa colmaron la desesperación de lady Windermere. Despidió a su amiga sin saber ya lo que hacía y se lanzó sobre el escritorio de su marido en procura del libro de cheques. Al terminar su examen, exhaló un suspiro de alivio. ¡Estaba segura! ¡No había una sola palabra de verdad en esa



historia absurda! Pero... ¡otro libro! ¡Personal!... ¡Y cerrado con llave! Con un cortapapel sacó la cubierta del libro: Mistress Erlynne... 700 libras... Mistress Erlynne... 400 libras. ¡Era verdad! En ese instante entró lord Windermere.



—¿Han traído ya el abanico?... ¡Margarita! ¿Tú has violentado mi libro de cheques? Me parece mal que una mujer espíe a su marido.. —Yo no te he espiado. Una persona compasiva tuvo a bien decirme lo que todo Londres sabe: tu absurda pasión, las enormes cantidades que te cuesta esa mujerzuela...

—No hables así de mistress Erlynne. Tú no sabes lo injusta que eres. Fué en otro tiempo una mujer honrada, respetada. Era de una gran familia, ocupaba una elevada posición. Las desgracias que vienen de los demás o del destino, pueden soportarse. ¡Pero sufrir por culpa propia... ésa es la verdadera maldición de la vida! —Te advierto que no me interesa esa mujer.

Y debieras abstenerte de hablar-me de ella.



—Margarita: tú podrías salvar, si quisieras, a esa mujer. —¿Yo? ¡Habrás visto insolencia!... —Escúchame, Margarita. Te lo suplico. La gente puede hablar de ella lo que quiera y así lo hace. Pero nadie sabe nada concreto en contra de ella. Pero si tú la recibes—tú, que eres una mujer honrada—ella podrá vivir más tranquila y más feliz que ahora.







—¡Me niego! La sola idea es monstruosa. Tú me has regalado hoy este abanico. Si esa mujer entra en mi casa, yo le cruzaré la cara con él. —No harás semejante cosa. ¡Nos perderías, Margarita! Ya la he invitado para el baile de esta noche. Debe venir. Tu propio corazón te dice que soy inocente y que te quiero más que a nada en el mundo.

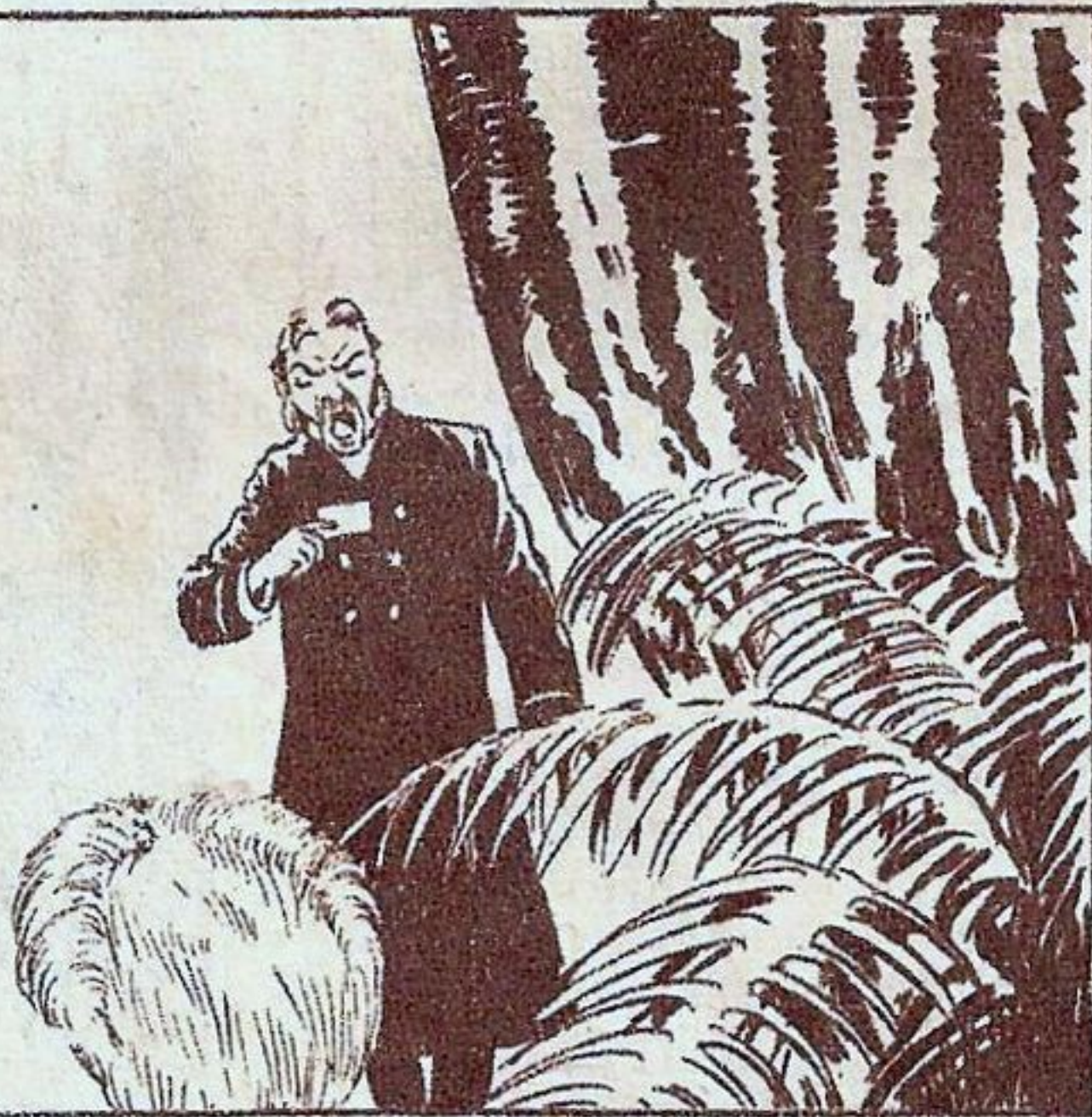


—¡Te atenderás a las consecuencias! ¡Tú lo habrás querido! ¡Hasta luego! —¡Margarita! ¡Margarita! Y lord Windermere piensa: ¿Qué hacer? ¿Cómo decirle quién es realmente esa mujer? ¡No me atrevo!

Es noche de fiesta en casa de lord Windermere. Hay palmeras, flores y muchas luces. Lady Windermere, primorosamente ataviada, recibe a sus invitados cerca de la puerta. Recomienda a Parker, su mayordomo, que pronuncie claramente el nombre de las personas que llegan.



Parker anuncia:—Lady Plymdale, mister Dumbly, lord Augusto Lorton. Los invitados saludan a los dueños de casa. La conversación se generaliza. Y Parker sigue anunciando: Mister y mistress Arturo Bowden, lord Darlington... Lady Windermere se dirige al encuentro del último, seguida por su marido que le dice:



—Margarita, no pensarás ya lo que dijiste antes, ¿verdad? Una mujer debe tener siempre confianza en su marido. —Londres está lleno de mujeres que tienen confianza en sus maridos. Todas tienen la cara muy triste...



El mayordomo anuncia: ¡Mistress Erlynne! Aparece una digna y elegante mujer que saluda con mucha gentileza a la dueña de casa. Lady Windermere aprieta convulsivamente el abanico...





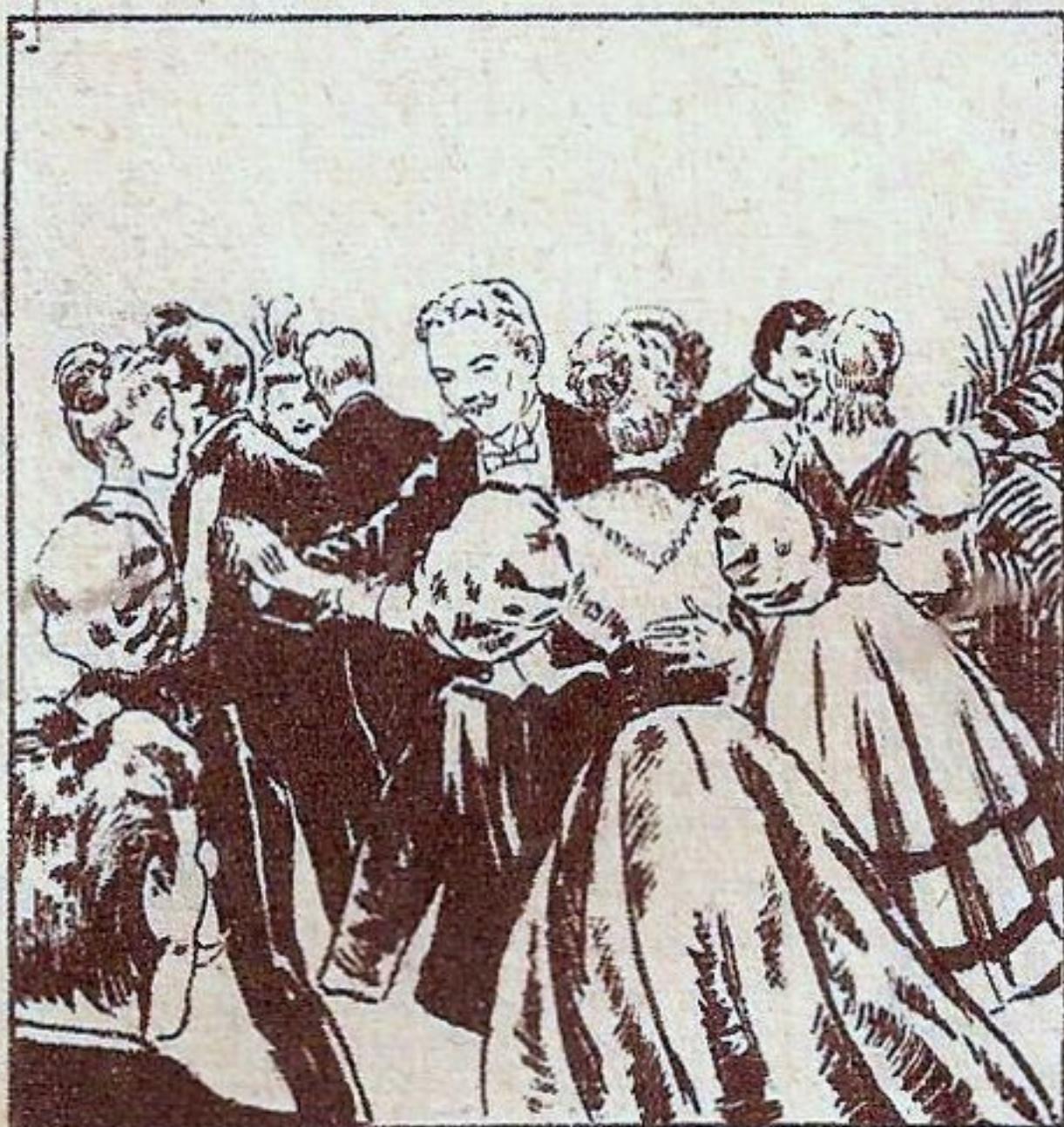


Mistress Erlynne se dirige a lord Windermere y exclama: — ¡Qué preciosa está su mujer! ¡Un verdadero cuadro! No vaya usted a dejarme sola mucho tiempo esta noche. Me dan un miedo terrible las mujeres. Con los hombres yo sé arreglármelas. ¿Qué tal, lord Augusto?



En el otro extremo del salón, lady Windermere parecía una estatua. — ¡Qué pálida se ha puesto usted! — observó lord Darlington. — ¡Todos los cobardes se ponen pálidos! Parker, que me envíen mi capa a la terraza.

Y mistress Erlynne había entrado de lleno en ese peligroso mundo, ante la vacilación de algunas damas y la mirada encantada de los hombres. Bailó su primera pieza con lord Windermere, fué presentada a la orgullosa lady Jedburgh y a la duquesa de Berwick, su furiosa detractora de unas horas antes.



Mistress Erlynne estaba muy divertida. Algunos caballeros fingieron no conocerla, y encontró gran placer en recordarles, elegantemente, que lamentaba no haber estado en casa las últimas veces que la habían visitado.



Lady Windermere y lord Darlington dialogaban en la terraza. — Su venida es monstruosa, intolerable. Ahora comprendo lo que quería usted decirme esta tarde. ¿Por qué no me habló francamente? — ¡No podía! Un hombre no puede contar estas cosas de otro hombre. Y yo la conozco a usted mal, o usted no es capaz de seguir viviendo con un hombre que la trata así. — Lord Darlington, tiene usted una terrible razón. Dígame: ¿qué debo hacer? Sea usted mi amigo en este momento.



— Entre un hombre y una mujer no hay amistad posible. Hay odio, pasión, pero no amistad. Yo la quiero a usted... — ¡No, no! Estoy sola, espantosamente sola...

— Es preciso que usted se atreva. En vez de su nombre, lleve usted el mío. Margarita, amor mío... — ¡Nunca!

— Mañana saldré de Inglaterra. Esta es la última vez que la veo a usted.

Nuestras almas se han tocado pero no volverán a encontrarse jamás. Adiós, Margarita.



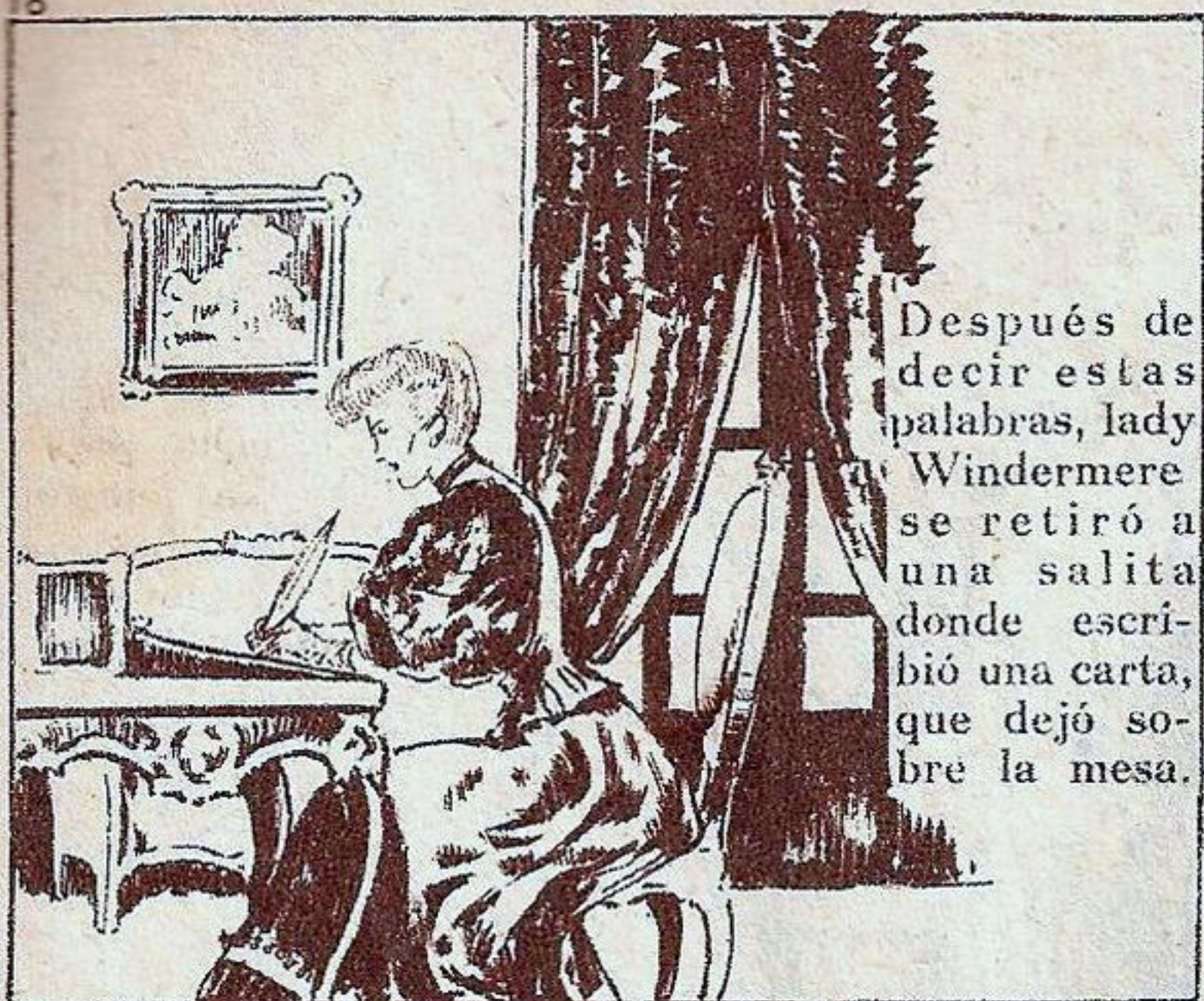
Margarita quedó anochada. La duquesa de Berwick, que la andaba buscando, la abordó atolondradamente: — Querida Margarita: acabo de tener una conversación deliciosa con mistress Erlynne; ¡qué mujer encantadora! Ha bailado su primera pieza con tu marido. Me siento tranquila por Augusto, mi pobre hermano, pues mistress Erlynne me ha dicho que no aprueba que nadie se case por segunda vez.



Lady Windermere no pudo más. Apretando los puños tomó su resolución: — ¡No es posible continuar en esta casa! Esta noche, un hombre que me quiere me ofreció su vida. Y yo la rehusé. Fué una locura. Ahora voy a ofrecerle la mía.







Después de decir estas palabras, lady Windermere se retiró a una salita donde escribió una carta, que dejó sobre la mesa.



Hasta allí llega, más tarde, mistress Erlynne, y pregunta al mayordomo: —¿Dónde está lady Windermere?—La señora acaba de salir. —¿De salir? ¿De la casa? —Sí, señora. Me ha dicho que había dejado una carta para el señor sobre la mesa.



Mistress Erlynne mira hacia la mesita con un estremecimiento de espanto. Y cuando Parker se retira, toma la carta y la abre con decisión. En seguida se desploma sobre un sillón con un gesto de agonía. —¡Horrible! ¡Horrible! ¡Las mismas palabras que hace veinte años escribí a mi marido! ¡Y qué duramente he sido castigada por ellas! No puede ser. ¡Yo lo impediré!



Mistress Erlynne estruja la carta para ocultarla y se dirige al salón de baile. —¡Lord Augusto, necesito hablar con usted! Es absolutamente necesario que en seguida lleve usted a lord Windermere al club y que trate de retenerlo allí todo el tiempo posible. —¿Ah, sí? Exijo como recompensa una respuesta a mi proposición. —Se la daré luego.



En el lujoso gabinete de lord Darlington, lady Windermere espera la llegada del dueño de casa. Hay amplios cortinajes a los costados y un gran diván dando la espalda al balcón. Pero llega al gabinete alguien que Margarita no esperaba: mistress Erlynne, que se adelanta hacia ella diciéndole:



—¡Lady Windermere! ¡Gracias a Dios que he llegado a tiempo! ¡Es preciso que vuelva usted inmediatamente a su casa! —¿Preciso? ¡No se me acerque! Si no hubiera venido usted, sola habría vuelto. Pero ahora que la veo a usted comprendo que no me sería posible vivir con mi marido. El quiere que yo regrese para que les sirva de pantalla.



Su marido no sabe que usted está aquí. El no ha leído la carta insensata que usted le dejó. Yo fui quien la abrí... —¿Usted se ha atrevido? ¡Ah, estamos a merced de una mujer despiadada y perversa! ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

Mistress Erlynne se estremece dolorosamente y le contesta con humildad: Yo le digo a usted que su marido la quiere, y que si renuncia usted a él, día llegará en que tenga sed de amor y no lo encuentre, en que mendigue usted amor y le sea negado. ¡Lady Windermere! Hubiera preferido cien veces morir que interponerme en su vida.

Aunque su marido tuviese mil amores distintos, usted debería quedarse al lado de su hijo. ¡Y su marido la quiere!





Lady Windermere rompió a llorar, y con un gesto instintivo de niña tendió una mano exclamando: —¡Lléveme usted a casa! ¡Lléveme usted a casa!



Pero, en ese momento, se oyeron voces. Varios hombres llegaban.



Mistress Erlynne impone silencio a lady Windermere y la esconde detrás de una cortina. Luego desaparece por la puerta opuesta a la entrada.



El grupo de hombres se instaló en el gabinete. Todos tenían gesto de aburrimiento y cansancio. Lord Darlington había traído a su casa a varios invitados del baile de lord Windermere, que inexplicablemente había terminado temprano. Entre ellos estaba el propio lord Windermere, quien dijo en ese momento:



—¡Qué fastidio que el club cierre tan temprano! Lord Darlington: es usted muy amable permitiendo a Augusto que le imponga así nuestra compañía. Siento no poder estar más que un momento.



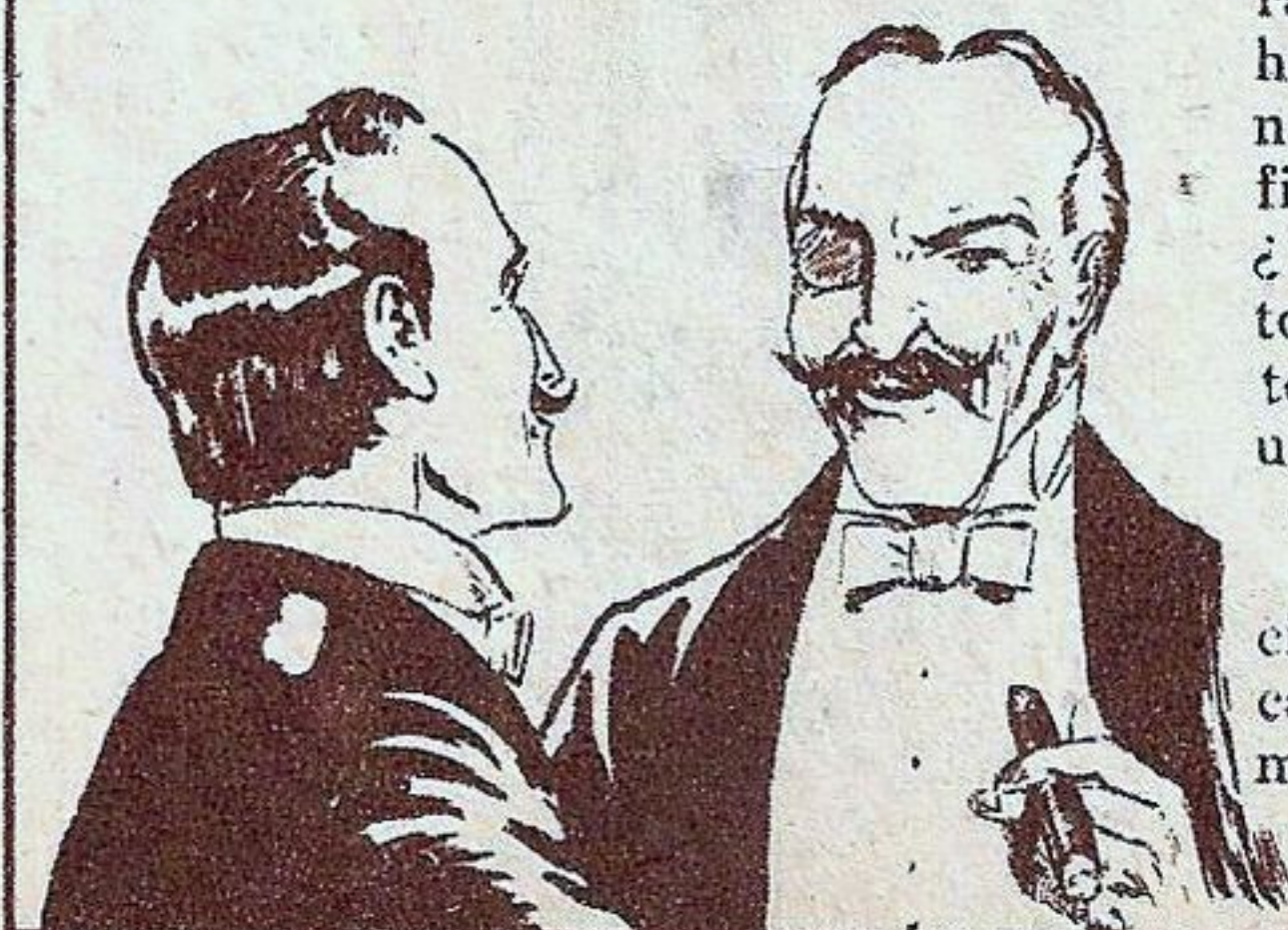
El aludido, lord Augusto, interviene para decir: —Hijo mío, no pienses en irte. Tengo muchas cosas que hablar contigo. —Ya sabemos de lo que se trata, Augusto. ¡Hablarás de mistress Erlynne!



Lord Cecilio Graham, otro de los contertulios, hace un aparte con lord Darlington. Durante la conversación advierte que a la espalda de su interlocutor, sobre un sillón, se halla el abanico de lady Windermere. Después de un imperceptible gesto de sorpresa, continúa hablando:



—Conque quedamos en que estás enamorado de una mujer honrada, y como es natural le guardas fidelidad absoluta. ¿No es eso, Darlington? —Cuando estoy enamorado de una mujer, todas las demás me tienen sin cuidado. Cecilio: el amor lo cambia a uno, y yo me siento cambiado.

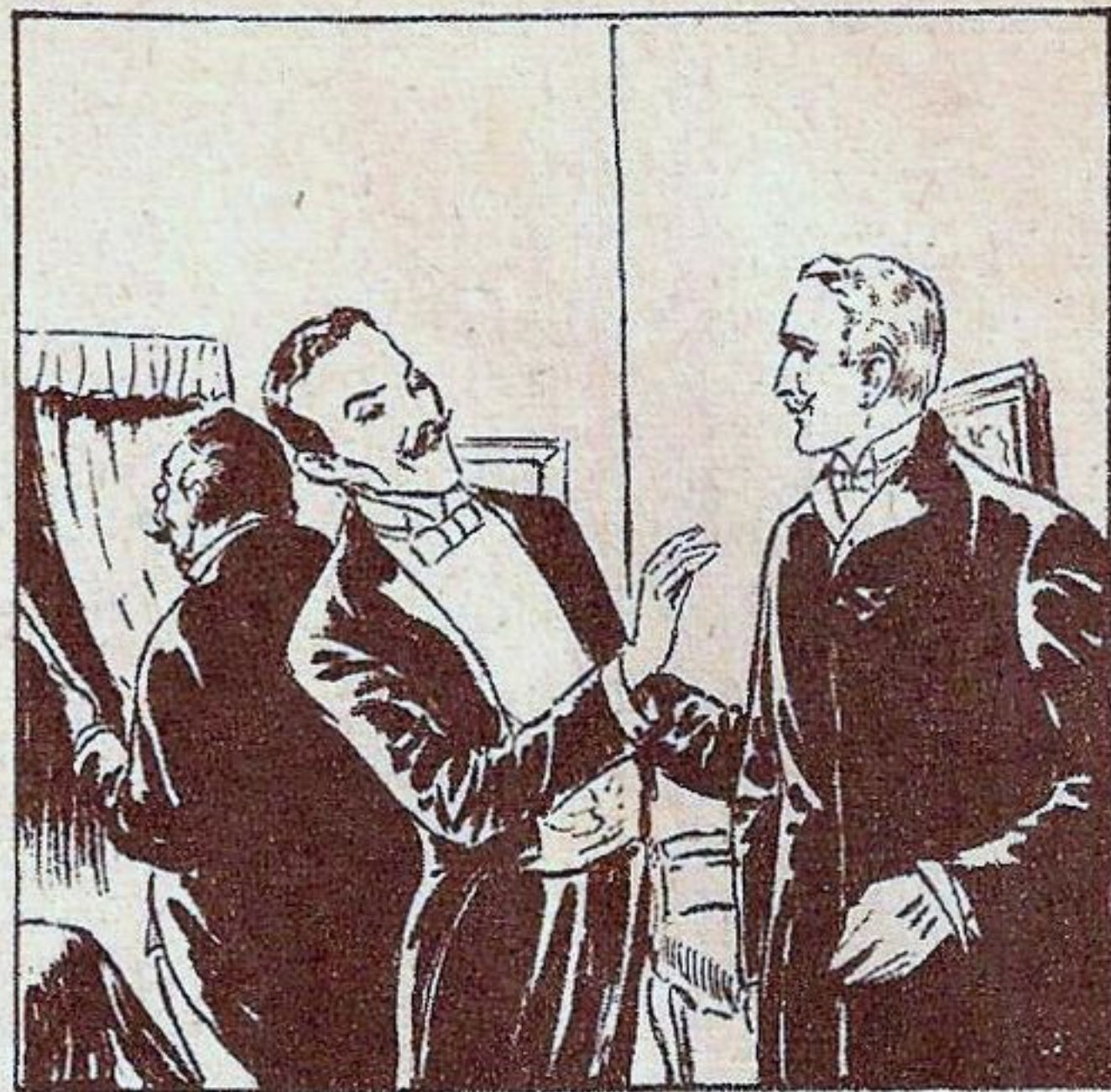




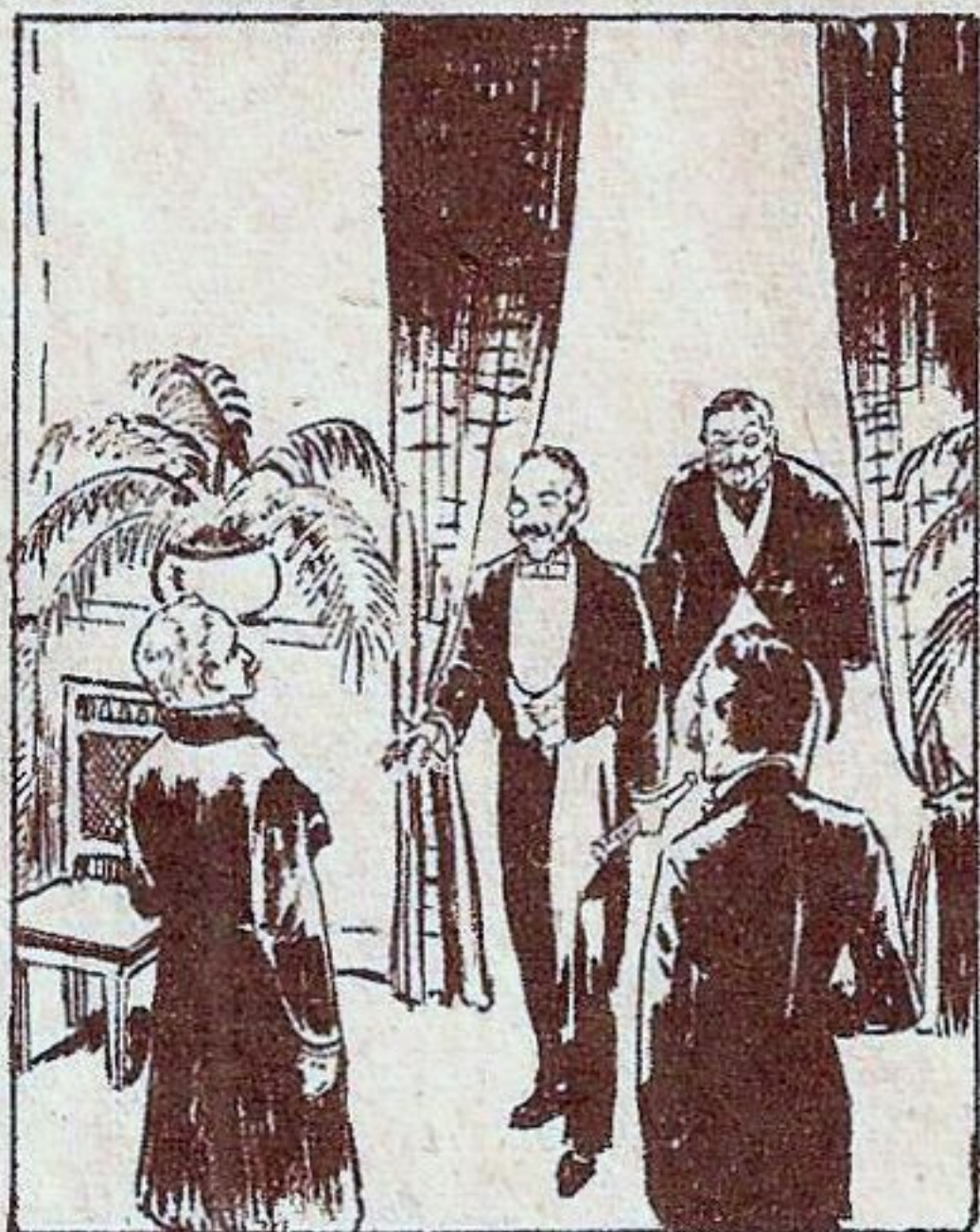


Lord Cecilio Graham no le oyó. Sumamente divertido llamó a lord Augusto. Ven.

Es un secreto. ¿Podrás creer que Darlington, que nos estaba predicando moral, pureza en el amor, etc., tenía todo este tiempo aquí, en su casa, escondida a una mujer? Mira, ahí está su abanico. — ¡Caramba! ¡Esto sí que es bueno!



Lord Windermere se acerca para despedirse. —No tengo más remedio que irme, lord Darlington. Siento que se vaya usted tan pronto de Inglaterra. Mi mujer y yo tendremos mucho gusto en verlo.



Ambos se dirigen a la puerta pero son alcanzados por lord Cecilio, que insiste en que lord Windermere debe ver una cosa muy particular. — ¡Ven, ven aquí! Darlington tiene una mujer escondida en su casa. Mira su abanico. Gracioso, ¿eh?



Lord Windermere se pone intensamente pálido. — ¿Qué es esto? — exclama —. ¡Lord Darlington! ¿Qué hace aquí el abanico de mi mujer? Cecilio: hazme el favor de quitarte de en medio.

Entonces ha venido, piensa lord Darlington.



—Vamos, hable usted. Voy a registrar su casa. — ¡Usted no registrará mi casa! — ¡Canalla! ¡No saldré de aquí sin registrar hasta el último rincón!



Lord Windermere se precipita hacia las cortinas en el propio instante en que aparece mistress Erlynne por la misma puerta por donde había desaparecido.



Todos se vuelven hacia ella, estupefactos, y exclaman: ¡mistress Erlynne! Lady Windermere, entonces, se desliza y sale de la habitación sin ser notada.





Mistress Erlynne se apodera del abanico y explica: —Me parece que, equivocadamente, me he traído el abanico de su mujer en lugar del mío. Crea usted que lo siento.



Lord Windermere le lanza una mirada de desprecio. Lord Augusto se vuelve, exasperado, hacia el balcón, y lord Darlington pone una expresión de asombro y de ira. Los demás circunstantes sonríen nerviosamente.



Al día siguiente, lady Windermere está echada en un sofá, en su casa, en actitud de profundo ensimismamiento. Piensa: ¿Qué habrá sucedido después de salir yo? Quizá mistress Erlynne le haya dicho por qué se encontraba allí ese fatal abanico. La vida es terrible. Ella nos gobierna y no nosotros a ella.



Lord Windermere entra en ese momento y la besa cariñosamente. —Margarita, ¡qué pálida estás! Volví a casa muy tarde y no quise despertarte. Pero... ¿estás llorando? —Sí... quiero decirte una cosa, Arturo. Tengo que ver a mistress Erlynne, que ha sido muy buena conmigo. Pero quíereme como me querías antes.



—No pienses más en esa infame mujer. Yo creía que era más víctima que culpable, e hice lo posible para que volviese a ocupar el sitio que perdió en un momento de locura. Ahora reconozco mi error. —Arturo: las mujeres malas, como las llamamos, pueden conservar impulsos de arrepentimiento, de sacrificio; y las buenas, tener crisis de locura, de orgullo, de celos. Yo quiero ver a mistress Erlynne.



—Margarita: si tú supieses dónde estuvo mistress Erlynne anoche, después de salir de aquí, no te averdrias a verla. Fué algo innoble, vergonzoso.



No es posible que calle más tiempo. Debo decírselo, reflexiona lady Windermere.



Entra en ese instante el mayordomo con el abanico de lady Windermere y una tarjeta encima de una bandeja, y anuncia: —Mistress Erlynne ha venido a traer el abanico de la señora y ha escrito unas palabras en la tarjeta.





—Diga usted a mistress Erlynne que tenga la bondad de subir.  
—Margarita, te ruego que no lo hagas.



Pero ya era tarde Mistress Erlynne entraba con aire tranquilo y feliz. —¿Cómo están ustedes? He aprovechado la oportunidad de pasar cerca de aquí para devolver el abanico y despedirme. —¿Despedirse, mistress Erlynne? —dijo lady Windermere. —Sí; me vuelvo a vivir al extranjero. Pero querría tener un retrato suyo y uno de su hijito. ¡No sabe cuánto se lo agradecería!

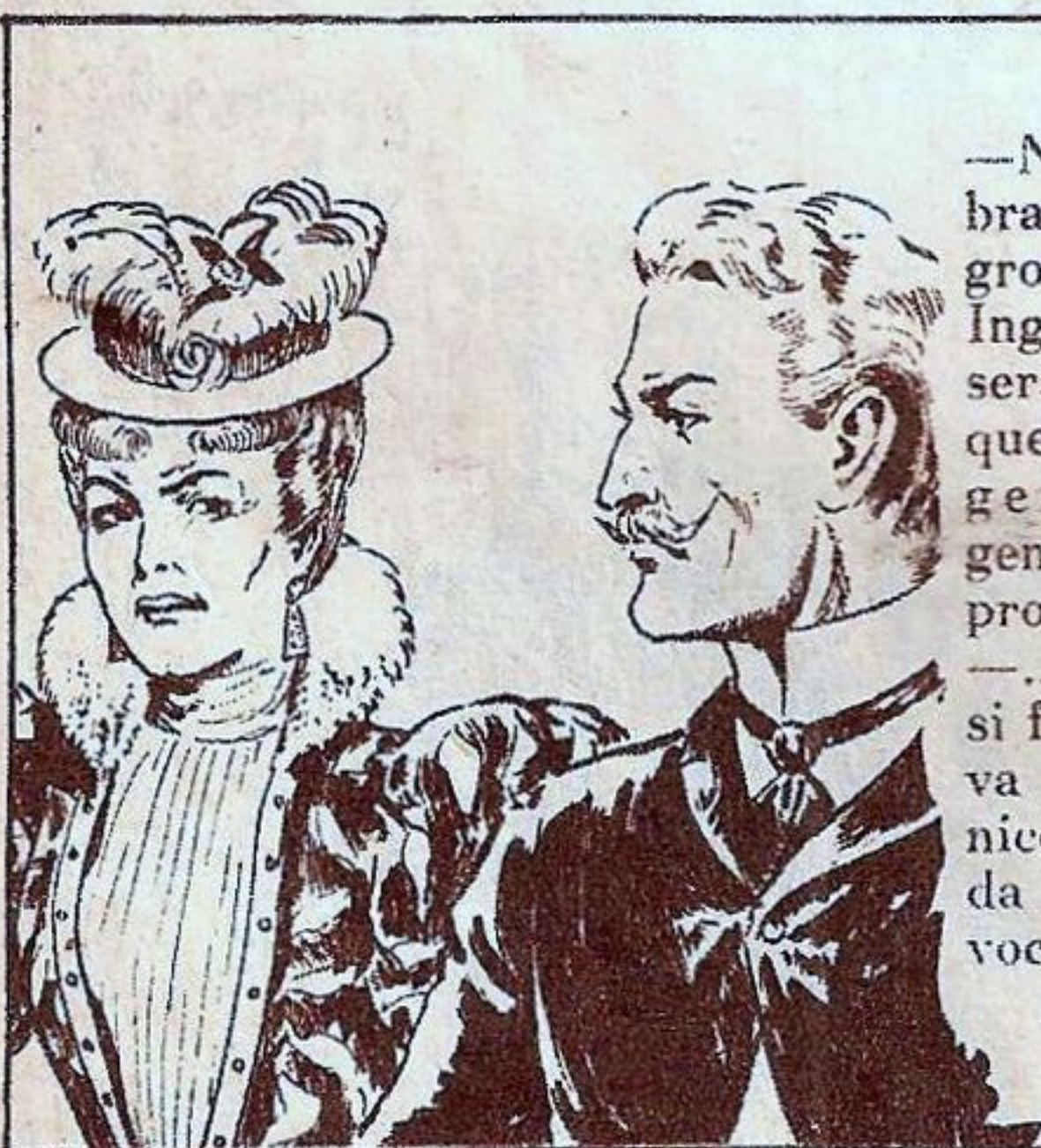
Lady Windermere se dirige hacia sus habitaciones. Su esposo habla en voz baja a mistress Erlynne. —Es increíble que después de lo ocurrido anoche se atreva usted a venir. A veces es preferible decir la verdad. Me habría evitado la angustia y las molestias de estos seis últimos meses. Pero me he expuesto y he llegado a pagar cuenta tras cuenta, con tal de que mi mujer no supiera que la madre que ella había

llorado por muerta, vivía aún, divorciada, con un nombre supuesto, llevando una vida de infamia, como ahora sé que lleva.

Creí que usted era sincera y honrada.



—¿Y no es así?  
—Usted me arrancó a fuerza de ruegos una invitación para el baile de mi mujer.  
—Para el baile de mi hija..., sí. —Y esa misma noche... No tiene derecho a considerarla como hija. Usted la abandonó. Después de veinte años, al saber que se había casado con un hombre rico, empezó el chantaje.



—No emplee palabras feas. Es una grosería. Me voy de Inglaterra. No sé si serán las nieblas las que producen la gente seria, o la gente seria la que produce las nieblas.  
—...y encima, como si fuera poco, se lleva de aquí el abanico de mi mujer y da lugar a un equívoco tremendo. ¿A qué ha venido?



Mistress Erlynne oculta sus sentimientos con una sonrisa y contesta: —A decir adiós a mi hija. No sabe usted lo que sufrí anoche. Veinte años he vivido sin hija, y quiero seguir así. Margarita tiene 21 años y yo nunca he confesado más de 29 ó 32, según la luz. Puede continuar venerando a su madre muerta. ¿A qué quitarle las ilusiones? —Me da usted horror.



—Confiese, Windermere, que le gustaría verme retirada en un convento, o de enfermera en un hospital. Esas cosas pasan en las novelas. Quedamos en que mi hija no debe saber quién soy. Es mi secreto. —Permítame usted suplicarle que salga de esta casa inmediatamente.



Lady Windermere aparece con las fotografías. —Usted perdonará mistress Erlynne. Aquí están. Mi hijo se llama Gerardo, como mi difunto padre. Mistress Erlynne deja las fotografías con un estremecimiento, y pregunta: —¿Y su mamá?... ¿A menudo su padre le hablaba de ella?



—No; le daba mucha pena. Mi madre murió en seguida de nacer yo. Mi padre me pidió que no volviera a pronunciar su nombre. Cuando lo hizo, tenía los ojos llenos de lágrimas. Mi padre murió de dolor. No he conocido vida más triste que la suya.



El mayordomo anuncia a lord Augusto, y lord Windermere se retira para salir al encuentro del visitante. Lady Windermere exclama en seguida: —¡Mistress Erlynne! ¿Cómo decirle a usted lo que siento? Se lo diré a mi marido. Es mi deber. —No, Margarita. Pague usted su deuda con el silencio. Usted no debe traer ningún sufrimiento a la vida de su marido. Ahora sí que no tengo más remedio que irme. ¿Tendría usted inconveniente en regalarme el abanico como recuerdo? Yo también me llamo Margarita.



Lord Augusto Lorton y lord Windermere entran en ese momento. Después de los saludos, lord Augusto explica en un aparte al dueño de casa:



—Querido: hemos sido horriblemente injustos con mistress Erlynne. Fijate que yo fui la causa de que ella estuviese en casa de Darlington. Llamó primero al club para sacarme de la incertidumbre en que yo me hallaba. Allí le dijeron que yo había salido. Fué a buscarme a casa de Darlington y llegó antes que nosotros. Al oír que entraba tanta gente, asustada, se retiró a otra habitación. Eso es todo.



Lady Windermere, trémula, se acerca diciendo a su marido: —Arturo: el mundo es el mismo para todos y el bien y el mal se pasean tomados de la mano. Cerrar los ojos a esa mitad de la vida con la esperanza de vivir en sosiego, es como si nos cegásemos voluntariamente.

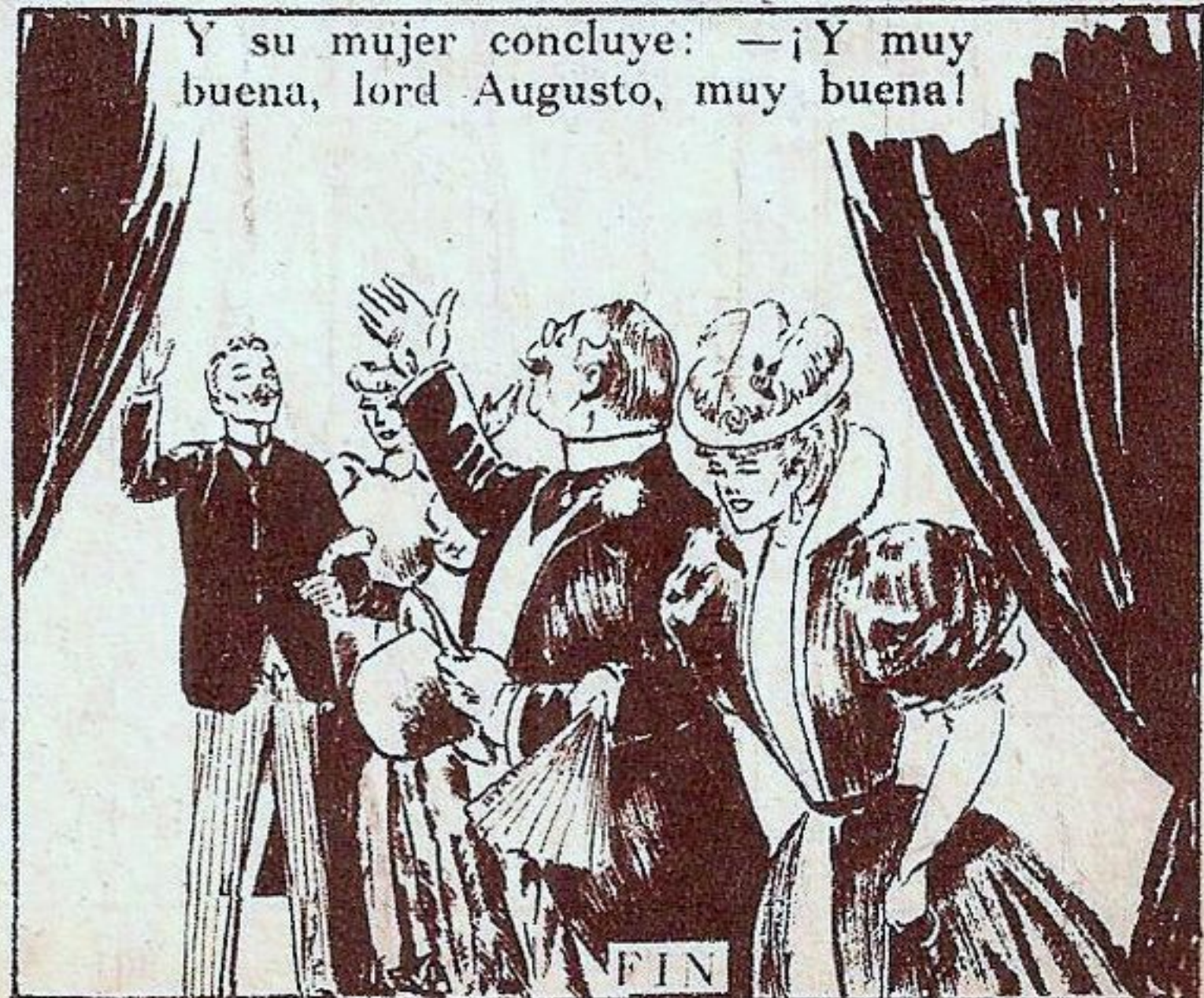


—¿Por qué dices eso, amor mío? —Porque yo, que había cerrado los ojos a la vida, he estado al borde de un precipicio.

Lord Augusto interrumpe: —Señores: mistress Erlynne me ha hecho el honor de aceptar mi mano. Lord Windermere agrega: —¡No hay duda de que te llevas una mujer muy inteligente!



Y su mujer concluye: —¡Y muy buena, lord Augusto, muy buena!

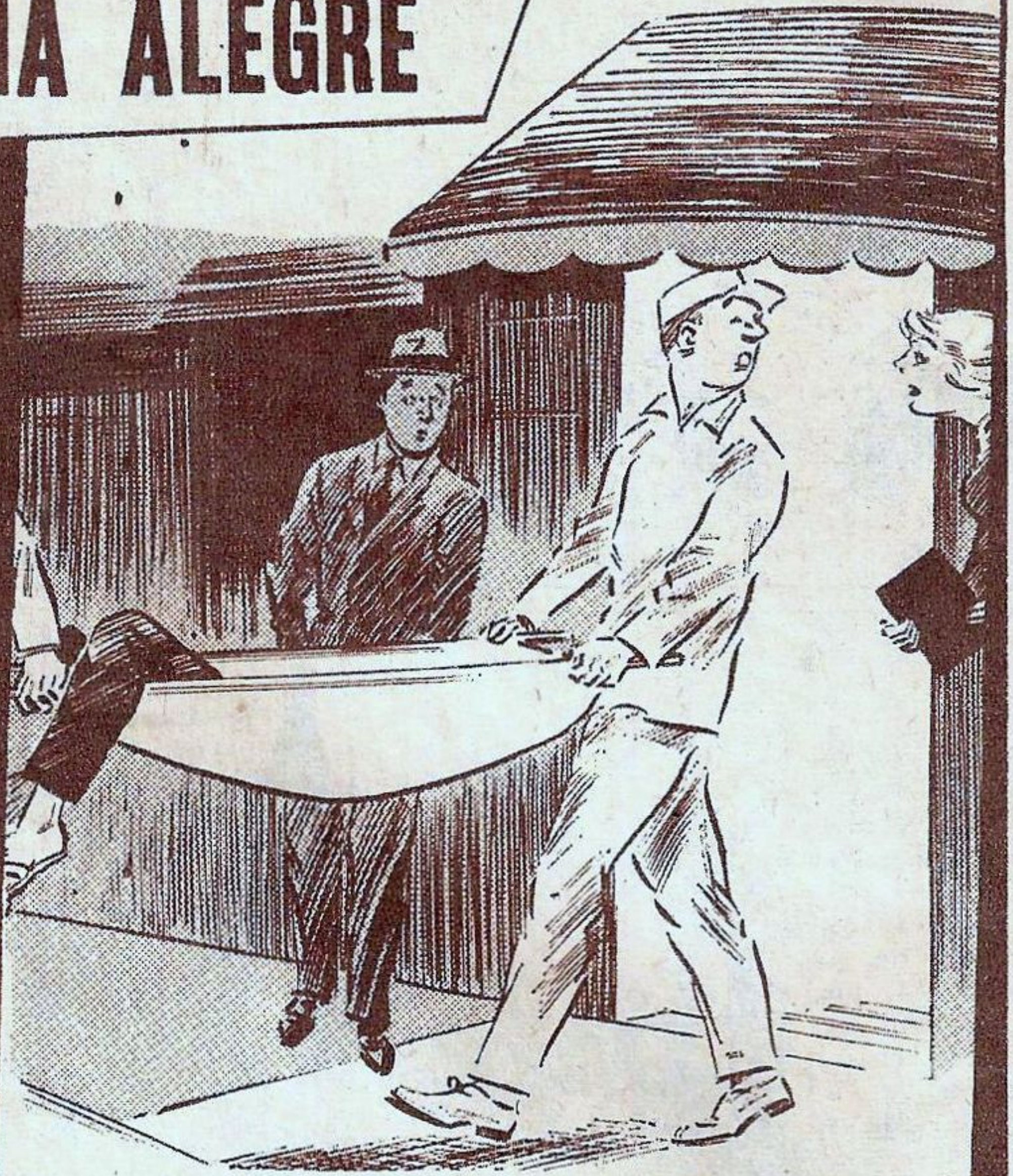




# PÁGINA ALEGRE



— ¡Un momento, querida! Quiero mirarte una vez más antes que vuelvas con tu madre.



— Es un caso común de agresión simple. Empezó a leer sus poesías en un night-club.



— Felicite al novio solamente... No importa si no besa a la novia.



— Lo siento, señora... Mi nombre es García y no puedo cambiarlo por Perkins...



# La hija de MATA-HARI

Por K. SINGER

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE TAGGINO

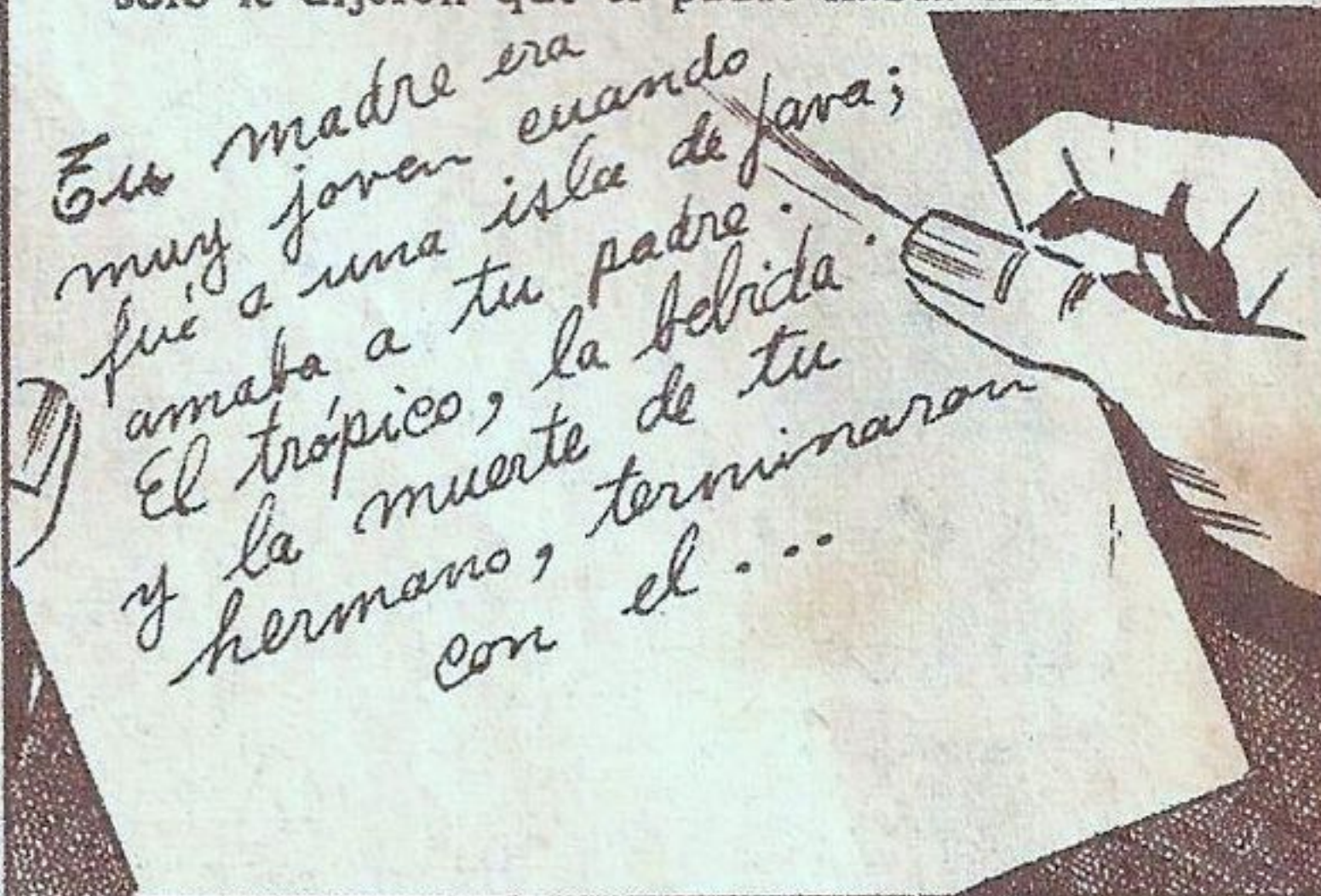
Estaba concluyendo el año 1917, cuando Wanda Zelle recibió carta de su madre. La muchacha abrió el sobre, y leyó.  
"Querida hija: Me queda muy poco tiempo. Dentro de dos horas habré muerto, sin haber tenido la oportunidad de volver a verte.



La guerra tiene sus leyes muy crueles. . ."  
Era la despedida de Mata Hari, a su hija adolescente.  
Era la carta de una muerta; muerta, pues la famosa espía ya había sido fusilada en Vincennes, Francia, un mes antes.

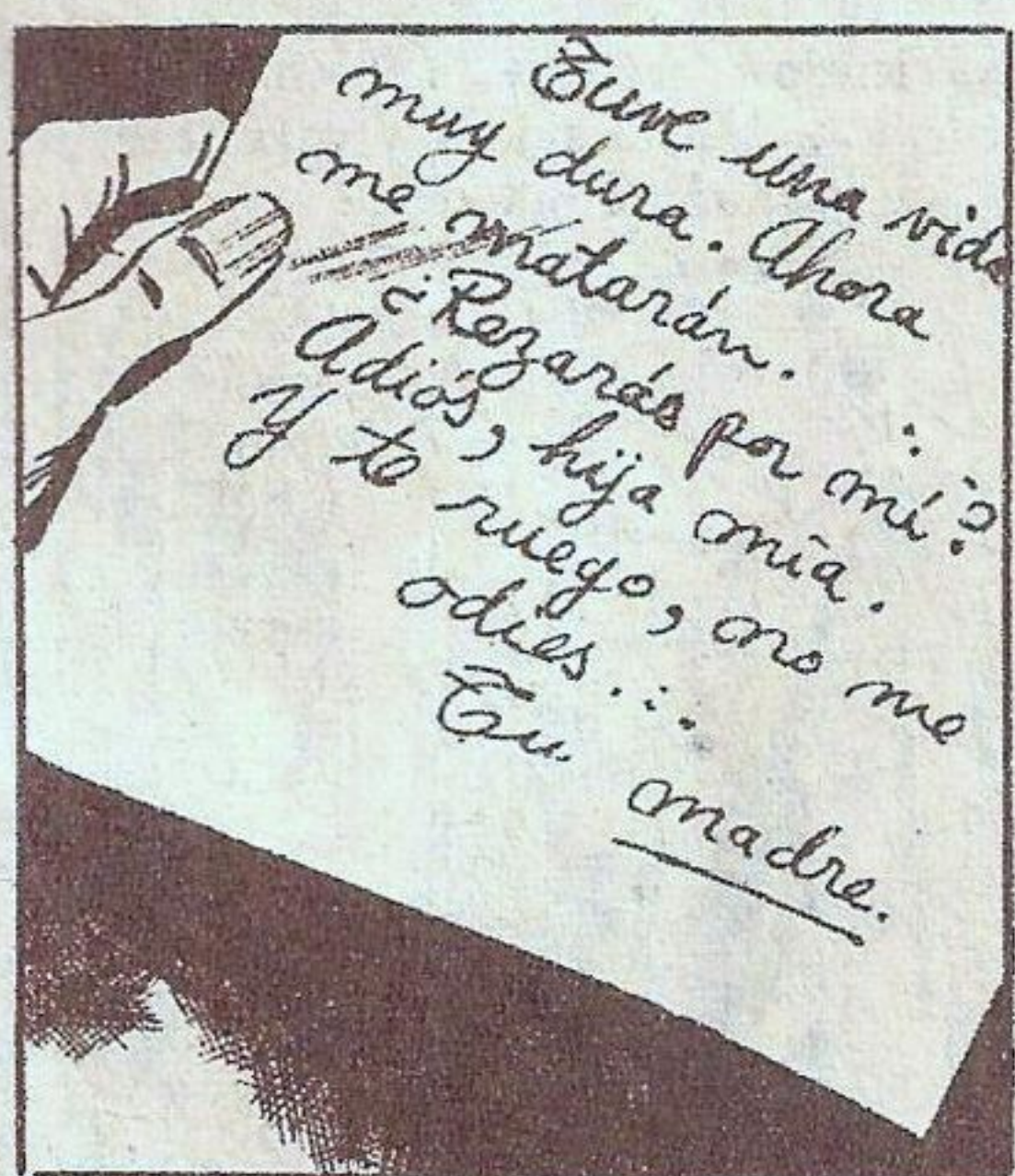


Wanda sabía muy poco de su madre, y menos de su padre. Los parientes de Batavia, quienes la criaron, sólo le dijeron que el padre había muerto. . .



Wanda se estremeció al enterarse de tantas cosas horribles. . .

(¡Pobrecitos. . ., pobrecitos. . .!)



Todo el mundo hablaba mal de Mata-Hari, pero Wanda era su hija. . .



Esa carta revelatoria cambió el carácter de Wanda Zelle. . .

(Me procuraré una vida independiente. Seré maestra. . .)



La joven guardó el secreto de la carta póstuma de Mata-Hari, su madre. . .

En cuanto sea maestra me marcharé de aquí, tía Rosa. . .





La tía Rosa se sorprendió mucho por la decisión de la hermosa joven.

(¡Es como su madre: imperiosa, personal... y tan bella...!)

La mente de Wandase había clavado en las islas de Java. ¡Irresistible idea...!

(Seré maestra... y me iré, como mi madre...)

El señor Van Roth fue su maestro, y gran consejero. Wanda le tomó cariño...

Eres la hija que no pude tener con mi finada esposa...

Van Roth era apacible, paciente, bondadoso, inteligente.

Un día...

Señor Gerard, ¿quisiera casarse conmigo?

Gerard Van Roth frisaba ya en los sesenta años. Sonrió...

No, mi querida niña. Me gusta atenderte como una hija, pero no quiero que te veas obligada a...

...cuidar de mí, cuando yo sea más anciano... y esté enfermo.

Obedeciendo al señor Van Roth, Wanda fue a la Universidad, y más tarde se graduó de maestra...

(¡Pobre Gerard... está tan enfermo...!)

En su lecho, el anciano funcionario holandés escuchó con agrado a Wanda...

Bien. Te apoyaré, Wanda... e inaugurarás esas escuelas de las islas...

Wanda Zelle trabajó duramente entre los nativos javaneses...

Es la quinta escuela que hemos inaugurado bajo el pabellón de Holanda...

El señor Van Roth falleció...

(¡Debo volver inmediatamente a Batavia...!)



Le impresionó muchísimo la muerte de su anciano protector. Luego...



Le ha dejado una considerable fortuna, señorita...

Además, la alta posición de Van Roth en el gobierno de las colonias le permitió a Wanda trabar amistades.

¡Tiene toda mi ayuda en este difícil momento, señorita Zelle!

¿Vuelve pronto a las islas javanesas?



Ya mismo...

En general, la vida de Wanda comenzó a ser muy agradable. Le gustaban su profesión de maestra... y los niños.

Sí, señora. Puedo tomarla. Aprenderá a leer y escribir junto a su hijito...



Mucha gente de las islas de Java no sabía leer ni escribir. Pronto, las aulas de la señorita Wanda se llenaron también con adultos. Así se deslizó su vida durante años; feliz, contenta, y aparentemente solitaria...



¿Podemos contar con usted en nuestra fiesta, señorita Wanda?

Desde el punto de vista social, Wanda Zelle era también solicitada.

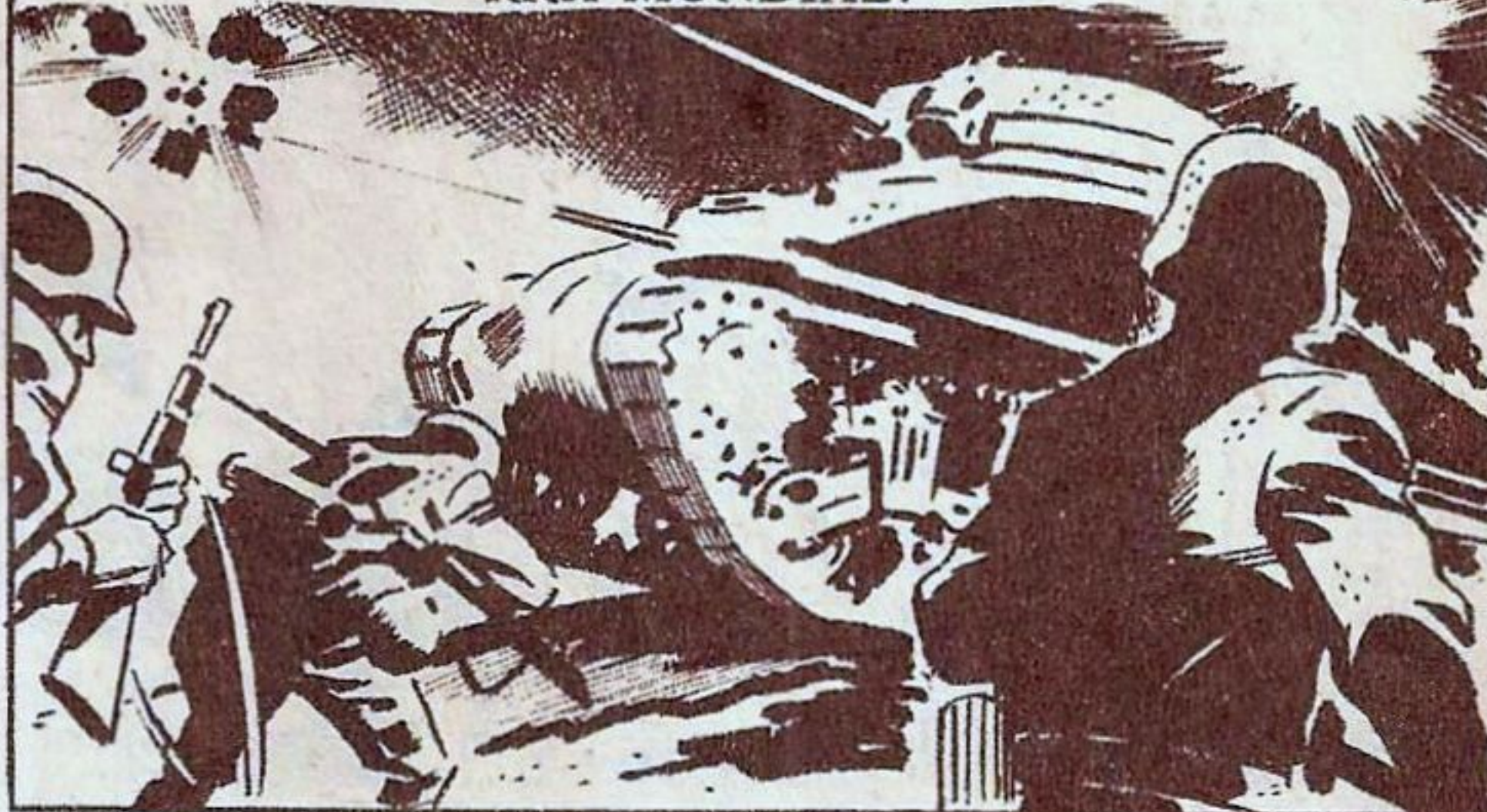
¡Es tan agradable, tan culta, la señorita Wanda!



Wanda, de hermosos treinta y ocho años de edad, era una triunfadora. Estaba a sus anchas en todos los ambientes. Se daba con todo el mundo.



Pero llegó el año 1939... y entonces surgió en su vida, como un monstruo, la más dura realidad... "¡SEGUNDA GUERRA MUNDIAL!"



Mientras Java no se vea complicada en ella... ¡Dios dirá!



En las fiestas y reuniones de Wanda Zelle figuraban diplomáticos, periodistas... y espías.

Cuidado, Wanda. Hay gente que quiere conocer "la noticia que hay detrás de cada noticia".



Gracias, Van Kammenad. Muchas gracias.

Los sucesos bélicos se precipitaron... ¡CAYO PARIS!... ¡Una conmoción!...





Poco después, todo indicaba que el Imperio Británico iba a derrumbarse. Alemania se apoderó de Holanda... y aparecieron en escena los japoneses.

¡Pearl Harbor se incendia totalmente!



Comenzaba una cadena de asaltos a las islas del Pacífico.

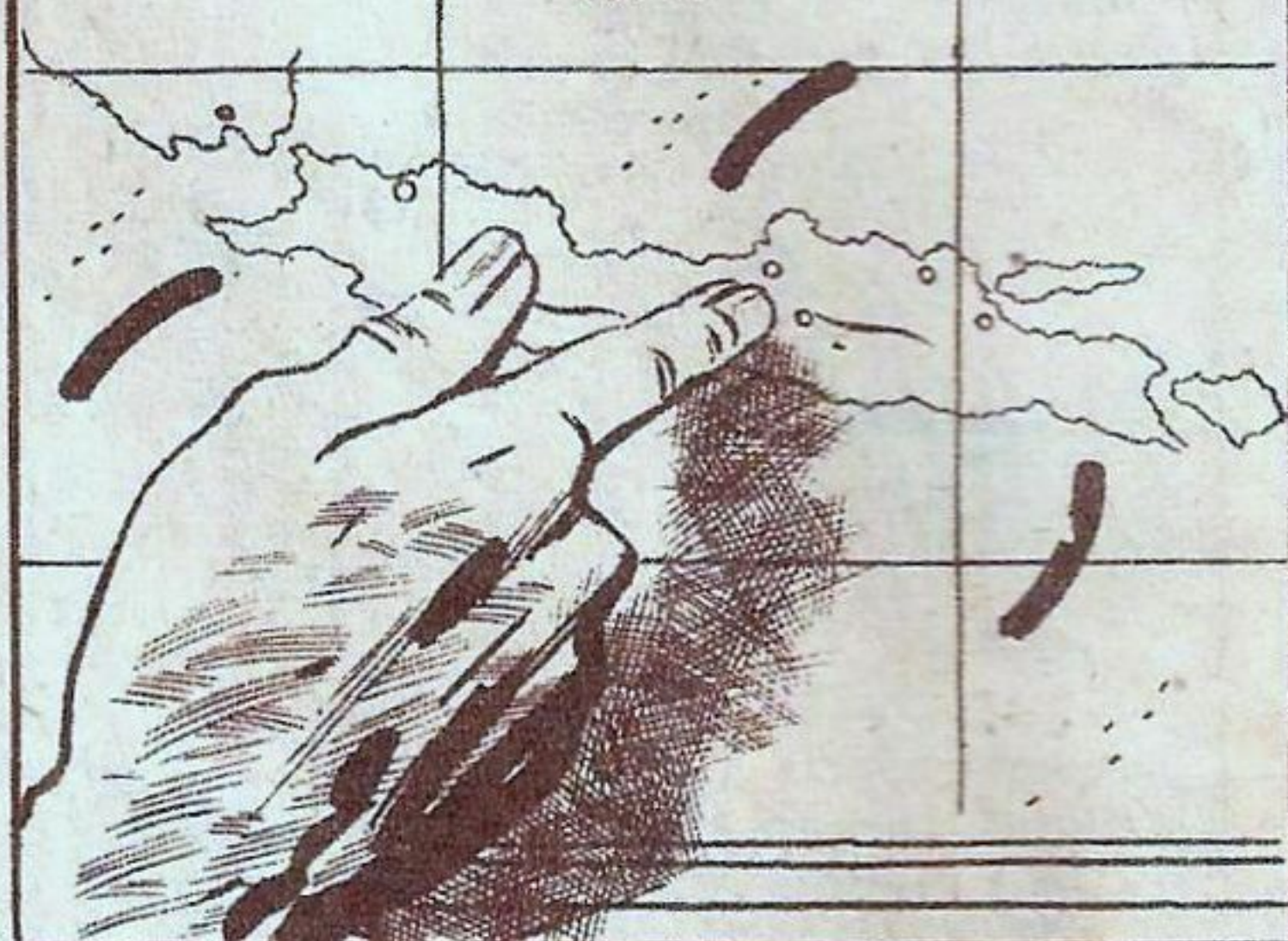
¿Qué nos importa que estas islas no sean yankys? ¡Que ondee nuestra bandera, y pronto!



Las islas del Pacífico se convirtieron en los estriberones que usaban como puntos de apoyo las líneas de abastecimiento niponas. El sol de rayos rojos iluminó la noche inmensa de las islas...



Finalmente, desembarcaron en tres sitios en Java...



Y un río de japoneses se desbordó impetuosamente por el país. Los blancos —si no lograban huir— eran apresados o muertos.



“Confiad en nosotros” —dijeron los invasores— “¡CUIDAREMOS DE QUE CONSIGAIS VUESTRA INDEPENDENCIA DEL YUGO HOLANDES!”...



¿Por qué no creerles a los japoneses?...

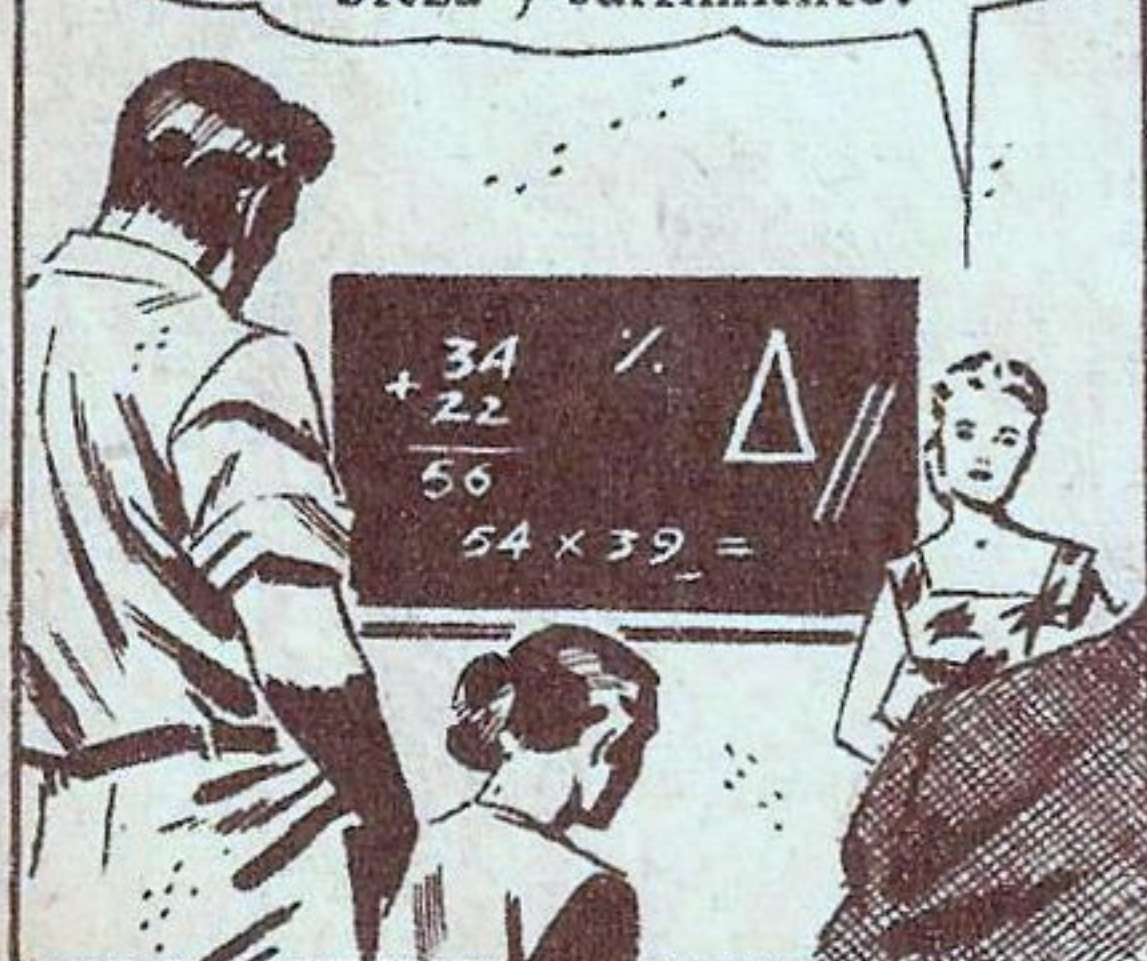
Wanda Zelle pensó, de inmediato, en su desdichada madre...



(¡No permitiré que eso me suceda a mí!...)

Pero sus convicciones democráticas le trajeron inconvenientes...

¡Cuando un tirano huye, deja pobreza y sufrimiento!



Al día siguiente fue visitada por un oficial nipón...

Señorita..., acabo de enterarme de su última lección. No son esas las cosas que deben oír sus alumnos...



No comprendo...

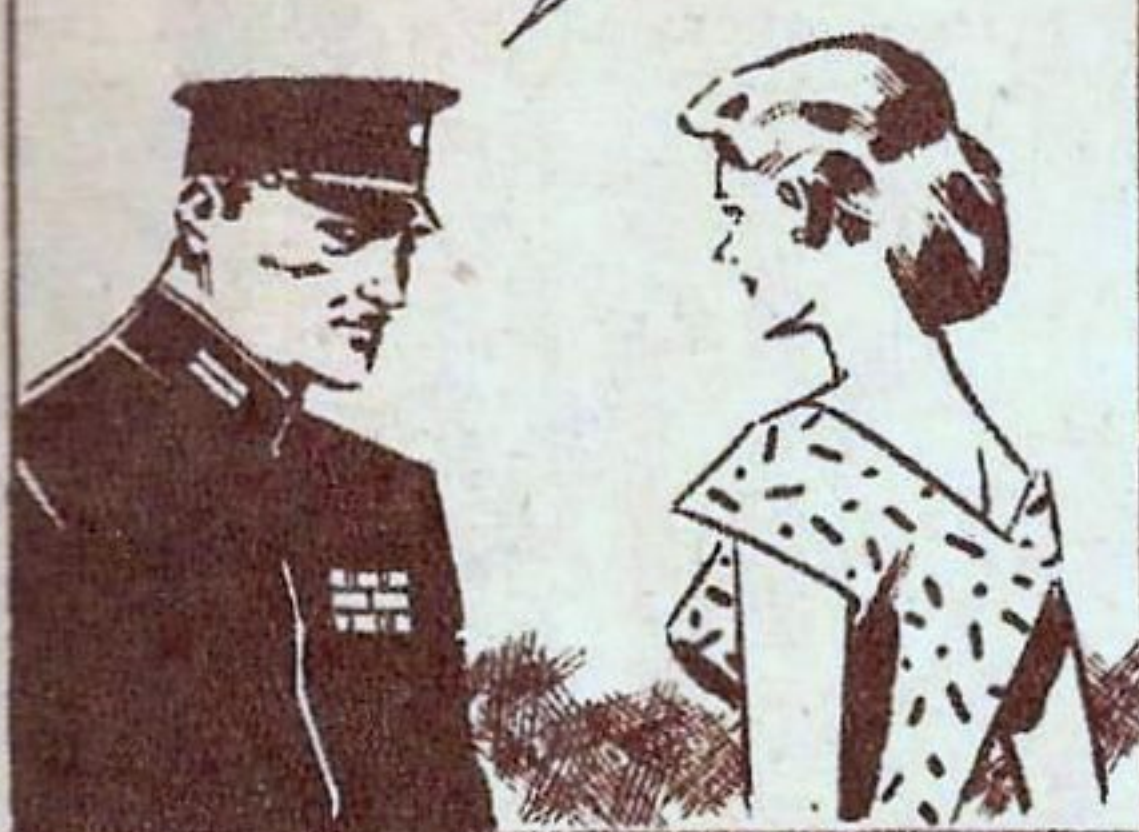
Recuerde que hemos venido a liberar al pueblo javanés. Le estamos dando alimentos, dinero, y eventualmente, le daremos la libertad.





El coronel japonés miró fijamente en los ojos de Wanda.

Le sugiero... que trate este tema en su próxima lección. Gracias...



La maestra adivinó en seguida que el militar mentía. Volvió a su hogar, muy preocupada. Al llegar al comedor, tuvo otra desagradable sorpresa...



Se trataba de Paul Vanuys, uno de sus tíos, que era holandés...

¿Vistiendo uniforme nipón?



El hombre cerró una de las ventanas, que era azotada por el viento.

Sírveme una taza de té, sobrina. Y hablemos...



Con enorme perplejidad, la maestra sirvió té... y se enteró...

¿De manera que trabajas para los japoneses? ¡Te has vuelto contra tu propio país! ¡Es inicuo!



El individuo dejó de sonreír...

Querida sobrina... eres muy popular en las Islas de Java. Ahora la gente considera un honor tu invitación a fiestas, reuniones...



Quiero que incluyas a tus propios amigos... y a algunos que te voy a sugerir. Te pagaremos bien...



¿Quieren usar mi casa para obtener informaciones?...

Exacto. En Java hay nativos, pero también gente "muy interesante", suizos, suecos, portugueses...

¡Son de países neutrales!



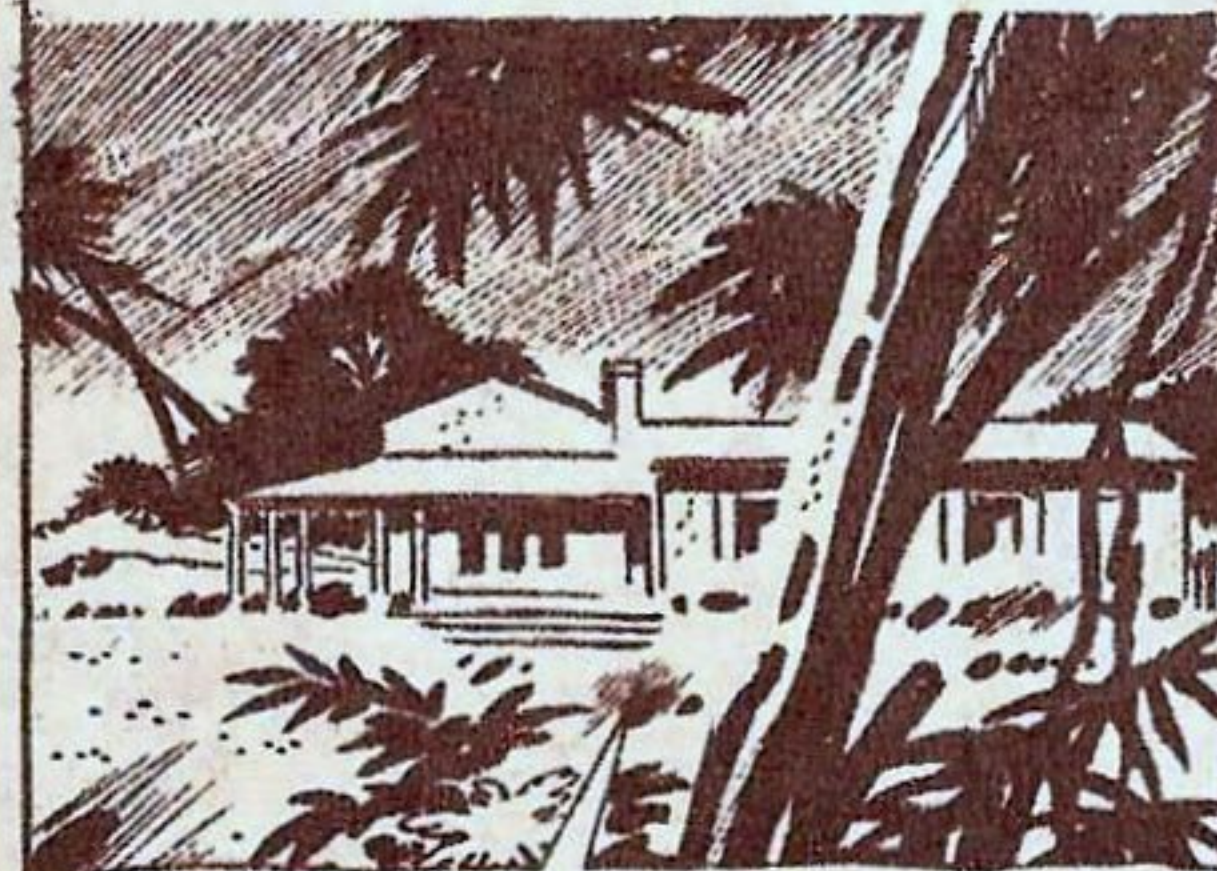
Paul Vanuys bebió su té...

¡Cuanto más neutrales... más interesantes, querida sobrina...!



¡Me niego!

El aire desafiante de la maestra disgustó al tío Paul.



No creo que te niegues. Entre mis naipes tengo una carta de triunfo... Por ejemplo, querida mía, podría...

...difundir la jugosa novedad... de que tu madre fue fusilada como espía. ¡Y creo que ni siquiera tu belleza...



...te salvaría de ser estigmatizada, como sospechosa, por lo menos! Además, yo sé que tú has dicho de los japoneses...

¡Cállate, bribón...!





Si yo divulgara ciertas cosas... ¡en fin!... Creo que te parecerá muy prudente ayudarnos...



Para Wanda Zelle, era el fin de su tranquila vida hogareña.



(¡Me fusilarán!... ¡Con gran dolor tengo que hacer lo que me ordenan! Pero, sin embargo...)

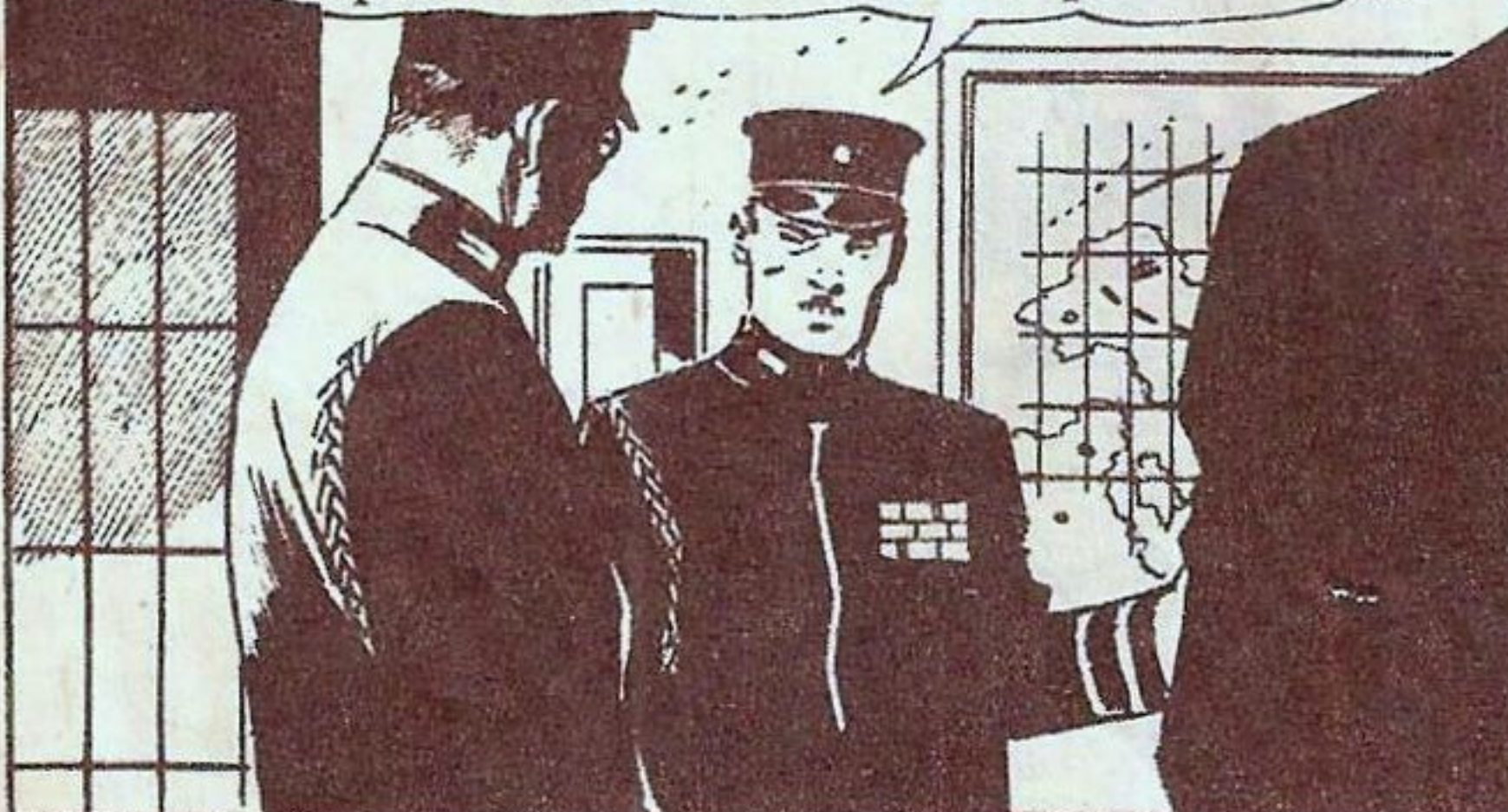
Llegaron más fiestas en la hospitalaria y amplia casa de Wanda. Y los japoneses se sintieron muy complacidos de los resultados...



¡Un millón de gracias, señora...!

Durante 1942, los nipones decidieron crear una Guardia Nacional Javanesa. Pero sabían que...

¡Esa unidad militar no debe incluir un solo miembro capaz de rebelarse contra el Japón!



Muchos de los dirigentes de esa Guardia, fueron seleccionados en las fiestas de Wanda. Otros, fueron fusilados...



Por ese mismo tiempo, el amor apareció en la vida otoñal de la maestra. Se llamaba Abdul. Fue el principal organizador de la Guardia Nacional Javanesa...



¡Soy, simplemente, un leal partidario del Japón.

Wanda meneó la cabeza tristemente...

(¡Es tan gallardo y seductor!... ¡Lástima que no pueda compartir sus ideas políticas!)



Aquel hombre adivinó los pensamientos de la maestra...

Confío en que me permita verla a menudo. Tal vez, cuando no haya "tantos amigos del Japón" cerca...



En su voz había un tono extraño, que intrigó a Wanda...

(¿Es sarcástico?... ¿No será una agradable sorpresa?... ¡Quién sabe...!)



Fueron muy amigos; se paseaban por los jardines tropicales, viajaban en cortos cruceros de placer... y se enamoraron. Y entonces, Abdul confesó a su novia...

Mi posición en la Guardia, sólo me sirve para disimular mis verdaderas actividades. En realidad soy...





Wanda le besó muy entusiasmada . . .

¡Nada menos que el organizador del Movimiento Clandestino Javanés de Resistencia? ¡Oh, querido...!

Sí. Y espero la hora de la sublevación contra los nipones. ¡Fundaremos los Estados Unidos de Indonesia...!

Abdul decidió que la maestra siguiera agasajando a los javaneses. Así estaría en condiciones de obtener muchas informaciones valiosas . . .

¡Esa idea es mía, querido! ¡Recién ahora la puedo poner en práctica! . . .

Ya era imposible la vida en Java. Los nipones despojaban al país de su arroz, su petróleo, su caucho, su quinina. Además reclutaban obreros locales para mandarlos como esclavos a Siam, Sumatra, Malaya, Nueva Guinea . . .

El Movimiento de Resistencia, encabezado por el apuesto Abdul, prosperaba . . .

¡Tengo un mensaje del querido Gandhi! ¡Es nuestro aliado!

¡Tu sueño de victoria para Occidente! ¡Cada día más cerca...!

Wanda era el mejor agente de Abdul. Una noche...

¡He descubierto los planes japoneses para la batalla de Guadalcanal! ¡Tengo la cantidad de abastecimientos que poseen!

Otro día . . .

Hay concentraciones de tropas en Sumatra. ¡Están muy intranquilos!...

¡Magnífico, querida...! Ahora, ayúdame en esta otra misión delicadísima . . .

Wanda enviaba emisarios a todas las islas . . .

¡Trabajo perfecto! ¡Hemos reclutado cinco mil hombres más para el ejército clandestino!

Los Servicios de Inteligencia inglés y norteamericano oyeron hablar de Wanda.

Es la futura esposa de Abdul de Batavia... y quien nos proporciona la información más valiosa llegada del Pacífico.

¡Qué mujer astuta! ¡Y los japoneses no sospechan de ella!

Wanda se desempeñaba maravillosamente, pero Abdul, en cambio...

¡Es un traidor! Pero no podemos arrestarlo... ¡Las islas se rebelarán abiertamente!... ¡Hay que vigilarlo!

Una madrugada desembarcaron los ingleses, y los nipones abandonaron una isla tras otra, con la misma rapidez con que las ocuparon . . .



Abdul y los suyos tuvieron el comando, con la Guardia Nacional . . .

¡Queremos ser libres definitivamente!  
¡Los Estados Unidos de Indonesia!...  
¡Para ello luchamos!

La idea no armonizaba con los planes holandeses. Ellos confiaban en recuperar las islas de Java. Pero las fiestas en lo de Wanda prosiguieron . . .

Hace varios días que no veo a Abdul.  
Me preocupa . . .

Esa tarde, Abdul llegó con su sonrisa de costumbre . . .

Tenemos un coreano muy amigo...  
allegado a la oficina del gobernador holandés. Se llama Mato. Puede ayudarte.

Hablaré con él, querido... ¿Dijiste que se llama... Mato?

Terminó la guerra, pero subsistía la enorme tirantez contra los holandeses . . .

¡Java es holandesa! ¡Esta gente no está en condiciones de gobernarse a sí misma, ni podrá mantener el orden, ni...!

A fines de 1948, los holandeses atacaron Indonesia, pero ya Abdul lo sabía de antemano, gracias a Wanda.

Hubo una espantosa confusión y nuevos ríos de sangre . . .

Mil gracias, querida..., mil gracias..., mi heroína...

Pero Wanda recibió de Abdul un golpe traicionero . . .

¡Me envía flores en mis cuarenta y nueve años, pero él no viene!

La belleza de Wanda se estaba ajando. Frisaba la cincuentena. Un día . . .

¿Celia?... ¿Quién es... esa intrusa?

De un primer momento, la inteligente Wanda Zelle comprendió que estaba vencida.

Tú la conoces..., es mi ayudante...  
¡Perdóname!...

¡Ella tiene veinte años...! ¡Y yo, cincuenta!

No es por esa única razón... ¡Perdóname, querida Wanda!

La maestra dio la espalda al último amor de su vida. Sólo le dijo: — Vete. Abdul y con paso rápido, abandonó a su camarada de ilusiones, de luchas . . .

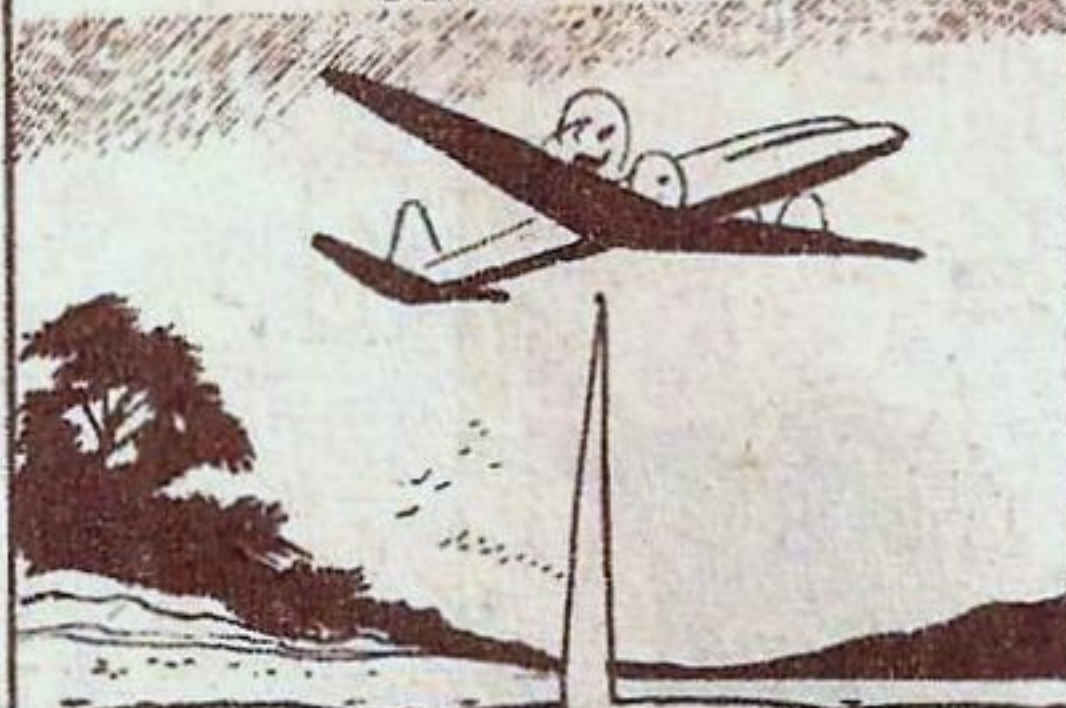


Estuvo muy próxima a un colapso nervioso, pero se dijo, con enorme entereza . . .

(Tengo deberes que cumplir... ¡No, la muerte... no! ¡La lucha!)



Nuevamente entregó su destino a Dios. y se marchó a los Estados Unidos . . .



Ahora comprendo que mi madre fue egoísta sin freno. Debo compensar con mucho bien, los actos indignos de Mata-Hari . . .

En Wáshington pidió, rogó, en favor de Indonesia Libre. Su figura elegante, su inglés impecable, causaron excelente impresión. Luego recorrió todo el país... ¡El ejército Indonesio necesita aviones, armas...!



En Hollywood conoció a un millonario del gremio cinematográfico . . .

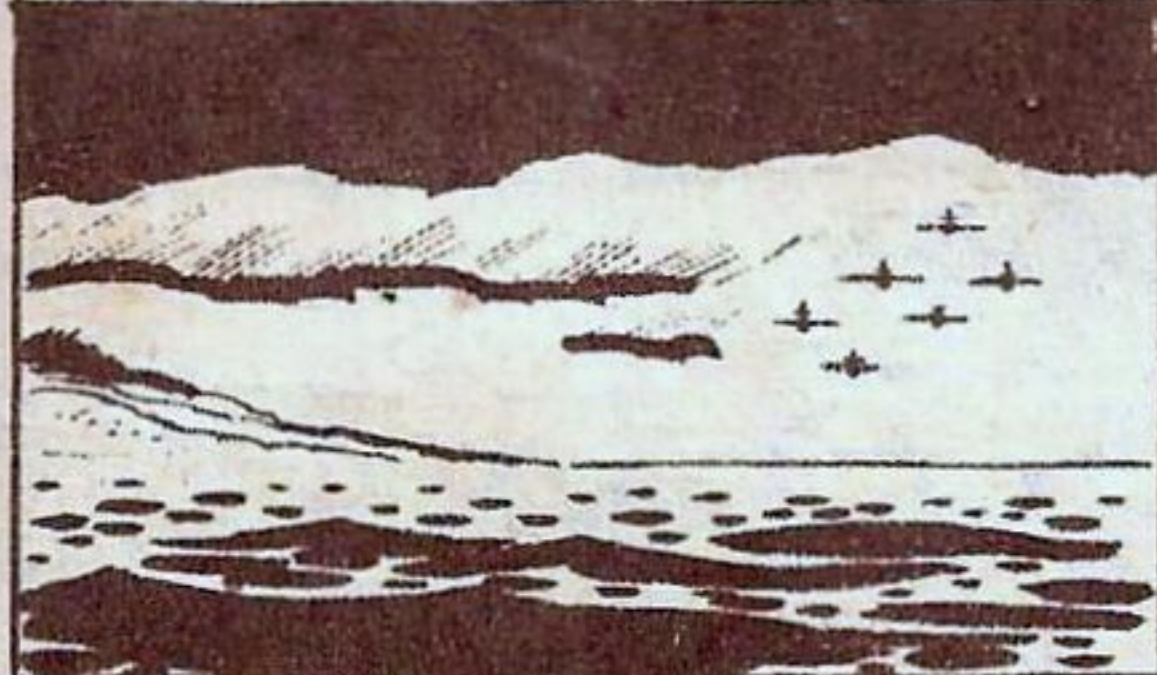
Miss Wanda..., prometo ayudarla, si usted me indica el sitio exacto donde se halla "el oro japonés" . . .



Era una verdad auténtica, aunque pareciera leyenda. Gran cantidad de oro estaba oculto en un sitio que sólo la elegante maestra conocía.



El millonario, enloquecido por la aventura, accedió. Entonces, Wanda logró lo que buscaba tan ansiosamente. Aviones yankys fueron llevados en vuelo a Indonesia por expertos pilotos. Uno de estos hombres tenía que traer "el oro nipón" prometido por Wanda, pero . . .



. . . los holandeses se enteraron del plan y hubo frenética persecución a través de lagos, montañas y junglas.



¡Pero "el oro japonés" será usado para la libertad de Indonesia...!

Y esa libertad llegó. Y Wanda Zelle sintió que, en cierto modo, había compensado los gruesos errores de su madre, fusilada en el lejano 1917 . . .



(Ahora sí podré descansar... ¡Al fin!)

El "descanso" no quería quedarse con esta activa mujer . . .

¿El señor Wallace viene a visitarme? No lo conozco . . .



Era un emisario del gobierno norteamericano . . .

La necesitamos para una misión especial en China comunista . . .



Allá marchó Wanda Zelle, y sus informaciones volvieron a ser brillantes . . .

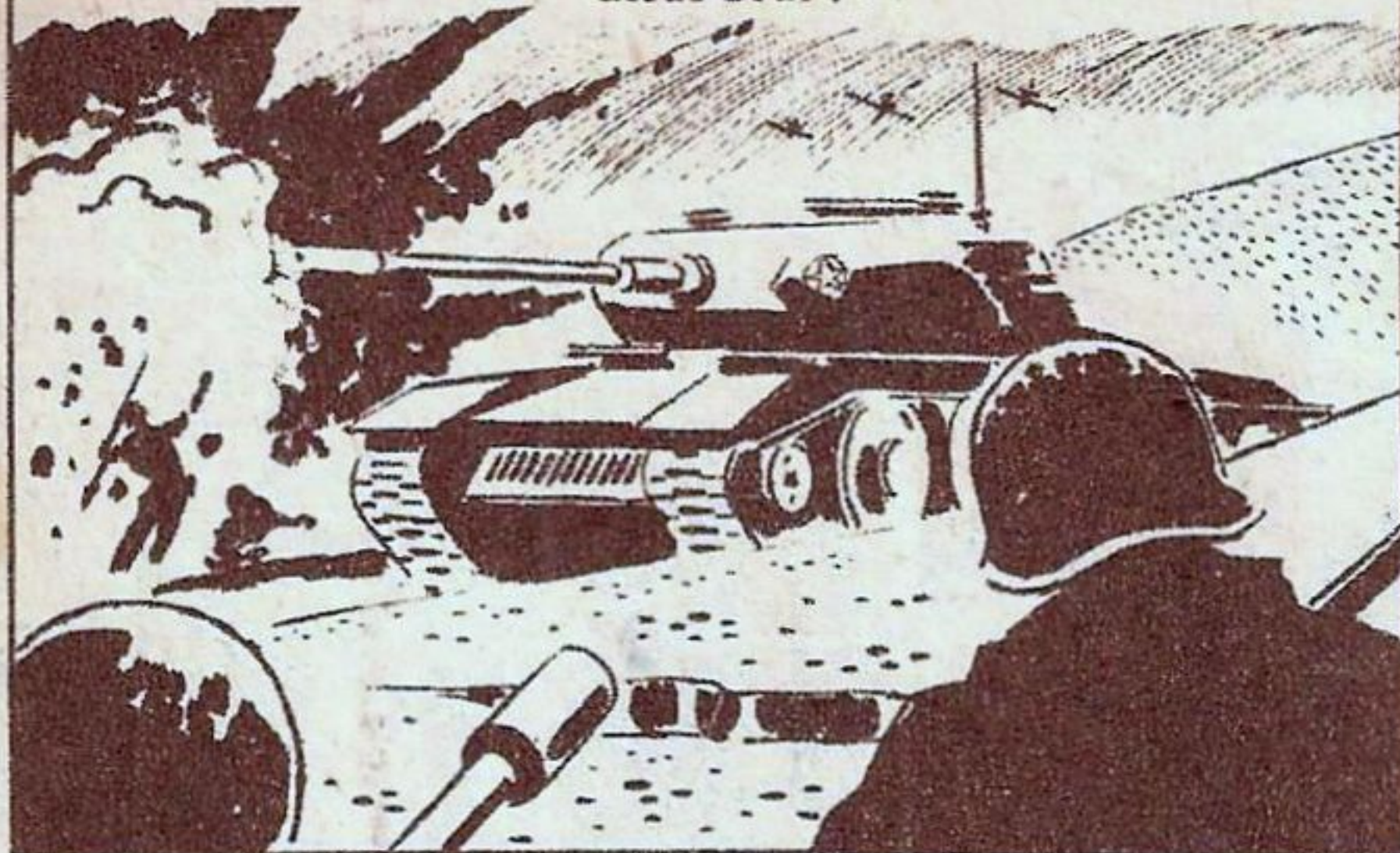
¿De manera que Chiang Kai-shek está totalmente derrotado?



¡Y entran abastecimiento rusos en China roja! . . .



Luego sobrevino la guerra de Corea, anticipada por Wanda desde Seúl . . .



En Wáshington no creían en la posibilidad de ese conflicto coreano . . .



¡Esa mujer está equivocada! Sé de muy buena fuente . . .

Poco después, empezaba en Corea la larga y costosa guerra contra los rojos . . .



¡Esa mujer no se equivoca nunca!

Temerariamente, Wanda Zelle recorrería el pequeño país montañoso . . .



No, gracias. Viajaré sola . . .

En el sector comunista, una tarde . . .



¿Quiere acompañarme? Está arrestada . . .

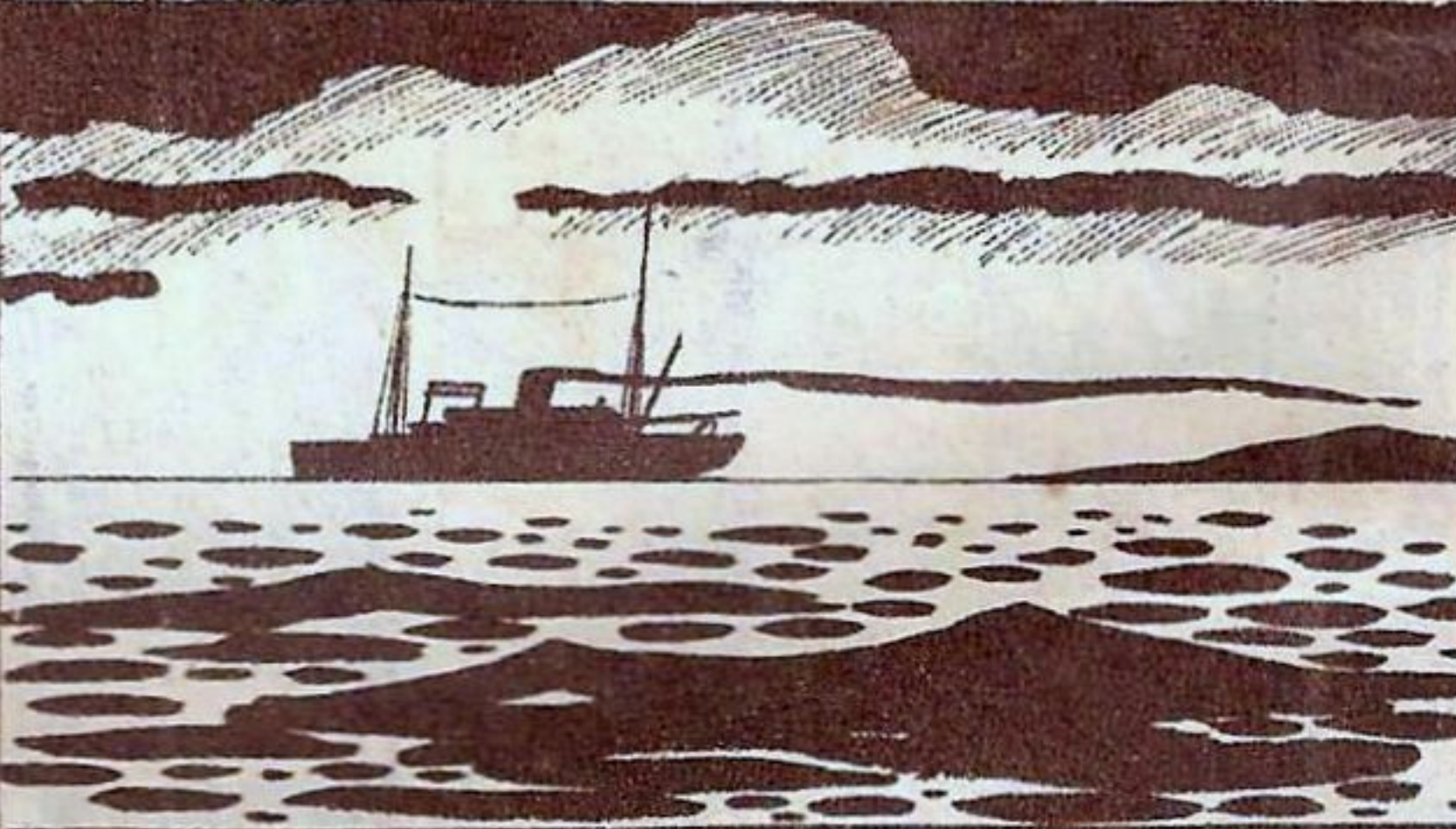
Wanda hizo a la perfección el papel de la dama sorprendida. Pero en el cuartel rojo se encontró, cara a cara, con Mato . . . "aquel coreano, muy amigo, de Java" . . .



¿Usted...? ¿Qué hace aquí?

Simplemente, hacerla detener por espía.

El infame Mato había trabajado en Java, no en favor de la causa nativa, sino intentando torcer el destino de Indonesia hacia el infierno comunista. Pero al fracasar, volvió a su patria —Corea— como jefe de un batallón rojo . . .



¡Esta mujer es muy peligrosa!  
¡La conozco perfectamente!



Sin siquiera someterla a proceso, fue fusilada . . .



Los relojes marcaban las 5.45 de la mañana. Coincidencia... ¡La misma hora en que ejecutaron a su madre, Mata-Hari...!



FIN



# Y AHORA RÍASE



— ¡Señor Bailey, no se tire! El departamento de impuestos cometió un error al poner tres ceros de más en la cifra total.



— ¡Hoy he tenido buena pesca! Saqué la compañera de la bota de goma que pesqué ayer.



— Este es el libro más extraordinario que saqué de la biblioteca. En él encontré un billete de mil pesos.



# HAY SANGRE EN LOS DIAMANTES

POR FRANCINA SIQUIER

DIBUJOS DE E. COLONNESE  
ADAPTACION



Cuando Odile llegó a Kimberley, una de las ciudades más importantes de la Unión Sudafricana, creyó que todo lo que le estaba ocurriendo no era más que un sueño. Era enfrentarse con una civilización distinta, con la milenaria Tierra Negra, con individuos cuya sangre era fuego derretido.



Odile Aubriet, apenas un año atrás, era una muchacha más de París, que estudiaba y soñaba, paseando al atardecer por las orillas del Sena con su novio Gastón. El cambio de su vida se inició el día en que Marcel Aucler acudió a la cita en lugar de aquél, para comunicarle que Gastón iba a casarse con otra...



El desconocido de aquél día, era hoy su marido. La voz la arrancó de sus evocaciones.

Ven, querida. Mr. Fleet nos llevará en su auto hasta el Hotel.



Durante el trayecto, apenas se fijó en Kimberley, ya que despertados los recuerdos, éstos se habían posesionado de su mente... Marcel se convirtió en su amigo, la ayudó en esos días dolorosos, y ella compartió a su vez sus preocupaciones debidas a un desagradable asunto.



Pierre Marchand, antiguo administrador y hombre de confianza del padre de Marcel...

...había logrado estafar a aquél grandes cantidades, y a su muerte decidió continuar haciendo lo mismo con el hijo. Marcel se decidió a hacerle frente, y su vida estuvo en peligro en varias oportunidades. Para ambos, representó mucho su amistad y un día comprendieron que ésta se había convertido en amor.

STORE



Muerto Pierre Marchand en trágico accidente, cuando una vez más había tratado de eliminar a Marcel, éste decidió partir a Africa, para ponerse al frente de la mina que perteneciera a su padre y que era lo único que había logrado salvar del desastre financiero. La boda había sido rápida y Odile fue feliz.





Esa felicidad derivaba de la comprensión, la afinidad espiritual. Ahora, juntos, iban a comenzar una nueva vida en Africa...

¿Te sientes bien, querida?

Un poco abrumada por el calor... El cambio de clima ha sido muy brusco.

No sólo la afectará el cambio de clima. La vida aquí es un poco complicada. Hay pocos ingleses, menos franceses, algunos alemanes, y los abundantes holandeses son tan difíciles de tratar como los Batues.

"BATUES", negros cafres y de otras razas, habitantes de esa región.

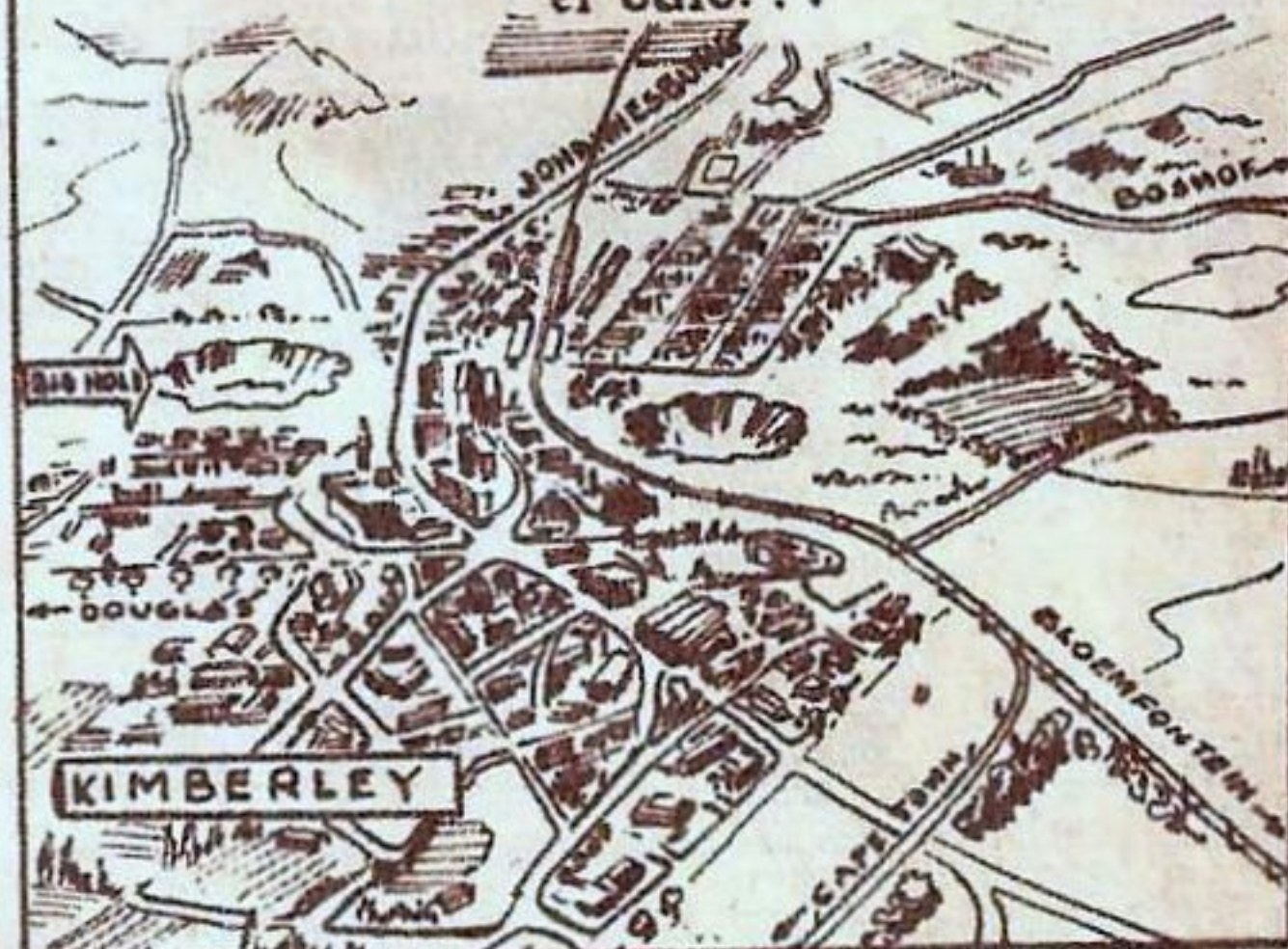
Poco halagüeño resulta esto para mi esposa, Mr. Fleet...

Aquí sólo son tolerados los descendientes de aquellos hombres que en 1867 descubrieron las primeras minas.

Mi padre la compró al primitivo dueño. Hace de ellos muchísimos años, así que no soy un advenedizo...

Kimberley, la "Ciudad de los Diamantes", tenía en la actualidad más de setenta mil habitantes, pero se la recordaba aún como tierra virgen, en la cual se descubrió el "Gran Pozo", donde hombres que a diario desafiaban la muerte, extraían la TIERRA AZUL, de la que más tarde sacarían los diamantes.

Esoz hombres sufrieron mil penalidades, defendiendo su parte del Gran Pozo. Más tarde, en las cercanías, se descubrieron otros. Y poco a poco fue naciendo la ciudad a la vez que la ambición, el miedo, el odio...



Llegaron pronto al Hotel.

Espero que querrán darse un baño... Más tarde, si lo desea, puedo acompañarle a la mina, Monsieur Aucler.

Muy amable, pero creo que Van Rees, el administrador, ha de venir a buscarme. Está enterado de nuestra llegada y me extraña que ya no esté aquí.

Ya en la habitación...

Me preocupa Van Rees. Ha estado muchos años al servicio de Marchand y creo que tendré en él a un enemigo. Ya viste cómo reaccionó cuando le notifiqué mi viaje...

Bien, tienes que tener en cuenta que Van Rees creía que tu padre había vendido la mina "realmente" a Marchand. No te conocía, y sus temores, en cierto modo, estaban justificados...

Es posible. Pero su actitud de hoy remueve mis sospechas... Tendría que haber estado esperándonos a nuestra llegada.



Por momentos pienso que tal vez hubiera sido mejor vender la mina y continuar en París...



Pero París tenía para ellos demasiados recuerdos amargos. El de Gastón, para Odile, el de Nicole, para Marcel...

Tras media hora de conversación, Van Rees volvió a insistir en su idea.

No intenté disuadirle de su viaje, porque consideré necesario discutir aquí el asunto. Pero creo que usted debe vender esa mina. No tiene experiencia ninguna, desconoce cuanto hace referencia a ellas y nada sabe acerca de los indígenas. Las dificultades serán tantas...



...que terminarán por aplastarle. Yo podría comprar esa mina, ofreciéndole por ella un precio prudencial.

Le agradezco su ofrecimiento. Pero estoy decidido a conservar esa mina de la cual nunca quiso desprenderse mi padre. Creo que podré ir adelante, contando con su experiencia.



—La mina linda con la selva... Es un lugar inhospitalario, donde siempre se está expuesto a una insurrección de los negros. Cuando usted se dé cuenta de lo que ello significa para su esposa, ya que no para usted mismo, recuerde mi ofrecimiento.



Esa noche...

Hombre extranjero querer quedarse, ¿verdad, Masa?

Sí, Omo, pero no se saldrá con la suya. Sabremos hacerle cambiar de opinión...



Masa sabe... Masa manda.

Esta misma noche deben enterarse todos tus hermanos de que ha llegado un extranjero indeseable. Que no se tomen medidas aún, pero que todos estén alertas. El nuevo dueño piensa introducir cambios en la mina, y eso siempre quiere decir más castigos para los tuyos...



Así, esa noche cálida, la brisa llevó a todos los rincones de la selva el mensaje de los tambores. Era una llamada diabólica, transmitida por hombres de ébano, silenciosos y espectrales. Hombres que velaban en la noche, embriagados de luna y de exóticos perfumes.





Una joven, que yacía despierta en su lecho, comprendió el mensaje siniestro y se incorporó angustiada.

¡Dios mío!... Haced que ese hombre se vaya antes que le ocurra algo...



Días más tarde, Marcel Aucler necesitaba clavarle las uñas en la palma de sus manos, para controlar sus nervios y aceptar la irrealidad de cuanto le rodeaba. Odile continuaba en el hotel, pero él pasaba todo el día en la mina o en la choza que Van Rees había hecho habilitar. Cada día era peor que el anterior...



Los negros se mostraban irritables y poco respetuosos. Le desagradó tener que amenazarlos, por consejo de Van Rees, con castigos corporales. Al mismo tiempo hería su sensibilidad verlos trabajar en condiciones ínfimas, bajo la vigilancia de perros.



Era evidente que cundía la indisciplina, y que los negros conseguían la DAGGA, tan preciada por ellos y que, como la marihuana, entorpecía sus miembros y los sumía en un estado de incapacitación. Pero para conseguir la droga, precisaban grandes sumas y por ello, sin duda, robaban diamantes que alguien se encargaba de sacar de allí y vender...



Más, ¿cómo podía luchar Marcel solo contra todo y contra todos? Esa tarde...

¡No es posible continuar! Usted no puede hacerme creer que estos hombres se hayan conducido siempre así. La mina no puede rendir en estas condiciones, y en este caso, no es un negocio tan apetecible como para que usted deseara adquirirlo...



Puede usted despedir a estos negros y contratar otros si los consigue. Pero verá que todos son iguales. Los nativos se aferran a un jefe. ¿comprende?...

¿Que quiere insinuar con ello?



No insinúo nada, Monsieur Aucler. Constató un hecho. Ellos me conocen y yo los conozco a ellos.

¡Al diablo con sus negros!



Odile, al verle, comprendió en seguida que se sentía abatido.

Habrà sido un día terrible. ¿verdad?

¡Pésimo! Estoy convencido de que Van Rees se complace en crearme dificultades. Pero no puedo aún prescindir de él...



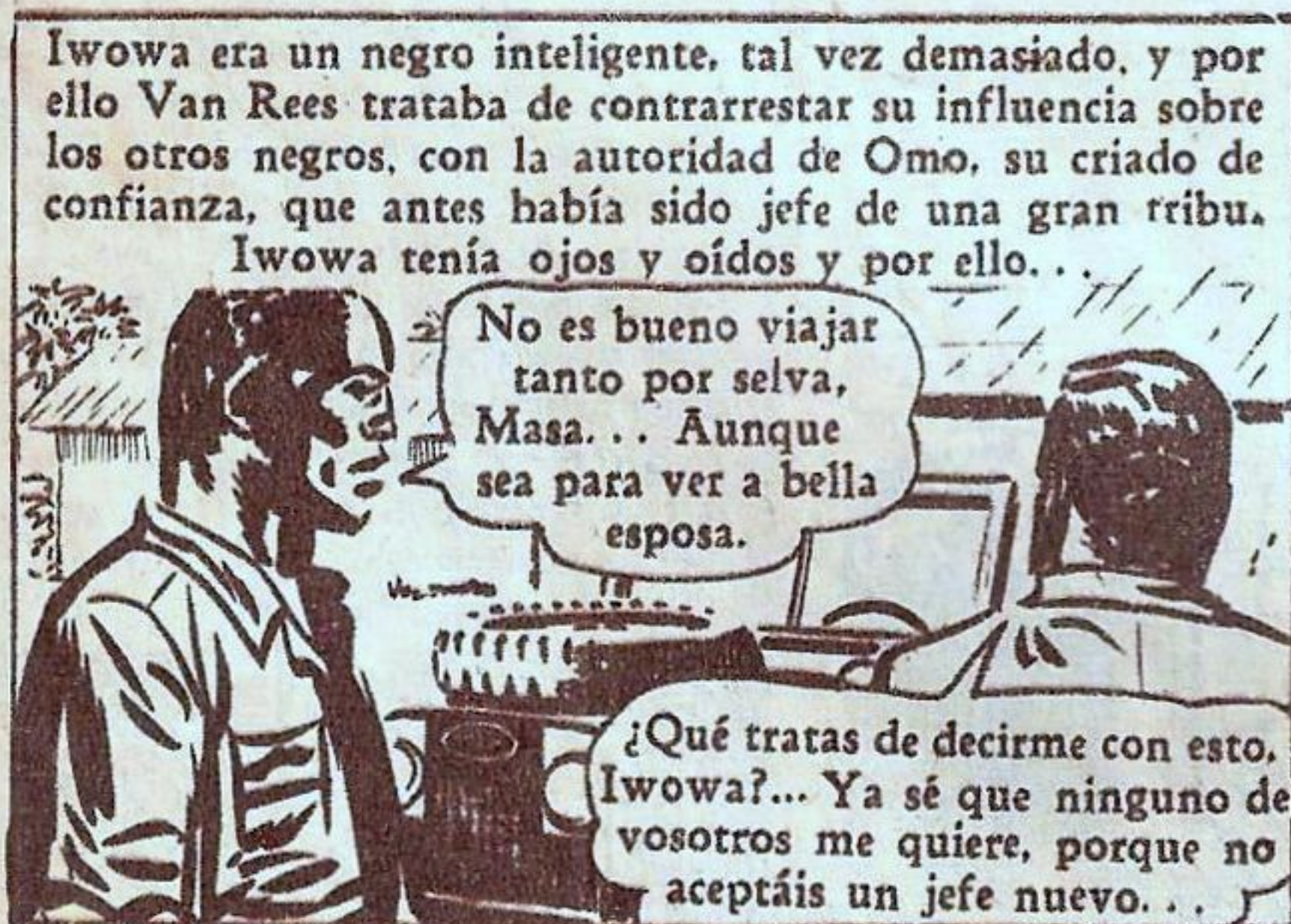
Tampoco podemos continuar así, Marcel. Hemos venido a luchar juntos... y juntos lucharemos. Haz preparar una de esas cabañas para nosotros, y yo procuraré crear un hogar. Eso te acercará a esos hombres. ¿No te das cuenta?



Momentos más tarde, Marcel puso en marcha su jeep y tomó el camino de Kimberley. Al pasar los límites de la mina, observó que alguien trataba de ocultarse tras unos arbustos. Esa hora del atardecer era propicia hasta para un asesinato... Y por vez primera se estremeció, como ante un presentimiento.









En ese instante, Odile sonreía ante la calurosa insistencia de Mistress Fleet.

Es necesario que asista a ese baile, querida. Nuestro Gobernador estará encantado al conocerla. Además, necesita distraerse.



Acercándose a la ciudad, Marcel sentía que su impaciencia se acrecentaba. En realidad, sería magnífico poder tener a Odile allá abajo, en la selva, tal como ella deseaba, pero no estaba seguro de sus hombres, y no podía exponerla al peligro. Quizá en el futuro, Iwowa le había hecho concebir alguna esperanza. De momento, estaba seguro de poder contar con él.



Y sin duda por ello, su rostro parecía más sereno cuando estrechó entre sus brazos a Odile.

¿Sabes una cosa? Mistress Fleet nos ha invitado al baile de la Embajada.



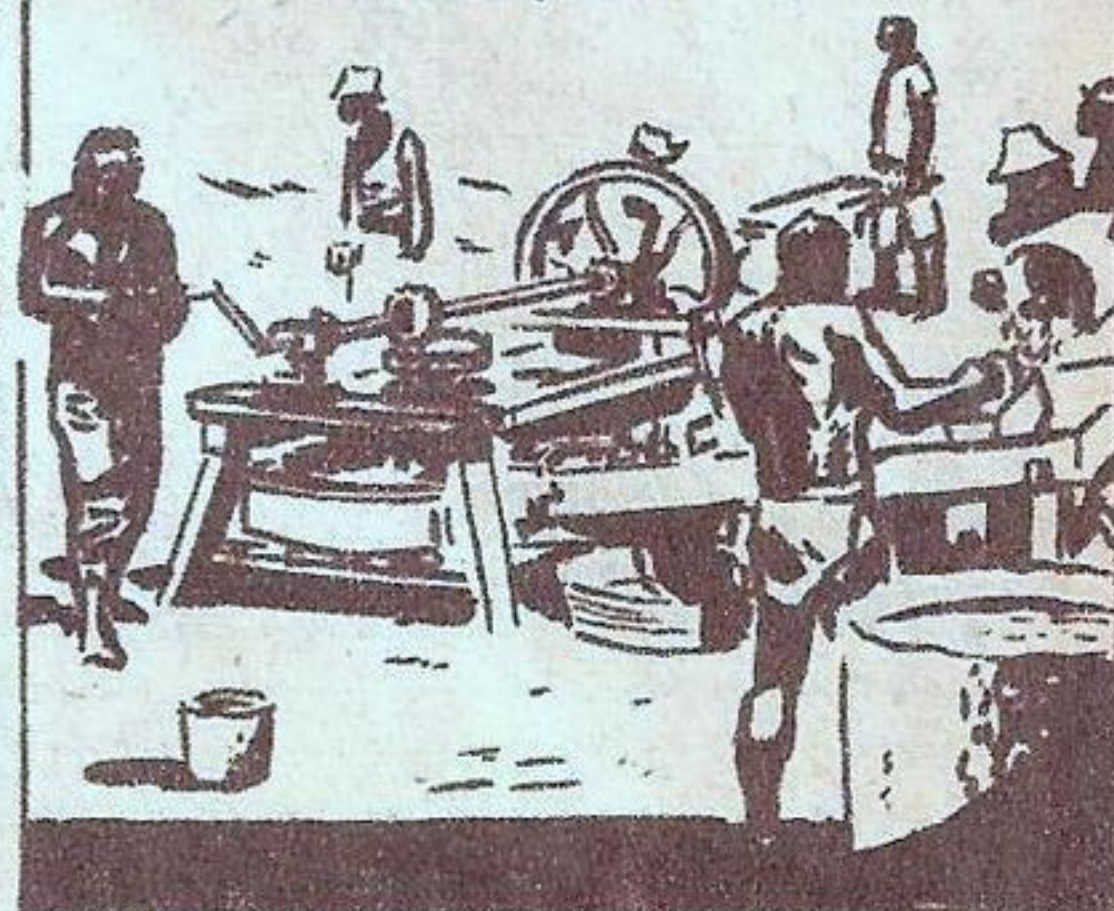
¿Un baile?.. Comprendo que ello te ilusione, querida. ¡Tienes tan pocas distracciones! Por supuesto, iremos, pero...

Debes prometerme olvidar por una noche tus preocupaciones.

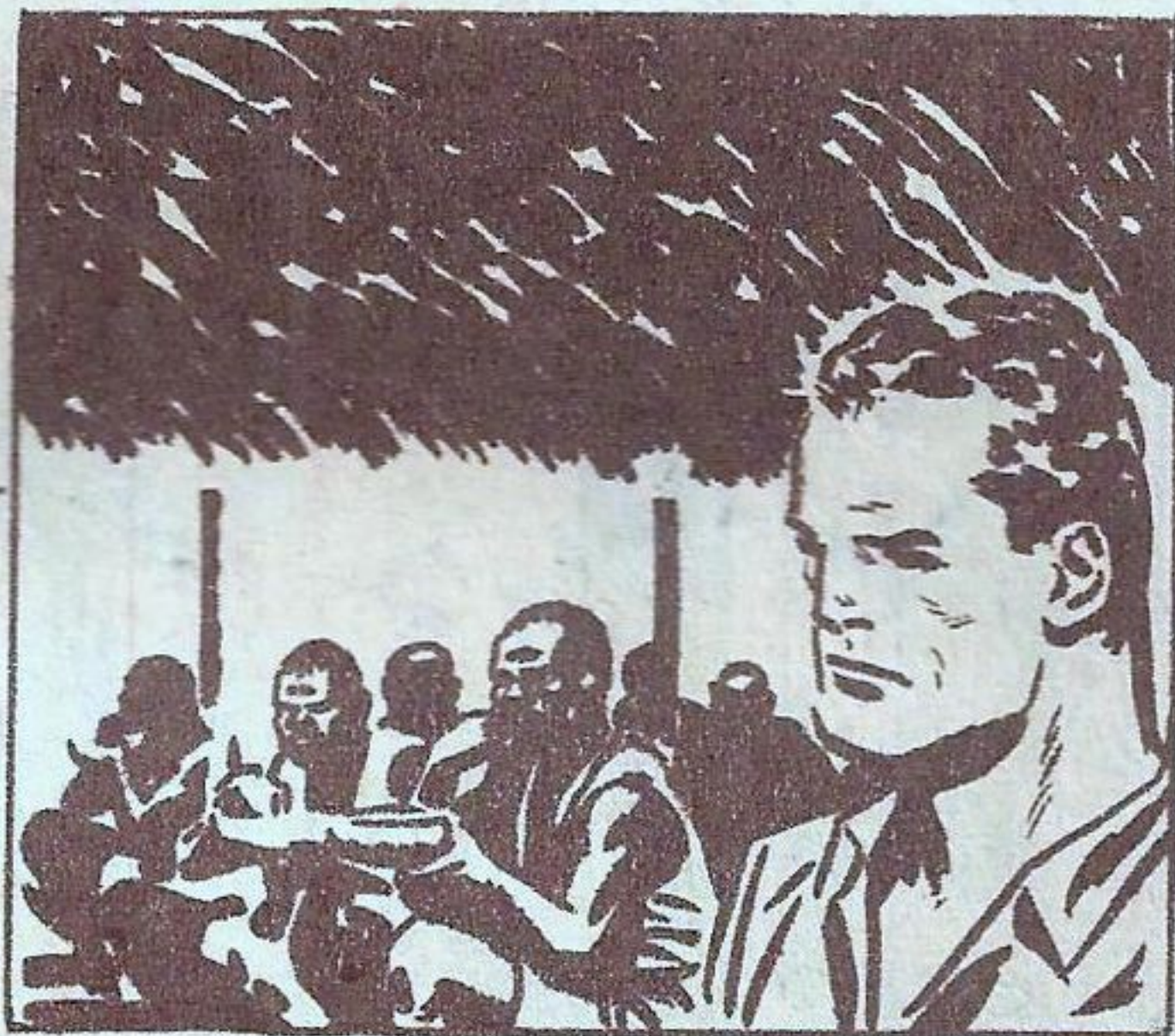
Te prometo que trataré de olvidarlas... Van Rees, aparentemente, es un preocupado administrador, pero en el fondo, es un rufián que se burla de mí.



En la mañana siguiente, Marcel creyó notar un imperceptible cambio favorable hacia él. La "Tierra Azul" de la que se extraen los diamantes, por ser muy dura, necesita ser trabajada con explosivos, y ese día los cartuchos de dinamita fueron colocados con acierto. Ahí mismo, se hacía el triturado y lavado...



Era indudablemente un procedimiento lento, un trabajo pesado, pero ese día, Marcel notó una imperceptible casi variación en la manera de trabajar de los negros y unas furtivas miradas mientras comían las dos raciones reglamentarias de arroz hervido. Sin duda, Iwowa les había hablado...



Marcel tomó una decisión rápidamente. Por ello, mandó llamar a Iwowa.

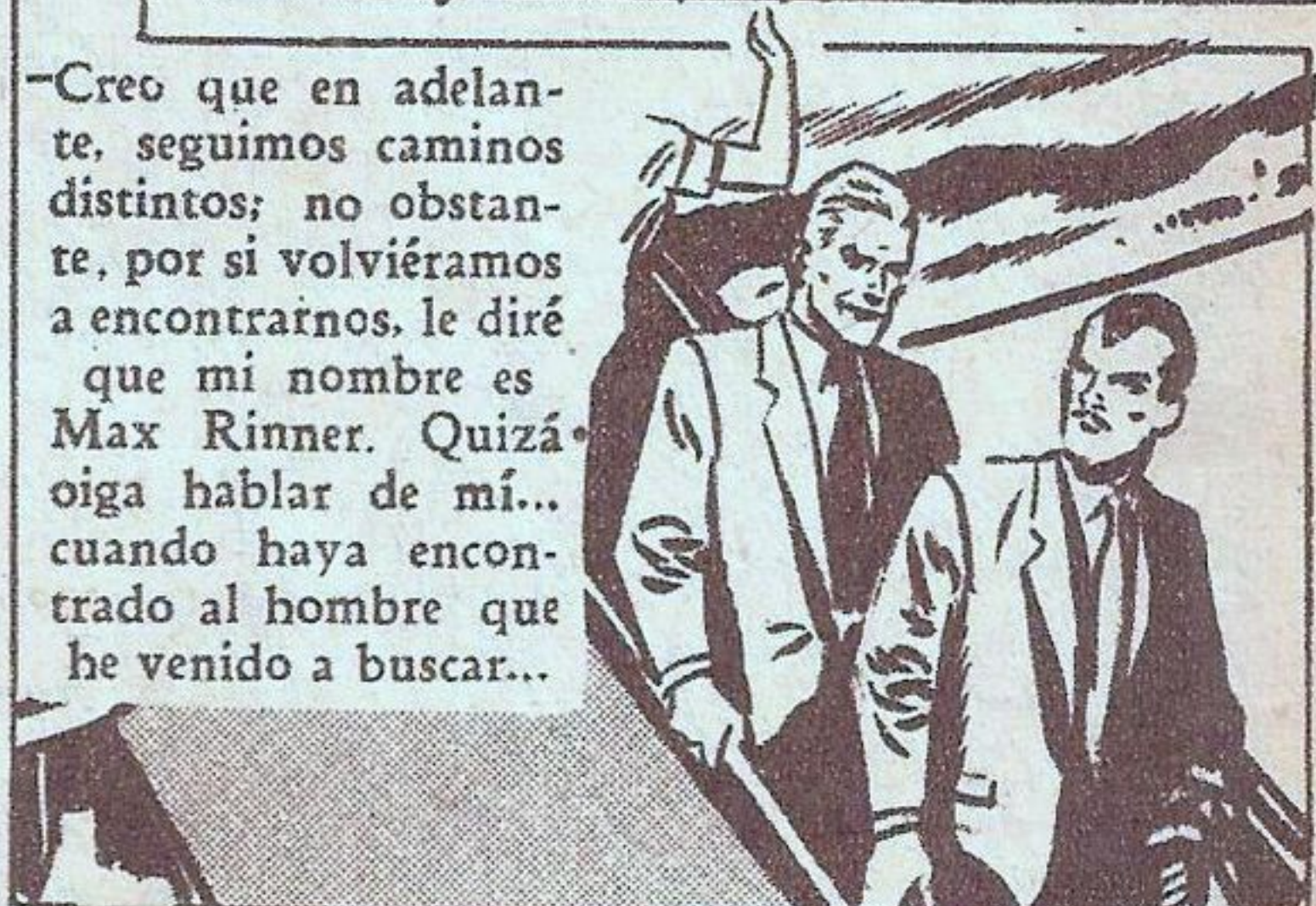
Tengo confianza en tí, Iwowa. Por ello, he decidido nombrarte capataz general de las minas. Elegirás los mejores hombres y les dirás que sabré recompensar su mejor trabajo.



El avión había llegado a su punto de destino. Los viajeros descendieron un poco mareados por el calor.



Creo que en adelante, seguimos caminos distintos; no obstante, por si volviéramos a encontrarnos, le diré que mi nombre es Max Rinner. Quizá oiga hablar de mí... cuando haya encontrado al hombre que he venido a buscar...





42

Mi nombre es Gastón Cienar... Y he venido en busca de una mujer. Una mujer que hoy pertenece a otro hombre. Pero necesito saber si aún me quiere o si la he perdido para siempre.



Lamentable... ¿Hace mucho que ella vive aquí?

Un par de meses... Su marido es dueño de una mina... Y ambos decidieron venir a este lugar. Me enteré por la madre de ella, que también me contó una serie de incidentes que los forzaron a optar por esta solución. Parece ser que él fue estafado por un tal Marchand, que murió en un accidente. De su patrimonio sólo salvó esta mina...



Yo la quería a ella, se lo aseguro, pero tuve oportunidad de hacer un matrimonio de conveniencia, me cegó la ambición y... sin explicación alguna, la dejé. Más tarde, me he arrepentido de ello, gané algún dinero y cuando regresé a su lado, me enteré de su boda... Fue un golpe duro.



Si ella le quería, ¿cómo le olvidó tan pronto y pudo casarse con otro?

Bueno, el despecho influye mucho. Además, según me contó la madre, este individuo se presentó a una cita que ella me había dado y a la cual no acudí, presentándose como amigo mío... Ganó su confianza, y después...



Comprendo. Un individuo desaprensivo... al que conviene desenmascarar. Si en algo puedo ayudarle... Me hospedaré en el Hotel Internacional.



Gracias. Es usted muy amable, pero creo que este asunto debo resolverlo con ella...



En la mañana del siguiente día, Van Rees acudió a Kimberley y habiendo visto peligrar su posición durante las dos últimas semanas, escuchó con satisfacción las palabras de aquel hombre.

He venido para ayudarle.



Usted sabe que yo era el hombre de confianza de Marchand. Esta mina, por la cual él tanto luchó, debe ser nuestra, así, pues, si Aucler no accedió a vendérsela aceptando la proposición que yo le indiqué le hiciera, vamos a obligarlo... ¿Comprende? Conozco diversos medios de persuasión.



Querido Van Rees, la obstinación de un hombre vale poco en ciertos casos. Siempre hay un punto débil y hay que saber atacar por ahí... Supongo que usted se ha rodeado de hombres en los que es posible confiar... Es cuanto necesito.



En el auto de Van Rees, parado frente al hotel, esperaba una joven. Al verla, Max Rinner...

Es mi hija Yolanda...



¿Cómo!... ¿Tiene costumbre de arreglar sus asuntos tan bien acompañado?



Supongo que ello le ocasionará más de una preocupación...

Muchísimas. Vive conmigo, allá en la mina... Pero KEN DORIEN no es un lugar adecuado para una joven... Sólo por ella quisiera poseer el dinero suficiente para proporcionarle otra cosa...



Yolanda enrojeció bajo la mirada cínica de Max Rinner, mientras éste estrechaba su mano. Una impresión de desagrado instintivo la obligó a desviar la mirada clara de sus ojos azules y a musitar apenas unas corteses palabras de saludo.



Efectivamente Van Rees, su hija merece otra cosa que la selva... En los salones de París causaría sensación... Esperemos que tenga la oportunidad de poder llevarla a mi ciudad. Señorita, ha sido una sorpresa agradable conocerla.



Van Rees, contraídos los músculos de su rostro, puso en marcha el auto. Podía admirar a Max Rinner y asociarse con él en una arriesgada y poco escrupulosa empresa, pero no le agradaba que semejante individuo rozara siquiera con su mirada a su hija censurándose por su malhadada idea de llevarla consigo para así evitar ulteriores sospechas de Marcel al verle ir a Kimberley en pleno trabajo.



Estás preciosa, mi amor... Ese vestido te sienta admirablemente y no te lo había visto nunca.



Odile sonrió dichosa. Y pensó que al efectuar una boda rápida había muchas cosas que no se conocían, por ejemplo, aquel vestido que no obstante, ella había llevado en cierta ocasión que saliera con su primer novio, con Gastón...

Esa mirada rememorativa era cada vez más frecuente en los ojos de Odile, y Marcel, dolorido frunció el ceño. Quizá sus temores fueran absurdos pero no podía sustraerse a ellos.



Vamos. Se hace tarde...

Gastón Clenar estaba en su hotel. Llevaba tres días en Kimberley y aún no había podido ver a Odile, habiendo averiguado sólo que la mina Ken Dorien estaba en plena selva. No pretendía des-



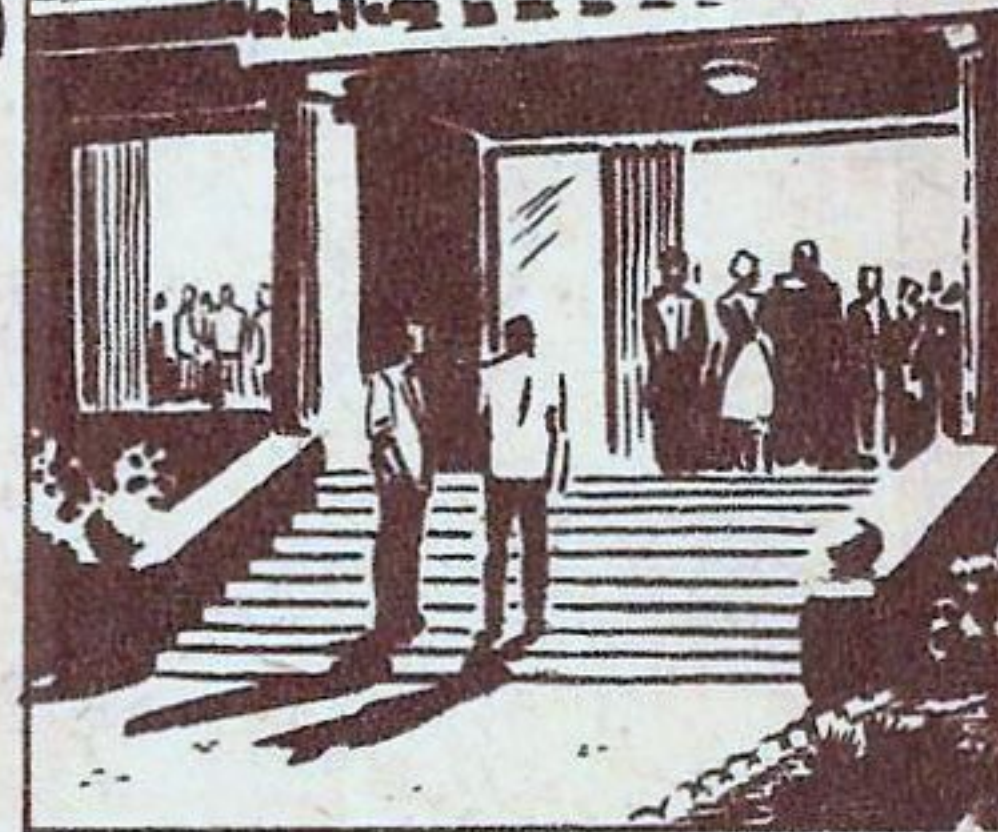
truir un matrimonio; sólo deseaba verla, justificarse y averiguar... si ella le quería aún. En tal caso...

Max Rinner penetró en la habitación.

Dése prisa, Clenar. Vamos a ir a una fiesta en la cual puede usted pasar unas magníficas horas, y tal vez... encontrar a esa mujer que busca y que esta tarde me dijo que aún no había encontrado...



Desde luego, era una posibilidad que se le ofrecía inesperadamente. Poco después salieron juntos del hotel. En la residencia oficial donde se daba la fiesta, Max Rinner le dejó solo, con una plausible excusa.





44

Tome esta invitación. Yo me reuniré más tarde con usted porque ahora debo esperar a un amigo.



Si cuando Gastón ascendía la escalera se hubiera vuelto a mirar a Max Rinner, la helada sonrisa de éste y el destello diabólico de sus ojos, le hubieran alarmado...

Apartado de la luz y fumando nerviosamente, Max Rinner vio llegar a muchos invitados, y en una ocasión sus manos se crisparon con furia. Algo después, se acercó a la pareja que se aprestaba a entrar en el edificio.



Un momento Van Rees...

El temor acentuó la palidez de Van Rees.

Usted me dijo que la invitación que tanto me costó conseguir era para otro...

Por supuesto. No soy tan imprudente que vaya a esa fiesta y me haga ver de... Bien, de quienes no deben verme.



No creo prudente...

¡Oh!... No tema. "El" hace rato que entró... Pero por supuesto, no quiero privarlos de la fiesta. Lamento, mademoiselle Yolanda, no poder bailar con usted. Está encantadora.



Gracias, señor.

Muchos hombres se sintieron deslumbrados por la belleza suave, pura y delicada de Yolanda Van Rees, que, del brazo de su padre, cruzó los salones. Entre ellos, Gastón Clenar, buen conocedor de mujeres, que no obstante, sonrió con tristeza pensando que su amor por Odile le obligaba a sentirse en el fondo insensible.



Y de pronto la vio. Era por fin el momento tan deseado y no vaciló.

¡Odile!...

¡Gastón!... ¿Es posible que seas tú?



Apoyó una mano en su brazo y ella, sin resistencia, se dejó conducir al jardín. Era demasiado emocionante encontrar allí, a miles de millas de distancia de París, al hombre que otrora fuera tan importante en su vida... Pero Marcel, que tomaba unos whiskeys con Mr. Fleet, observó el encuentro y la salida...



Hasta ellos llegaba muy lejana, la música. Odile, silenciosa, escuchó y después, levantando hacia él sus ojos en los que brillaban las estrellas...



Te disculpo ahora, porque he dejado de quererte, Gastón. En otro tiempo... juré no perdonar tu olvido, tu abandono...



Es horrible que cuanto nos unió en el pasado, haya quedado destruido para siempre, que no quede nada en tu corazón...

Queda algo, Gastón, una dulce tristeza por mis ensueños de muchacha, rotos... Por las ilusiones que truncaste.



Entonces...

Es inútil toda insistencia, amo a mi marido, y fíjate, aunque no le quisiera, jamás me separaría de él por el concepto que tengo del matrimonio... Espero que comprendas y que podamos separarnos una vez más, pero ahora sin rencor...



Marcel había salido al jardín y las palabras "aunque no le quisiera jamás me separaría de él" pronunciadas por Odile, le indujeron a pensar que la joven reconocía con ellas que sólo continuaba a su lado por su concepto estricto del matrimonio. Ansioso, siguió escuchando...



Fuiste tú, al fin, quien pusiste en mi vida a Marcel...

Bueno, eso es una cosa absurda.

Aucler nunca fue mi amigo... Y he llegado a la conclusión de que quizá encontrara un impermeable extraviado, en el cual había una carta que te escribí, relatándote mi decisión de no acudir a la cita y mi proyectada boda...



Odile tuvo que apoyarse en el brazo de Gastón.

¿Quieres decir, entonces, que durante todo este tiempo él ha fingido...?



No sé las razones que tendría para ello, pero es así...

Te agradezco esta aclaración... Y ahora te ruego que me dejes sola. Mañana... tal vez mañana, pueda hablar nuevamente contigo y despedirnos.



Está bien. Pero recuerda que pese a todo, espero tu llamado... Estaré un par de días aún en el Majestic.

Al alejarse de su lado, Gastón tenía plena conciencia de que nuevamente la había perdido. Era duro reconocerlo así. De pronto, chocó con algo celeste y vaporoso y reconoció a la hermosa muchacha de antes, que jadeante, le rogaba...

¿Quiere bailar conmigo?



Por supuesto... Yo...

-Sí... Le parece inusitado mi proceder, pero... No sé dónde está mi padre, no conozco a nadie y hay alguien aquí en el jardín que... He tenido que huir de él y de sus insistencias...



Al amparo de las sombras del jardín Max Rinner había sido espectador de muchas cosas y a la vez, había logrado acercarse a la joven y asediarla.

Su presencia y su ruego es para mí un regalo inesperado de los dioses...



¿No le molestará cuidar de mí...?



Max Rinner esperó en vano ver de nuevo a Yolanda Van Rees y, cansado al fin, aplastó contra la yerba el último cigarrillo de la noche.

Bah... Al fin no es más que una chiquilla estúpida. Y puedo obtenerla cuando quiera, por más que ella ni lo sospeche.



A pocos pasos de él, una mujer y un hombre se miraban, por primera vez, muy distantes...

Salí a tomar un poco de aire porque no me siento bien. ¿Te molestaría que dejáramos la fiesta?

Al contrario.



Hicieron el viaje de regreso al hotel en silencio. Mil preguntas bullían en sus mentes, pero el temor de una amarga verdad y de pronunciar palabras irremediables, los forzaban a mantenerse en doloroso mutismo. Vivían las primeras horas de prueba de su matrimonio.



Continuaba la fiesta, y Gastón comprobó que aquella maravillosa muchacha le había ayudado a soportar unos momentos desagradables.

Ha sido magnífico conocerla. Sólo lamento tener que regresar tan pronto a París... Nada justifica mi presencia aquí, y sin embargo, me agradaría poder llegar a ser su amigo...



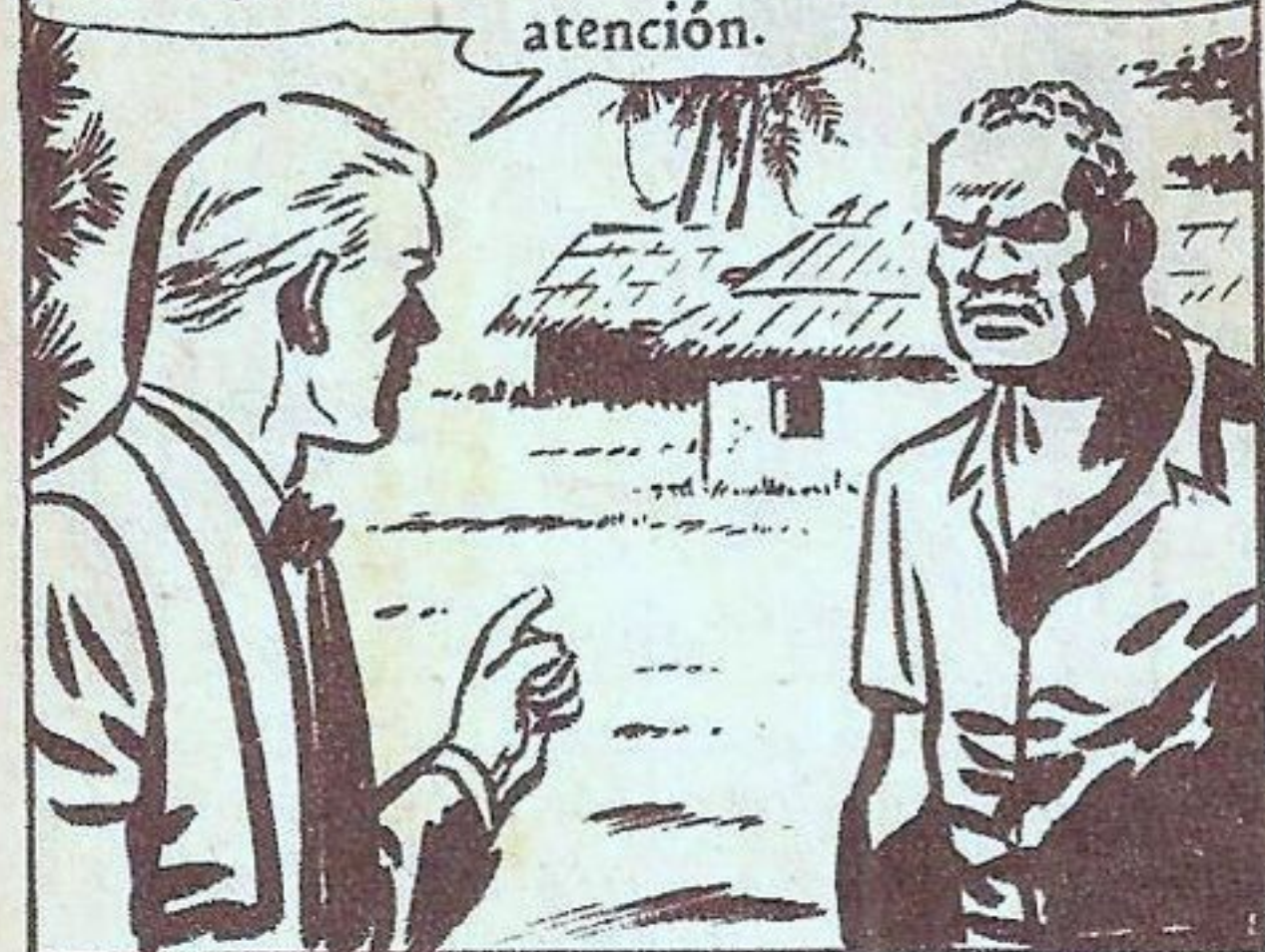
La amistad nace pronto cuando hay afinidad de caracteres... Si usted permanece aún algunos días en Kimberley... Quizá papá me prestara su auto y podría mostrarle algunos parajes interesantes...



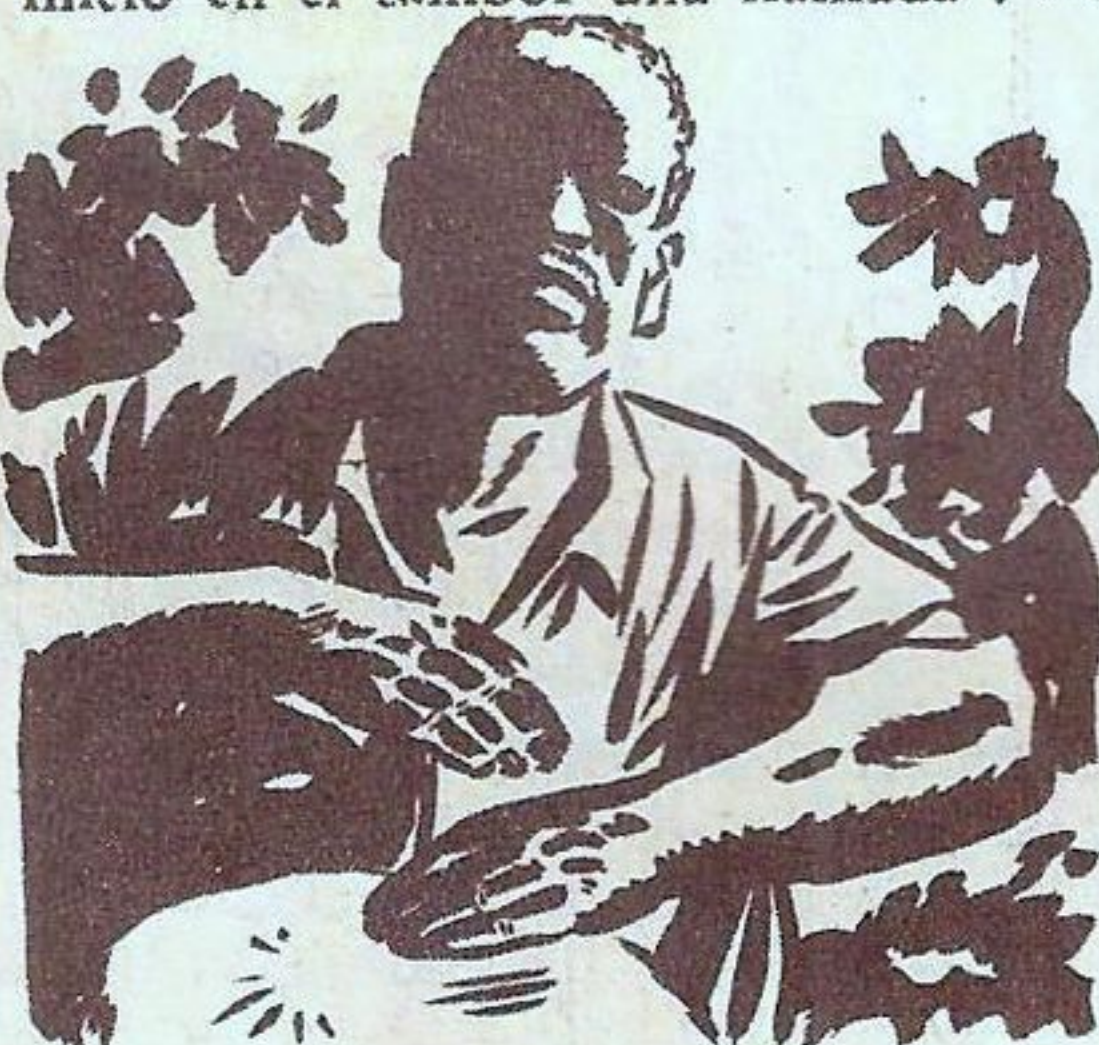
¿Puedo esperar entonces que acceda a salir mañana conmigo?

En el amanecer violáceo, un hombre se deslizaba por entre los arbustos y al llegar junto al negro...

Omo, sé que eres fiel a tu amo y por él estás dispuesto a todo. El extranjero quiere despedir a tu señor. Es preciso hacer algo para impedirlo. Escúchame con atención.



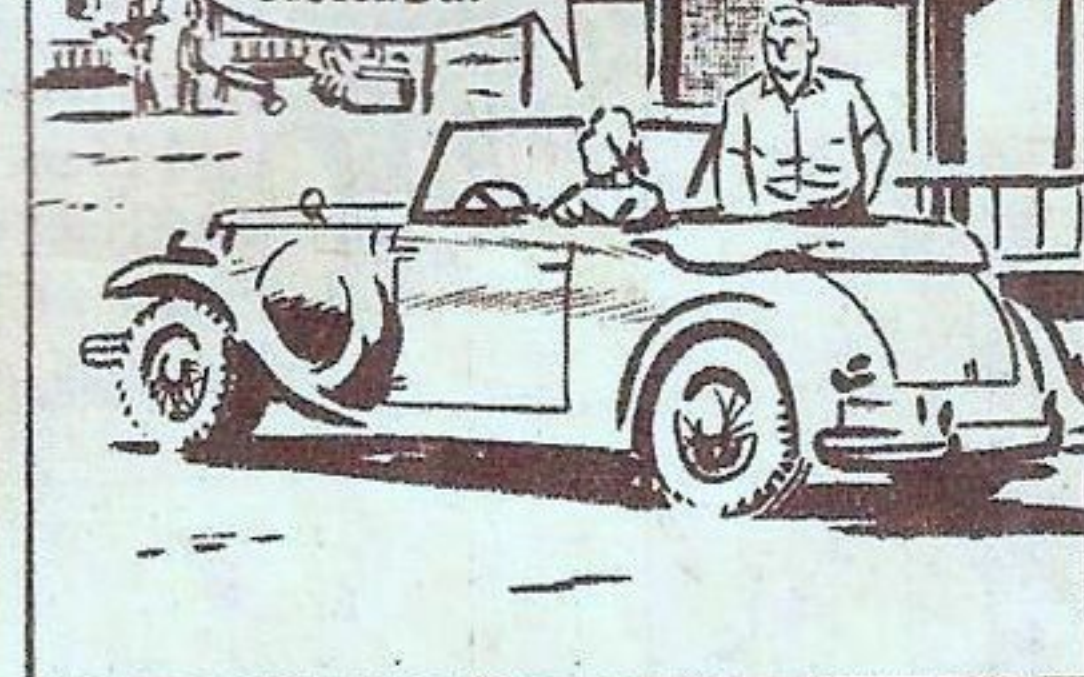
Las voces se confundieron con los mil murmullos de la selva que iba despertando lentamente. Luego, con el mismo sigilo que llegara, el hombre se alejó de allí, y el negro, con una sonrisa que hacía brillar sus nítidos dientes, inició en el tambor una llamada...



Durante el día se trabajó con inusitada actividad. Mediada la tarde, llegó Odile a Ken Dorian, en el viejo auto prestado por Mr. Fleet.

¿Usted aquí, señora?

Un indígena ha venido al hotel este mediodía, diciéndome que mi esposo me necesitaba.



Monsieur Aucler nada me dijo... Está en la mina T. porque hace un rato lo mandó llamar el capataz Iwo-wa. Iré a avisarle.

Quizá señora querer conocer mina trabajando... Omo enseñarle camino...

Sí, iré yo.



Omo acompañó a Odile hasta la mina T., la más alejada de todas. Al penetrar en ella, el aire húmedo, pesado, la hizo estremecer y por primera vez la joven encontró absurda la perentoria llamada de Marcel. Se habían separado por la mañana, dolidos por el silencio de la noche anterior.





Le pareció que el llamado indicaba que él necesitaba de su presencia. Pensaba en ello, cuando unos negros, provistos de humeantes antorchas se abalanzaron sobre ella, profiriendo gritos guturales. Horrorizada, trató de retroceder, y cayó desvanecida.



La voz de Marcel era tan fría y dura que pareció un puñal que rasgaba el aire.

Sea quien fuere el responsable de la desaparición de mi esposa, lo descubriré, y he de matarlo. En cuanto a usted, Van Rees, tendrá que entenderse con la policía.



Van Rees se secó el sudor. ¿Cómo hacerle comprender que él nada sabía?

Le suplico Aucler que me crea. No tengo nada que ver en esto...



-Voy a formar tres grupos. Iwowa irá en uno; Van Rees, en otro y yo, en el tercero. Hay que recorrer la selva y encontrarla.

Por supuesto...

Yo tener una idea... Masa.



Mientras Marcel se adentraba por la selva con un grupo de negros, siguiendo un camino indicado por Iwowa, y cuando Van Rees se disponía a salir en busca también de Odile, Max Rinner apareció ante él.



Bien, ahora debe usted enviar un mensaje a Marcel Aucler para que nos espere... Está ya en nuestras manos y ha llegado para nosotros la hora del triunfo.

Temo no comprenderle, Max Rinner.

Es natural... Yo he preparado el rapto de Odile Aucler. Y ahora, Marcel, deberá firmar este papel de venta para librarla de una segura muerte... Su vida, a cambio de la mina.



Pero, después... suponiendo que firme... que nos venda la mina...



¡Oh... después!... Cuando NOS haya vendido Ken Dorian, quizá Marcel Aucler conozca algo de lo que puede ocurrir en el corazón de la selva y no regrese más a Kimberley...

Lejos de allí, una joven sentía nacer en su alma emociones nuevas.

No sabe lo que ha representado su amistad para mí, Gastón. Al salir del colegio tuve que enfrentarme con una vida terrible, en plena selva, siempre escuchando el monótono tañido de tambores, entre odios de raza, entre ambiciones...



Tampoco usted puede comprender lo que significó conocerla... porque ignora mi pasado y el motivo que me trajo a esta ciudad...



Y entonces Gastón contó su historia, -Así, pues, usted estaba enamorado de Odile Aucler, la esposa del dueño de la mina Ken Dorian, de la cual mi padre es el administrador...

Sí, Yolanda. Y esa noche, cuando ella me dijo que amaba a su marido, cuando comprendí que irremediablemente la había perdido quedé destrozado. Mas en ese instante...



-¿Me creerá si le digo que al conocerla algo nuevo comenzó a nacer en mi alma?...



De manera que estaba usted tras esto...

Como le he dicho, su mujer está con la tribu de la que antes era jefe Omo. Hay orden de matarla si antes de la puesta del sol no han ido a rescatarla...



¿Qué pruebas tengo de que dice la verdad?

Ninguna. Puede esperar, si gusta a...  
Entonces, tendrá más prueba...



Las cínicas palabras de Max Rinner penetraron en el corazón de Marcel. Pálido, desenchajado, imaginó el horrible tormento que estaría viviendo Odile.

Y entonces, sin vacilar, firmó aquello que si bien representaba la pérdida de la mina por la cual tanto luchara, significaba asimismo la posibilidad de recuperar a su esposa.  
-Perfecto. Omo le conducirá y para mayor seguridad irá con usted. Van Rees.



El administrador se había mantenido silencioso durante la escena. Después, cuando Marcel, seguido de Omo, Iwowa, y varios negros iniciaban la marcha, antes de reunirse con ellos...

No quisiera que esto trajera complicaciones...



No las habrá... La mina es MIA y sé como defenderme... ¿Comprendido?

Había sido una hábil jugada más de Max Rinner. Y Van Rees, estupefacto, vio que en el documento Marcel Aucler había vendido SOLO A RINNER la mina. Comprendió que sólo le restaba obedecer, y dando media vuelta se unió al grupo. A sus espaldas, resonó la risa sarcástica del hombre que era el dueño de la situación.

Contraídos los músculos y mirando el sol que comenzaba a ocultarse tras las lejanas colinas, Marcel avanzaba al frente de sus hombres. De pronto, Iwowa se paró. Y abalanzándose sobre Omo, lo hizo caer de bruces.



Iwowa, en su idioma salvaje, increpaba duramente a Omo. Después, triunfante se levantó.

Temía fuéramos engañados, Masa... Omo llevarnos a lugar lejos de su tribu. Omo cumplir órdenes extranjero malo, para que señora muriera...

¡Iwowa! ¿Qué haces?



Allá, en el corazón de la selva, los negros daban rítmicamente circundando a Odile, amarrada a un poste. Los rayos ponientes del sol arrancaban destellos de sangre a la lujuriente vegetación.



También fulguraba el sol en el cabello de Odile. Y de pronto, en roja llamada, se extinguió en el horizonte. Todo se tornó extrañamente azul, casi violáceo... El jefe, levantándose, dio una orden.



Mujer blanca debe morir...

En ese instante, llegaba Yolanda a Ken Dorian. Una sonrisa dulcificaba su faz, recordando las palabras de Gastón al separarse en Kimberley... "La vida me enseñó que hay que retener aquello que queremos y yo no me resigno a perderla...". Al entrar en la cabaña, gritó:

¿Usted?... ¿Qué hace aquí?





Podrías saludar un poco mas amablemente, pequeña. Ya sabes que me gustas y puedo asegurarte que te he estado esperando impaciente.



¿Dónde está papá? ¿Dónde está Omo?

El horror se reflejó en las pupilas de Yolanda cuando lo vio avanzar hacia ella.



Están lejos. Muy lejos, pequeña.

El jefe da la orden. Y Odile comprendió que algo terrible iba a ocurrir. En un instante, pidió a Dios un milagro. Y entonces, vio aparecer a Marcel.



¡Odile!... ¡Mi vida!...

Yo hablaré con el jefe.

Omo había creído, instigado por Max, ayudar a su amo, pero en aquel instante comprendió que Van Rees deseaba salvar la vida a la mujer blanca y habló en su favor. Más tarde, una silenciosa comitiva regresaba a la mina. Marcel llevaba en brazos a Odile, que estaba al límite de sus fuerzas.

Con la cabeza inclinada, Van Rees se adelantó hacia su cabaña. De pronto, un grito angustiado le obligó a correr. Al abrir la puerta...



¡Suelte a mi hija!... ¡Maldito!... ¡Cien veces maldito!...

Max Rinner, exasperado por aquella interrupción, sacó su revólver, pero Van Rees fue más rápido.



Un segundo después, aquel hombre abyecto se revolcaba en el suelo...

Tendrá ocasión de hacerlo, Van Rees. Mis diamantes están ahora manchados de sangre, pero haremos que resplandezcan de nuevo limpios y puros. Haremos que en Ken Dorian los hombres conozcan otra vida.



Usted nunca me quiso, Van Rees. Trató de obstaculizar mi labor, pero estoy seguro de que ignoraba los planes de Rinner. No se preocupe por su muerte. Ha sido en defensa del honor de su hija. Y si usted no le hubiera matado, lo habría hecho yo...



Señor... Yo... Yo quisiera probarle en adelante mi lealtad.

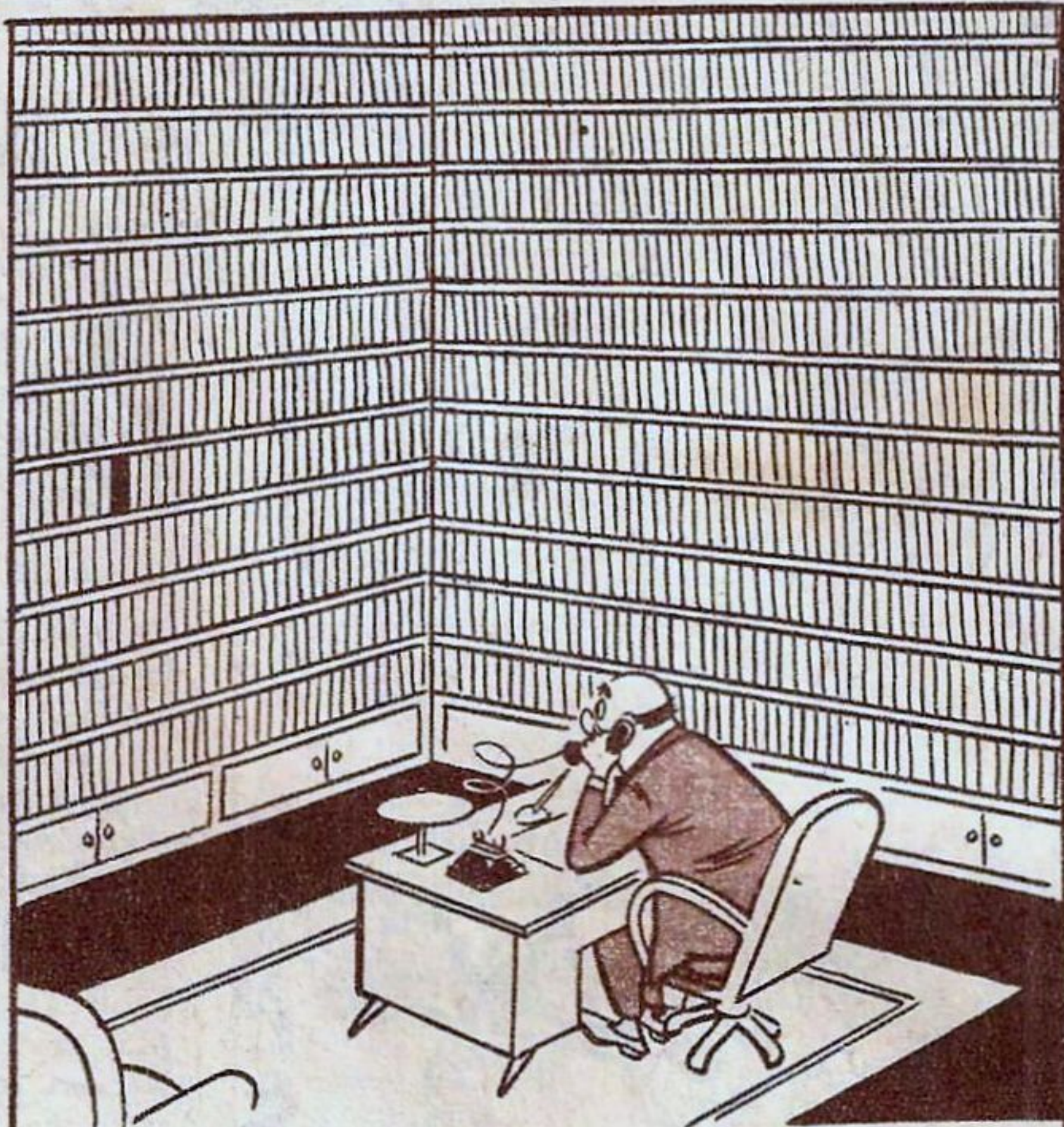
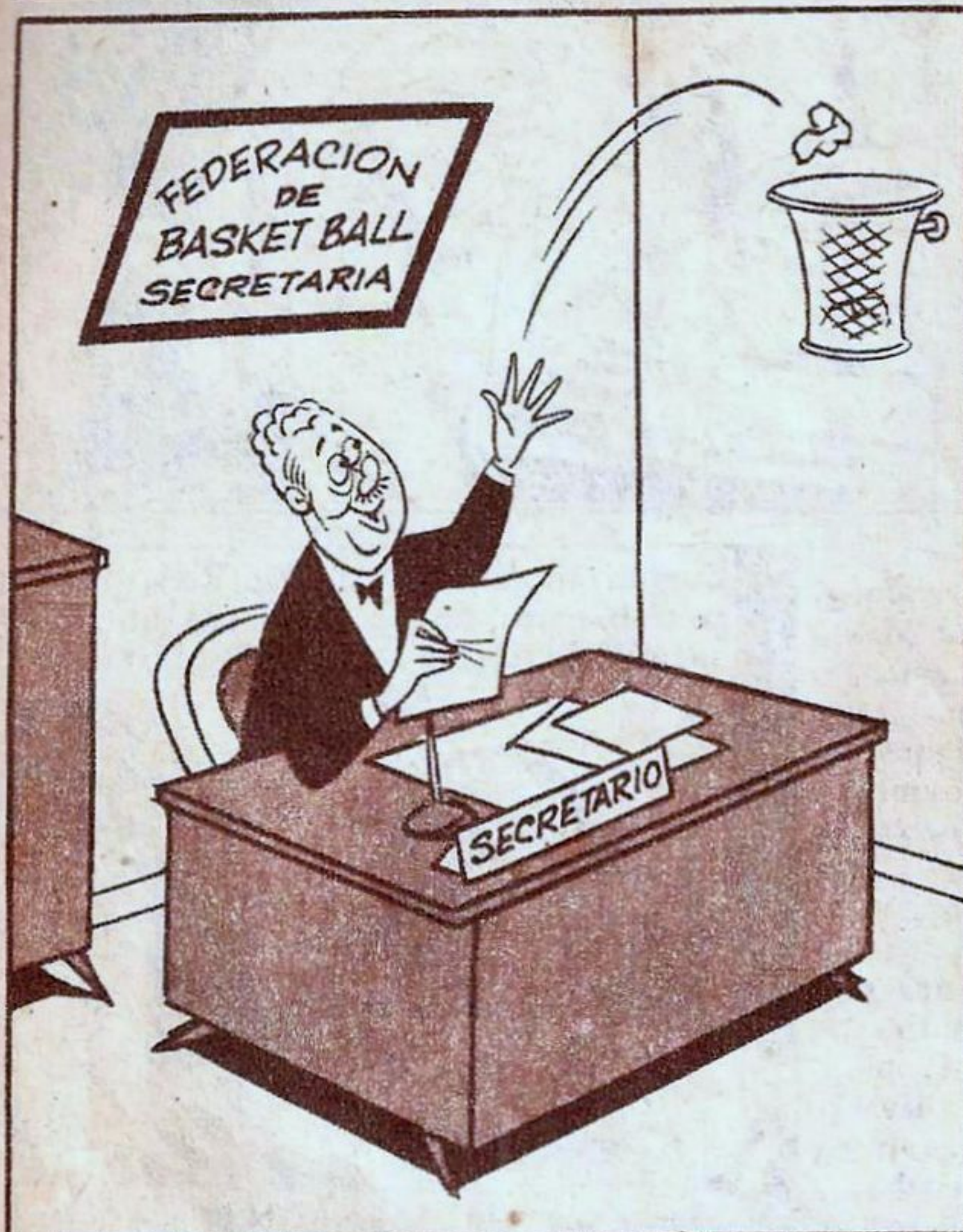
Brillaban en el cielo las primeras estrellas. Van Rees conducía el auto y en su hombro se apoyaba la cabeza de Yolanda. Detrás, unidas las manos, Odile y Marcel se miraban con la dolorosa sensación de haber estado a punto de perder su felicidad y su vida. Por fin, un futuro luminoso estaba ante ellos. Y también Yolanda soñaba, porque allí, en ese Kimberlev cuyas luces se veían ya, la esperaba un hombre, al que estaba segura de querer.



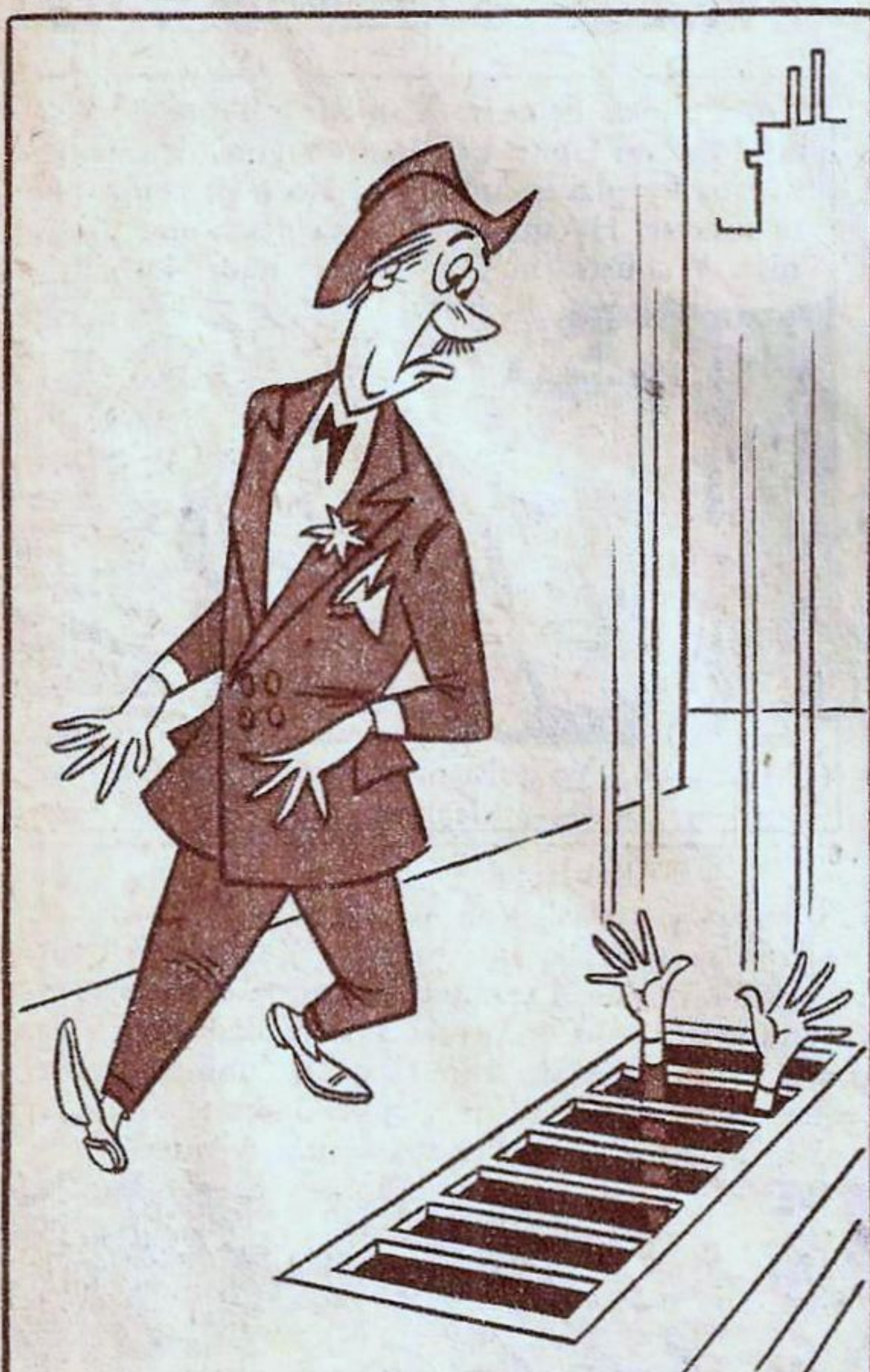


# MEMORADAS

POR ALFREDO FERRONI



- QUISIERA RECLAMARLE ESE LIBRO QUE LE PRESTÉ HACE UN AÑO...



- MI PREOCUPACIÓN ES QUE CADA DÍA ESTOY MÁS DELGA...



- ¡CARAMBA! ¡TANTO HABLABA SU PAPA EN LA OFICINA DE SU "NENA"!

ALFREDO FERRONI



# ASIA

POR **HENRI LENORMAND**

*Adaptación*

Dibujos de **ARTURO DEL CASTILLO**

Intervalo Álbum 40 -XIII- 16/5/1961

Lenormand es una de las figuras más grandes del teatro francés contemporáneo, y su talla universal suele compararse a la de Ibsen, el célebre dramaturgo noruego. En

**Asia**, una de las obras representativas del genio de Lenormand, se pone en juego un viejo tema literario, pues, según el decir de un crítico, en dicha obra "se repite, con impresionante grandeza, el mito de Medea, entre la sugestión y el conflicto de dos civilizaciones, de dos modos de concebir el mundo y la vida".

El señor de Listrac, funcionario francés con treinta años de servicio en Indochina, regresa a Francia en compañía de su hija Amada. Sobre la cubierta del vapor que los trae, ambos conversan.



—¡Hija! Sólo hace catorce días que conocemos al señor de Mezzana; doce en Saigón y dos a bordo. Sea cual fuere la simpatía y aun la admiración que nos impulsan hacia él, no quiero comprometerme con el ministro antes de saber un poco más.

¡De Mezzana es un hombre extraordinario, papá! Las calumnias de los fracasados de la colonia no pueden hacerte dudar de él. En fin, es un Savorgnan, un Livingstone, un Stanley.



Dejemos en paz, hija, a esos viejos titanes. En el Asia de hoy, las cosas son muy distintas.



—De Mezzana ha guerreado ocho años en plena selva; ha impuesto su voluntad a las tribus de los sibangs, hasta convertirse en su caudillo, su amo, su rey... ¡No es hazaña común ésa, papá!

—Ya lo sé—responde el padre. Lo que no alcanzo a comprender en de Mezzana es al hombre, su carácter, su conducta, los móviles de ésta. Su persona respira valor, rectitud, desinterés; pero sus actos, ¡Dios mío! ¡No comprendo sus actos!

No los comprenderás nunca, papá. Yo arreglaré tu informe al ministro, y verás cómo éste sabe a qué atenerse al recibir a de Mezzana.



Voy a complacerte, pero antes conversaré con de Mezzana. Mañana, a primera hora...



Mañana hacemos escala en Kampot. Allí se reúne con sus hijos, en la misión francesa. La madre estará molesta, y él, preocupado. Háblale ahora mismo.

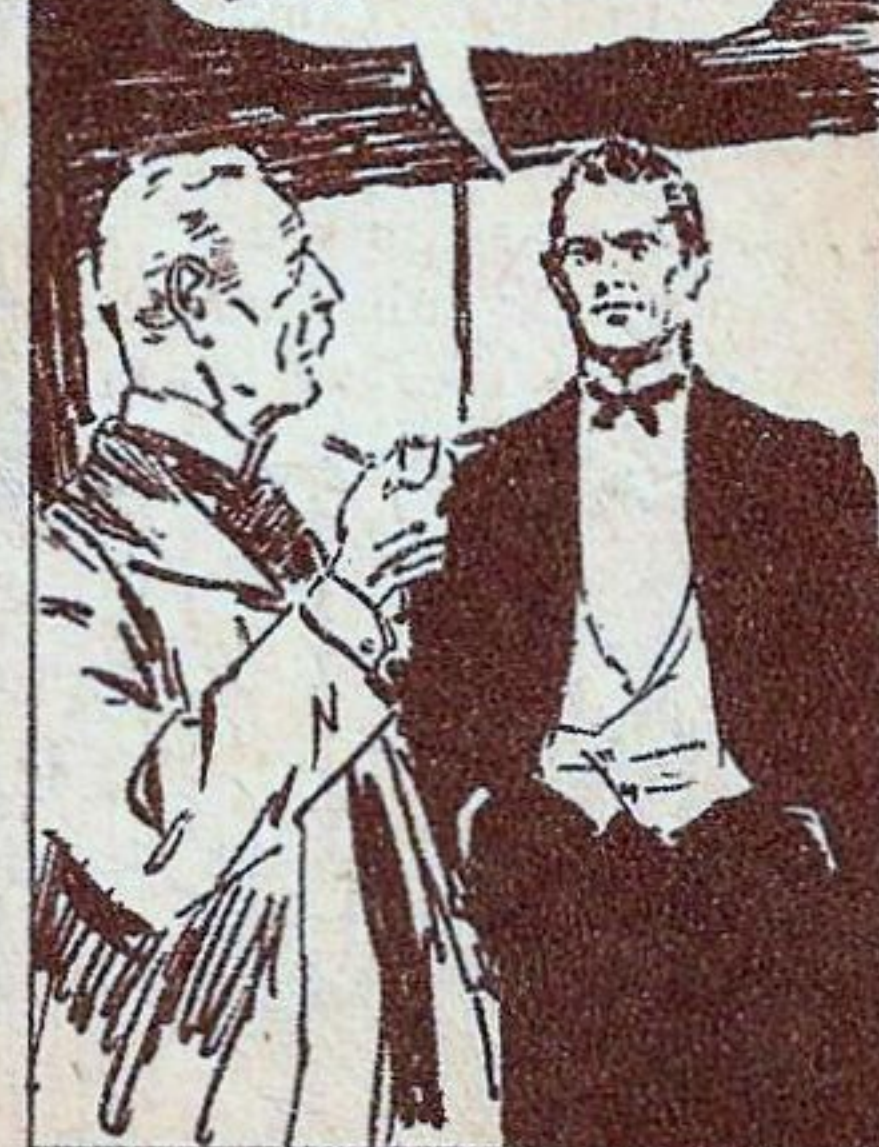
Bien. Lo mandaré llamar con el camarero.



Poco después se presenta de Mezzana. Es un hombre de cuarenta años, de perfil neto y audaz. De su persona se desprende, esencialmente, la antigua herencia conquistadora y organizadora, el genio plástico y aventurero que da su sello a la latinidad. Se adivina en él una afectividad poderosa.



¿Quería hablarme, señor de Listrac?





Si; necesito algunas aclaraciones en sus papeles. Conozco los hechos, los lugares, las cifras... y advierto, al redactar mi informe, que su aventura asiática toma un aspecto grotesco, folletinesco, irreal. Temo que el señor ministro no comprenda nada.



No me extrañaría. Tampoco comprendió el gobernador. Creyó que yo quería venderle un país que no existía, unos yacimientos fantasmas.

A juzgar por sus notas, la aventura no le ha producido gran cosa.



La expedición me costó caro. Yo me cobré lo mío del tesoro del reino de los sibangs. Pero le aseguro que al ir no buscaba ningún provecho.



Lo que no entiendo es por qué diablos esos montañeses semisalvajes hicieron de usted su caudillo, en vez de degollarlo.

—¿Por qué?... ¡Creo que esos brutos me encontraron simpático! Además, hubo una serie de circunstancias que me convirtieron en una especie de dios blanco. Un hombre blanco que atraviesa la gran selva y no muere de fiebre, un blanco que se burla de la lluvia persistente y los fríos, un blanco que no se queja, que no llega amenazando con sus armas, tenía que parecerles casi un dios.



“Había combates a sable, y en ellos son admirables. Desafié al vencedor y tuve la suerte de tocarlo. Probablemente esto decidió mi suerte. Me propusieron convertirme en su caudillo. Y acepté. Una vez que me nombraron caudillo de esa aldea, me...

...hice reconocer por las aldeas restantes y marché sobre la capital. No fué necesario conquistar la capital, porque en ella estaba la Princesa. Y la Princesa se enamoró de mí.”

—¿Debo hablar de la Princesa en mi informe al ministro?

—Sí; pero sólo desde un punto de vista político. Diga usted que conspiró contra el Rey, su padre.

Si dijera que lo destronó por amor a mí..., que me dió hijos y que la llevo a Europa... ¡En ese caso, mi historia resultará inverosímil allá!



Y ¿de qué modo habrá que presentar el final de la aventura?



—Hable de anarquía, de conspiraciones. Y diga que huí para no ser asesinado... La verdad es que hubo algo de esto y que, además, ya estaba harto de administrar justicia a los bárbaros, de arder bajo aquel sol, de tiritar bajo aquel frío y aquellas lluvias. Y, sobre todo, quería ver de nuevo a mis hijos... Ahora, al acercarnos a Kampot, donde ellos nos aguardan, siento una indecible emoción.



¿Se los llevara a Francia?

Por supuesto. También la madre ha sufrido mucho por la separación. Le costó trabajo resignarse a enviarlos a estudiar con los misioneros de esta costa.



Y la madre..., en fin, la Princesa..., ¿qué será de ella? Se lo pregunto porque no lo veo a usted llevando una vida de ocio civilizado, en Francia, con esa persona a su lado. Es una naturaleza indomable; parece capaz de las mayores devociones y, también, de los mayores crímenes. Perdón, mi querido amigo.



Ha dicho la verdad.

¿Por qué no la dejó allá, entonces?







—Porque, si le hubiese dado a entender mi deseo de huir solo, mi querido administrador, esta noche no tendría el placer de estarle contando a usted mis aventuras... Pero créame que lo lógico, no lo humano, es que ella se hubiese quedado gobernando a sus sibangs. Por mi parte, hay días en que siento nostalgias de una boda francesa que nunca realicé: casarme con una mujer de suave piel blanca, que sienta como yo y hable el mismo idioma. Cada vez deseo más una vida tranquila, regular.



En ese momento ven acercarse a ellos a la Princesa Katha Nahan Moun, una criatura de aspecto salvaje, delgada, imponente; sus pasos y actitudes revelan una fuerza de resistencia y rebeldía que manifiesta su origen guerrero y montañés. Está más cerca del tipo polinesio que del mogol. No es negra ni amarilla, sino ambarrina. Lleva adornos de oro mate en las orejas y en el cuello. De Listrac se levanta. La Princesa, sin advertir su presencia, se dirige a de Mezzana.

Esas luces que se ven ¿son las de la costa? ¿Podremos tener hoy mismo en nuestros brazos a los pequeños?



De Mezzana observa el horizonte y responde: —No hay luces ni costa... El mar está fosforescente. Aún debemos esperar para ver a nuestros hijos. Mañana, Katha. Esta, luego de un gesto de resignación, dice: —¿Por qué me dejas sola? Siempre estás hablando con estos hombres blancos, que tienen las mismas voces, las mismas caras...



¡Oh, mi dulce sol! La cuerda que me adhiere a mi país esta roja de la sangre de mi corazón... Y, si tú no lo estrechas fuertemente en tus brazos, temo que llegue vacío al final del viaje.



Mañana, entre los niños y yo, te haremos olvidar a tu país. ¿Pienzas en ellos?



Los veo como eran cuando me los quitaron. El color de ellos es... el mío, un poco más claro; como el interior de mis manos.



Me parece que mucho más claro es su color...

Se produce un silencio. De pronto, la Princesa pregunta qué hora es, y, al decirle de Mezzana que va a ser la medianoche, ella lo abraza y exclama: —Pues, hasta que lleguemos a la costa vas a ser mi prisionero!



Siempre lo he sido.

Sin notar la amargura de la respuesta de él, Katha le responde: —Nunca tan perfectamente como cierta noche, cuando los soldados de mi padre querían cortarte la cabeza. Iban por los corredores, armados de cuchillos. Tú te habías ocultado tras un cortinaje y respirabas a grandes bocanadas, sin moverte. Yo podía darte la vida o la muerte. Mi dios blanco ya no reía. Era mío, como una presa salvada del hierro. ¡Eras mío como un cadáver, como una cosa que no puede huir!



Estamos en la mañana del día siguiente. El barco ha entrado en el puerto de Kampot. Mientras atraca al muelle, los pasajeros miran y conversan. De tanto en tanto llegan, en ráfagas sonoras, los gritos y los golpes del gong de un teatro indígena. —¿Estarán torturando a algún misionero? —pregunta una inglesa joven. De Listrac le explica de qué se trata. Después la conversación recae...





...sobre la cruz de razas. La Princesa Katha, ante el asombro de los demás, también se muestra orgullosa de la pureza de la suya. —Porque en cuanto a mezcla de sangres, no hay continente que se compare con Asia —comenta de Listrac—. Asia tiene gente de todos los colores y de todas partes...



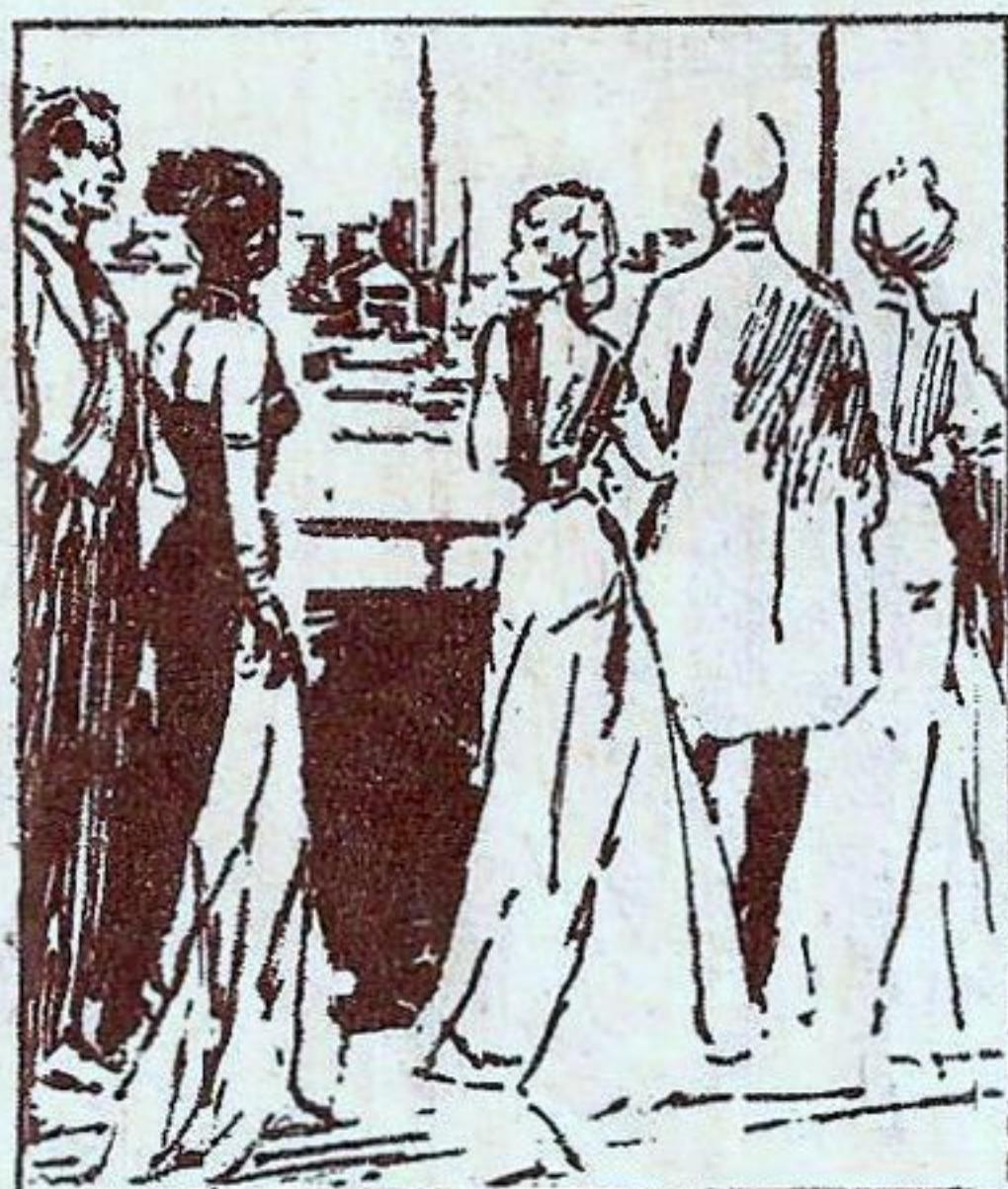
En cierto momento, Amada de Listrac, que conversa con de Mezzana y la Princesa, se dirige a su padre: —Papá, puedes estar seguro de que el señor de Mezzana deja a Indochina sin pena... ¿Usted sabe lo que son ocho años sin ver a Francia, Princesa?

¡Sí; ocho años pasados entre "los bárbaros", ¿no es cierto?



No he dicho eso, Princesa, pero...

—Ese pueblo "bárbaro" era también el de él, señorita. Fué su caudillo, y sé que ya extraña el muro de hierro, de músculos y de gritos que mis guerreros levantaban en torno de él la víspera de los combates. Y él se sentía feliz y lleno de vida.



El barco ha atracado. Se oye luego la campana de la misión, y un cortejo de niños indígenas avanza entonando un cántico a la Virgen. De Mezzana y Katha se han inclinado sobre el pasamano y siguen con atención la marcha del cortejo. Un misionero sube la escalera del puente y saluda a de Mezzana.



## SEA UD. INGENIERO EN RADIO TELEVISION

**ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO**  
A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO  
EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO  
EN SU DOMICILIO  
INSCRIPCIONES LIMITADAS

CURSOS de DIFUSION TECNICA:  
MATEMATICAS SUPERIORES para RADIO y TV  
TELEVISION ACUMULADORES ELECTRICOS

Escriba, enviando sus datos personales, a  
"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"  
SECCION ELECTRONICA

CASILLA DE CORREO Nº 1790  
BUENOS AIRES

## RINCÓN ALEGRE



—Ya estuvimos aquí antes, ¿verdad?  
Recuerdo a esa muchacha del kiosk.



—Vuestros hijos —les dice— son los que marchan a la cabeza del cortejo.



La Princesa, que ha identificado de pronto a sus hijos, echa a llorar, pronunciando sus nombres.

El misionero aprovecha la distracción de la Princesa para decir en voz baja a de Mezzana: —Hemos educado a vuestros hijos de acuerdo con las recomendaciones que me hicisteis. Serán dos buenos cristianos, que amarán a sus padres. Sobre todo, les hemos hablado de su padre, ¿comprende?

¡Pobres criaturas! ¿Por qué los hacen gritar de esa manera? ¿Es un canto de guerra o qué?

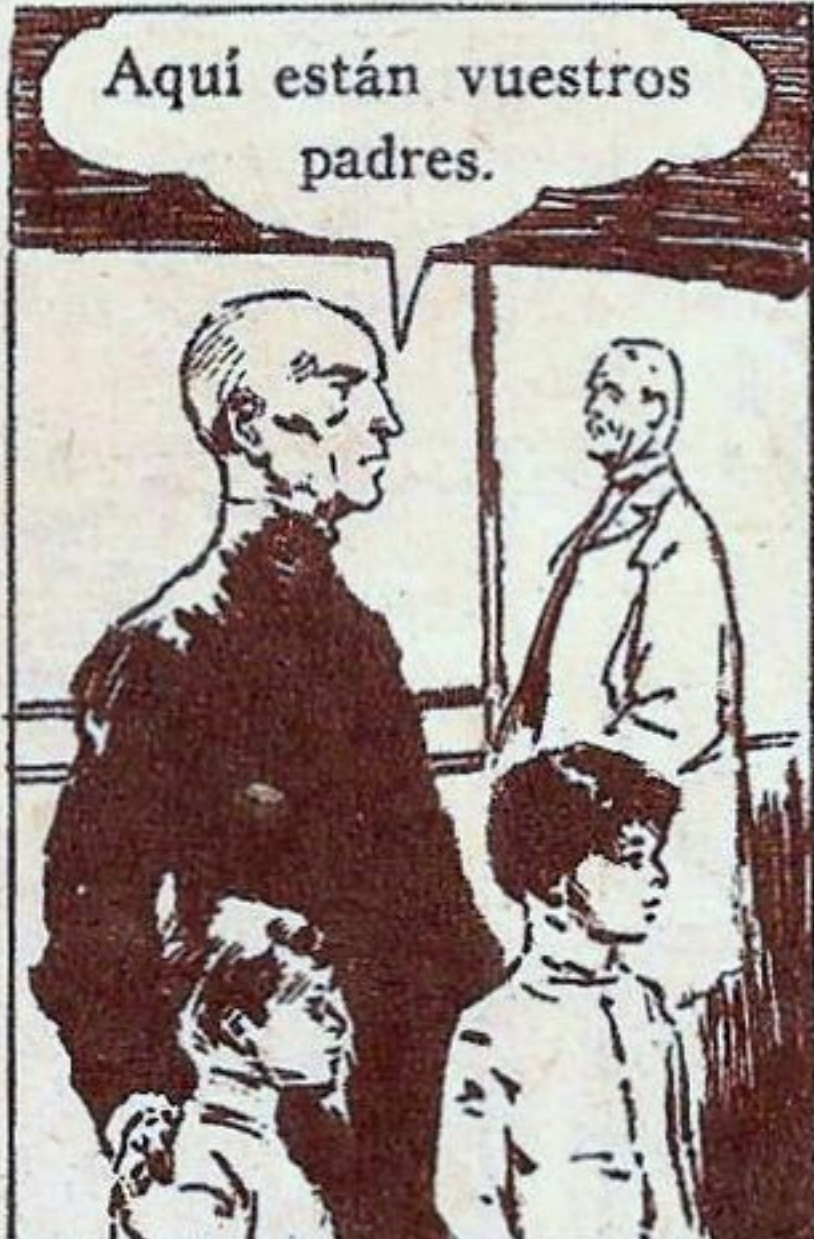


El misionero y de Mezzana cambian una mirada de inteligencia, y aquél responde: —No, Princesa; lo que entonces es un cántico a la Virgen. Ella lo mira extrañada, sin comprender. Después el misionero baja la escalera y la sube de nuevo, empujando a dos pequeños mestizos, que avanzan tímidamente, como dos gatitos siameses.

Apaïd... Saida...



Aquí están vuestros padres.



La Princesa los abraza apasionadamente y los cubre de besos, entrecortados por palabras confusas; luego se deshace de ellos y los contempla. Entonces el misionero les enseña: —Abrazad ahora a vuestro querido padre, hijos míos. De Mezzana los toma en los brazos y les da unos besos sonoros en las mejillas. Pero los niños, asustados, a punto de llorar, miran sin dar muestras de reconocer a esa gente extraña, que les sonríe. Para suavizarlos, la Princesa se arrodilla y los llama con dulzura maternal.

Apaïd... Saida...



El misionero se apresura a informar a la Princesa: —Ya no contestarán a esos nombres, señora. Los hemos bautizado... Vicente y Julián. Costumbre de la misión. Damos nombres cristianos a nuestros pequeños alumnos. Vuestros hijos, Princesa, llevan el nombre de dos santos.



¡Vicente y Julián! Nunca imaginé que mis hijos tuvieran nombres tan grotescos... ¡Con esos nombres, parece que mis hijos pertenecieran exclusivamente al padre!



La Princesa dirige una mirada tan iracunda al misionero, que hasta los niños se asustan e instintivamente van a acurrucarse junto a de Mezzana y se abrazan a sus piernas. Haciendo alarde de fuerza, el padre los alza a ambos en brazos.

Tú eres Julián, ¿verdad? ¿Y tú, Vicente?



Sí, sí..., papá.

El barco ha emprendido viaje a Francia. Estamos en el puente, al caer de una hermosa tarde. De Mezzana conversa con Amada. Sobre la mesa se ve un pintoresco gramófono.

Cada día de viaje me acerca mas a usted, Amada... Cada vez que el Sol se sumerge en su baño de oro, siento que la distancia que nos separa es menor, exactamente en la medida en que ha decrecido la distancia que me separa de Europa. Me alejo del mundo amarillo como de la podredumbre. Le escapo como a la muerte, en una alegría de revivir.



Corro hacia un fin embriagador, que se encuentra, al mismo tiempo, detrás de la comba del mar y aquí mismo, cerca de mí. Usted es Europa, y hacia ella me precipito a una velocidad de doscientas millas por día.



¿Yo soy la vieja Europa?



—Sí. La vieja muchacha buena y pura, cuya alma ha sido cincelada tan finamente como una flor de lis de Francia.



Usted huye de Asia, pero Asia lo persigue. Ella también está a bordo, como Europa. No puede pertenecer a las dos, señor de Mezzana.

—Pertenezco a quien me permite vivir, a quien llena mi corazón de confianza, mi espíritu de libertad y mis ojos de luz.



Ella le pareció tan necesaria como yo. Creyó usted no poder encontrar paz y respiración como no fuera al lado de ella.

—Es verdad —responde de Mezzana—. Porque el hombre se turba con lo desconocido y se equivoca sobre la naturaleza de sus pasiones. Confunde su curiosidad con el amor. Se hunde en el alma extraña como en una mina. Se embriaga de obscuridad, de peligros y falsos misterios... Cuando retorna a la luz del día, sabe que ama la luz del día.

Está usted casado, sin embargo.



—Me casé al son de los tambores de guerra, entre demonios que aullaban, enfundados en trajes de seda amarilla... Pero ya siento la necesidad de huir de todo eso, de librarme de ello como de una pesadilla asiática. ¿Cómo se lo dirá a ella? —pregunta Amada.

—Lo sabrá cuando lleguemos a Francia. Me despojaré de todo lo que no me permite vivir, y marcharé hacia aquello que me abre sus brazos llenos de vida.



Y ¿qué será de sus hijos, en esos sueños de retorno? ¿Se los dejará a la madre? ¿Los retendrá con usted?

Lea los viernes  
en "INTERVALO"

MARY WORTH

—Me quedaré con ellos, pase lo que pase. Son mis niños, pero todavía no son mis hijos íntegramente. Esto ocurrirá cuando los haya separado de ella y dado el color de mi raza. Necesitan una buena capa de blanco y rosa para pertenecerme del todo. Mientras ella viva a mi lado, están expuestos al hábito de la jungla. Se ha quedado pensativa... ¿En qué piensa?



¡GRATIS!

Recibirá las primeras lecciones. Señale el curso que le interesa. Enseñamos por Correo desde 1915:

- Contabilidad Moderna Simplificada (aprenderá R.A.P.I.D.O. a llevar cualquier contabilidad y llenar TODOS los formularios del impuesto a los RADITOS).
- Mecánico Electricista de Autos.
- Constructor.
- Sastre.
- Dibujante.

Envíe hoy su nombre y dirección a:

**ESCUELAS AMERICANAS**

Av. Montes de Oca 636

Buenos Aires

Nombre .....

Calle y N° .....

Localidad ..... Provincia .....

—En esa madre, privada de su hombre y de sus hijos... Y hasta cierto punto me siento cómplice de usted, dispuesta a permitir lo que una joven como era yo hace un mes hubiese considerado un crimen. ¿Ve que ya no soy la buena Europa?... No debe querermme.





Amada de Lis-trac se retira, y a poco aparece la Princesa con los dos niños, quienes se dirigen al padre alegrementey comienzan a acosarlo con preguntas acerca del barco en que viajan y su maquinaria.



—Papá, tú nos dijiste que bajaríamos a ver las calderas, las turbinas, todo... Hace días que estamos de viaje, y todavía no has cumplido tu promesa.

Bajaremos más tarde, muñequito; cuando haga menos calor.



Julián mueve la cabeza en señal de duda y dice: —Quizá no haya máquina. —¿Cómo no va a haber máquina? —le replica su hermano. —Mamá dijo: "No hay máquina. Al barco lo empuja un diablo que tiene fuego en el vientre."



De Mezzana se vuelve hacia Katha y le reprocha: —¿Por qué contarles tonterías, en vez de explicarles las cosas como son?

—Y ¿por qué hablarles de máquinas, como les hablas tú? Todo el día están haciendo preguntas sobre ferrocarriles, automóviles, radiotelefonía. Nada sé yo de todo eso, y no quiero saberlo. No es hermoso; asusta. Preferiría que creyeran en demonios y magias, como mi pueblo.



El mundo de la fantasía oriental choca con la científica y enciclopédica mentalidad europea. Días después tiene lugar el siguiente diálogo: —Alégrate —dice la Princesa a de Mezzana—; ya son dos pequeños europeos. Cuando les hablo del país donde nacieron, de sus leyendas y su belleza, se encogen de hombros y no me creen. Tú has alejado de mí la mitad de sus corazones. Quisiera quererlos totalmente, pero hay una parte de ellos que tú me obligas a odiar.



¡Oh, eres un perfecto ejemplar de tu raza! Eres más inteligente que yo, pero sé más cosas que tú. ¿No comprendes que los haces desgraciados al borrar en ellos lo que tienen de mí?



Puedo hacerte el mismo reproche. Los divides y torturas hablándoles de supersticiones que los religiosos de la misión les han enseñado a considerar ridículas antes que yo.



Burlate. Hablas así porque te acercas a tu país. Pero no te olvides de esto: te he visto jadear de terror, no hace mucho... Entonces no te burlabas. Una noche de...

... "bruma, ¿recuerdas?, llegamos al estanque mágico. Nos sentamos al borde de las aguas. Yo interrogaba las formas, y tú me tenías la mano, temeroso de lo que pudiera salir de las profundidades. Cuando canté por segunda vez la invocación, viste que dos formas rojas se estiraban y retorcían en el fondo de la fuente."



¡Las viste! ¡Las viste!



Probablemente vi el reflejo de algún fuego invisible... Estaba enamorado.

Hay un silencio. Katha cierra los ojos y, como transportada en el espacio y el tiempo, tararea el encantamiento, balanceando ligeramente la cabeza. Un canto dulce y ronco, una especie de mágica canción de cuna, cuyo misterio aumentan las palabras incomprensibles, envuelve a de Mezzana. Ella permanece un instante con los ojos cerrados; luego, al salir de su ensoñación, lo mira fijamente.





—Entonces me amabas. No te avergonzabas de deberme la vida... Mas ¿qué ha sucedido? ¿Acaso la distancia recorrida te convirtió en otro ser? Porque ahora soy otra para ti, es indudable.



Me siento como un árbol cuyas raíces han sido cortadas solapadamente... Por lo menos, déjame el cariño de mis hijos; no quieras arrebatarme la mejor parte de su amor.



Sea; hasta llegar a Europa no volveré a intervenir. Pero, una vez desembarcados, intervendré, porque soy un padre consciente y deseo velar por su educación, por sus sentimientos, por su porvenir.

La acción tiene lugar ahora en Marsella, de cuyo puerto ha sido nombrado prefecto el señor de Listrac. Este y su hija visitan a de Mezzana, que ha adquirido una antigua y lujosa vivienda en las afueras de la ciudad. Al fondo se ve el hermoso mar, y rodean el pintoresco edificio plátanos, pinos y un bosque de cipreses. Tras éste se alza una buena porción de casas y se divisa la cúpula de la capilla de un convento de clarisas.



Entra de Mezzana, guiando a Amada de Listrac y a su padre. Del convento llega, en voces de alta pureza cristalina, un cántico a la Virgen.

—He aquí mi casa... Veinte minutos de automóvil hasta mis oficinas.



De Listrac ríe de buena gana y dice a su hija: —¿Oíste, Amada? ¡Sus oficinas! ¡Nuestro "conquistador asiático" tiene oficinas! Es inaudito. ¿Lo divierte verdaderamente comprar especias en Java y sedas en China e inundar esos países de tejidos de algodón?

He pagado mi tributo a la violencia. Me agrada crear una empresa y procurar darle vida. Los descubridores de otros tiempos no actuaban de otra manera. Cuando habían agotado la gran copa de la aventura, instalaban factorías y trataban de enriquecerse.



Luego la conversación gira en torno de la partida de la Princesa Katha, a quien de Mezzana asegura haber convencido de que debe embarcarse para el Asia. Agrega que los niños se quedarán en Francia. De Mezzana da estas explicaciones a de Listrac y a la hija, porque entre Amada y él se han establecido sentimientos amorosos, para cuya consolidación la mujer asiática representa un serio problema.

Su mente es incapaz de concebir una idea de divorcio: se rebelaría... He optado por lo más humano.



¿Sigue usted dispuesta a encargarse de la educación de los niños por uno o dos años?

Debo reemplazar a la madre, porque hasta cierto punto la perderán por mi culpa...



De Listrac pregunta entonces si la Princesa conoce la verdadera causa de los actos de de Mezzana.—Si piensa embarcarse a bordo del **Lotus**, no tiene usted que perder tiempo para comenzar la gran escena de las revelaciones... ¿Por qué diablos no le anunció sus actuales propósitos matrimoniales?

Callo por piedad; pero, en verdad, es por cobardía. Le diré todo.



Lea en: [columberos.blogspot.com.ar](http://columberos.blogspot.com.ar)

«Evangelina» Suspense y acción



La conversación recae luego sobre los niños, y Amada pregunta a de Mezzana si Julián —el hijo mayor— no le contó lo ocurrido en clase, el día anterior.

No. ¿Qué ocurrió?



—El profesor de historia natural hablaba de la fauna exótica, cuando los alumnos se pusieron a señalar con el dedo a Vicente y a Julián y a reír con disimulo. Y no faltó quien los tildase, solapadamente, de monitos sabios. El maestro, en vez de reprender a los alumnos, parecía animarlos a seguir las burlas.

De Mezzana se muestra sumamente contrariado. —Le hablaré al rector —dice—. Es intolerable que, diez años después de la guerra y en una democracia europea, que se jacta de culta, de humana, dos niños mestizos sean considerados como dos monos domesticados, cuyos antepasados vivían en lo alto de un cocotero. ¿Qué porvenir, pues, tendrán en este país mis hijos? ¿Dónde deberán vivir? Aquí, no. En Asia, tampoco.

¡Ah! También de usted es posible preguntar: “¿En dónde está su lugar?”



Amó usted a su reino y después lo detestó del mismo modo que a esta mujer a la que estamos torturando.

El hombre, arrancado, transplantado, barrido de un continente a otro, siempre estará en su lugar entre los brazos de una mujer de su color...



De Mezzana toma la mano de Amada y le dice muy dulcemente: —Ahora, yo estoy en mi lugar. —¿Has dicho, has sentido lo mismo entre los brazos de la otra? —le pregunta ella, tuteándolo. De Mezzana responde, señalando a sus hijos, que juegan cerca de allí: —Entonces sentí algo distinto, pero también profundo... Y ahí tienes, en esos niños, la prueba viva de mi error y el castigo de mi falta.

No; eso no. Me apiado de ellos. Amo sus manecitas oscuras, ávidas de los tesoros blancos, sus formas frágiles que sueñan con fardos muy pesados... Los hombres como tú son la delicia y el azote del mundo. Por hombres como tú se confunden y mezclan todas las sangres de la Tierra.



Han pasado algunas horas. De Mezzana, con toda la sinceridad de su carácter, ha explicado a la Princesa Katha el verdadero motivo que lo impulsa a alejarla de Francia. Katha, que le ha escuchado guardando un doloroso silencio, va ahora de un lado a otro de la habitación, diciendo en voz alta, pero como si se hablase a sí misma: —¡Veintisiete años! ¡Amar a una mujer que en mi pueblo podría ser abuela!

¡No comprendo! ¿Qué tiene Amada de Listrac mejor que yo?... ¡Ah! ¡Tiene la piel blanca! ¡La belleza de las blancas, que dura como las estatuas!



“¡Envidio a las mujeres blancas! Estoy celosa de ellas; quisiera matarlas... Aún no lo creo. ¿Me oyes? No has podido prometerle matrimonio a esa muchacha, puesto que todavía soy tu esposa. ¿Me has traído del otro lado del mundo para abandonarme? ¿Piensas deshacerte de mí como del loro o del mono que los marineros venden en el puerto cuando desembarcan? Soy tu mujer, claro que ante los dioses de mi país. Y mi país está a dos mil leguas de aquí. Por eso me echas.”



—He cambiado... en mi sangre, en mis tejidos, en toda mi persona. ¿Soy yo el hombre que hace ocho años esperaba a la puerta de tu palacio, con sus soldados abrumados de fatiga, cargando fusiles envueltos en trapos? ¿Soy yo aquel conquistador temerario que sonreía a las inclemencias del clima, a la muerte que desde todas partes me amenazaba? No, no lo soy ya.







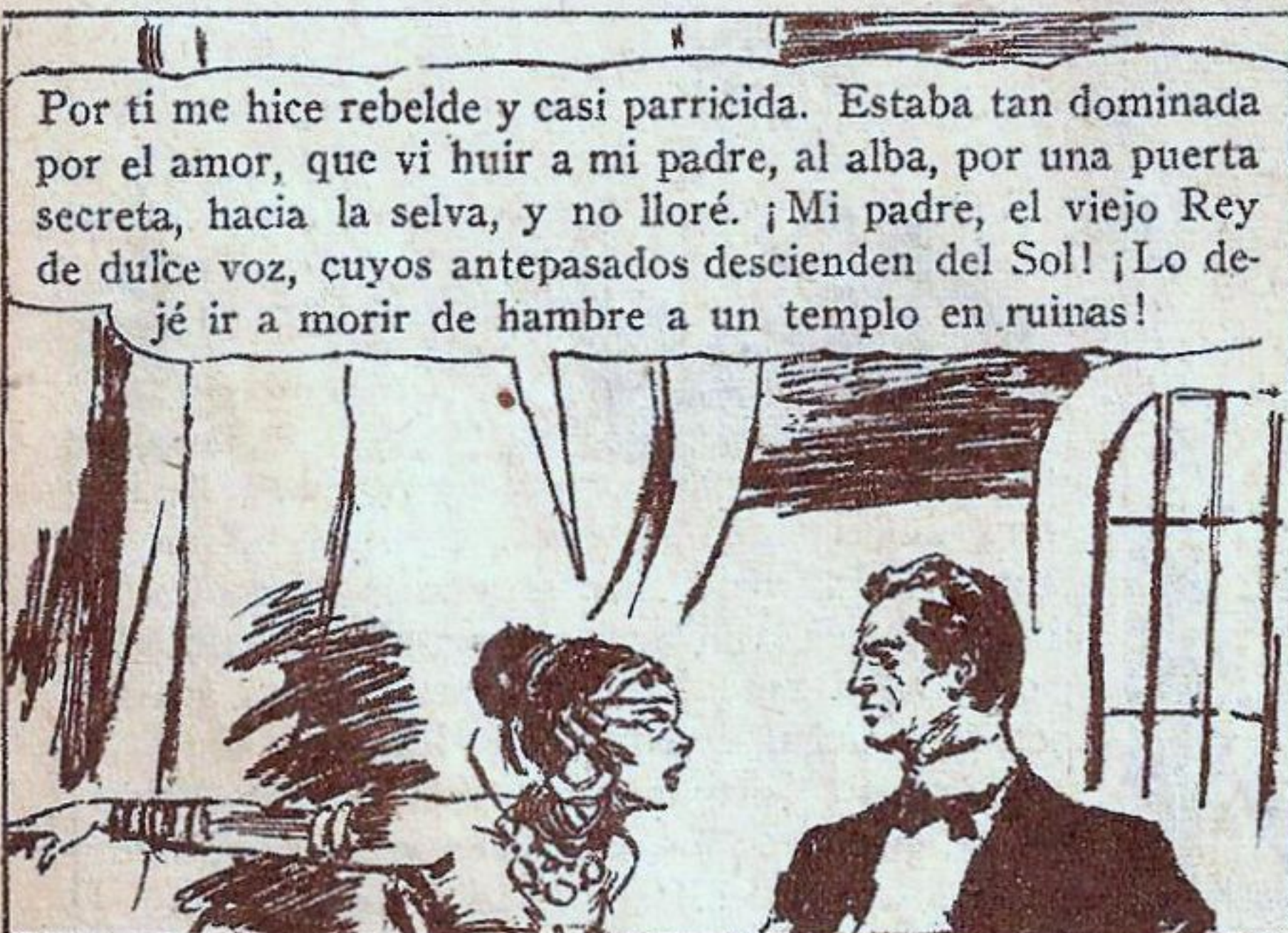
—Pero yo sí soy la de entonces. Si he cambiado es... en el saber. Mi corazón es fijo como una estrella. Todo lo que es mío te pertenece. Estoy dispuesta a volver a hacer cuanto hice por ti. Katha, llorando, agrega:—¿Quién te ha convertido en mi enemigo? Las mujeres blancas no usan encantamientos... ¿Cómo, entonces, has olvidado lo que me debes?



¿Qué te debo?

¡La vida! ¿Dónde estarías...

...“ahora si no te hubiese ocultado en mi alcoba cuando los soldados de mi padre te buscaban para matarte? ¿Dónde estarías si no me hubiese aliado con los enemigos de mi padre, con los jefes de las bandas montañosas y con los piratas, para derrocarlo y darte el poder?”



Por ti me hice rebelde y casi parricida. Estaba tan dominada por el amor, que vi huir a mi padre, al alba, por una puerta secreta, hacia la selva, y no lloré. ¡Mi padre, el viejo Rey de dulce voz, cuyos antepasados descienden del Sol! ¡Lo dejé ir a morir de hambre a un templo en ruinas!

“Todo eso lo hice por ti. ¿Comprendes cuán inmenso era mi amor? ¡Ingrato! Si hubiera sabido que un día me pagarías tu deuda echándome, habría dejado que te matasen. Si pudiera volver a aquella hora del pasado, le diría a los soldados: “Llévaos a este francés de corazón vil que está escondido en mi alcoba.”



—Las acciones cometidas por amor no comprometen más allá del amor. Si por amor yo hubiese causado la muerte a mi padre, sólo vería en ella un testimonio de mi locura amorosa. Si tú hubieras dejado de amarme primero...

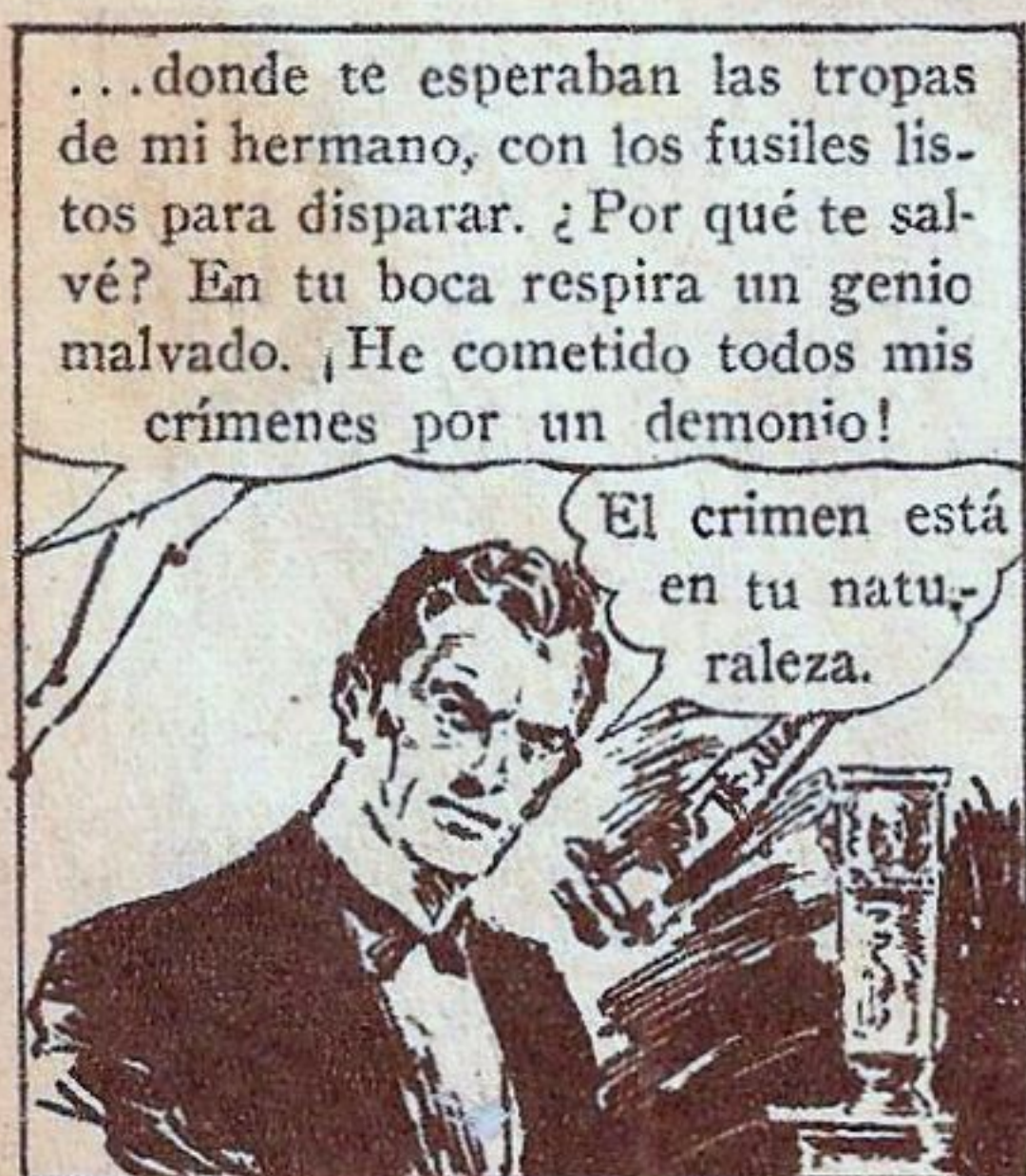


—¡Calla!... Ten cuidado con las palabras fuertes. No digas que has dejado de amarme.

Las palabras carecen de poder sobre los sentimientos. No pueden destruirlos ni darles vida.



Katha se retuerce y gime, recostada sobre un diván. —¡Oh! —exclama—. Es como si me dieras a beber un veneno vegetal. Como si un fuego me recorriera las venas. Estoy ardiendo... Deberías estar muerto diez veces; muerto en el recodo del camino...



...donde te esperaban las tropas de mi hermano, con los fusiles listos para disparar. ¿Por qué te salvé? En tu boca respira un genio malvado. ¡He cometido todos mis crímenes por un demonio!

El crimen está en tu naturaleza.



¡No hables de crímenes, hipócrita! Aprovechaste los que cometí. Son tan tuyos como míos. A causa de su color, mi padre y mi hermano ni siquiera eran hombres para ti. No digas que no... Pero yo quería a mi hermano. ¡Ah! ¡Cómo lo quería!

La Princesa llora intensamente y sigue hablando, entre sollozos: —Era dulce como un niño. Era hermoso, con sus sedas amarillas y el pelo cortado a la manera siamesa. No pensaba sino en tocar la flauta y en coleccionar flores de seda. Era la criatura más inocente del palacio... Sin embargo, le di el veneno en una jalea de mangos... Porque sus guardias querían proclamarlo rey y hacerte desaparecer. ¡Yo le di el veneno; pero este crimen es tuyo!



—¿Quién piensa en reprochartelo? ¡Vamos, cálmate!... Allá olvidarás; el señor de Listrac y yo podemos influir para que las autoridades francesas de Indochina te ayuden a reconquistar tu reino.



Me devuelves a la selva, como un animal salvaje.

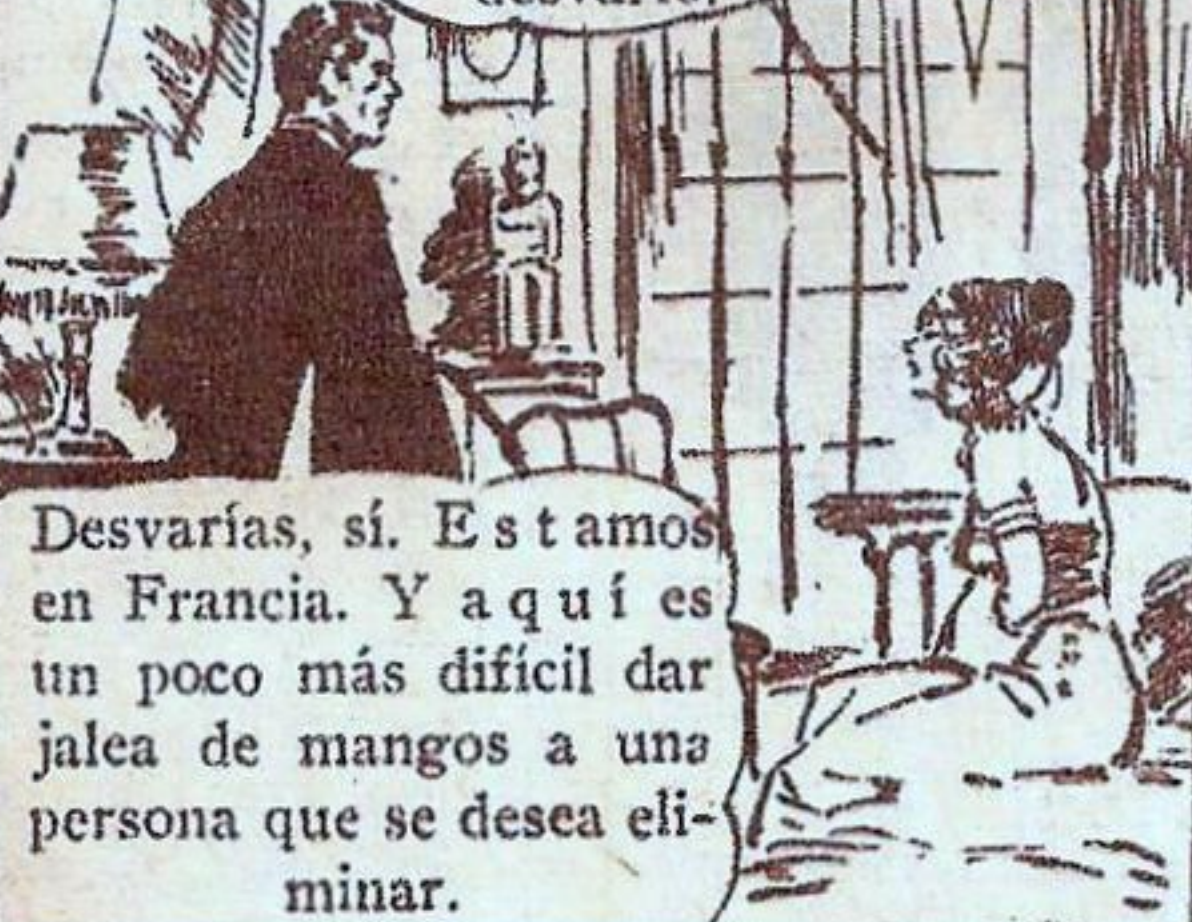


Serás reina.



—Reina de los sibangs allá... Hubiera preferido ser tu esclava aquí... ¡Ah! Pero ¡la desgracia es que el animal salvaje no está todavía en su selva! ¡Ni siquiera en una jaula! ¡Y no lo encerraréis sin sentir antes sus garras!—Estás desvariando.

Si es razonable creer que maté a mi hermano para que tú vivieras, y que mataré a la extranjera que me roba tu amor, desvario.



Desvarías, sí. Estamos en Francia. Y aquí es un poco más difícil dar jalea de mangos a una persona que se desea eliminar.

—¡Por el veneno o por el hierro —se yergue Katha con fiereza—, con estas manos o con un fusil, mataré a la ladrona de ojos claros! ¡Y nunca lamentaré ese crimen!

—Mátame a mí; es más simple.

—No, tú tienes que sobrevivir a su muerte. Así sabrás cuán enorme es el dolor de verse despojado de lo que se ama.



De Mezzana, luego de mirarla un instante en silencio, habla:—Tengo piedad de tu dolor, de tus quimeras y de tu impotencia. Escúchame: no soy un ingrato ni un olvidadizo. Pero no puedo hacer nada contra lo que ha nacido dentro de mí, ajeno a mi propia voluntad, a mi conciencia del deber.

“Nos hemos amado, es verdad; pero tú, que pasas por hechicera, ¿no comprendes que el encanto se ha roto? Yo sé que allá, si regresas, te enamorarás de un hombre de tu raza. A una mujer de mi raza es a quien amo yo... Obedezco sencillamente a la ley de la especie. Los dos pagamos por haberla transgredido... Y aun, los cuatro. Nuestros pobres hijos pagarán el error más duramente que nosotros.”



La Princesa Katha sacude ferozmente la cabeza.

¡Mis hijos! Apaid..., Saida...; Vicente..., Julián... ¡Ah! Pero ¡no podrás quitarles lo que tienen de mi color! ¡Tiñelos! ¡Píntalos! ¡“Maquíllalos”! Siempre serán mis hijos, aunque yo no sea tu mujer!



Ha partido el Lotus, y la Princesa Katha se ha negado a embarcarse para su país del Asia. Por la mañana, de Mezzana conversa con el señor de Listrac y su hija.

¿De modo que no quiere partir?

No la veo desde ayer. Se ha encerrado en su habitación y no cesa de llorar. Como ustedes comprenden, no puedo llevarla por la fuerza.



¡Es espantoso!



Más que espantoso, es intolerable, y lo intolerable es que te haya amenazado de muerte, hija mía.

Comprendo que quiera matarme... Cuando dije “es espantoso”, me referí a nuestro proceder.



Hablaré con el comisario de Marsella para que se tomen precauciones especiales contra los propósitos de esa mujer.



No creo que Amada corra peligro por el momento.



En ese caso, déjeme hacer. Impartiré una orden de expulsión, si no acata la invitación que le haré para que se embarque en el vapor que sale pasado mañana para nuestras lejanas colonias. Tres o cuatro marineros musculosos se encargarán de conducirla a un camarote.



Al oír esto, Amada de Listrac reacciona dignamente: —No, no iréis a emplear ese medio bárbaro... ¿Lo permitirá usted, de Mezzana?



¿Por qué no?

—Hija, esa mujer ha cometido dos crímenes y amenaza cometer otro en tu persona... ¿Crees que esperaré para tomar medidas? La considero un azote y libro al país de su presencia; es mi deber de prefecto. Por lo demás, actuamos en su interés al impedirle cometer una extravagancia irreparable.

¡No, papá! ¡Esta hipocresía, no. Le hemos causado entre los tres una serie de calamidades desmesuradas... Preferiría que dijeras: "La echamos porque nos molesta, porque nos causa miedo y porque contamos con la ley escrita, la autoridad y los gendarmes."



Quiero que salgamos de este drama con la conciencia limpia. Si es necesario que esa mujer parta, que se vaya a su hora y con sus hijos.

De Mezzana, que hasta ese momento había mostrado una delicada discreción, reacciona bruscamente por las palabras de Amada: —¿Con mis hijos? ¡No, eso no! No pretendo conocer ni distribuir la mercancía justicia; sólo digo esto: ella no se llevará a mis hijos.

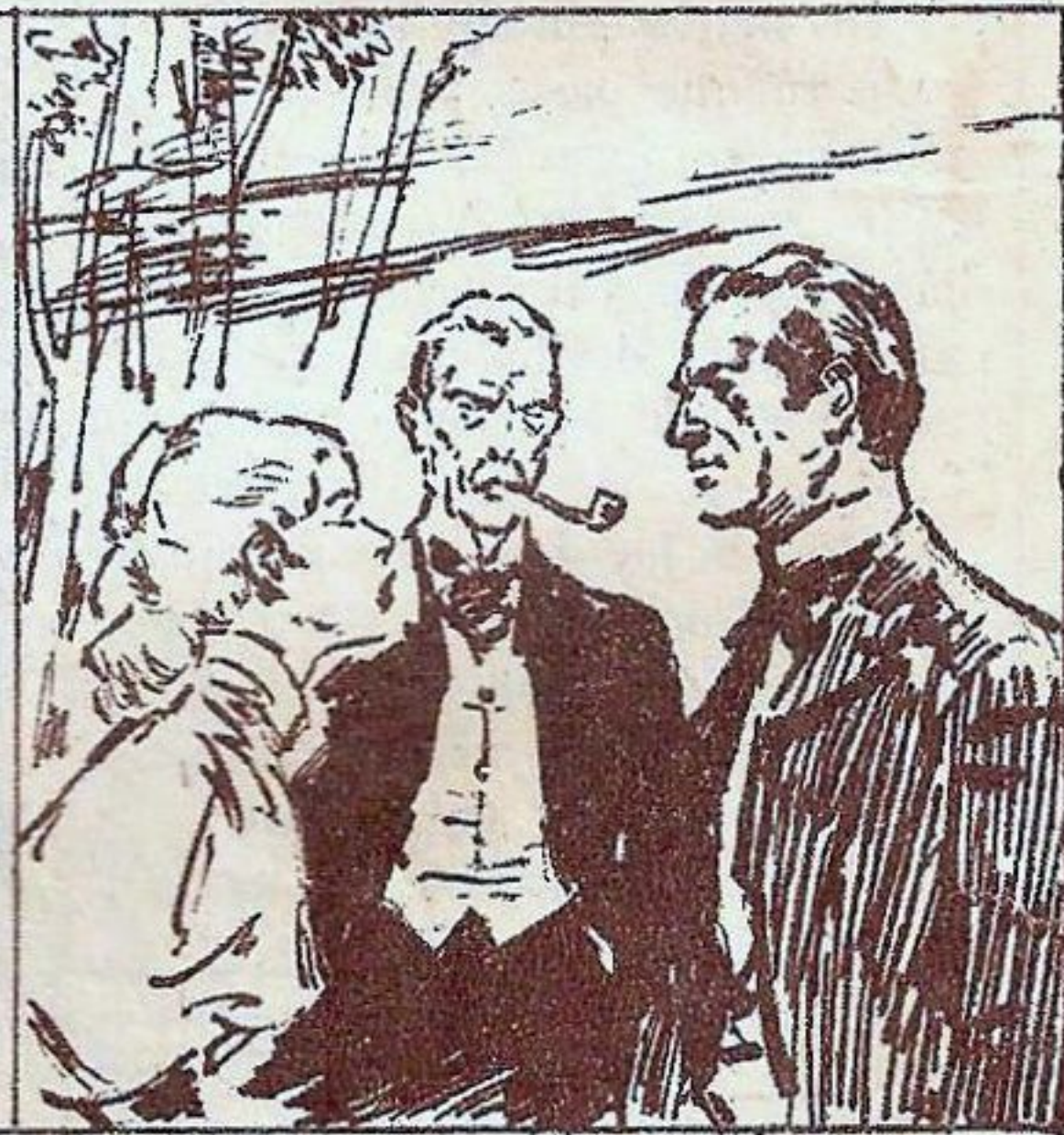
—Y le niegas el derecho de decir: él no se llevará a mis hijos. ¡Los quiero tanto como tú!



Sea; quédate con ellos, pero no impidas que su madre los vea. Permítele vivir en Francia, cerca de aquí... Llévale alguna vez los pequeños.



—Darle mis hijos —responde de Mezzana— es entregarlos a la ignorancia, a la barbarie. ¿Has pensado en lo que serán ellos al lado de la madre? ¡Pretendientes al trono de los sibangs! Tampoco quiero que vivan en las colonias, despreciados al mismo tiempo por los blancos y por los indígenas. Ya que he cometido la falta de engendrar mestizos, destinos difíciles, almas ofendidas perpetuamente, debo reparar esta falta consagrándome a ellos.



—Solución imposible. ¡Imposible! Por el peligro que correrías tú. Dejarla vivir cerca de aquí es tener despiertos sus celos e imponerle, si no el espectáculo, al menos el pensamiento, la obsesión de nuestra felicidad.



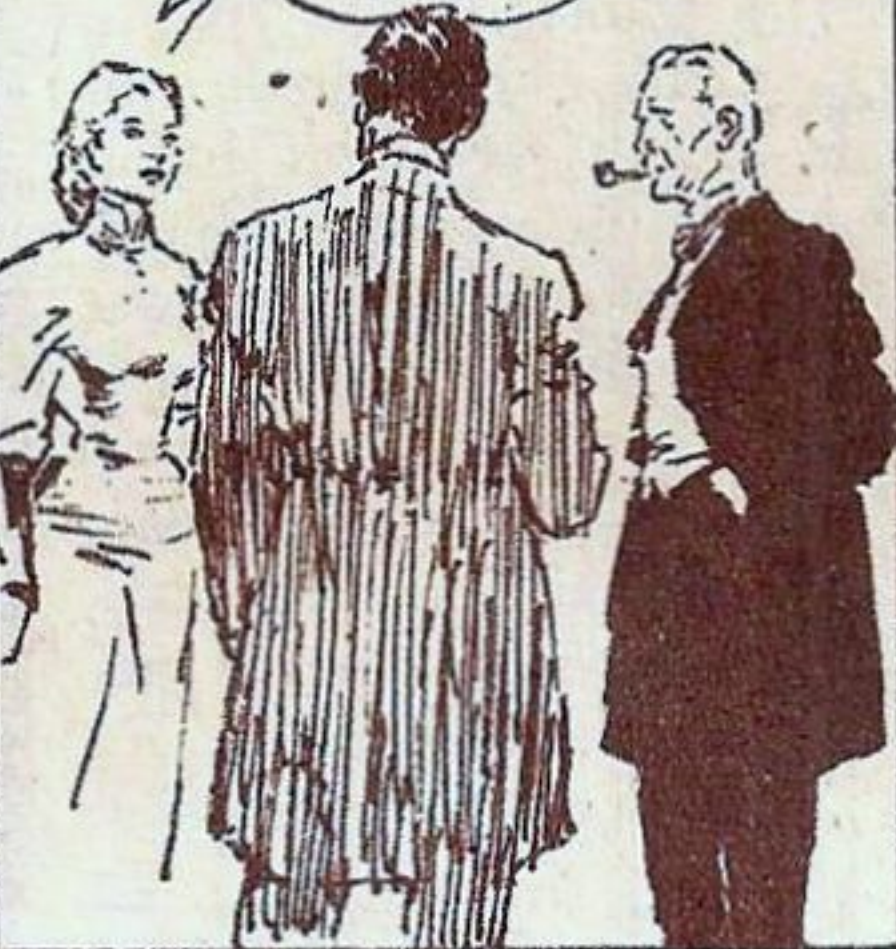
—No debemos olvidar, hija —interviene de Listrac—, que esa mujer es una criminal. A esto responde Amada: —Y ¿no estamos preparando un crimen nosotros también? Ella mató para salvar al hombre que amaba. Quizá yo hiciera otro tanto. Y espero que ese día mi padre, con toda su calidad de funcionario, no vaya a denunciar me diciendo: "Es necesario proceder."





La conversación continúa, pero toda la nobleza del alma de Amada de Listrac no es suficiente para ablandar al viejo funcionario ni a de Mezzana. Este decide al fin: — La expulsaremos. Comprendo que nos impulsa una necesidad odiosa, pero no deja de ser una necesidad.

Llamáis necesario a lo que os resulta útil... ¡Oh! ¡Temamos las consecuencias de un acto como el que vais a cometer!



De Mezzana toma de las manos a Amada y le dice con emoción: — Mi noble e ignorante Europa...

Me dijiste antes sabia... Ignorante ¿de qué?



—De la fuerza del mal en un alma bárbara. Del trabajo del odio y de la crueldad. Ayer, ella no hacía más que preguntarse cómo te mataría: ¿por el hierro o el veneno; con sus propias manos o de un tiro? —No es una razón para quitarle los hijos.

Han pasado las horas. Estamos en las habitaciones de la Princesa Katha. Sobre una mesa se ve la orden de expulsión dictada por de Listrac, que aquella acaba de leer. Entra la vieja nodriza asiática. —Ama —anuncia—, tu enemigo, el padre de la perra amarilla, acaba de ladrar delante de la puerta. Y, señalando la orden, la nodriza agrega: —Dicen que ese papel es fuerte como un cañón; que hay que partir como está escrito ahí...



No partiremos antes que esa mujer esté muerta. Haz pasar a de Listrac. Fui yo quien lo mandó llamar.

Ha querido usted verme, pero le prevengo que la orden que di, aunque penosa, es irrevocable.



¿Por qué me echa?



Ha amenazado de muerte a mi hija, y lo que sé de usted me hace temer... Preferiría ignorar de qué enfermedad murió su hermano.



—Sí. Mis amenazas han asustado a todos. Sin embargo, conocen la cólera... He amenazado desde mi cólera. Cuando una mujer se ve arrojada de pronto por el hombre a quien todavía ama, se siente una sacudida indescriptible. Es como si un tifón arrasara el alma. Allí yo era muy poderosa, pero aquí ¿qué mal puedo hacer? Me pregunto qué pueden temer de mí.

Temo los recursos de su inteligencia y de su astucia.

Pensar en la venganza cuando una se siente abandonada, lejos de la patria... Tendría que estar loca.



Sus palabras de ahora contradicen a las de antes... Y su moderación me inquieta más que las violencias que esperaba:



—Hice el mal desesperada, urgida por los acontecimientos. Creí morir de pena cuando debí sacrificar a mi desdichado hermano por no ver asesinado al hombre que amaba, que amo... Ni siquiera comprendo que me hable de esa muerte.



¿Por qué?



—Porque la aprovecha, del mismo modo que su hija. Se siente usted feliz por casarla con de Mezzana. Lo estima, lo admira... El es rico, guapo, célebre y, sobre todo, bueno, sinceramente, brutalmente bueno como un occidental... Sabe usted muy bien, sin embargo, que sin mi crimen su hija no tendría el prometido que la llena de orgullo. No habría ningún de Mezzana, y sólo quedaría un aventurero más amorfado en la selva.



Luego, la Princesa expresa que accede a partir por su propia voluntad, porque "no hay lugar para mí —dice— en una ciudad en la que mi marido se casa con otra mujer". De Listrac le explica que nada tiene que temer por el porvenir de los hijos. Una sombra indefinible hay en los claros ojos de la asiática. Calla un instante, aturdida, y habla: —Sólo quiero pedirles una cosa: que no me separen bruscamente de mis hijos.

La voluntad del padre es substraerlos a la influencia de usted.



—Sin embargo —replica Katha con voz sollozante—, no soy culpable de nada malo como madre y como esposa. Supongo que tienen el derecho de quitármelos... ¿Qué puedo hacer yo sola contra vuestras leyes? En mi pueblo, bárbaro como vosotros lo llamáis, el temor a los dioses impediría cometer una acción como la que intentáis. Déjeme el tiempo necesario para desprenderme de mis hijos sin demasiado dolor. Es todo lo que pido.

¿Se me concede este favor?



A medida que habla de los hijos, desaparece la simulación que hay en el lenguaje y el rostro de la madre. Terribles imágenes la trastornan. Después, su voz se torna enigmática al decir: —Por su hija, por la felicidad de su hija, le ruego que me permita quedarme con mis hijos aquí, algunos días... ¡Hasta el próximo barco!

¡Diez días!... Me iré acostumbrando a la idea de la separación." De Listrac no puede ocultar la emoción que le producen las palabras de la Princesa.



Sea. Tomará usted el próximo barco. Déme esa orden. Haré que la pongan en regla.

Cuando queda sola, la Princesa se yergue en una ebriedad de poder. Entra la nodriza.



¡Tengo diez días por delante! ¡Es necesario que en esos diez días nazcan diez años de calamidades para la raza de mis enemigos!



Cuando te veo alzar la cabeza y mirar de ese modo, tengo miedo, como si pisara una serpiente.

Ellos han pisado una serpiente, una serpiente que los morderá.



Pero ¿qué le pasa a la serpiente después que ha mordido, amita?

—La aplastan... Mas yo espero morir antes que me aplasten... Pienso en cosas que harán lanzar un grito de horror a todo este país. Veré a esa mujer. Me acercaré a ella. ¡Me han concedido diez días, y no necesito más que un instante! Abre el baúl y dame esas drogas.



—¡Malditas drogas! —exclama la nodriza, mientras obedece—. Ya causaron una desgracia a tu hermano... Debí arrojarlas al mar. Tiende a su ama un cofrecito de metal, que ésta inspecciona con gran interés.

Estos zumos venenosos han nacido en mis selvas... He aquí el que adormece, el que llena la piel de escamas. Es la leche mágica de una flor de cielo. ¡Ah! ¡La veré echada a mis pies, ahogada en su prisión de escamas! ¡Muerta!



Toma un frasquito y lo oculta cuidadosamente en su pecho. Apenas lo ha hecho, entra de Mezzana, que le dice que el señor de Listrac lo ha informado acerca de la reciente entrevista con la Princesa. Esta denota una extraña mansedumbre.—El mal que me haces —comenta— se lo han hecho casi todos los hombres a alguna mujer, y casi todas las mujeres se lo han causado a algún hombre. La culpable es la naturaleza humana.

Vuelvo a admirar tu sabiduría de otros tiempos. Me siento transportado a ocho años atrás.





—Hablas del tiempo pasado... Pues bien, ya que he perdido todos mis derechos sobre el porvenir, quisiera pedirte algo de ese pasado. Déjame —hasta el día de mi partida— vivir contigo y con los niños en casa. Explícale a tu prometida que no trato de recuperarte; no pido sino un tiempo de descanso; un alto a orillas del precipicio. Hazla comprender. Puesto que dentro de diez días me separarán de vuestros tres rostros, por algo que se parece a la muerte, deja al menos que viva esos diez días.



“Aunque el padre me traicione, aunque los separen de mí, querré a mis hijos queridos. Los besaré a cada instante en esos diez días, para que el tesoro de sus besos me dure toda la vida. ¿Recuerdas cuando eran apenas dos cuerpecitos pequeños, cuando aún se llamaban Apaid y Saida, Cuando...?”

¡Basta! No sigas. Te concedo diez veces, mil veces lo que me pides... Puedes permanecer a nuestro lado los diez días que te restan en Marsella. ¡Sí, sí!



¿Lloras? Estás muy emocionado... ¿Extrañas acaso el tiempo de que te hablo?

No; pero lo recordaré siempre con dulzura. Cuando nuestros niños eran pequeñitos; cuando no tenían conciencia ni inteligencia; cuando no eran sino dos animalitos con los que jugábamos sobre las esteras, allá en tu viejo y lejano palacio... Sí, entonces yo era feliz. Quizá nunca lo he sido ni lo seré como entonces.



¿Por ellos o por mí eras feliz?

Por los tres.



Y, cuando yo esté allá de nuevo, ¿no sentirás la tentación de regresar para revivir nuestras noches de encanto junto al estanque mágico, nuestro amor?...

No. Los recuerdos permanecerán; pero no retrocederé en la espiral de mi destino.



¿Qué te retiene con tanta fuerza? ¿Esa mujer? ¿Este país? ¿O el porvenir que sueñas para tus hijos?

Ella, este país y los niños.



Sí, y también los hijos que ella te dé. Dime: ¿acaso la certeza de que ella te dará hijos, no podría consolarte de perder éstos?



¿Qué? ¿Perderlos? ¿Qué quieres decir?

Si yo te pidiera que los dejaras partir conmigo, ¿crees que sería un sacrificio superior a tus fuerzas?

¿Tú llevarte a mis hijos? ¡Nunca! Y no intentes hacerlo, ni por la fuerza ni por la astucia. Me lo pagarías con la vida.



Casi con alegría, Katha exclama: —¡Los quieres más que a ella! Contéstame: si debieras elegir entre perderlos y perderla, ¿qué elegirías? De Mezana, después de un silencio, responde con violencia y fastidio: —¡Los quiero más que a ella, sí! ¡Los quiero más que a mi propia vida!

¡De tal modo los quieres! ¡Ah! Mis pobres niños!...



¿Por qué los compadeces? ¿Por qué tiembles?



Porque aquí, en este desgraciado pecho, luchan dos sentimientos: uno es de mujer; el otro, de madre. ¿Cuál vencerá?

Han pasado algunos días. Katha y su nodriza asiática se encuentran en la terraza del edificio. En cierto momento, la segunda pregunta a la otra: —¿Qué sabes, buena amita?

¿Buena? Sí, como la flecha envenenada.

Tú no serás la mano que envíe la flecha.





Yo seré la mano, la flecha y el veneno. En cuanto a ella, la rubia Europa, que viva para verlo delirar de desesperación. Están perdidos el uno para el otro. ¡El no se casará con la responsable de la muerte de sus hijos!



No lo harás, ama.



¿No habré de castigarlo después de haber descubierto el punto vulnerable donde puedo herirlo de muerte? Vengaré así a mi padre y a mi hermano, asesinados por él en realidad. Vengaré a mi pueblo, traicionado por él.

De eso no sé; yo te pregunto: ¿qué mal han hecho esos niños inocentes?



Y ¿qué bien harán si viven? Eran mis hijos, pero su padre me ha muerto en sus corazones.

Siguen siendo tus hijos, queriéndote, puesto que no cesan de llorar al saber que te vas.

Te pegaré si no callas. ¡Te pegaré!



Golpéame con el pie en la cabeza, pero déjame hablar. ¿Sabes lo que dijo ayer el mayor? "No entiendo por qué la hacen volver a mamá. Quisiera que ella viviese en una casita, a orillas del mar. Papá y tía Amada no la verían, pero yo iría a besarla todas las noches."

¡Calla; calla!



Katha llora y exclama: —¡Mi cólera se hunde!... ¡Tengo el corazón lleno de amor! Mas ¿cómo dejarlos solos en el mundo? Se oyen risas y gritos de niños, y entran Vicente y Julián, con sus blancos trajes de colegiales y carteras en la mano.



Mamá... Acabamos de ver a papá. Nos hizo visitar sus oficinas.

Y nos mostró cómo funcionaba la máquina de calcular. Papá nos prometió que, cuando seamos grandes, ocuparemos su lugar y dirigiremos los negocios nosotros. ¿Te gusta, mamá?



Yo le dije que no me gusta el trabajo de oficina. Quizá ponga una fábrica de automóviles... Y en las carreras, yo mismo conduciré mis coches. Inventaré un motor que permitirá correr cuatrocientos kilómetros por hora.



La Princesa ya no escucha a sus hijos, que terminan por retirarse para ir a sus juegos. Cuando entra la nodriza, oye decir a su ama: —Ha regresado. Ha regresado. Está aquí de nuevo.



—El que me conduce. Una voz sobrenatural que me habla. Oye lo que me dice: "Princesa, tus hijos deben ser libres. No se convertirán en sirvientes de monstruos que devoran el espacio. No inventarán máquinas. Salva el alma que les has dado." Y yo salvaré sus almas, nodriza. Así el blanco tramposo que pretende quererlos más que a su propia vida, verá cómo yo los quiero. ¡Verá hasta qué punto los amo!



Noche hermosa de una primavera mediterránea. En la terraza, de Mezzana y la Princesa concluyen de comer, y aquél se pone a escribir. Luego le entrega el escrito y le dice: —Esto te asegura el apoyo de las autoridades de Indochina para reconquistar la corona del país de los sibangs.

¿Prefieres que yo y los niños no te acompañemos mañana al barco?



No necesito a nadie para lo que aún me queda por hacer.



Las respuestas de doble sentido de la Princesa inquietan vagamente a de Mezzana, que expresa: —Convendrás conmigo en que nuestros hijos no pueden volver al Asia. No quiero que vayan a aumentar ese pueblo humillado y famélico que forman los mestizos de las colonias. Aquí estarán mejor, y yo aseguraré su porvenir... Pero ¿qué tienes? ¿Por qué tiembles? ¿Por qué se han llenado de sinietras sombras tu mirada, tu rostro?

Nada. Nada. Yo también estaba pensando en el porvenir de nuestros hijos.



La madre ha dado el postre a los niños, que se van a la cama. A poco, un sueño de plomo comienza a vencerlos. Bostezan. El mayor comenta: —¿De qué sería esa jalea? Tenía sabor a selva.

Sí, es el gusto de esas frutas que nos daban los padres de la misión, allá. ¿Cómo se llamaban esas frutas?



Mangos. Ya está: la jalea que nos dió esta noche era de mangos... Pero ¿qué pasa? Oigo llorar a la nodriza.

No; la que llora es mamá... ¡Oh! ¡Escucha ese canto! ¿No lo oyes, Julián?



¡Has podido hacerlo, ama!



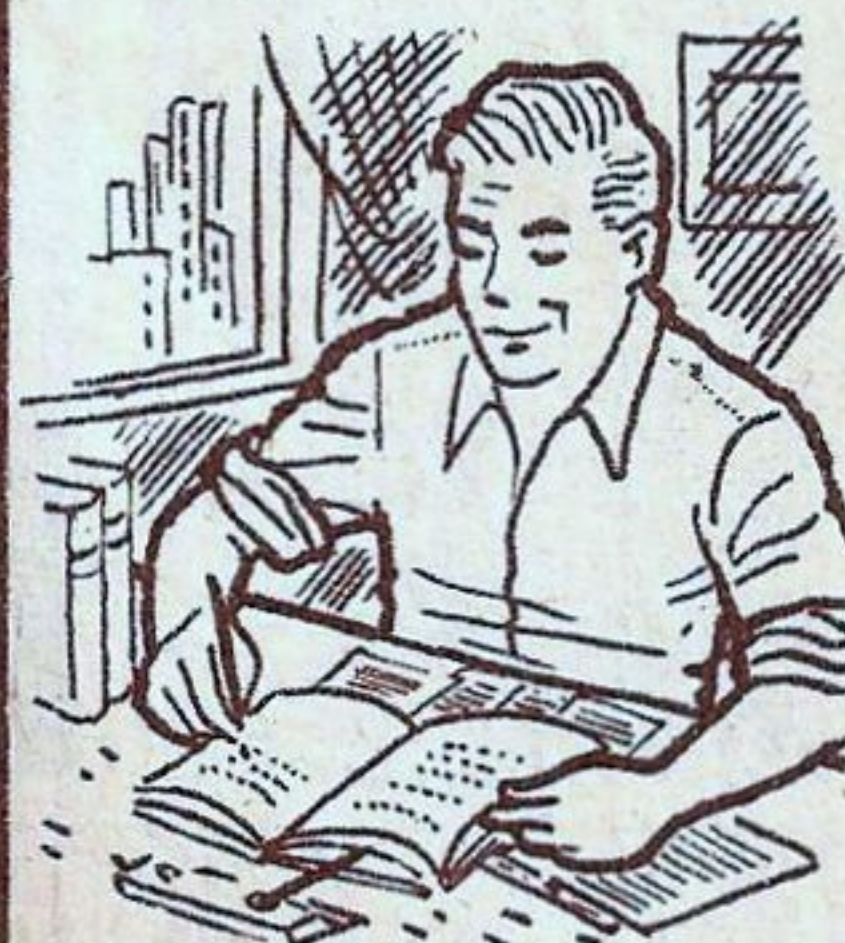
¡Duermen! ¡Déjalos dormir!... Abre la ventana.

Y con esa canción de cuna se duermen para siempre. Minutos después entra Katha. Se arrodilla, para erguirse después al pie de los lechos. Sus ojos se han llenado de lágrimas y pavor. La muerte que ha dado parece esperar-la a su vez. Pero de pronto la abandona toda expresión de dolor, de espanto. La nodriza entra.

La nodriza obedece, y el Sol poniente inunda la habitación con un mar de púrpura y oro. La Princesa se aproxima a la ventana y mira por un instante al Sol, al que hace un ademán de saludo y llamado. La nodriza ha comenzado a temblar.

# ESTUDIE...

## en el mayor Instituto Técnico de ESTADOS UNIDOS...



### sin moverse de su casa...

**Desearía Ud. adquirir la capacidad y ganar el sueldo de un graduado en un instituto técnico norteamericano?**

Entre los 150 cursos técnicos y comerciales que ofrecen las Escuelas Internacionales, hay uno para Ud., que le dará el mismo alto grado de capacidad que obtendría si estudiara personalmente en un instituto superior norteamericano.

Las ESCUELAS INTERNACIONALES, filial del Instituto de enseñanza por correspondencia más importante de Norte América, pone a su alcance los profesores y métodos de enseñanza estadounidenses, para que Ud., en su casa y en horas libres, pueda estudiar un oficio o profesión tal como si asistiera personalmente a clases.

Nuestros graduados ocupan los más altos cargos en la Industria Americana. ¡Ud. también puede hacerlo!



## INTERNATIONAL CORRESPONDENCE SCHOOLS

Filial en la Argentina AV. DE MAYO 1370 Bs. Aires

ESCUELAS INTERNACIONALES de los EE. UU. es miembro integrante del NATIONAL HOME STUDY COUNCIL

### ESCUELAS EN LOS 5 CONTINENTES

#### CURSOS PROFESIONALES

- INGENIERIA MECANICA
- INGENIERIA ELECTRICA
- INGENIERIA QUIMICA
- ARQUITECTURA
- INGENIERIA CIVIL
- INGENIERIA DE CONSTRUCCIONES

#### CURSOS TECNICOS

- TECNICO EN RADIO Y TV. (con tres equipos de práctica)
- TECNICO EN MOTORES DIESEL

- TECNICO ELECTRICISTA
- DIBUJO MECANICO
- ADMINISTRACION COMERCIAL
- QUIMICO INDUSTRIAL
- TECNICO EN CONSTRUCCION
- TOPOGRAFO
- PERITO MERCANTIL
- TORNERO
- CONTADOR
- LOCOMOTORAS DIESEL ELECTRICAS
- TECNICO EN DINAMOS Y MOTORES

- TECNICO MECANICO ELECTRICISTA
- REFRIGERACION
- PERITO MECANICO
- DIBUJO ARQUITECTONICO
- TECNICO TEXTIL

#### IDIOMAS

- INGLES (con discos)

#### ARTES DOMESTICAS

- CORTE Y CONFECCION (con telas gratis)

Pida informes sin compromiso hoy mismo. Recorte y envíe este cupón.

Nombre y Apellido.....

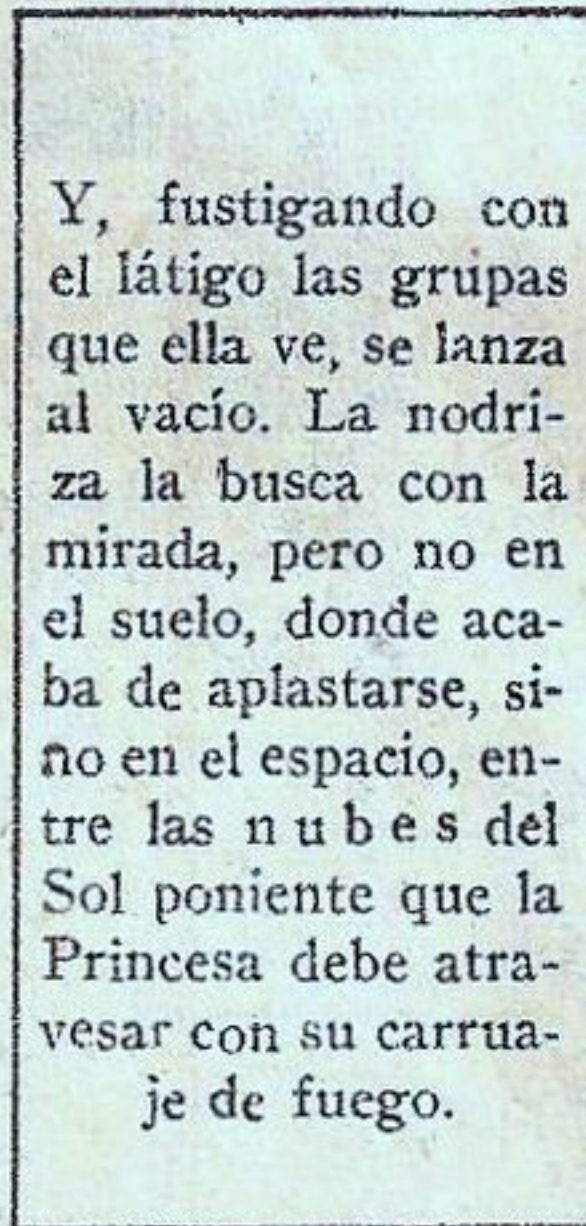
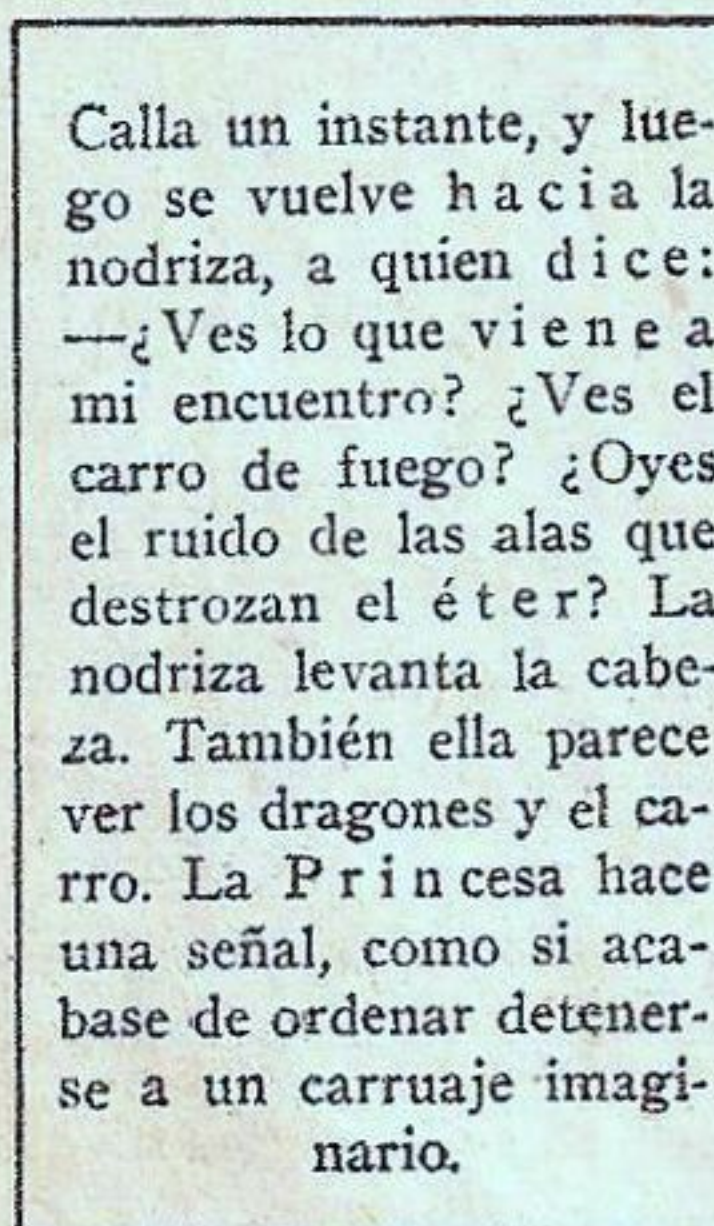
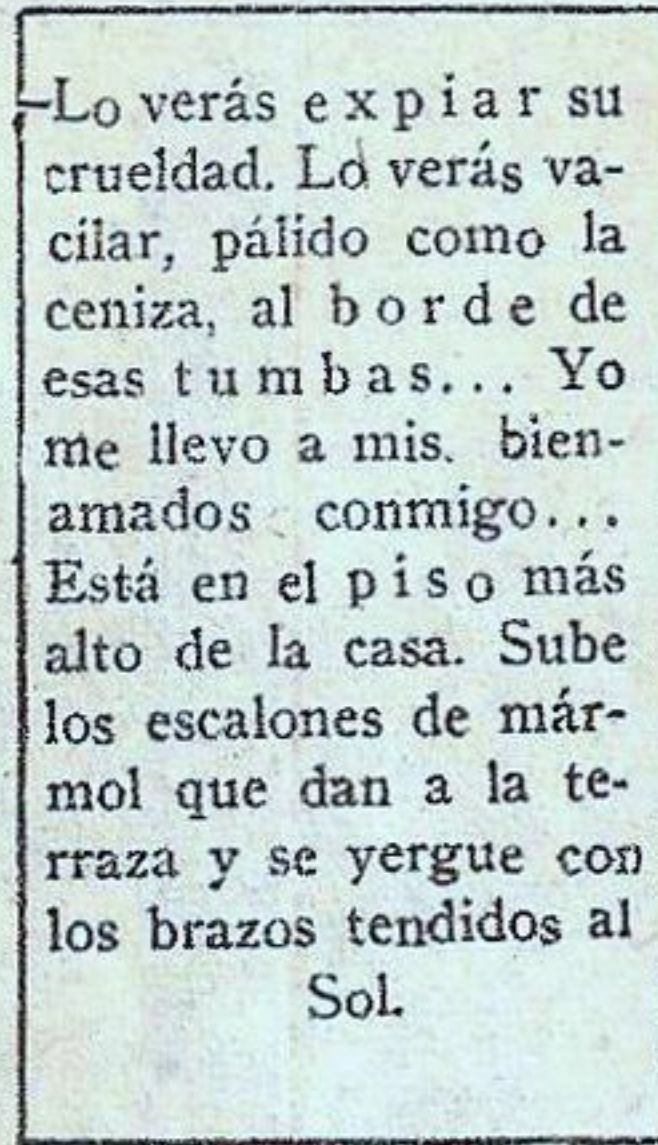
Dirección.....

Ciudad..... Provincia.....

Rema técnica que le interesa.....

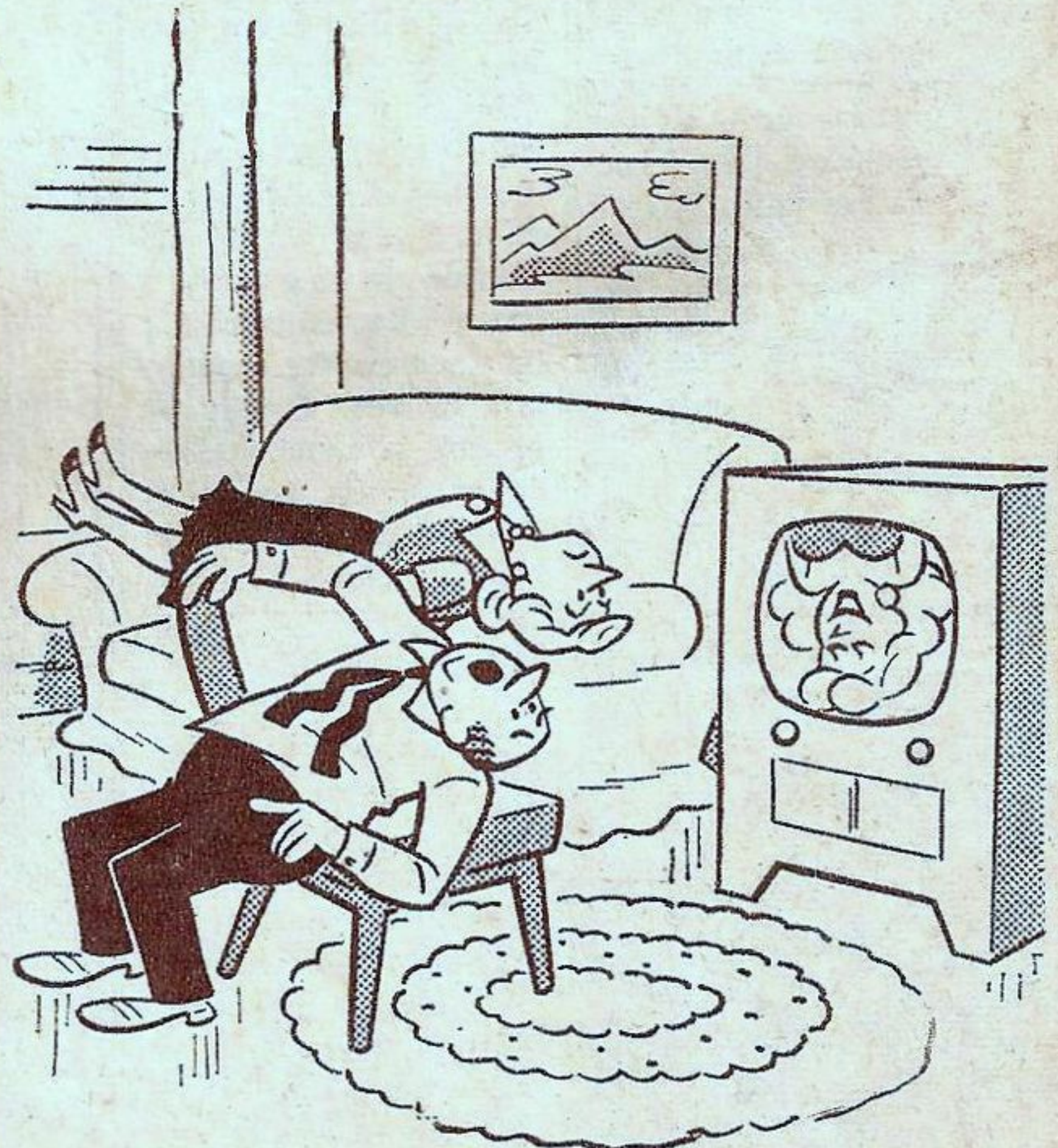
Av. de Mayo 1370 Buenos Aires Rep. Argentina





columberos.blogspot.com.ar

## MOMENTO HUMORÍSTICO





# RESTOS DE DICHA

Por HENRY GRIMM

DIBUJOS DE GUZMÁN



Un núcleo de jóvenes animosos había creado el "Viena Sport" en la capital de Austria...

De esta forma olvidaremos las amarguras de la guerra, amigos...



Estaba ubicado en la parte industrial de Viena. Y a veces había que cruzar la niebla emanada de las fábricas, que no descansaban los domingos.



Unidos con la alegre camaradería de los hombres fuertes, se mezclaban en el "Viena Sport" obreros, empleados y estudiantes...

¿Te quedas hasta la hora del baile, Herman?



Herman vaciló...

No sé. Todo depende de diversos factores. No estoy muy seguro...



El uniforme oficial del club igualaba a todos los jóvenes, que dedicaban sus horas libres a ensanchar el tórax y el espíritu...

¡Adiós, Herman! ¿Haces pesas esta mañana?

Sí... un poco... Más tarde...



El uniforme oficial del club igualaba a todos los jóvenes, que dedicaban sus horas libres a ensanchar el tórax y el espíritu...

¡Adiós, Herman! ¿Haces pesas esta mañana?

Sí... un poco... Más tarde...





Herman pensaba en su gato "Shim" y en cómo se divertía con él...

(Podría ser el número central. Creo que "Shim" lo haría muy bien.)



Herman Zellers deseaba crear en el club un teatro de regocijo.

Bueno. Es más o menos como una "varieté" de circo.



¿No sería magnífico, para diversión de nuestros padres, de nuestras hermanas? Yo pongo mis números... mi gato "Shim"...

¡Empecemos, amigos! ¡Y quien tenga alguna habilidad, que se apunte en el registro que estará en la presidencia!



Y, con general beneplácito, se formó el Teatro Regocijante del "Viena Sport". Luego, sus integrantes iban a colegios, hospitales, sanatorios, y todo sitio donde se pudiera colocar el eficaz antibiótico de la risa...



Y ahora, nuestro director general, el señor Zellers, con su enorme talento y simpatía...



Herman Zellers obtenía un éxito ruidoso con sus habilidades personales y con su magnífico gato "Shim". Herman era, además, trompetista y bancario.

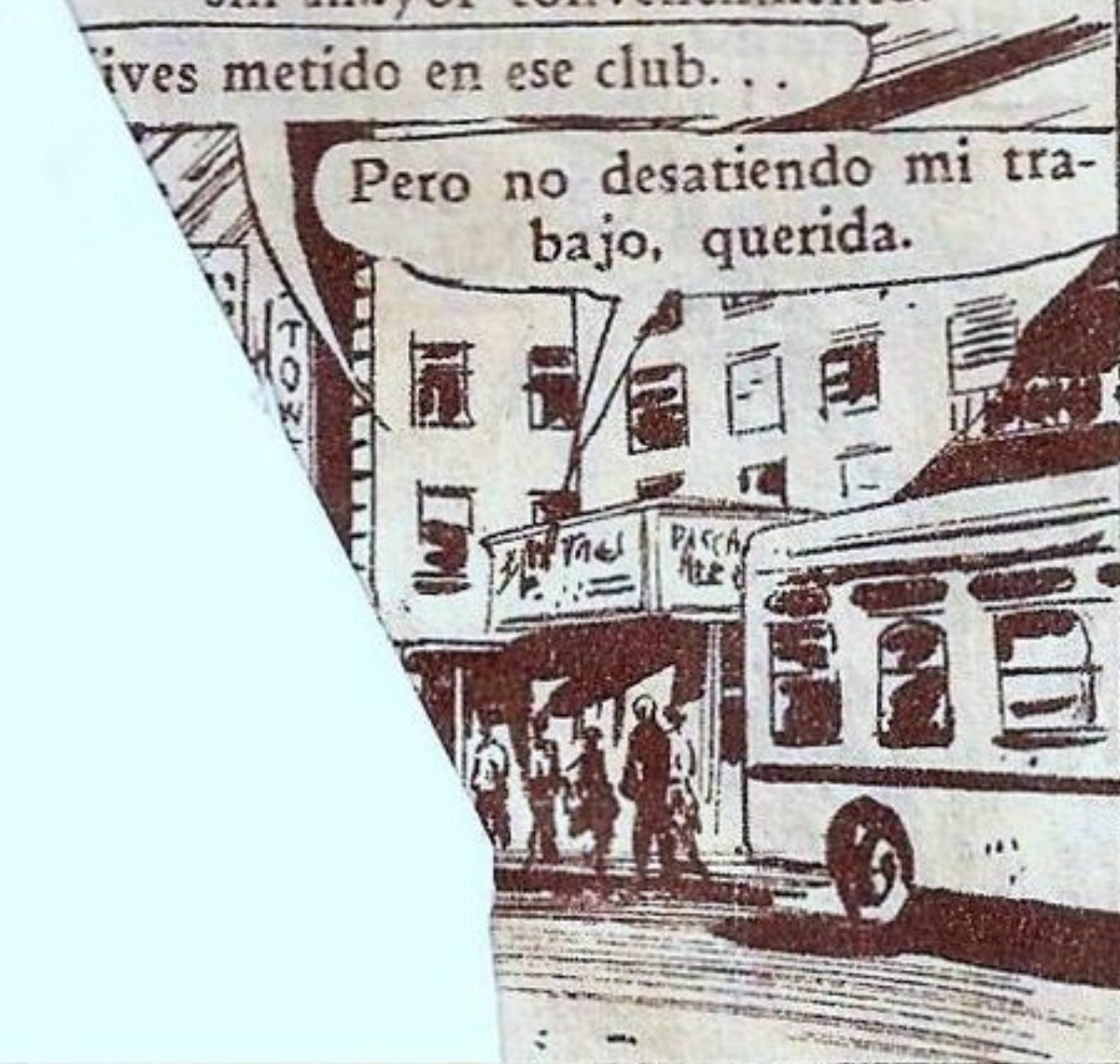


(¡Y los chicos, sobre todo los pobrecitos enfermos, se ríen! ¡Oh, estoy muy contento...!)



Norma Ditrich escuchaba a Herman sin mayor convencimiento. ¡Vives metido en ese club...

Pero no desatiendo mi trabajo, querida.



Llegó una nueva primavera, y la enorme alegría de la liberación total del territorio austriaco. Se organizaban fiestas diariamente...

¿Se marchan nada menos que hasta Alemania? ¡Están locos!



*Disculpas  
por rotura*



Herman no pudo convencer a su novia, que le colgó el tubo con aspereza.

(¿Cómo puede reprocharme este gesto de hermandad, de patriotismo?)



El piquete del "Viena Sport" iba a realizar una corta gira por varios sitios del país, para recaudar fondos con destino a obras benéficas...

¡No abandonamos nuestros trabajos! ¡Hemos pedido licencia y nos la dieron con gusto! ¡Es una obra de caridad!



Los muchachos salieron de Viena...

(Creo que lo nuestro se muere, Herman...)



No fue pequeña la suma que recaudaron en siete días de actuación. Diarios del interior destacaban los méritos del conjunto vienés. Con gran acopio de satisfacciones retornaron a la capital de Austria.

(Ella no está. ¡Es la única que no está...!)



Herman fue a buscarla a su domicilio. Norma lo atendió con frialdad casi despectiva...

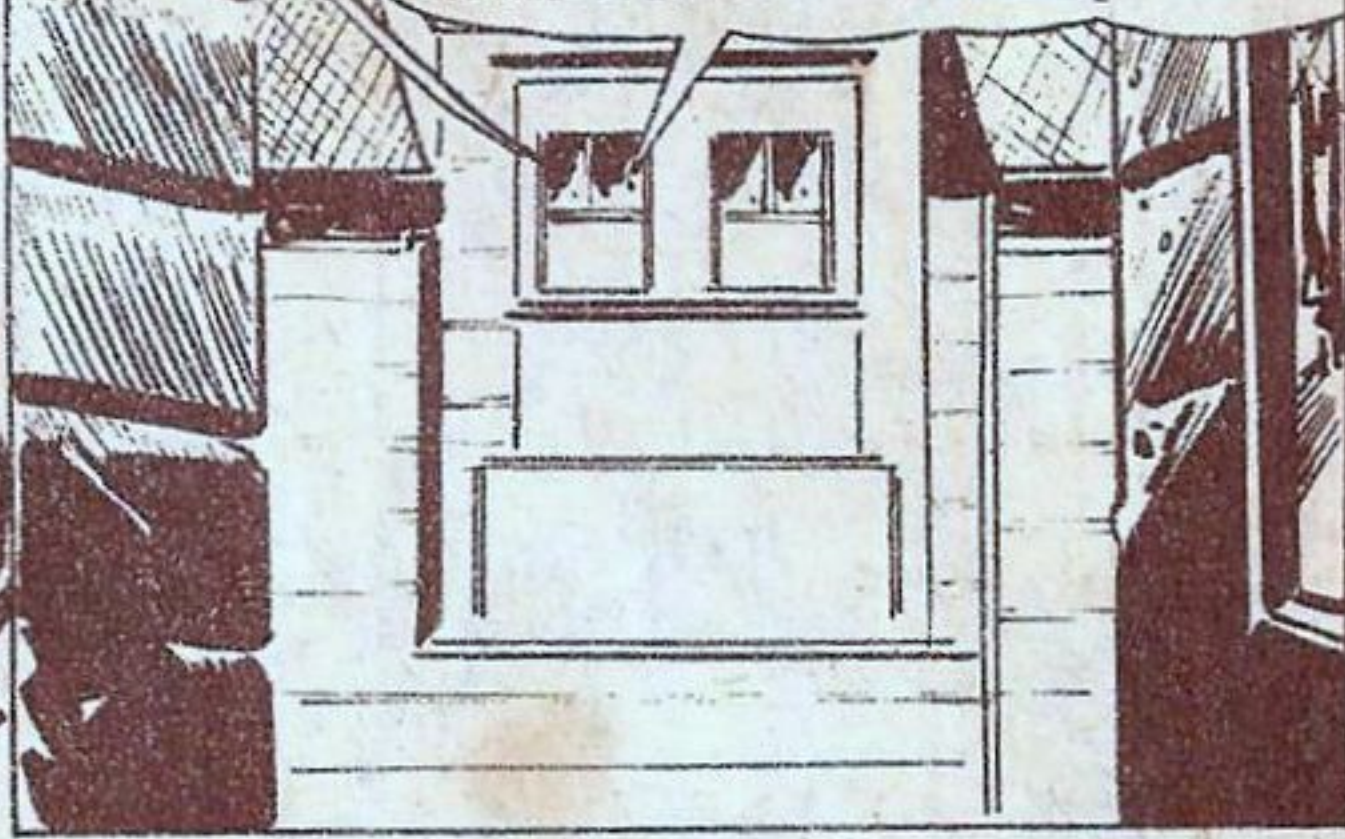
¿Qué manera de hacer el ridículo por ahí! ¿Piensas continuar?

Pues... creo que sí.



¡Si crees que eso me parece bien, estás equivocado, Herman!

Antes era "por pasar el rato". Ahora y en adelante, para hacer beneficios. ¿No es una obra altruista la del "Viena Sport"?



¡Eres un triste payaso, Herman!



La frase cortante de la joven lastimó al hombre. Sus labios quedaron callados algunos segundos. Reaccionó...

¿Payaso? De acuerdo, Norma. Lo seré hasta el final de mis días. Pero mi conciencia sabe que soy honesto...



Y Dios quiera que algún día sepas "lo que significa un payaso"...



Ne te deseo ningún mal. Todo lo contrario. Pero que Dios llegue a ponerte ALMA, así como te puso belleza...



¿Y te atreves...?

El cerró la puerta cancel a sus espaldas. Le dolía el corazón. Amaba a esa muchacha... tonta... ¡tan tonta! Pero se marchó...



En su casa, Herman meditó largamente. Otra vez volvía a recordar el ayer venturoso, despreocupado, feliz. Ahora todo estaba destruido. "No podemos seguir así ni un día más" —había dicho Norma Ditrich—. De pronto, un leve roce en las piernas lo sacó de sus angustias. Era "Shim", el gato.

Hola, amigo... No quieres que yo esté solo, ¿verdad?





Recordando la docilidad del felino, lo hizo subir con una seña hasta su escritorio.

"Shim" era un gato realmente maravilloso. Pero Herman volvió al recuerdo de Norma; de su felicidad trunca...

(Ha sido cruel. Debo olvidarla...)



Su cabeza era un torbellino. Quiso descansar de la vorágine de ideas, recreándose en la suave tranquilidad del gato...

¿Cómo andas en saltos mortales, "Shim"? Veamos...



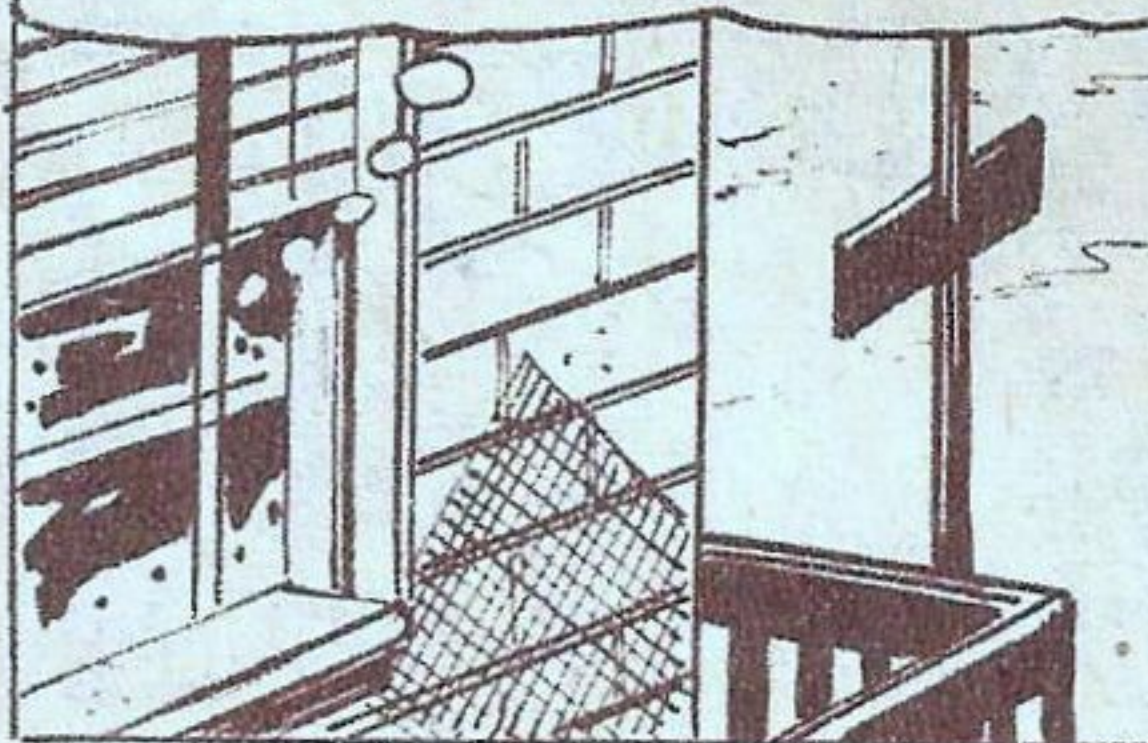
"Shim" hizo muchas de las habilidades que Herman Zellers le enseñara...

Ahora, ¡al lavabo, "Shim", y con mucho aseo!



"Al lavabo" era otro número del gato. Y hasta tomaba un trapito y hacía como que se secaba la cara. Herman concluyó esa noche riendo jovialmente...

(¡Tengo veintisiete años, qué caramba!... ¡Voy a amargarme otra vez?)



Entonces concibió una idea. Es decir, dio forma actual a una idea nacida quince días atrás en medio de la gira con el elenco del club.

(¿Podría ser posible? ¡Ganaría mucho más que en el banco!)



El famoso empresario Glaihen lo había entusiasmado.

"Usted podría ganar mucho dinero a mi lado. Y recorrer el mundo. Y ser un aristócrata..."



(¡Si yo me atreviese... perdiendo ocho años de banco!)



Era de madrugada cuando redactó una carta para Karl Glaihen. La espera duró seis días. Seis días en los cuales Herman no comió, no durmió...

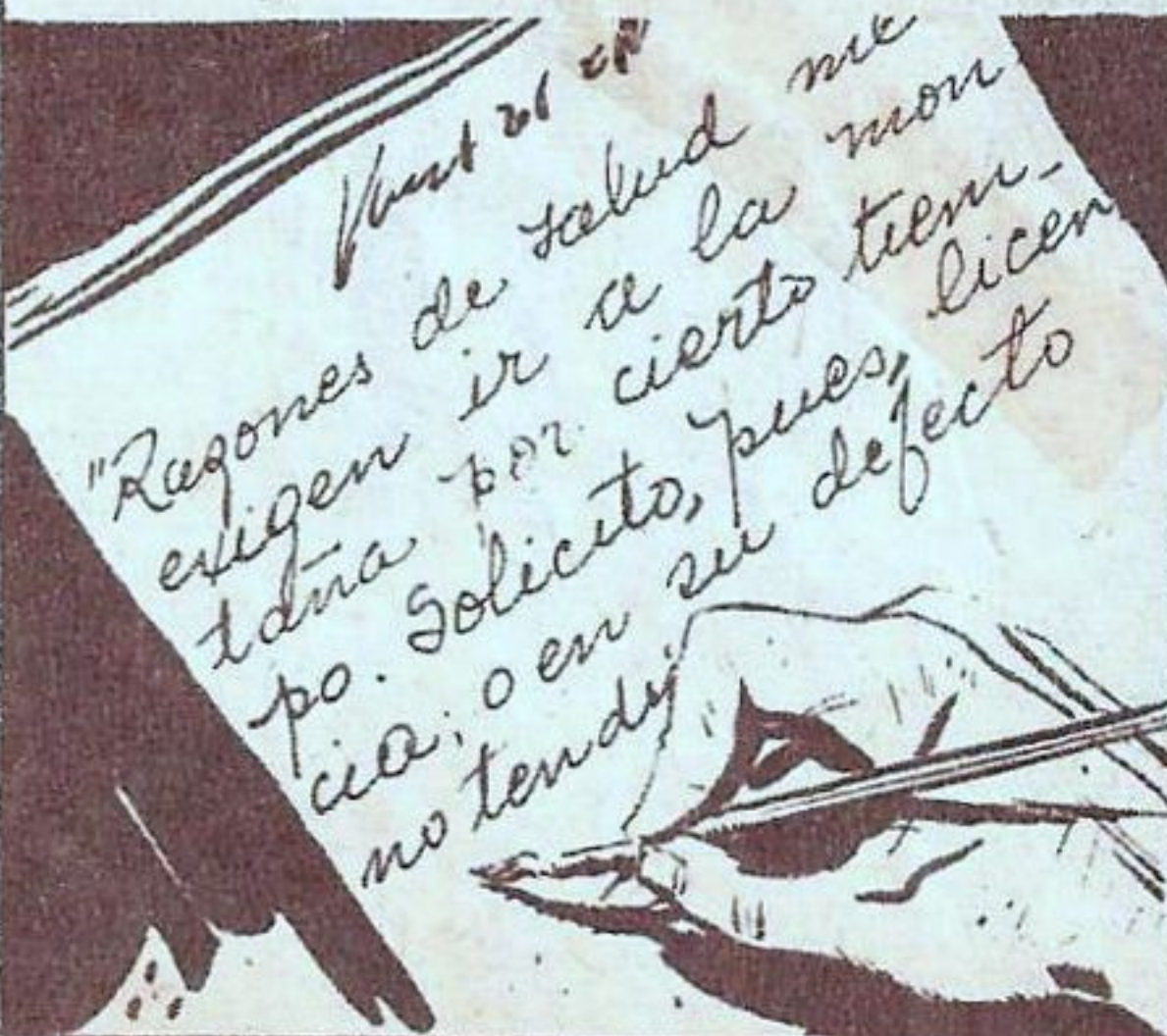
Carta para el señor Zellers...



Un Herman Zellers demacrado, abatido, leyó "la contestación del empresario". A duras penas reprimió un grito. ESTABA CONTRATADO. IBA GIRO ADJUNTO...



Terminada su tarea diaria en el banco, corrió a su domicilio, a su escritorio...



...más remedio que renunciar a mis ocho años de actividad bancaria..."





No salió de su casa en cinco días. Con toda seguridad que el gato "Shim" se extrañaría de ello. Herman Zellers preparaba cuidadosamente su "debut" al lado del universal y famoso empresario Karl Glaihen...



Tocaba la trompeta con sordina. El gato realizaba piruetas, saltos, parodias... La función privada enloqueció al veterano Glaihen.

¡Tiene una inteligencia portentosa! ¿Y usted, acaso, no es un domador...?

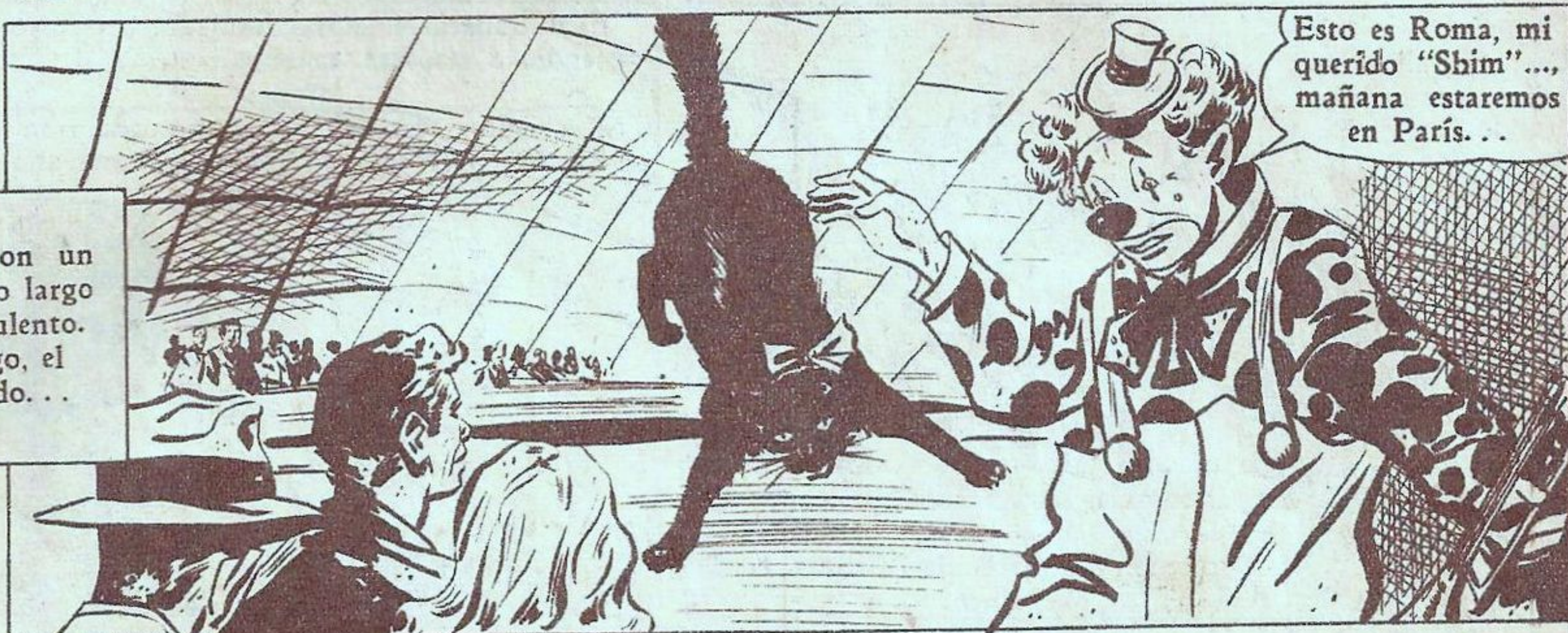


Herman sonrió con bondad.

¿Domador...? No. Mi gato no es una fiera, señor Glaihen.



Firmaron un contrato largo y suculento. Luego, el mundo...



Esto es Roma, mi querido "Shim"... mañana estaremos en París...

Transcurrieron muchos meses. Tantos, que formaron cuatro años largos...

Aquí me dice mi amigo del "Viena Sport" que Norma se ha casado...



Estuvo todo ese día muy triste "por el golpe"...

¿Vienes, Herman? Una pequeña recorrida por Broadway antes de la función...

Sí... te acompaño, George.



George Markos era un griego de físico prodigioso y corazón de niño. En el espectáculo de Karl Glaihen ocupaba un sitio de honor...

Pero el espectáculo verdadero, maravilloso, es el tuyo, Herman. ¡Eres genial!



Al gato "Shim", habíale agregado dos felinos más. Era un trío sensacional.

Todo se logra con paciencia... y con sonrisas, querido George. Como tú, que eres mi mejor amigo.



Herman Zellers fue gran figura de la organización Glaihen. La bohemia artística se fue adueñando del espíritu sensible del joven vienés. Pero nunca pudo olvidar a Norma Ditrich. Se hizo melancólico, callado...



(¡Finalmente, ella se ha casado...! ¿No he sido YO el tonto...?)

El griego Markos lo consolaba con palabras prontas y cordiales.

¡Eres un verdadero amigo, George Markos! ¡Mil gracias...!





En Nueva York estuvieron seis meses. . .

¡Tu número es la base de mi fortuna, Herman! ¿Quieres renovar contrato por. . . por. . . cinco mil dólares semanales?



Herman sonreía. Sonreía siempre. Pero pensaba. . . "¡Qué miserable eres, Karl!"

¡Venga ese contrato, Karl Glaihen! Antes que me arrepienta.



Con George Markos creó un número abrumador. Era una extraña combinación de música, gatos y trapezio, que agotaba a Herman.

¡Magnífico! ¡Eres tan distinguido, Herman! . . .

Reconozca que George es un trapeceista inigualable. . .



La compañía Glaihen recorrió el mundo entero. En Buenos Aires, Herman presentó su número "The eleven cats"; todos animalitos, que parecían mellizos entre sí. El temperamento de Herman Zellers fue endureciéndose con el roce de la vida circense. . .



¡Las comidas para "Shim" y sus compañeros deben ser de primera calidad! ¿Cómo tengo que hacérselo entender, Karl Glaihen? . . .

El millonario y tacaño fundador del espectáculo aprendió a respetar, extremadamente, a "todos sus artistas".

Si se muere "Shim", ¿cree que puedo reemplazarlo y SE ACABO? ¡Más humanidad, más alma, señor Glaihen!



En el elenco, Herman Zellers no tenía más que grandes amigos. Pero George Markos era lo máximo para él.



¿Otra vez te peleaste con el patrón? ¡Y siempre por alguno de nosotros!

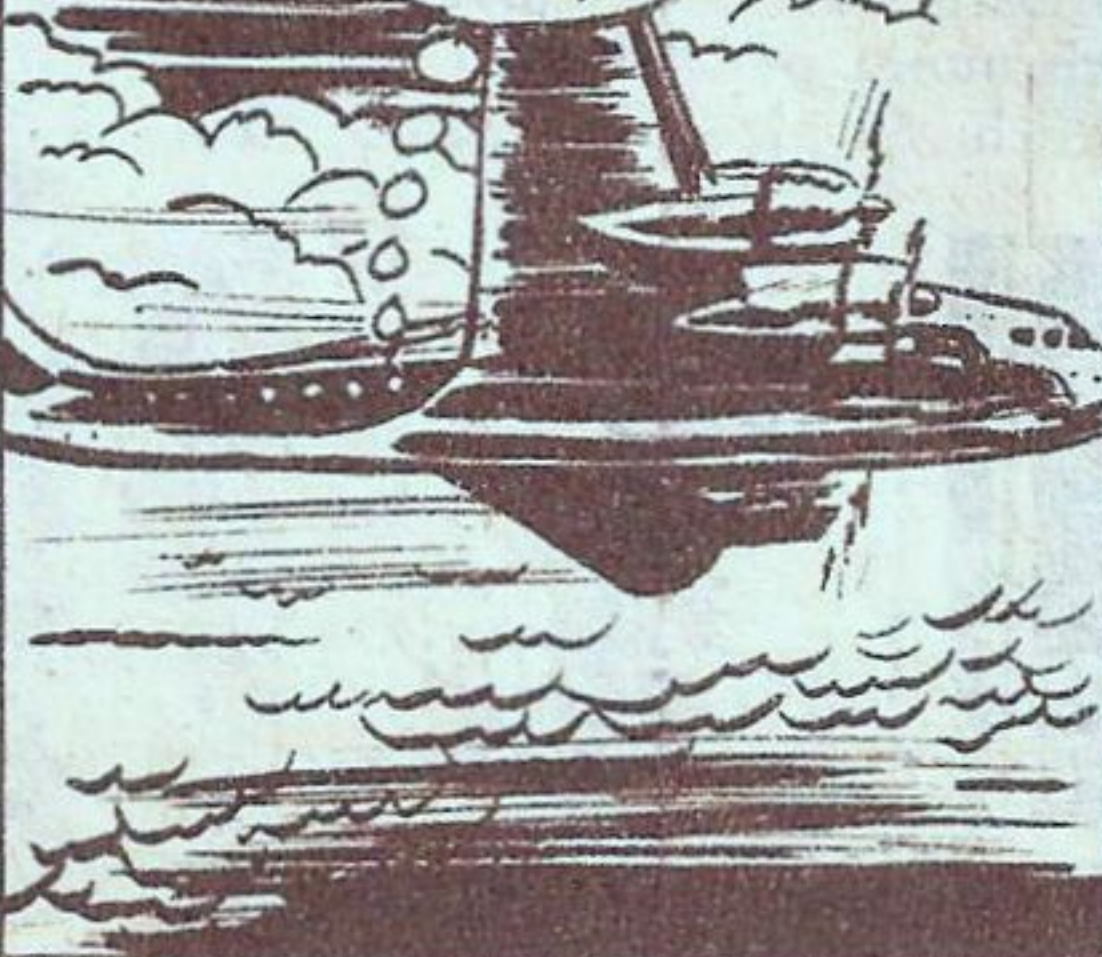
Herman no daba la menor importancia a esas rencillas "de trabajo".

Mucho más me preocupa nuestra próxima plaza, George.



El itinerario indicaba VIENA.

(Viena. . . ciudad de mis ensueños. . . ¿Qué hacer. . .? ¿Qué hacer?)



Estaba intensamente preocupado. George lo notó.

¡Es mi regreso al ayer. . . a los recuerdos que no puedo sepultar!

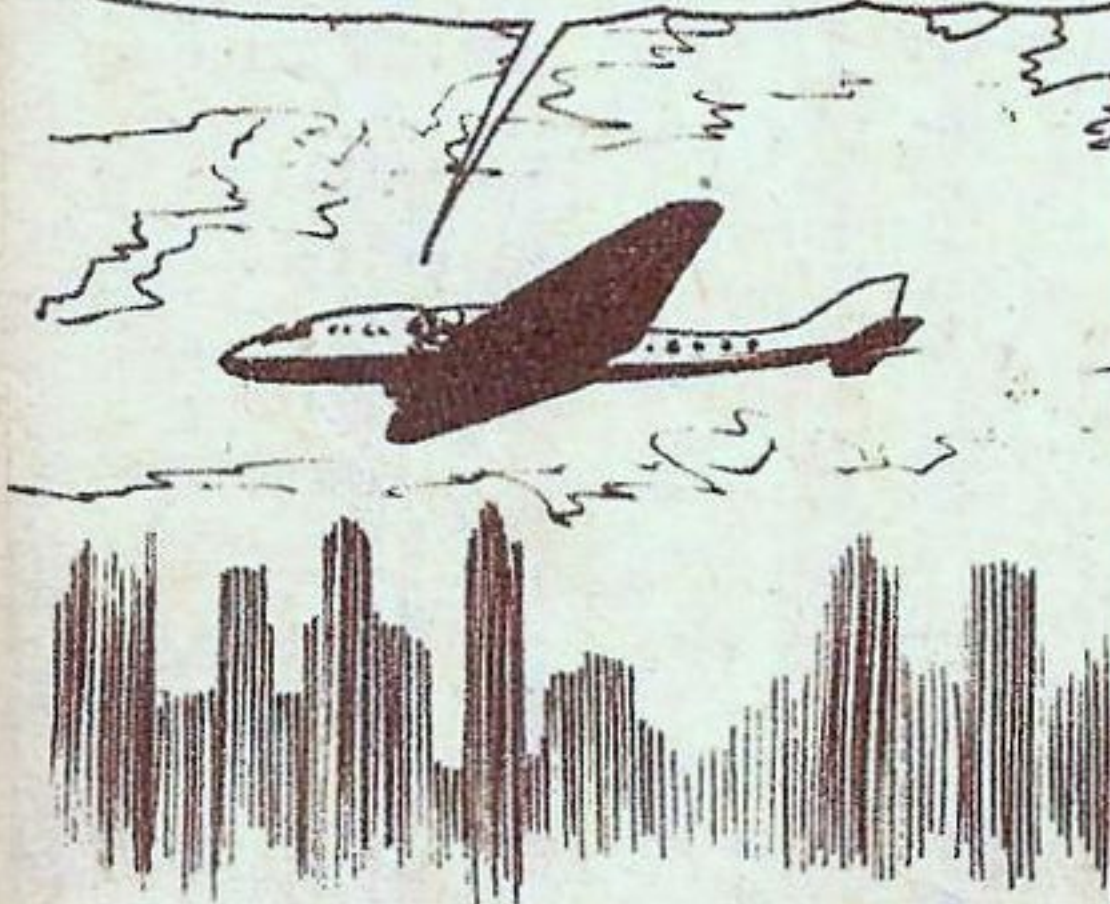
¡Vamos, Herman! ¿Qué importa un sitio u otro en nuestro recorrido? Concéntrate en tu labor, y basta. . .





Herman Zellers miró al griego con infinita tristeza...

No podré, George. En Viena está ella... ¡No podré concentrarme!



Estaba decidido a no trabajar en la capital de Austria. En SU VIENA... Pretextaría un malestar repentino... ¡Qué desdichado soy! ¡Estoy encadenado...!



George Markos lo zamarreó y le puso fea cara.

¡Estás loco! ¡No comprendes que eso es imposible? ¡Tienes un deber que cumplir! ¡No seas idiota, Herman!



Además... tal vez ella ni se asome al circo. ¡Justo! ¡No me dijiste que ella odiaba el circo?



Herman movió la cabeza con desaliento...

Este... no es un circo vulgar, George ¡Es el mayor espectáculo del mundo! Vendrá. Estoy seguro...



El circo Glaihen era realmente fabuloso. Sus mástiles, desnudos al sol de la mañana otoñal, parecían brazos de gigantes que pretendían abrazar el cielo. En los extremos, banderas de todas las naciones del orbe. De mañana, el circo Glaihen parecía un enorme monstruo en reposo...



Entretanto, el interior recuerda una jornada de zafarrancho en un cuartel. La movilidad general era sin descanso. Nivelaban la pista, colocaban las gradas y plateas. Karl Glaihen, en persona, dirigía los trabajos previos al "debut"...

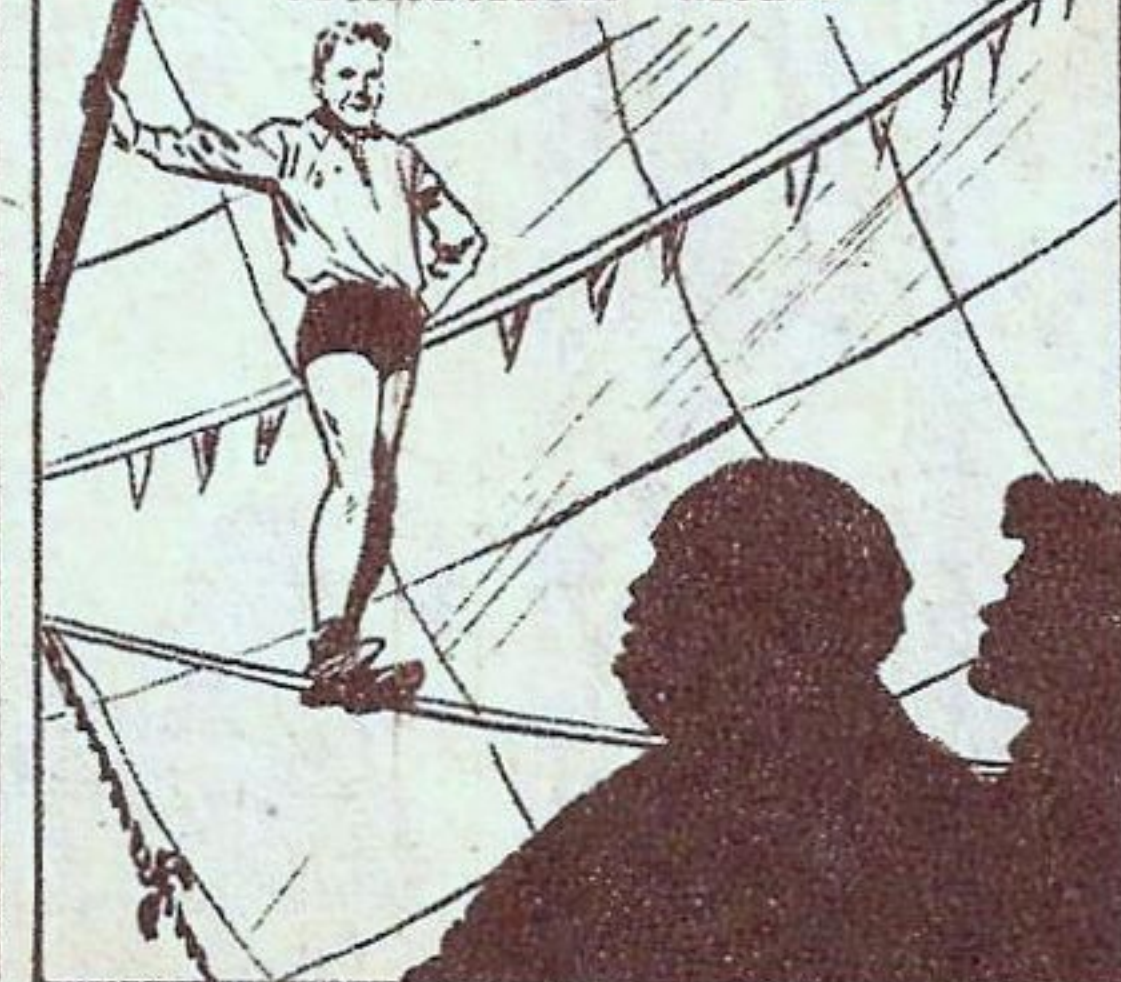


¡Todo perfectamente lustrado, brillante! ¡Que no se vea la menor imperfección, señores míos!



Un foco de enorme potencia estalló dentro de su cámara de acero. "¡MALDICION!" —gritó Glaihen— "¿Quieren arruinarme? ¡Vale cincuenta dólares!"

—¡Más me quejo yo, que estaba ensayando otro número con ese foco! —exclamó George Markos, desde considerable altura—



¡Te lo haré pagar a ti, George, por usar esta joya eléctrica fuera del espectáculo!

Encantado. ¡Pero hágame reponer inmediatamente ese foco, señor... Harpagón!





Con "Shim" en la hombrera derecha de su elegante saco sport, apareció Herman Zellers. Karl Glaihen lo vio y cerró la boca. Refunfuñando fue en pos del electricista. . .



¡Viena le dejará lo menos veinte mil dólares de utilidad! ¡Y llora por cincuenta. . .!

Herman miraba la magnífica pista del circo. . . y las plateas.

(¿Se sentará ahí. . . tal vez? ¡Oh, qué angustia.. .!)



Volvió al exterior del circo. Una cola de gente se había formado delante de la boletería. No menos de quinientas personas por boletos anticipados. Herman no se hizo ver. "Alguien" podría gritar su nombre. . .



—¡Herman! —oyó a sus espaldas.—Era una voz de mujer. No la reconoció. . . Se volvió hacia la voz con pavor. . .

¡Tú. . .!



Era una artista del circo. La simpática californiana de los patines mágicos.

¿Qué pasa, Sonja?

¡El patrón cree que batiremos el récord de permanencia en Viena! Es la primera vez que vengo. ¿Y tú, Herman. . .?

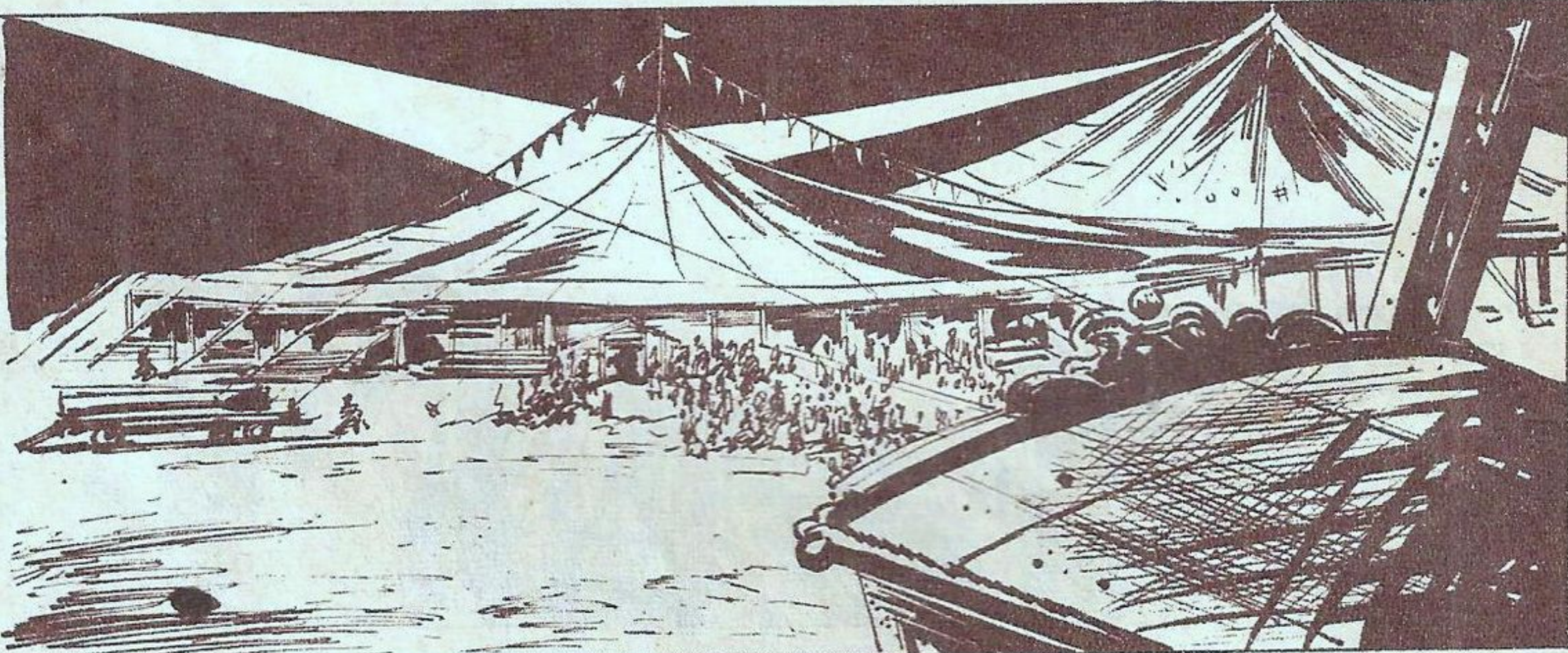


Herman se frotó los labios con nerviosidad. . .

Yo. . . yo también. ¡Hasta luego, Sonja!



Dos noches más tarde fue el "debut". Impresionante multitud, focos móviles que lanzaban haces de luz hacia los cuatro puntos cardinales, fricciones, empujones.



¡Amo a Viena! ¡Es el público más cálido del mundo! ¡Mi preferido!

El domador de fieras, Antonionni, se había puesto su mejor uniforme, con todas las medallas recogidas en "acción".



Lo estaba escuchando Herman Zellers, pálido, tembloroso a pesar de su quinta copa de coñac.

(¡Es un gentío impresionante! ¡Ayúdame, Dios mío. . .! ¡Me siento morir!...)





Karl Glaihen iba a presentar el espectáculo con impecable smoking y una gardenia en el ojal. En casi todos su dedos había anillos con brillantes.

¡Suerte, Herman! Te noto extraño, nervioso... Es tu ciudad, ¿eh?



Los ojos de Herman Zellers estaban clavados en el centro de la pista. Allí, la luz de los reflectores hacía como de sangre el trecho que recorría la alfombra roja. Herman se estremeció...



Fue hasta su camarín y llenó la copa de coñac por sexta vez. Abrió de un golpe su caja de efectos personales. En la contratapa estaba ella. Norma. Sonreía como cuando era novia del joven Zellers, bancario...



Ya han pasado siete años... ¡Hola, Norma! ¡SIETE AÑOS!

La música ardiente, ágil, pegadiza, estalló en la pista. Todo empezaba de nuevo. Pero para Herman era muy distinto. Observó a "Shim", que había despertado al sentir la ejecución de "Alexander Ragtime Band"...



¿Ya estás preparado, "Shim"? Pues yo no...

Hubo que hacer el número, y Herman marchó a la pista como al patíbulo.

¡Arriba el corazón austríaco, Herman! ¡Hoy es tu noche!

Ya lo creo, George...



Le pareció que nunca había visto tanta gente reunida bajo la lona de Karl Glaihen. Tenía razón el griego. Delante del público pudo "concentrarse"...

¡Arre. "Shim"! ¡"Voilà"!... ¡Bravo...! ¡Número tres, ahora!...



Entre los aplausos del público de plateas bajas, acertó a escuchar el llanto de una niña. Giró la cabeza hacia el sitio del llanto. Le resultaba muy curiosa la reacción infantil...

¿Qué ocurre, niña? ¿No te ha gustado mi número?



Los ojos del hombre se fijaron en los de la criatura. Algo lo hirió en el alma... (¡Esos ojos... esa nariz un tanto respingada...!) La niña cesó de llorar. A su lado, un hombre, de porte severo, trataba de calmarla, pero únicamente la palabra sutil, atariciante, de Herman lo había logrado.

¡Me da lástima ese pobre gatito...! ¡Y todos esos pobres que lo acompañan!

Bueno. Ya pasó. ¿Cómo te llamas?



La niña dijo un nombre. ¿Era casualidad?: "¡Normal!..." (¿Y este hombre a su lado? ¡Y... Norma... su madre? ¡Dios mío!)





El público no cesaba de aplaudir el número recién terminado de Zellers...

¿Quieres volver a ver mi número con el gato "Shim"? ¡Lo haré mejor...!  
¡Ven, por favor...! ¡Y trae a tu madre...! Toma un vale...

La niña miró con tristeza al hombre que la acompañaba...

No creo que sea posible, señor Zellers. La señora está muy enferma. Yo acompaño a la niña a todas partes...

Otro número ya estaba en la pista. Karl Glaihen lo presentaba...

¡Vuelvan, por Dios...! Usted, señor... y la niña. ¡Vuelvan mañana...!



Herman, con una alegría mezclada a extraña desesperación, entró en su camarín.

¡Herman! ¿Qué te ha ocurrido con ese espectador? ¡Herman! ¿Lloras?...

Como un niño más dentro del circo, Herman aguardó el día siguiente. Eran horas espectantes, bellas y dolorosas. Esa niña era como la flor del antiguo y querido rosal... ¡Y por fin la noche...!



En la mitad de su número, vio —de reojo— que la niña ocupaba la platea con una mujer a su lado. Era una dama vestida de negro, delgada, muy delgada "¡Norma!"  
Herman dio la nueva orden a "Shim", casi con un grito...



Y a continuación entró a actuar el griego George Markos, lanzándose desde el trapecio con el ritmo de la trompeta de Herman, y los once gatos en endiablado número. Esta vez, Norma no lloró. Abrazada a la mujer de negro que era su madre... ¡la Norma del recuerdo vivo! ...rió, gritó, festejó al señor Zellers.

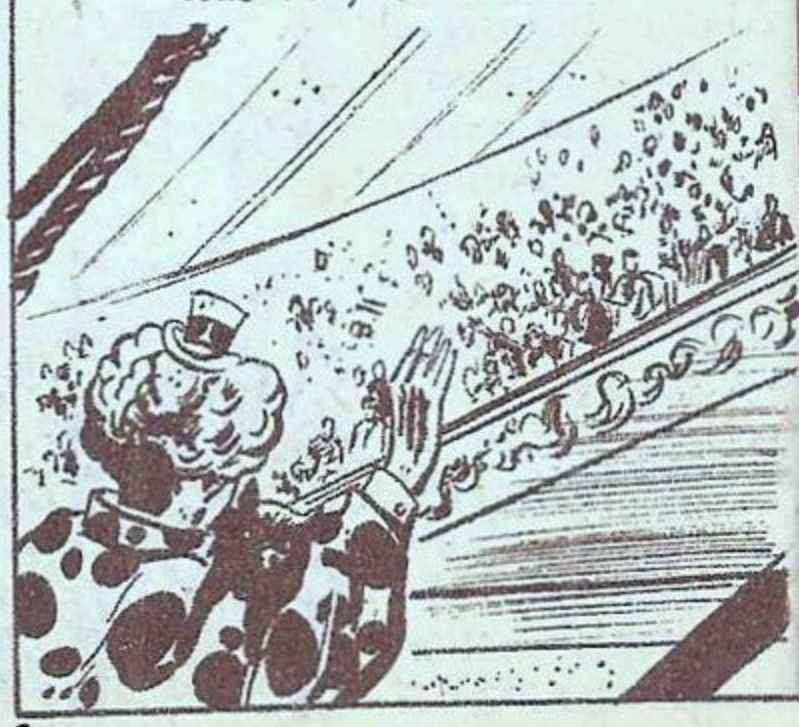


Para Herman era la venganza consumada. Ella sonreía... gracias al milagro del circo... "a las payasadas".  
¡A todo lo que "aquella" Norma supo detestar...! Sí estaba enferma, "muy enferma", como dijo el hombre que había venido acompañando a la niña...



(Ahora ha mejorado su salud. Sonríe... ¡gracias al circo! ¡Es mi triunfo!)

Cuando Herman se retiraba, la niña gritó su nombre. El dirigió un amplio saludo para ese sitio de las plateas... y se marchó.





Pasaron los días. El espectáculo de Karl Glaihen se trasladaba a Berlín Occidental...

Me entristecen las despedidas. ¿A ti no, Herman...?



Herman contestó con un gesto vago.

"Shim" bailoteaba sobre unas guías de metal reluciente...

¡Hop, "Shim"... ¡Hop, hop!... ¡Voilà!



Terminó la última función del exitoso ciclo vienés. Uno de los acomodadores del circo golpeó la puerta del camarín de Herman Zellers.

Para usted, señor Herman...

¿Quién lo manda?



Tenía la carta en sus manos, pero no se atrevía a abrirla. George Markos dejó el cigarrillo en un rincón del camarín...

¿Quieres que te ayude a abrir el sobre, Herman?



# INGLES

Con discos, por correspondencia



El más moderno sistema de enseñanza. Preparado y grabado por eminentes profesores que estarán a su lado día y noche para enseñarle el idioma clave para triunfar en el comercio y la industria.

Asegúrese un mañana triunfal, iniciando hoy un estudio seguro y eficiente. El precio es bajo y se paga en cómodas cuotas mensuales.

Solicítenos más detalles enviándonos este cupón.

ESCUELAS INTERNACIONALES de los EE. UU. es miembro

integrante del NATIONAL HOME STUDY COUNCIL

## INTERNATIONAL CORRESPONDENCE SCHOOLS

Filial en la Argentina

Av. de MAYO 1370

Bs. Aires

ESCUELAS  
EN LOS 5  
CONTINENTES

### CURSOS PROFESIONALES

- INGENIERIA MECANICA
- INGENIERIA ELECTRICA
- INGENIERIA QUIMICA
- ARQUITECTURA
- INGENIERIA CIVIL
- INGENIERIA DE CONSTRUCCIONES

### CURSOS TECNICOS

- TECNICO EN RADIO Y TV (con tres equipos de práctica)
- TECNICO EN MOTORES DIESEL

- TECNICO ELECTRICISTA
- DIBUJO MECANICO
- ADMINISTRACION COMERCIAL
- QUIMICO INDUSTRIAL
- TECNICO EN CONSTRUCCION
- TOPOGRAFO
- PERITO MERCANTIL
- TORNERO
- CONTADOR
- LOCOMOTORAS DIESEL ELECTRICAS
- TECNICO EN DINAMOS Y MOTORES

- TECNICO MECANICO ELECTRICISTA
- REFRIGERACION
- PERITO MECANICO
- DIBUJO ARQUITECTONICO
- TECNICO TEXTIL

### IDIOMAS

- INGLES (con discos)

### ARTES DOMESTICAS

- CORTE Y CONFECCION (con telas gratis)

Pida informes sin compromiso hoy mismo. Recorte y envíe este cupón.

Nombre y Apellido.....

Dirección.....

Provincia.....Ciudad.....

Rama técnica que le interesa.....

Av. de Mayo 1370 Buenos Aires Rep. Argentina

A.T. 5-61-D.





La carta volvió a las manos de Herman Zellers. Se acercó lentamente a uno de los extremos del espacioso camarín. . . y allí arrojó los pedazos. La había destruido totalmente. . . tras consumir el texto palabra por palabra. . .



Y rompió a llorar. Comprendía que su ciclo —iniciado en Viena— terminaba. . . en Viena. ¡Esa misma noche! . . . ¡Y era dichoso!

George Markos, el griego, retomó su cigarrillo, ya que no se le ocurría ninguna respuesta adecuada. Iban a separarse para siempre. ¡Estaba escrito!



FIN

## ELLAS Y NOSOTROS



— ¿Esto es lo que se llama "estirar el presupuesto".



— Mi cliente desearía relatar el suceso a su manera.



# TRAS LA MUERTE DEL ZAR

por MORRIS MUNI

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE BORISOFF

En diciembre del año 1917, Inocencio de Badorff llegó a Viena, arrendando un magnífico palacio que le fuera ofertado en París, por un distinguido señor austriaco, al cual, luego de la operación, no vio más. El señor apellidábase Koenig.

Viajo nuevamente a París. Trataré de ubicar al señor Koenig.

De acuerdo, señor Conde. ¿Volverá para los primeros días de enero?

Sí. Eso creo...

Inocencio de Badorff había escapado, milagrosamente, a la matanza del zar de todas las Rusias. En la huida, pudo salvar a su esposa, la Condesa Berta...

¡Un poco más de valor, querida...! Ya estamos cerca de París! ¡Querida mía...!

Con capitales que poseía en bancos de Inglaterra, arrendó por un plazo de dos años ese palacio vienés. La vida de Inocencio de Badorff y señora, podía reconstruirse tras la muerte del zar... y las pavorosas ruinas del Imperio.

Mi sentido previsor nos salva por el momento, esposa mía. Mi capital, en buena moneda inglesa, es una bendición de Dios...

Volvieron los esposos de Badorff a la Ciudad Luz, agitada por los últimos tiempos de una guerra violenta y relativamente cruel; la que duró desde 1914 al 18. Inocencio y Berta habían pasado por una de las experiencias más terribles de la raza humana. Ahora volvían a respirar...

Las gruesas puertas del palacio, en Viena, iban a permanecer cerradas hasta un tiempo después de las fiestas cristianas de Navidad y Año Nuevo. Era un invierno bastante apacible el de esos finales del 1917.

Regresaremos a Viena para el 20 de enero, fecha de tu cumpleaños, mi querida. ¡El regalo lo adquiriré en París!



Sin embargo, lo que un hombre propone... puede desbaratarse. La noche del 29 de diciembre de 1917, fue muy agitada para el Juez del Crimen de la ciudad de Viena. Y el centro de su agitación era, casualmente, el castillo solitario de los condes de Badorff. En el dormitorio de los dueños de casa, uno de los sirvientes, que hacía limpieza, halló...



...el cadáver de una bellísima mujer rubia, totalmente vestida de blanco.



El Juez del Crimen, doctor Siegman, llegó, como un rayo, al salón de la muerte. Era una de aquellas lujosísimas alcobas de principio de siglo, con cortinados de terciopelo ocre, relojes siglo XVIII, muebles de gran línea francesa y alguno que otro cuadro de buena firma; como ese "Cardenal de París", firmado por Sevoín, en medio de una de las ricas paredes del salón.



La muerta, con el rubio cabello suelto, conservaba una mueca de horror en sus bien delineados labios. El juez se quedó meditando muchos minutos.



Después de la pausa, avisó a un policía...



Que nadie entre aquí, hasta que llegue Frederik Paech...

Quince minutos más tarde...

¡Hola, inspector Paech! Aquí tiene otro asunto con posibles vinculaciones moscovitas...



El diestro sabueso vienés, Frederik Paech, no pudo reprimir una alegre risotada

¡No veamos moscovitas hasta en el menú diario, mi estimado doctor Siegman!

¡Caramba! ¡Qué optimista es usted! Los últimos seis crímenes de Viena tuvieron como víctimas a refugiados rusos...



... ¡y de las más altas esferas del desdichado zar y familia!



El inspector Paech encendió el octavo cigarrillo de esa tarde. El médico se lo había prohibido, pero eran épocas de creciente nerviosidad aquéllas...



Es cierto, doctor Siegman. Primero Kieff, luego Petri-noff, más tarde Iriniev... Bueno, investigemos.



¿La casa está totalmente registrada?

¡Sí. Por el comisario Wiedenotter. Además arrestó a un tal Bogarin; no sé...

Los incisivos ojos del inspector Paech vagaron por la sala, mientras echaba humo por intervalos muy breves. Luego examinó el lecho de los Condes, una mesa de luz, y finalmente el cadáver de la desconocida...

¡Hermosa mujer! ¡Y fíjese usted... no ha muerto lo que se dice *violentamente*! Ha sido envenenada con gran sutileza...

—¡Hola!—dijo el inspector Paech entre dientes, mientras desenvolvía un pequeño canuto de papel hallado entre las sábanas. Al desenrollarlo, encontró un extraño mensaje: "Muerre... porque debes morir".

¿Cree usted que el Conde de Badorff ha conocido a esta señora?

En ese momento, el policía de guardia anunció la llegada de los Condes de Badorff.

Quiero hablar con el Conde. Con él solamente... por favor.

Instantes más tarde...

¡Parecería que no quieren dejarle tranquilo, señor Conde!

¡Estoy lleno de estupor! ¡Hasta cuándo Dios mío...! ¡Oh!

Bueno, seréne-se usted. ¿Conocía a la muerta...?

No contestó con rapidez Inocencio de Badorff. Luego de una brevísima pausa...

No... ¿Cómo pudo llegar hasta aquí?

Creo que contra mi voluntad voy a tener que molestarlo un poco, señor Conde.

El Conde de Badorff estaba a un paso de las lágrimas...

...saliéndonos al paso! ¿Sabe usted que ya no puedo más, señor inspector?

Descanse un poco. Le hará mucho bien.

El señor Juez del Crimen ordenará el retiro del cadáver... y yo empezaré mi engorrosa tarea posterior.

¡Tendremos que irnos hacia otro lugar de la tierra! ¡Siempre huyendo...! ¡Siempre las sombras y el misterio...



El inspector, a pesar de considerarlo al Conde de Badorff en medio de su dolor, continuó observando el cadáver de la mujer asesinada.

Ordenaré el retiro del cuerpo. Será trasladado de inmediato al depósito seis.

Al marcharse el Juez del Crimen, el inspector Paech habló:

¿Y si no estuviera muerta? No sé por qué se me ha ocurrido, así, de pronto... pensar en aquellos venenos que vendían los...



...joyeros florentinos, y que mataban sin sufrimiento. Sólo una mancha rosada en las palmas de las manos...

Inocencio de Badorff sufrió una íntima sacudida. En uno de los dedos de la mujer brillaba una sortija que le resultó familiar. ¡Esa mujer...! ¡Esa mujer...!

Bien. El señor Conde sabrá dispensarme si le ordeno que no abandone por...

... "ahora esta habitación. Una idea ha cruzado por mi cabeza. ¿Querrá ayudarme?"

¡Indudablemente! ¡Usted ordene, señor inspector! ¿Y mi esposa?

Bueno. Yo hablaré con ella. De inmediato...

Casi sin hacer ruido, con pasos de gato, el inspector llegó hasta la puerta de salida. Miraba de soslayo el Conde de Badorff. Este, por su parte, había clavado su mirada grisácea sobre la mujer muerta en su alcoba.

El inspector ya estaba por salir. Sin embargo, le soltó al Conde ruso una pregunta a quemarropa:

¿Quién es esta señora... muerta, señor Conde?

Inocencio de Badorff dio un pequeño salto en su asiento.

¿Cómo se atreve usted a preguntarme...?

El inspector insistió... con una variante.

¿Cómo se puede entrar en esta casa estando todas las puertas cerradas?

Inocencio de Badorff movía la cabeza de izquierda a derecha, indignado...

¡Creo que la pesquisa debe orientarlo hacia otras personas, ¿verdad?

No somos de la misma opinión, señor Conde. La justicia es igual para todos.

El dueño de casa reaccionó intempestivamente.

Si yo dudara de la palabra del señor Conde, hace un instante la hubiera desmentido... ¡cuando aseguró que no conocía el cadáver!

¿Cómo se atreve...!

Me atrevo, casi como usted se atreve a negar un parentesco...



...bastante evidente, que lo une a esta desdichada mujer. ¡Confiese, señor Conde! Sabré guardar el secreto...

¡Esa mujer... es mi hermana! ¡No ve usted esta sortija...?

Y estalló en un llanto ahogado y espasmódico.

Sí, la he visto. Por eso le hice tan indiscretas preguntas, señor Conde.

¡Y ahora ya estamos más unidos contra sus enemigos!

El inspector Paech abandonó el palacio del Conde de Badorff.

La Condesa de Badorff corrió —en cuanto pudo— a refugiarse en los brazos de su esposo. El Conde Inocencio lucía muy pálido y tembloroso.

¡Nuestra meta debe ser América, esposa mía! ¡Allí tal vez hallemos paz definitiva! ¡Huir otra vez!... ¡Otra vez...!

Pasaron veinticuatro horas. Uno de los sirvientes de la casa servía té a sus amos. Cada seis o siete segundos...

...levantaba un poco la vista, dirigiéndola hacia el enorme cuadro de "El Cardenal de París". Era una especie de "tic", o una señal... El sirviente era griego. Lo llamaban Alexis. Sirvió y se retiró.

Una vez que los esposos tomaron su té con tostadas, se separaron por breves minutos. El señor Conde debía efectuar un llamado telefónico.

La señora Berta de Badorff no le contestó a su esposo. Al llevar por última vez la fina taza de porcelana a sus labios, se produjo una rara e involuntaria...

Espero que los policías que inundan nuestra casa me lo permitan. En seguida estoy contigo, querida.

... comunicación entre sus ojos y los ojos del cuadro "El Cardenal de París". De esa manera inició un rápido e involuntario viaje por el tras-mundo. ¿Cuánto duró tal viaje? ¡Tres minutos? ¡Cinco...?

Al volver el Conde Inocencio, ella comenzó a quejarse de un fuerte dolor de cabeza. "¡Me duelen los ojos! ¡Son dos puñales, hasta la nuca...!" Berta de Badorff se quedó pensando en la palabra "puñales". Ocurría que, en la rara comunicación de sus ojos con los del cuadro, una voz le había dicho con reciedumbre: "Mata a tu esposo de dos puñaladas".

(¡Si se lo digo a mi marido se echará a reír! ¡Estos nervios!)

El Conde de Badorff tenía muy pocos amigos en Viena. Dos días más tarde, con permiso del inspector Paech —y con la presencia de él mismo— los había reunido en una pequeña cena de principio de año.





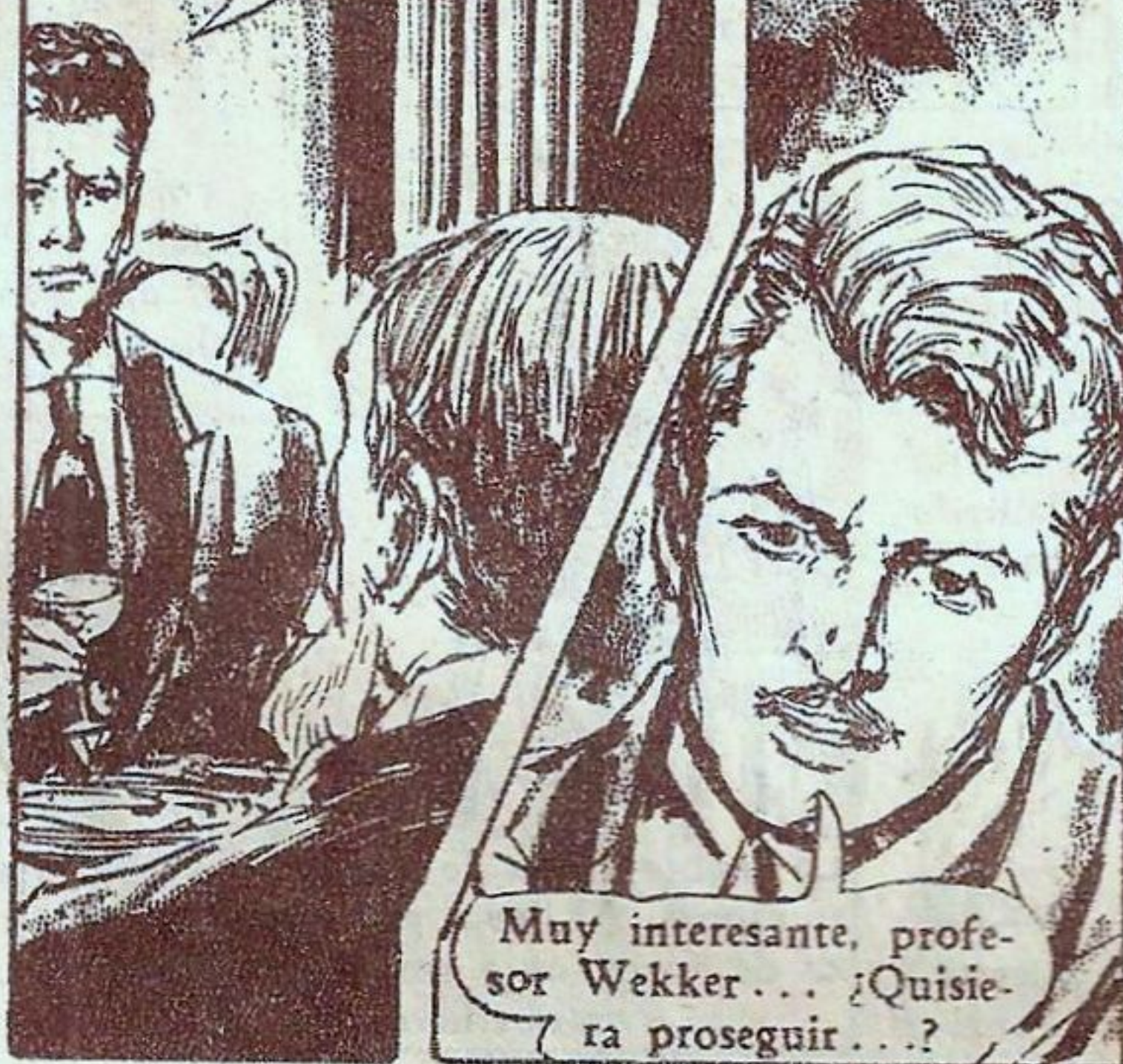
El inspector Paech pensó que el Conde poseía pocos, pero muy selectos amigos. Uno de ellos, en son de broma macabra, habló sobre el caso de la extraña asesinada en ese mismo lugar, cuatro días antes. El inspector Paech paró la oreja...



¡En el siglo veinte ya nadie puede creer en fantasmas! ¡Y esa dama, acaso no lo es? ¡A menos que sea un producto enviado...

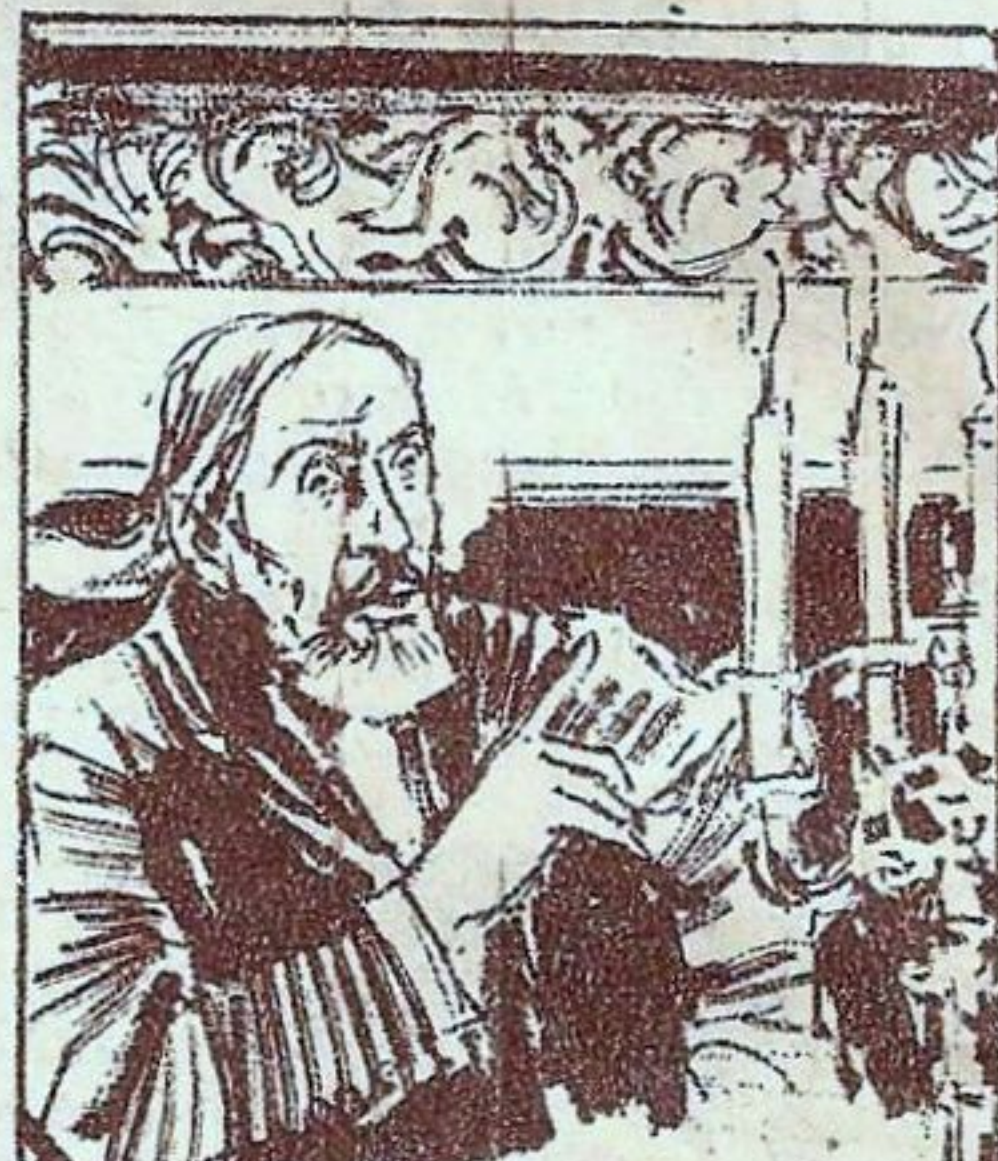
... por los marcianos! ¡Y que no esté muerta! ¡Y que tal vez en este momento haya huído de su ataúd...!

¡Caballero Wekker...! Ese comentario..., por favor, se lo ruego...



Muy interesante, profesor Wekker... ¿Quisiera proseguir...?

Paech intervino con una sonrisa afable...



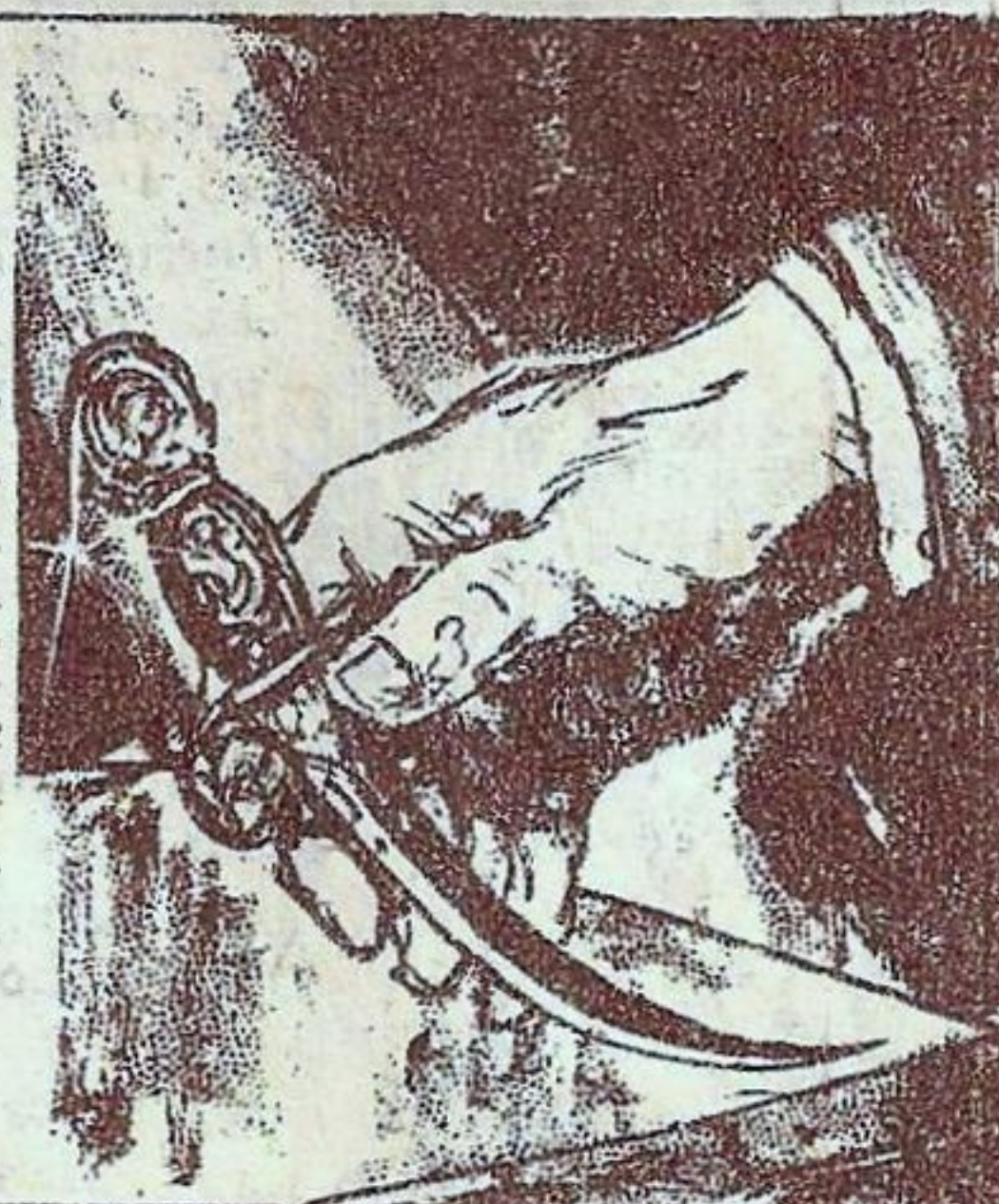
Acuciado por el champaña y por sus contertulios, el profesor Wekker, de la Universidad de Göttingen, continuó su fantástica disertación. Opinaba que la ciencia del crimen sufría a diario nuevos progresos, y que muchos criminales dominaban la química con más tenebrosidad que los afromados quirólogos de la Edad Media. ¿Y qué decir de otra clase de asesinos?...

—¡La clase de los que practican el ocultismo, enloqueciendo a sus víctimas con el terrible vigor de las órdenes... que se envían a través de la mente, con la ayuda del silencio y de las tinieblas! ¿Se ríen ustedes? ¡Dios nos asista!



Ni el inspector Paech ni la Condesa Berta reían.

En ese mismo momento, junto al lecho de los Condes, una mano coloca, delicadamente, un puñal en la mesa de luz que pertenece a la señora Berta.



La Condesa habla a dos caballeros, mientras avanza hacia el salón de recepciones, y un trío de cámara ejecuta música escogida.



Muy agradecidos por vuestra visita. De esta forma podremos alejar un poco el doloroso recuerdo de lo que ocurrió.



Aunque yo no consigo calmarme. ¡Es una angustia extraña, un desasosiego constante!



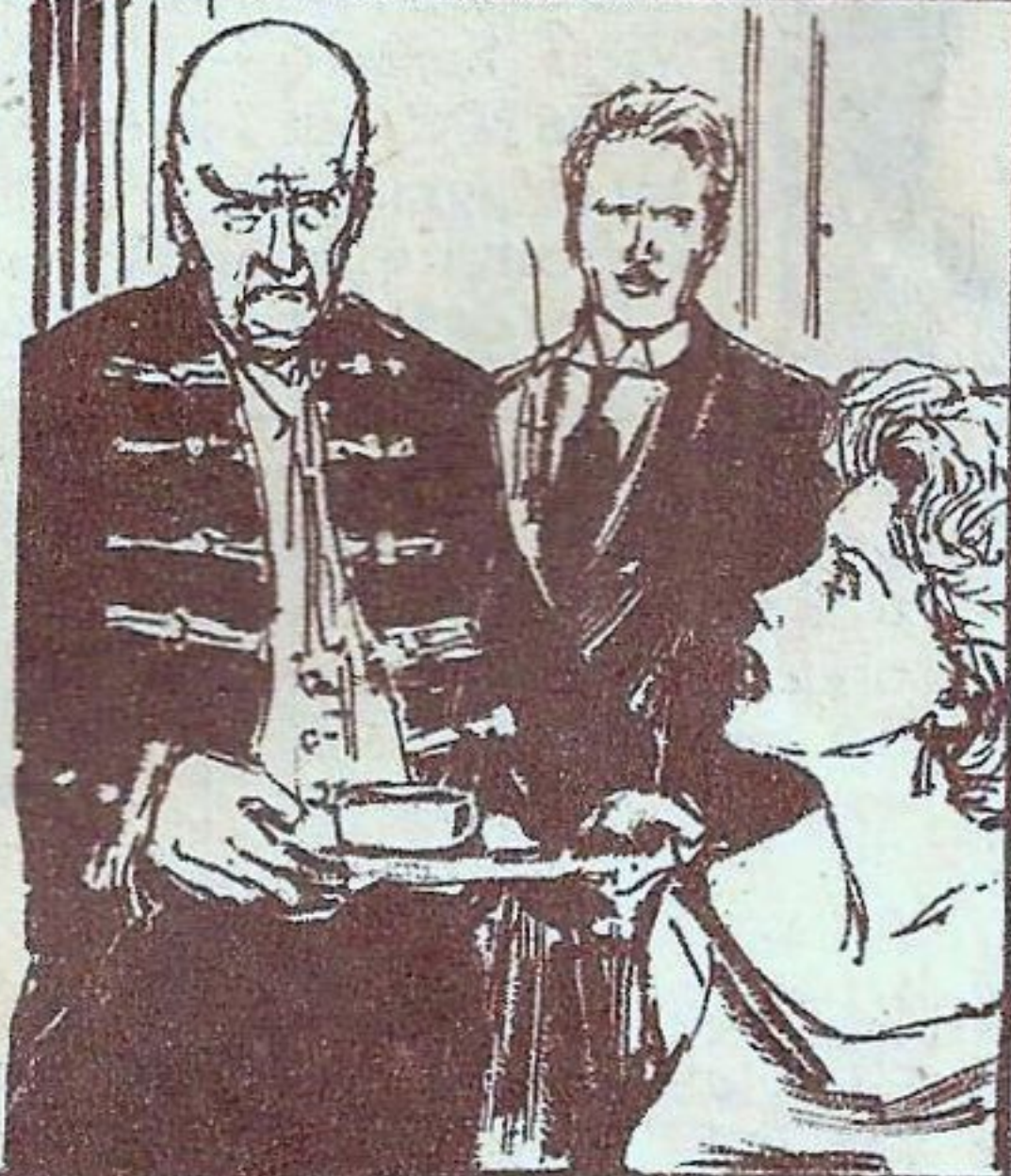
El inspector Paech acercóse hasta la elegante dama moscovita.

Señora Condesa... ¿Qué huellas puede dejar en su vida este... "incidente"? ¿Nota alguna perturbación, sobre todo mientras duerme?



¡No! ¡No!

El inspector quedó sorprendido por la vivacidad en que apoyaba su negativa la esposa de Inocencio de Badorff. Y segundos más tarde aumentó su sorpresa cuando, mientras no le quitaba los ojos de encima a la Condesa Berta, la vio sobresaltarse delante de un simple sirviente que le alcanzaba una taza de café.



Paech pasó junto a la Condesa y le preguntó entre dientes...



¿Le dijo algo "perturbador" ese hombre de su servidumbre? ¡Me pareció...!

La Condesa soltó una extensa y nerviosa carcajada...

¡Son defectos de un sistema nervioso maltrecho... y femenino! ¡Gracias por su precaución, inspector! Alexis es nuestro...



...sirviente de confianza. Trabajó diez años con mi madre, hasta que los comunistas decidieron aniquilarnos...



Entonces huyó con nosotros a Italia; de ahí a Francia; y finalmente de nuevo a Viena.

—¿Los acompañó a París, en este último viaje de ustedes?

¡Sí! ¡No le he dicho que Alexis es nuestro hombre de confianza?



Alexis es también "el griego" para una secta pro-oriental, llamada "Del Martillo". Con integrantes diseminados por toda Europa, la secta trata de no perder pisada a quienes tuvieron una existencia reglada y feliz en vida del zar, recientemente asesinado...

Bueno, Iliach, de acuerdo...

Y que no pase de esta noche, ¿sabes, "griego"?



En otro sentido, un hombre joven, llamado Patricio, intenta esa misma noche de principios de año, entrevistarse con Inocencio de Badorff. El chambelán del palacio no le quiere dar entrada.



Dígale al señor Conde de Badorff, que aquí está aguardándolo "Patricio".



Inocencio de Badorff acércose, con lentitud, al tal Patricio.

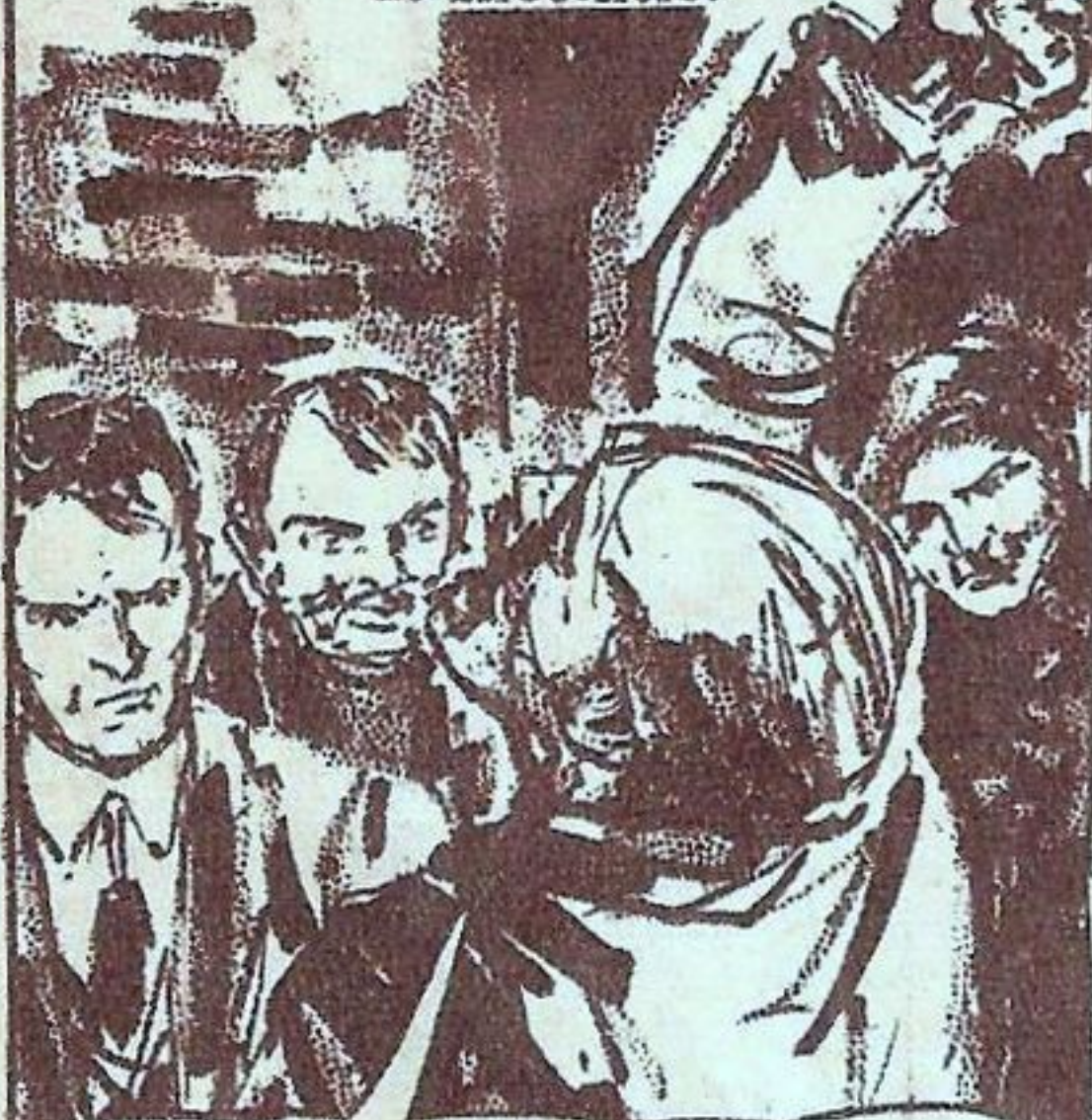
¡Gracias, Dios mío; he vuelto a verlo...!

Bueno, levántate, fiel Patricio... No te imaginas cómo se alegra mi corazón, viéndote.



Patricio había nacido en el palacio de los Badorff, en San Petersburgo. Cuando el desastre cayó sobre la burguesía rusa, él huyó cruzando la frontera polaca y se instaló en Viena. Su mayor ambición era reencontrarse con el Conde Inocencio, de quien guardaba un agradecido recuerdo. Se vinculó con elementos comunistas que seguían los pasos de cuanto aristócrata ruso...

... hubiera escapado con vida a la gran matanza. La secta "El Martillo" lo contó entre sus componentes de la filial vienesa, pero la misión de Patricio era muy distinta a la de andar delatando refugiados de su propia patria. Un día se enteró de la muerte de Irina, la hermana del Conde Inocencio.



¡Y tras Irina, morirá Inocencio de Badorff...!

Conocer la dirección exacta de su ex amo y amigo, y venir a toda marcha en su procura, fue cuestión de minutos para el noble Patricio.

¡Dios me ha guiado hasta usted, señor Conde!



Ven. Juntos le agradeceremos este milagro. Luego, hablaremos. Tengo una idea, Patricio. ¡Si esos quieren lucha, la tendrán!

Inocencio de Badorff y Patricio agradecieron fervorosamente la ayuda de Dios, luego mantuvieron una breve pero decisiva reunión secreta.



¡Si esa secta se propone destruirles pagaremos con idéntica moneda! ¡Acabarán con mi vida, pero los haremos sangrar!

Horas más tarde, en la madrugada del 2 de enero de 1918, desencadenó sobre Viena una terrible tormenta de viento y nieve. La Condesa Berta esperó inútilmente a su esposo, con la mano debajo de la almohada, y apretando el cabo de un puñal. Desde los ojos magníficamente pintados en el cuadro "El Cardenal de París", otros ojos humanos, de hielo, vigilaban...



... a la infeliz mujer, caída en los planes de un dominador mental.



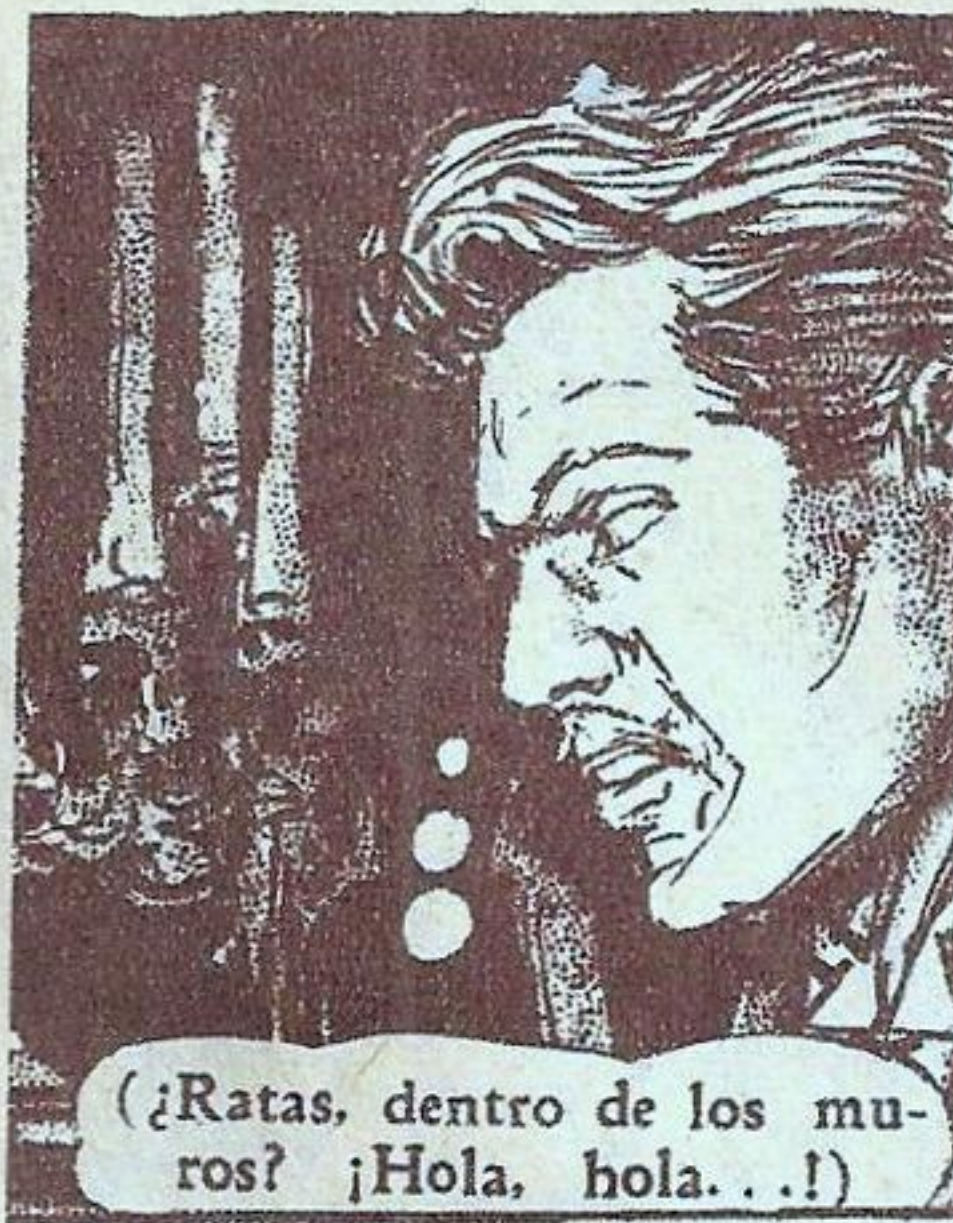


¿Paech había abandonado sus pesquisas? Nada de eso. Con gran habilidad se había filtrado por los cortinados del palacio condal, y esperaba los resultados de "un palpito", que su veterana sagacidad le facilitó esa misma noche.

(Esa salida extraña del Conde, puede tener derivaciones insospechadas...)



Era realmente un gato, para andar en la obscuridad, Paech, de la policía de Viena. Y su oído era también profundamente felino. Cerca del dormitorio de los Condes, escuchó, **DENTRO DE LAS GRUESAS PAREDES**, unos ruidos reiterados y sordos.

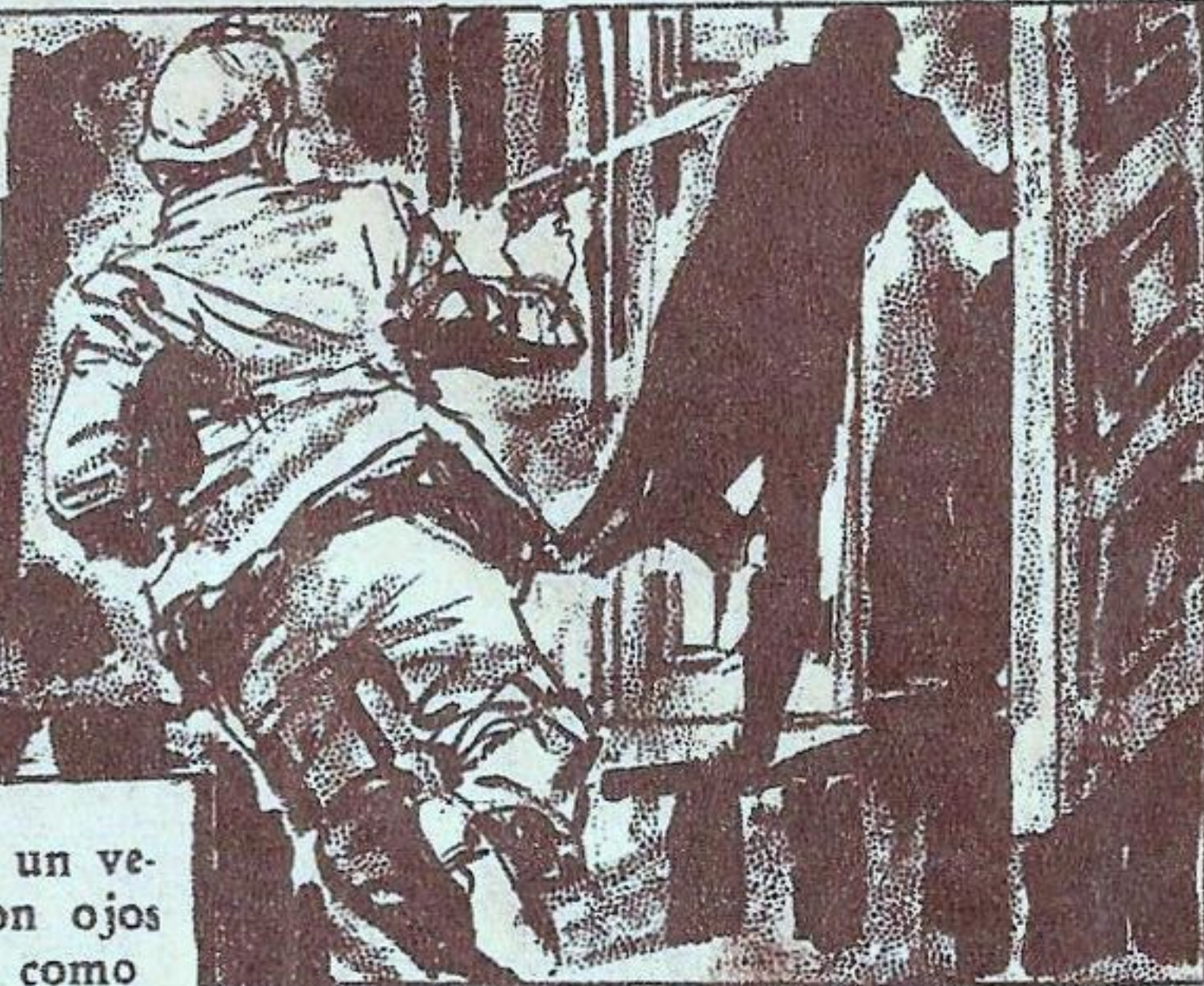


(¿Ratas, dentro de los muros? ¡Hola, hola...!)

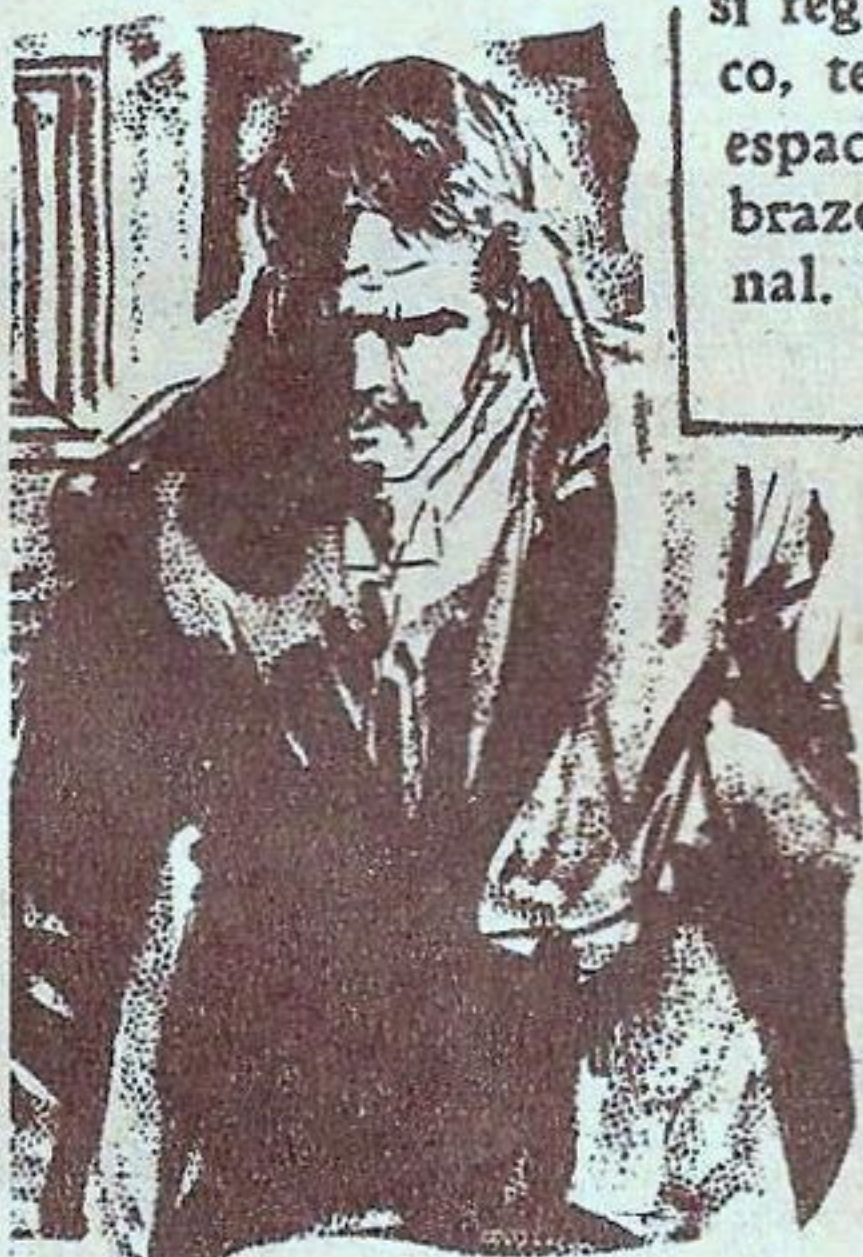
La dirección de los ruidos lo llevó a los fondos del palacio. El panorama desolador de una noche tétrica y blanca, cerró para el inspector toda posibilidad de pista. Sin embargo... ¿esos ruidos? ¡La tierra, debajo de ese colchón de nieve, escondería algo **MUY INTERESANTE!** ¡Pero hacía un frío...!



Volvió a los salones del palacio en penumbras. De pronto... una sombra que huye, el grito del policía, y un disparo posterior... que no llega a destino. ¡La sombra había entrado en la alcoba de los Condes!



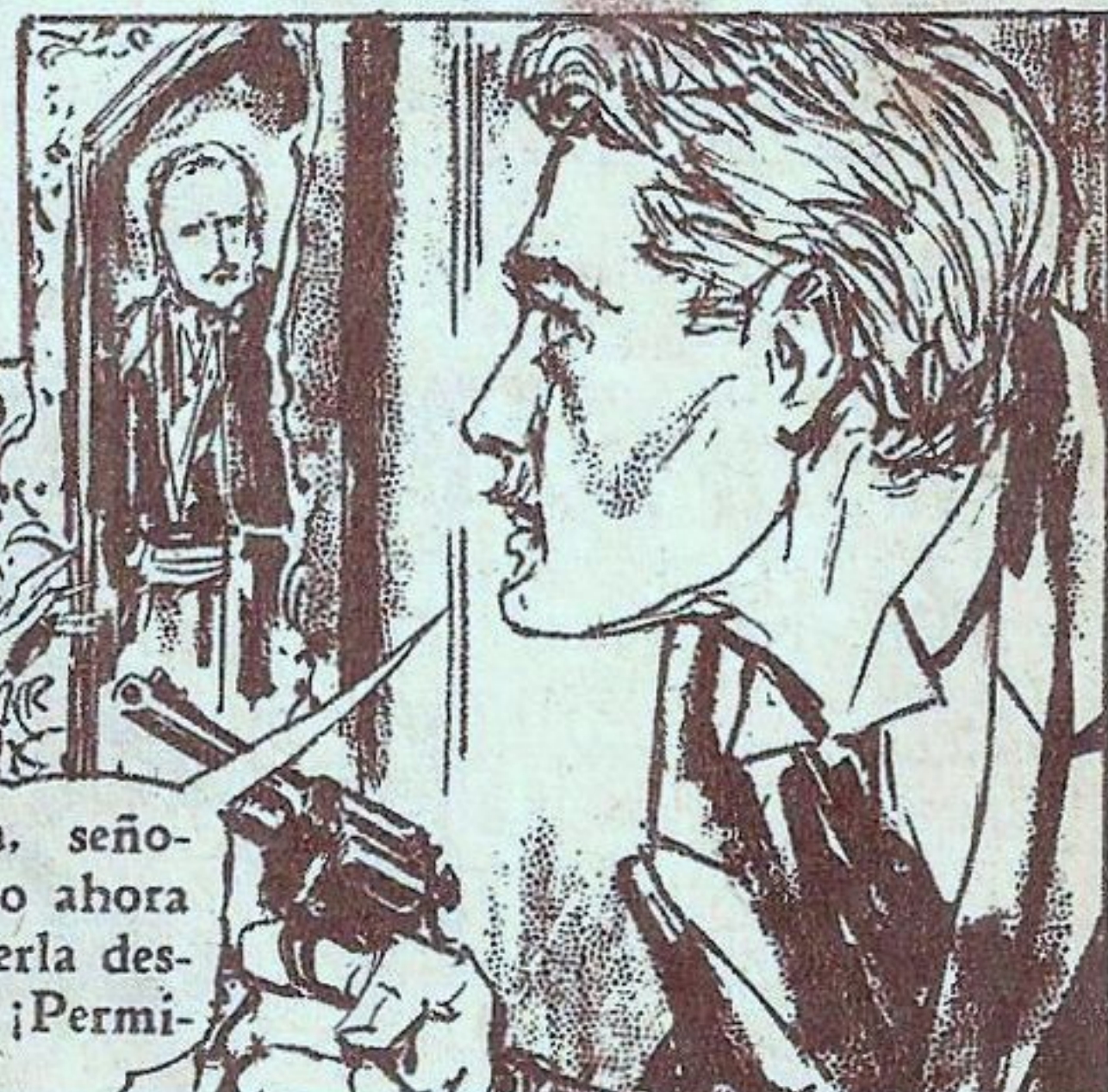
El inspector traspuso la gruesa puerta, herida en su lomo de roble por un plomo de la justicia. Alcanzó a escuchar un chirrido, como de puerta que se cierra. ¡Todo estaba tan obscuro! ¿Y la señora Condesa no se había despertado?



Se hizo la luz. Provenía de un velador. La Condesa Berta, con ojos desmesuradamente abiertos, como si regresara de un sueño aquelárrico, tenía un brazo alzado hacia el espacio, pero no podía hablar. El brazo señalaba el cuadro del cardinal. El inspector Paech encendió la luz de la alcoba.



¡Magnífica obra, señora Condesa! Pero ahora estoy por ir a verla desde más cerca... ¡Permiso!



Se recostó rápidamente sobre la pared, sin dejar de amartillar el revólver de la repartición. Fue deslizándose hacia el cuadro, y cuando llegó debajo de él, lo alzó, con un esfuerzo bastante grande...

¡Ahora, sí...!

Desapareció el gran cuadro de su sitio, y quedó al descubierto un hueco profundo y sombrío en cuyo extremo final, muy recóndito, tal vez...



¡Maravillas del ingenio humano! ¡Qué sorpresa extraordinaria!



La Condesa Berta rompió a llorar, mientras se oprimía la cabeza con ambas manos.



¡Oh... se me parte el cráneo...!  
¡Es un dolor terrible...!



Dos sirvientes, una mujer y un hombre habían llegado a la alcoba de los Condes. La mujer se precipitó sobre el lecho de su señora. Pero el hombre, viendo el hueco que escondía el cuadro, se lanzó hacia atrás... y huyó hacia uno de los teléfonos de la casa. Era Alexis...

El inspector Paech se había hundido en la oscuridad del túnel, con la linterna que le abría paso. Habría caminado unos doscientos metros...



Encontró una puerta. Luego una pequeña sala rústica con media docena de bancos por todo confort... y luego, el exterior. Un sendero en pleno bosque de Glenz, helado y solitario. Únicamente podía aprovechar...



...varias pisadas de hombre y un envase vacío de vodka, que recogió con un pañuelo. Las pisadas se perdían entre los árboles desnudos del bosque.

El llamado telefónico de Alexis, "el griego", fue atendido por el camarada 14.

El camarada 14 era Patricio. La secta de "El martillo" tenía varios sitios dispuestos para sus reuniones. Este, donde se encontraba el teléfono que atendía Patricio, era un pequeño café, frecuentado por traficantes de toda índole. Patricio sonrió...



"El camarada 9", Alexis, iba a tener una muy pronta y nada recomendable muerte. Por ahora, Patricio tenía que agradecerle una hermosa información. "El griego" le había anunciado que la sala que comunicaba con el túnel de ese palacio, que había costado ya tantas vidas a la aristocracia rusa en el exilio, estaba en poder de la policía...



Uno de los parroquianos, en el café, era el Conde de Badorff, con lentes oscurecidos y gruesa capa de lana. Esperaba... fumando tranquilamente, como tantos otros "comerciantes" de ese tugurio. Esperaba clientes, pero en lugar de pequeños sobres con alcaloides, llevaba dos buenos revólveres con doble carga.



Esa noche, la secta de "El martillo" celebraba su agguerrida reunión mensual. Se iban a discutir nuevas limpiézas en las listas de "camaradas", para agregar otros recién llegados de Moscú. Además, la organización del plan mensual... En la presidencia estaba el feroz Vladimir, camarada 1 por fuerza y derecho.



A ese señor esperaba el Conde de Badorff, que antes de salir de su palacio dejó testamento, pues no tenía ninguna esperanza de concluir con vida esa noche...



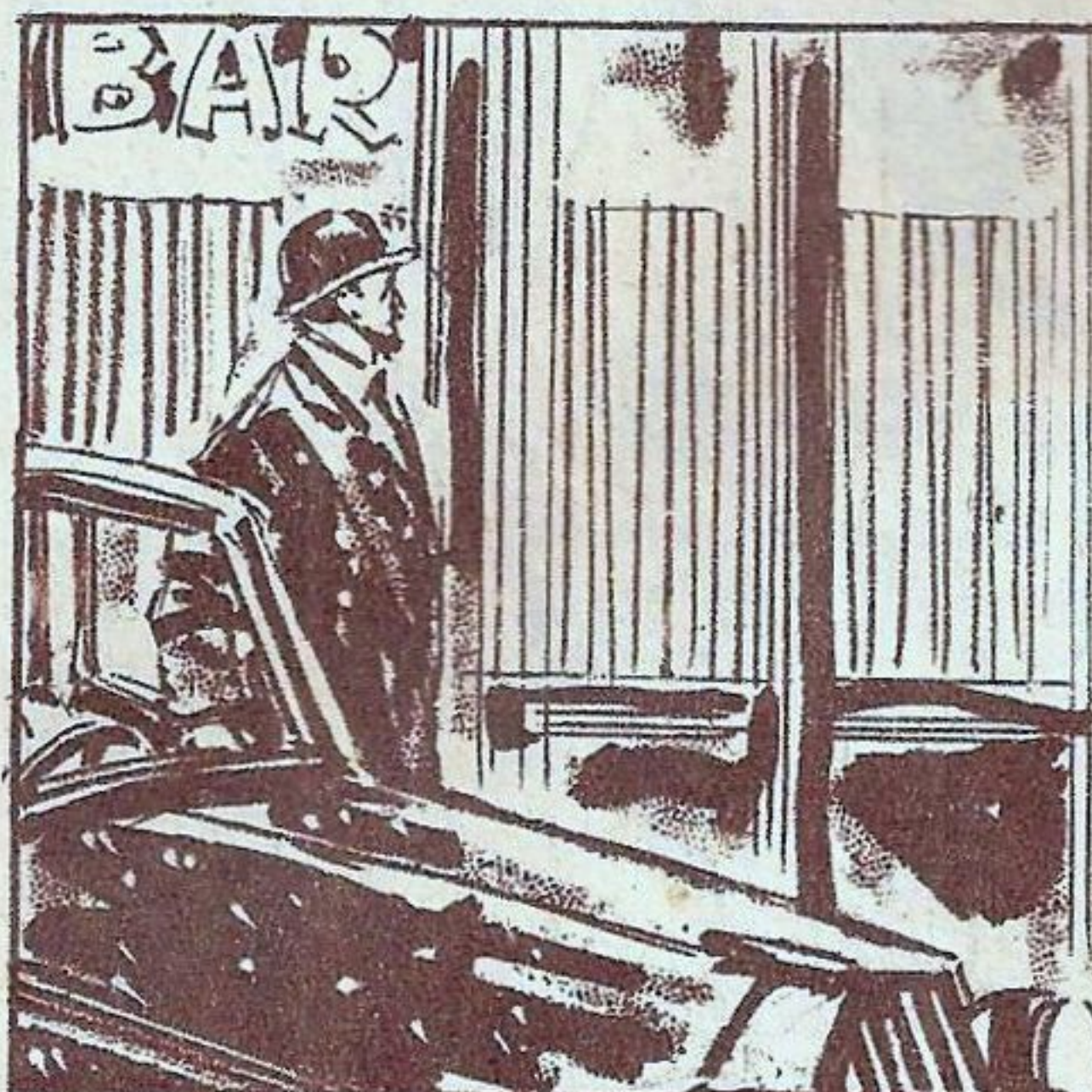
Detrás de sus anteojos oscuros, el Conde vigilaba la puerta de entrada al café.



Los de la secta solían entrar directamente a la sala de reunión. Patricio también aguardaba con exacta cantidad de armas y proyectiles que el Conde.



(Si luego del ataque nos dejan llegar al bosque de Glenz...)

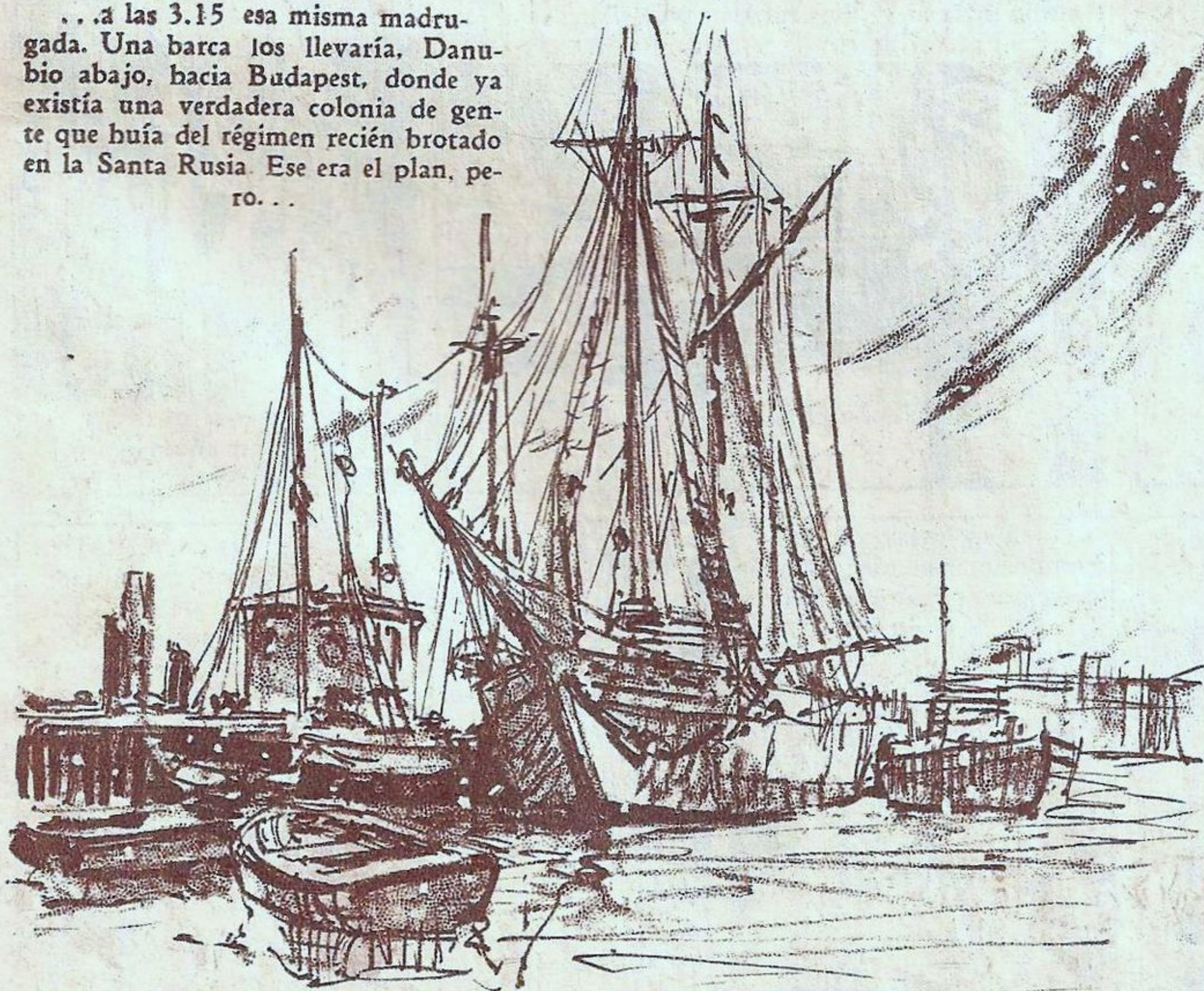


Un amigo -el único que podía responderle a Patricio en toda Viena- llegaría a las 3.05 frente al café, con un automóvil, reforzadas sus puertas con doble chapa de acero. Tal vez conseguirían huir... de la persecución roja.

Al respecto, el chambelán del palacio del Conde de Badorff estaba instruido. La Condesa Berta tendría que estar lista...



...a las 3.15 esa misma madrugada. Una barca los llevaría, Danubio abajo, hacia Budapest, donde ya existía una verdadera colonia de gente que huía del régimen recién brotado en la Santa Rusia. Ese era el plan, pero...



...cuando el inspector Paech escuchó una serie de detonaciones, provenientes del lado norte del bosque de Glenz, no podía imaginarse que un plan, urdido por el vengativo Conde de Badorff, diera lugar a un verdadero foco de tragedia, como...





era, en realidad, la batalla campal que acababa de desatarse en un apartado rincón de la capital austríaca.



El inspector apretó el paso hacia el lugar de lucha...

(¡Seguramente un encuentro entre bandas de traficantes...!)

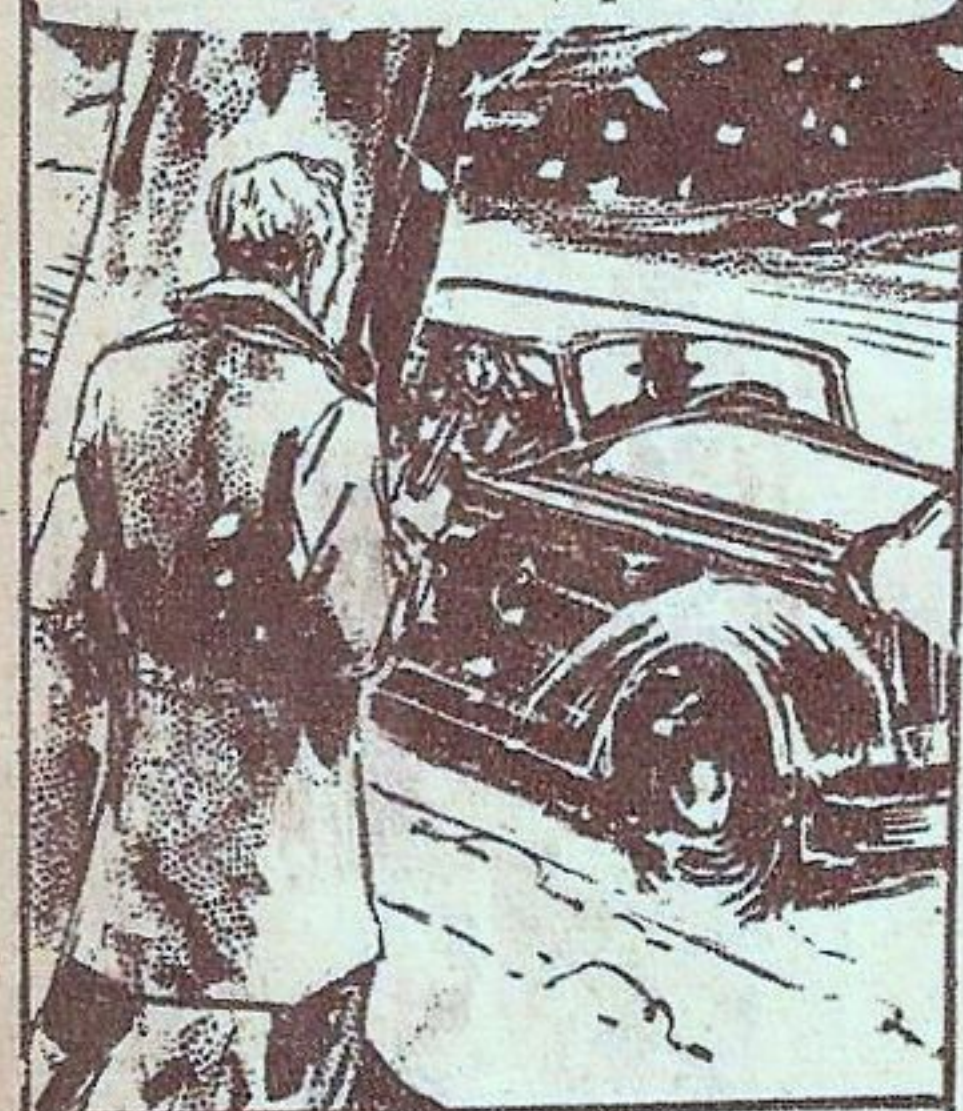


Minutos después, un auto pasaba zigzagueando en medio de la nieve. Las ruedas envueltas en soga para facilitarle el desplazamiento...



El inspector se guareció detrás de un añoso cedro, amartillando su revólver.

El vehículo cruzó delante de las narices del policía en perfecto silencio, pero...



...en su interior iba un hombre mal herido: el Conde de Badorff, con un balazo en el pecho.



Las filas de "El Martillo" habían quedado bastante raleadas. Cuando el inspector Paech llegó al café, encontró cuatro hombres muertos y uno gravemente herido.





Dos agentes camineros de la zona ribereña procedían a llevar dos hombres detenidos. Uno de ellos era el agitador, "camarada 9", de nombre Alexis...



(¡Cuando yo decía que este no me gustaba nada!...)



El inspector telefoneó al domicilio del Conde Inocencio de Badorff. La voz del chambelán del palacio le contestó entre sollozos...

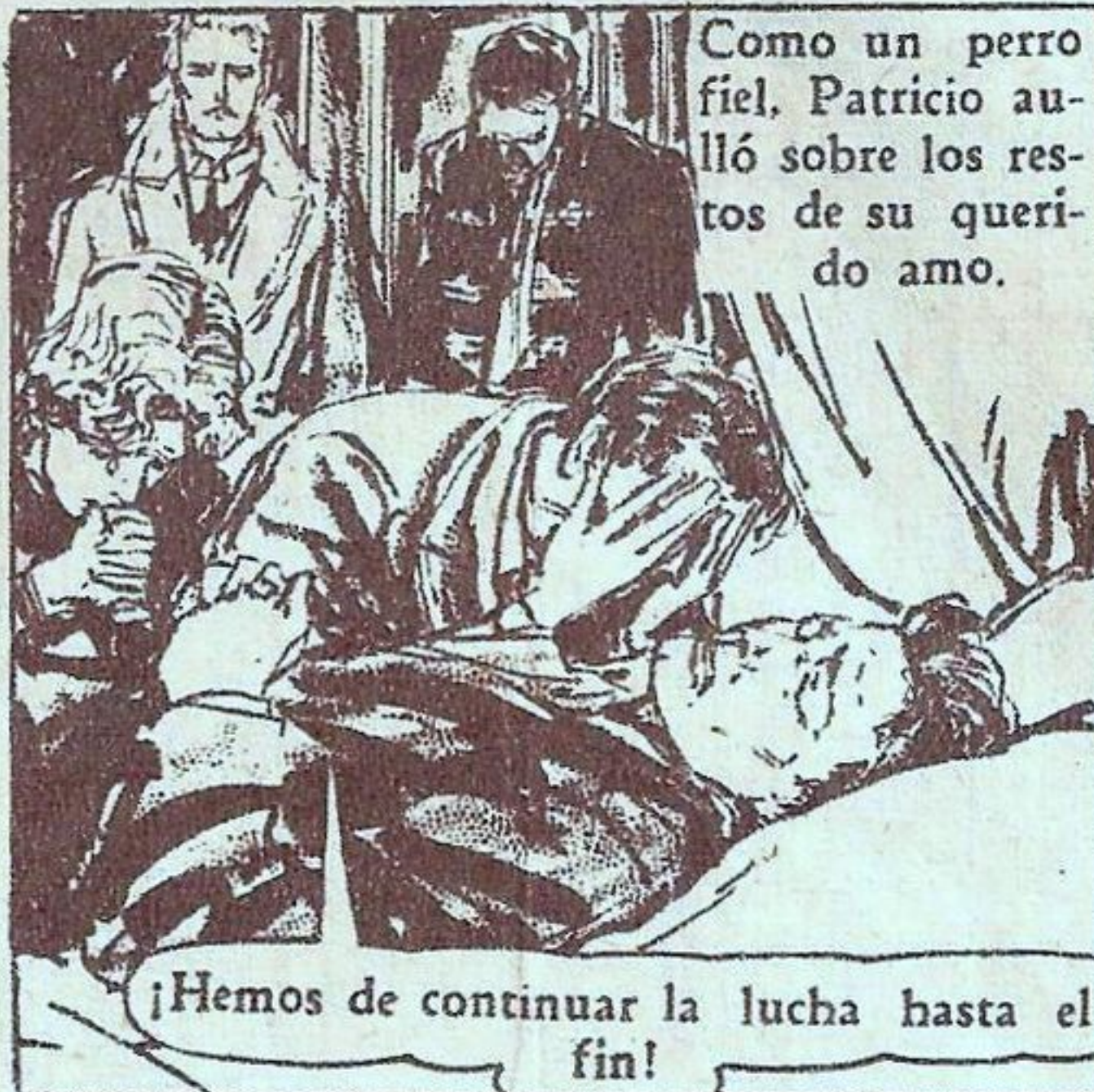


¡El señor Conde... moribundo...! ¡Venga, señor inspector!

Veinte minutos después, el inspector Paech alcanzaba a saludar al enérgico y valiente Inocencio de Badorff, y con la misma diestra le cerraba piadosamente los ojos...



Como un perro fiel, Patricio aulló sobre los restos de su querido amo.



¡Hemos de continuar la lucha hasta el fin!



¡Os vengaremos!

El inspector vienés.

Paech, asistía al final de una casta. La de los Badorff de San Petersburgo, lejos de la tierra amada y sin el consuelo de los allegados alrededor, como en el penoso caso de la desdichada Condesa Berta.



El inspector acercóse a la inconsolable dama...



Desde este mismo momento, le juro, señora Condesa, por mi honor, y por mis...

...veinte años al servicio del bien, protegerla...



...de cualquier agresión. Mañana mismo me permitiré hacerle algunas sugerencias, que creo oportunas y atinadas.



Y con la reiteración de su más sentido pésame, el inspector Paech dejó esa gran casa arrendada por el difunto Conde de Badorff, meses atrás... y para su desgracia. Tal como le había ocurrido anteriormente al Barón Orloff, asesinado junto con su esposa y dos hijos, al tercer día de ocupado el tétrico palacio, en octubre de 1917...

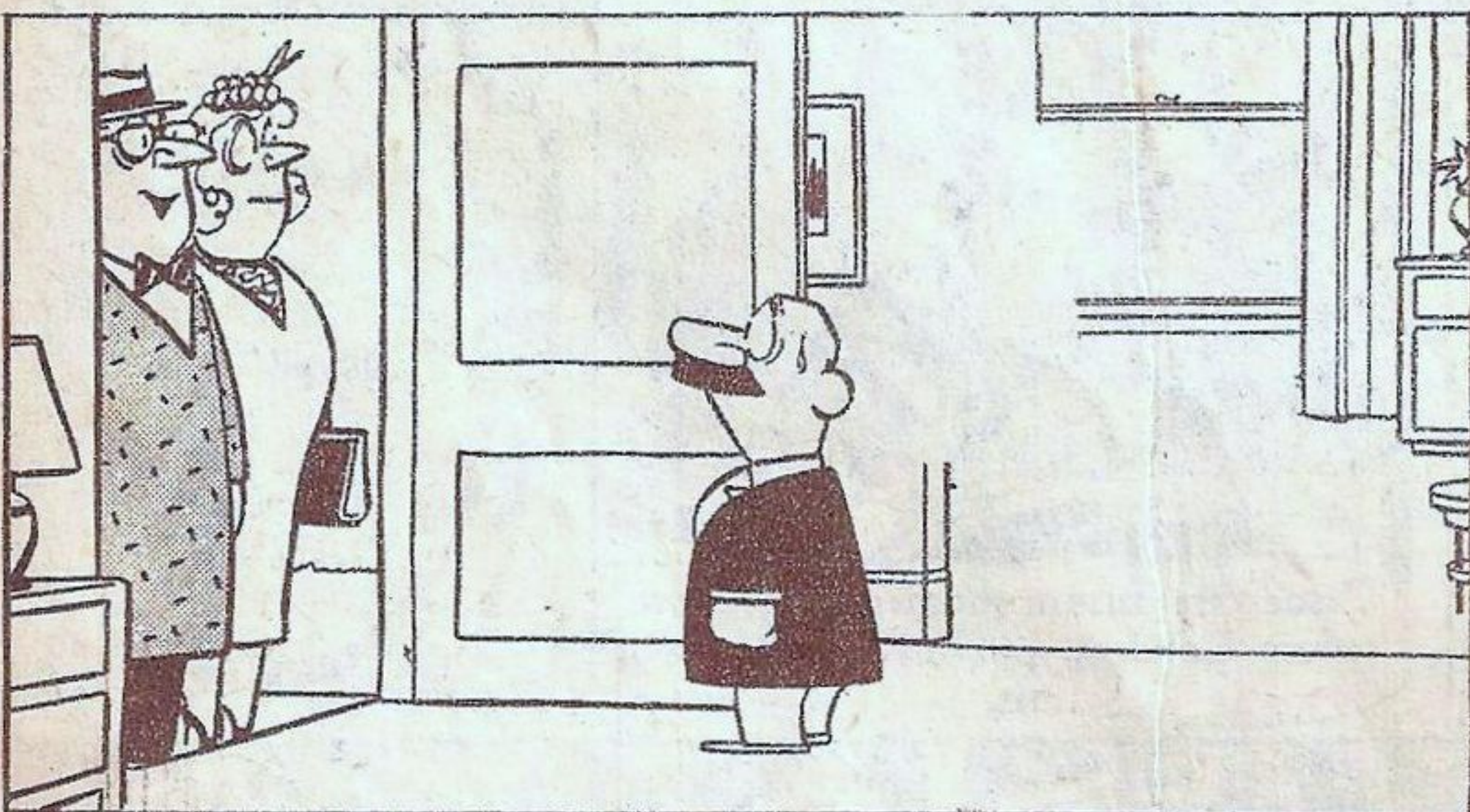
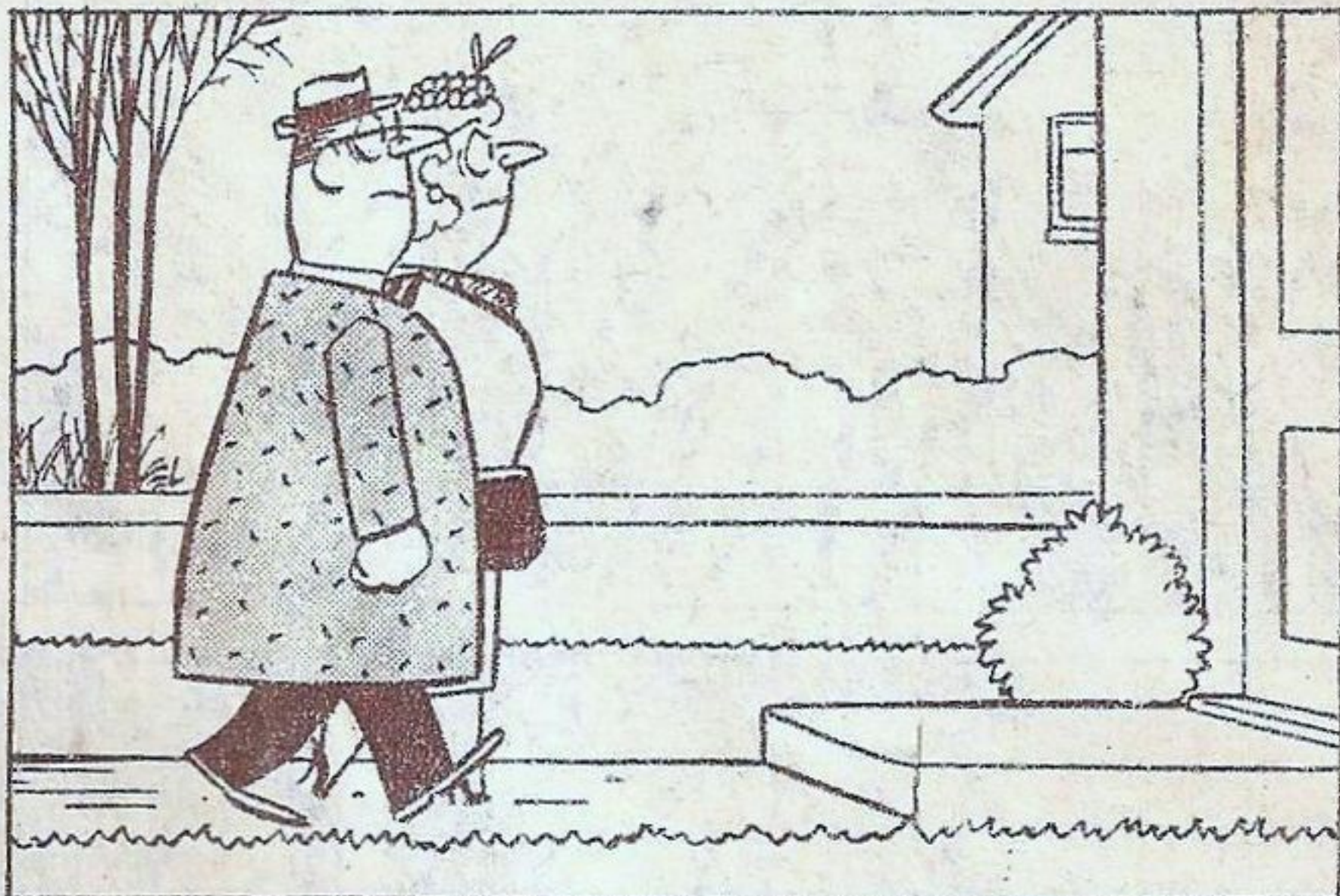


FIN



# JUAN CEPILLO

Por  
HANAN





# EL GAUCHO NEGRO

Por C. MARTINEZ PAYVA

ADAPTACIÓN

Intervalo Album 40 - XIII - 16/5/1961

La noche es negra "como boca e' lobo". El viento ruge contra ese montecito de sauces en las afueras de Cañuelas. Hay poca luz en el ambiente. El cielo quiere soltar tormenta. Dos caballos pastan tranquilamente, mientras sus dueños...

DIBUJOS DE GUGLIELMO



El otro duelista no habla, pero se prende en ruda pelea... y mata al contrario.

¡Ay, negro maldito... me tocaste...! ¡Negro... asesino!



Y cae, para siempre, de boca sobre la tierra. El vencedor monta en su caballo y sale campo afuera. Su piel es oscura, como la noche.



El gaucha negro se llama Luciano. Amaba a Teresa, la hija del pulpero de Cañuelas. Pero a Teresa también la pretendía un tal Timoteo Sánchez Jordán... ¡y el duelo vino solito!



Ahora Luciano era un asesino y tenía que huir.

Sin embargo, no lo hizo. Se presentó ante el comisario y...

He matado a Timoteo en limpio duelo criollo...



¿En "limpio" duelo...? ¡Yo te v'ia dar, tizón del infierno! ¡Al cepo!

Luciano fue preso por unos cuantos años. Suelo duro, trabajo brutal, mala alimentación y penas del corazón, padeció el gaucha negro. Luciano Monteagudo. Pero al fin salió.



Conducta: IRREPROCHABLE fue la suya en el penal. Montó al flete y partió...

...para Cañuelas. Teresa no se había casado. El gaucha negro respiró con una llamita de esperanza sobre su alma blanca y buena.





La pulpería de los padres de la muchacha daba dinero por estar muy bien atendida.

Teresa. . . ¿me atendés un poco el boliche?

Si sigo así, no voy a poder terminar este bendito vestido. Me he pinchado la mano dos veces con la aguja.

Doña Jacinta sonrió con picardía a su hija.

¡Vendrá Sergio Robles a la fiestita!  
¡Hacés bien m'hija, hacés bien. . .!

La muchacha siguió cosiendo sin dar importancia a lo que "se imaginaba" su madre. Pero lo cierto era que Sergio Robles la pretendía.

En seguida voy al boliche, mamá. ¡Atienda usted lo que tiene que atender!

Teresa estaba en sus veinticinco años floridísimos. Y como era una muchacha seria y sencilla, no había hombre que no la pretendiera para su rancho. Ella, empero, estaba aferrada a un sólido y extraño silencio.

En la casa vivía una prima huérfana, de nombre Filomena. La muchacha al parecer estaba por comprometerse con el dependiente de la pulpería, un tal Germán Roas.

¡Vamos, Teresa, ayudá un poco en el boliche! . . . ¡Tu madre queda sola!

Teresa soltó la aguja y el vestido con una buena dosis de fastidio.

Ahí está ese aprovechado de Simón. Ayer nos robó una botella de ginebra.

¡Pues hoy se la cobro y se acabó!

¡Ah! Olvidaba decirte, Teresa. ¿Sabés que en la cuadrera de mañana se anotó. . .

. . . Luciano? Va competir contra el doradillo de Sergio Robles. . .

¡Buena suerte... a los dos!

¡Lo malo es que se va a encontrar con el padre del finado Timoteo! ¡Y el viejo, Rudecindo Jordán, le tiene un hambre!

¡Luciano pagó con la cárcel al muerto! ¡Y no se habla más!

Filomena era tan bonita como insidiosa. . .

Y vos. . . lo querías un poco al finadito, ¿verdad?

No sé. . . ¡Los años borran hasta los caminos!  
¡Ya pasaron siete. . .!



Cuando Luciano mató a Timoteo, Teresa odió al matador. Pero los otros días... cuando Luciano volvió de la prisión, intentó llamar al viejo odio para que reapareciera en su corazón... y no pudo.



Luciano, el gaucho negro, había sido un buen amigo de su casa, de su padre...

Teresa avanzó varios pasos hacia la pulpería...



¿Vos querés abrimme el corazón como si fuera una carta, Filomena? Bueno... ¡A Timoteo lo mataron...! ¡Paz en su tumba!

¡Sos mala, lengua de trapo! ¡Luciano es mi sombra, pa' que lo sepas! ¡Y vos, primita, curate del vicio de andar preguntando!



¡No lo tomes así, prima Teresa! ¡No lo hago de maldad!

¡Tendría que ponerte una brasa en la boca! ¡Sos una cuentera! Y se marchó a la pulpería, a dar una mano hasta que volviera su padre.



Encontró todo muy calmado. El corazón de Teresa palpitaba, agitado, cuando el almanaque marcó la fecha de la vuelta de Luciano.



¡Patroncita, dos cañitas pa' estos viejos viciosos! ¡Ja, ja, ja!

Después, retornó Germán Roas al mostrador; también llegó Simón, y...

¡Este dependiente suyo no me quiere despachar una botella de ginebra!



¡Marchate de aquí, ladrón, si no querés que llame al comisario!

¿No sabe que la botella hay que pagarla... y no robarla?



¡Miente! ¡Yo no he robau nunca en mi vida! ¡Es un error...!

Gritaba con una voz poderosa, Simón Valle. Germán Roas le tenía una paciencia de santo. Teresa no le llevaba el apunte, pero se sentía muy molesta por los gritos del energúmeno. "¡BASTA, SIMÓN!" —fue un trueno seco y potente el que entró de golpe en el lugar. Simón quedó paralizado.



Los ojos de Teresa dieron un salto.



¡Luciano!

El gaucho negro se dirigió, lentamente, hasta el mostrador.



¡Dame ese rebenque, Simón!



Simón hizo un ademán un poco brusco. Ya andaba ebrio, y entonces Luciano le arrebató el rebenque y se lo tiró a la calle.



Uno de los viejos que jugaban a las cartas soltó una frase elogiosa para el gaúcho negro. Germán Roas le sonrió. Pero Teresa sólo abrió la boca para...



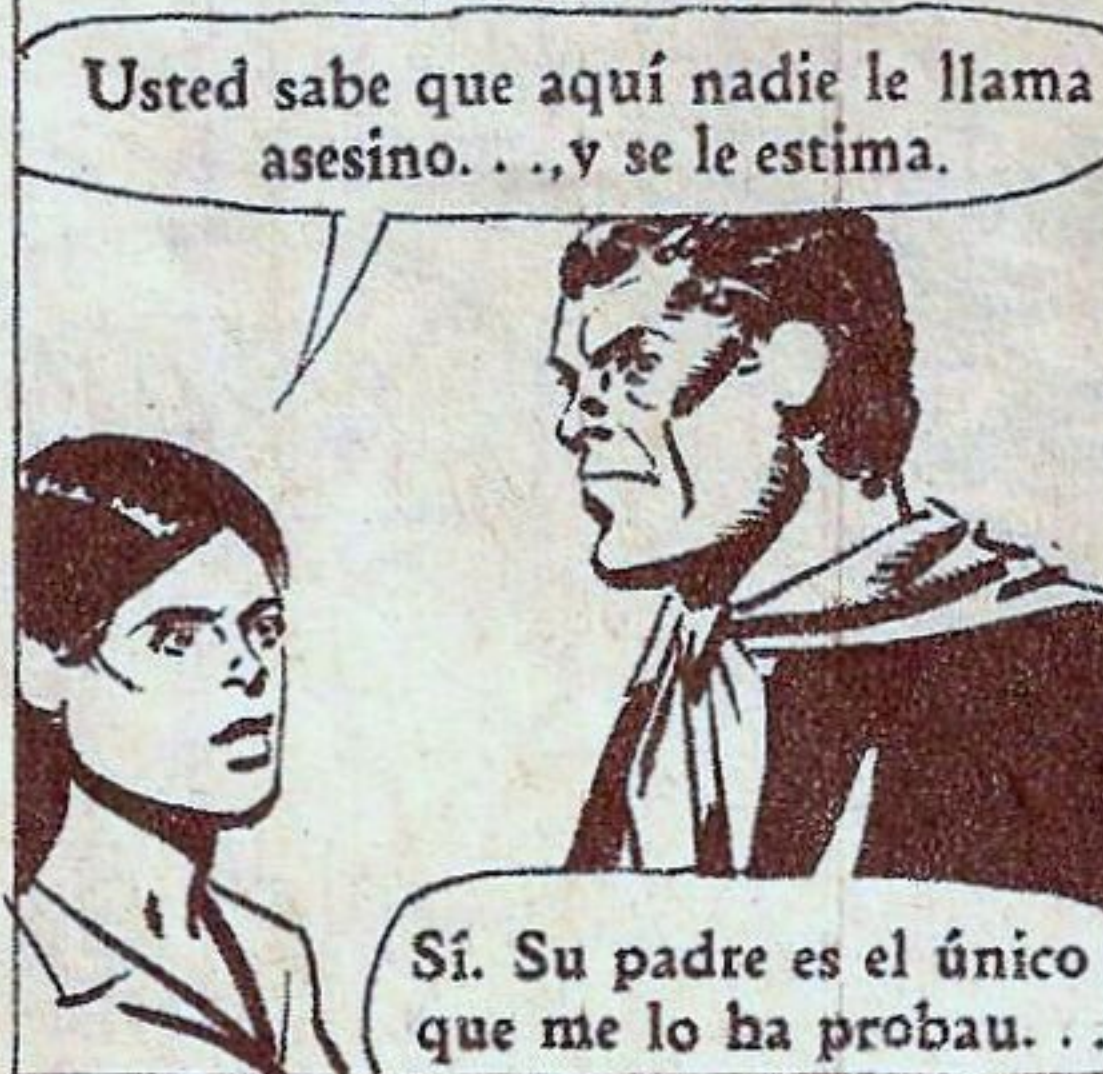
¿Te han invitau pa' la fiesta de esta noche, che Luciano?

No. Yo me invité solo, como los perros sin dueño. ¿Quién estima a un asesino?



Las palabra "asesino" le dolió a Teresa. Entonces despegó los labios, tímidamente.

Usted sabe que aquí nadie le llama asesino... y se le estima.



Teresa bajó los ojos y dando media vuelta, volvió al patio de la casa. Ahí lucía sus líneas tradicionales un aljibe criollo. Luciano la siguió...



Luciano bebió dos tragos de agua, sin dejar de mirar a Teresa.

¿Qué quiere de mí? ¡Hable, Luciano!

No se asuste de un fantasma de piel oscura, Teresa... ¡Puede dejarme nomás, clavado en el poste de sus recuerdos! ¡No la reprocho!



Teresa llevó una mano a su frente, un poco transpirada.

Soy un negro, porque el destino me ha pintado de sombra.



¡Usted es mi sombra, Luciano! ¡Le temo a su facón! ¡Timoteo murió por mí...!

¡Feliz de él que debe haber entrado al cielo, nombrándola...!

¡Yo lo quise... lo quise! ¡Yo lo amaba al finado!



¡Malhaya la suerte del muerto! ¡De mí, usted no dirá lo mismo!

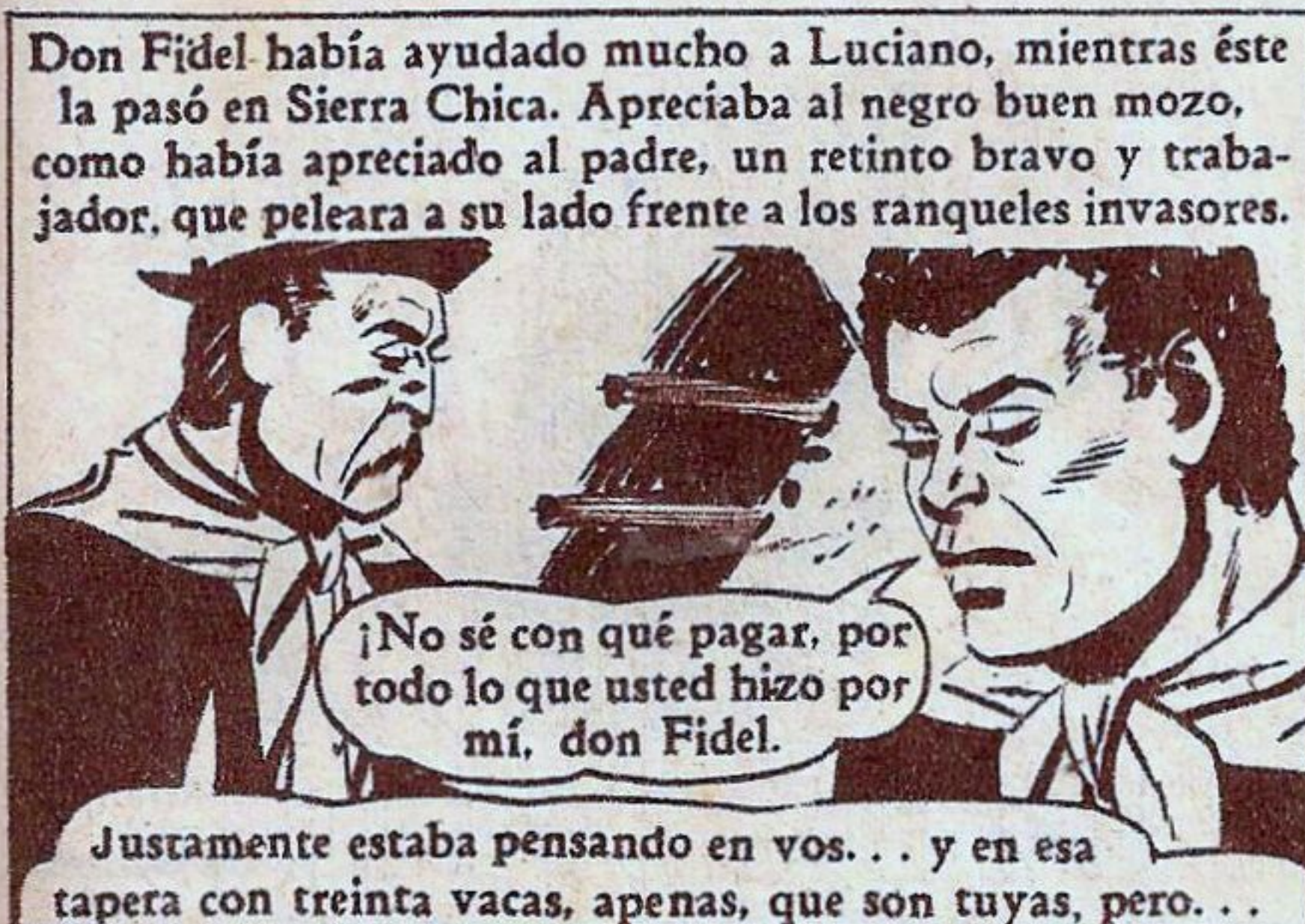
¡Estoy condenada delante de su sombra!



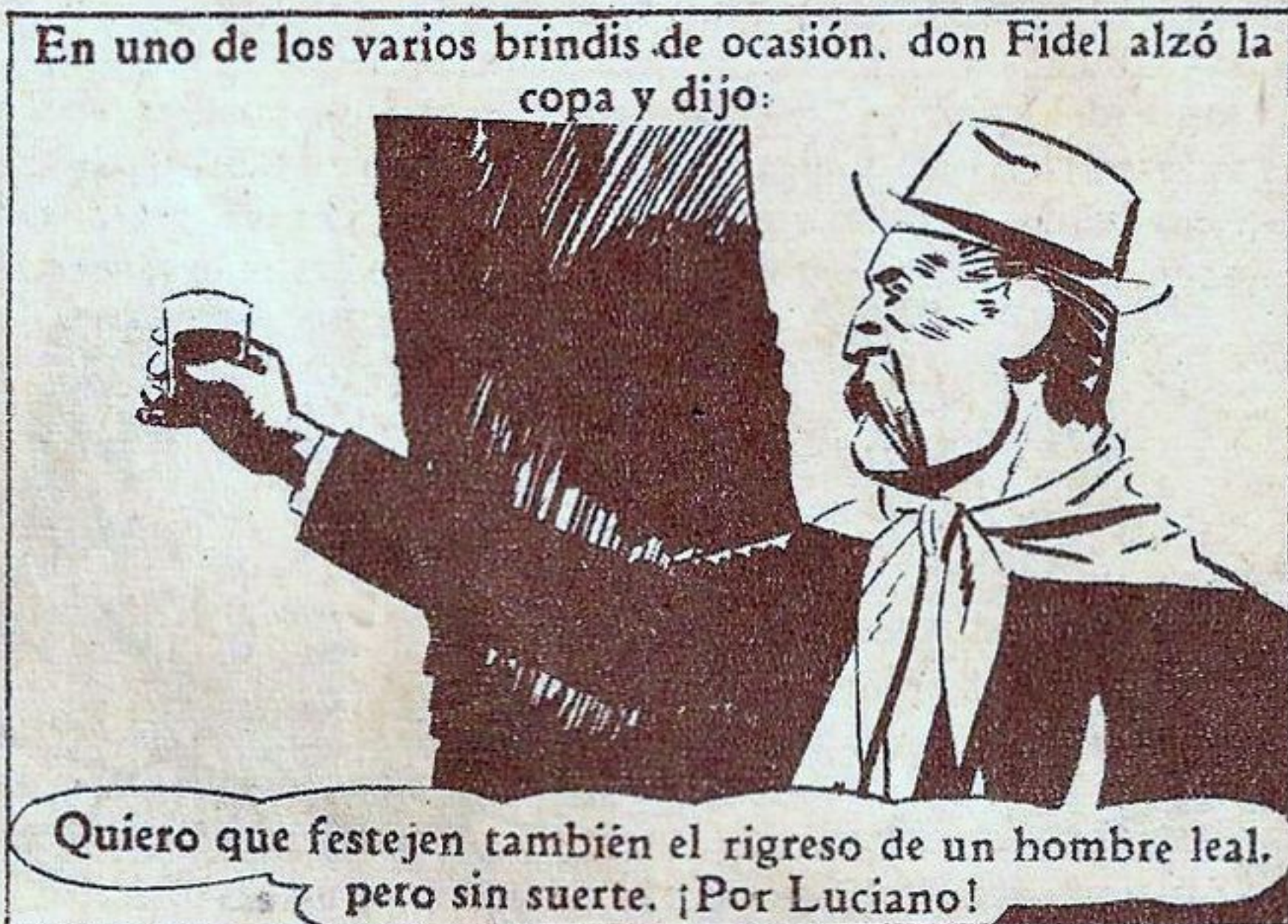
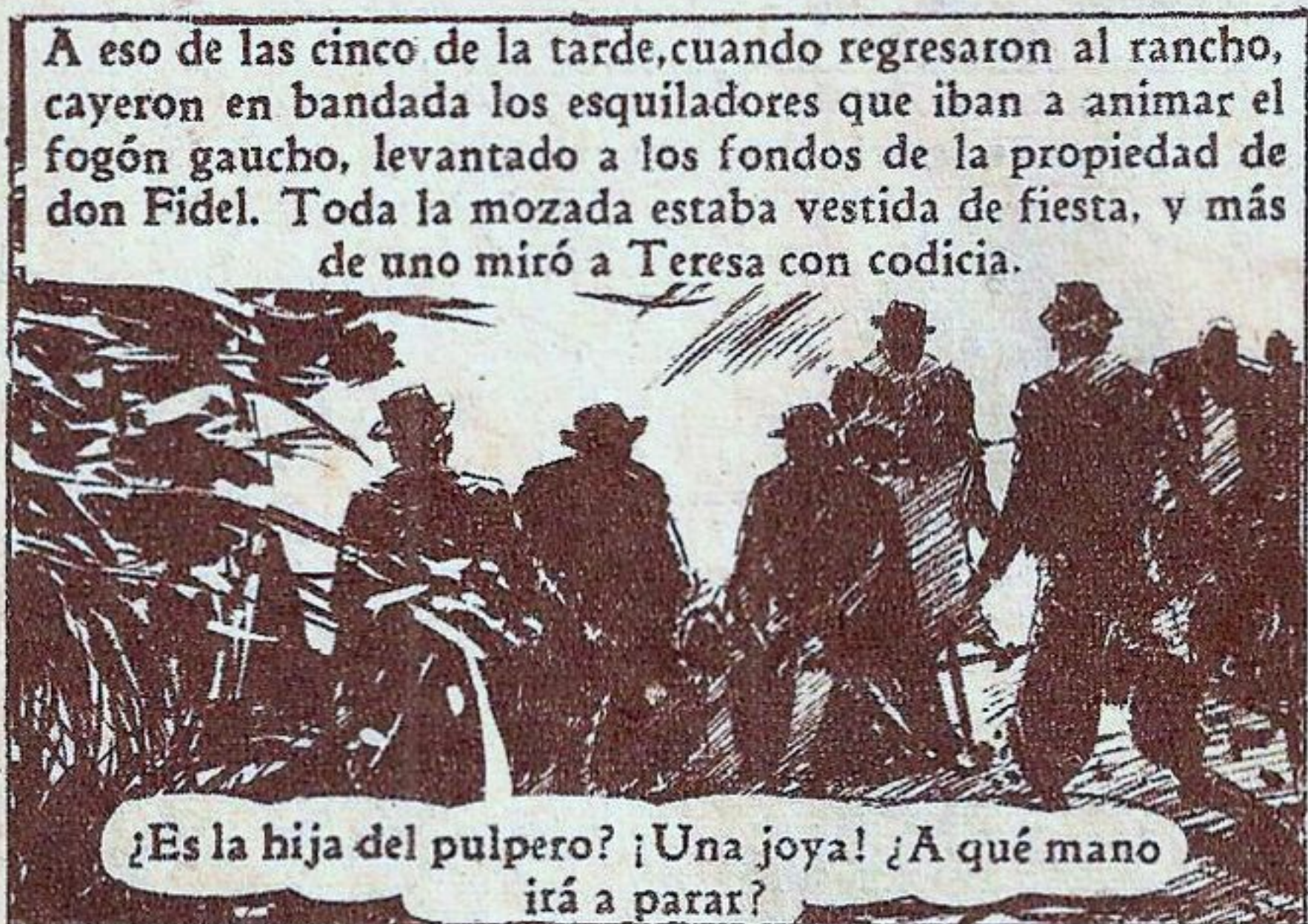
¿Y yo? ¿Acaso soy libre, ahora que me he zafado de la cárcel? ¡Estoy embrujado, porque la sueño dentro de mi rancho, como esposa!











Columberos.... Conmemorando con esta publicación el  
«Día de la Tradición»



Don Fidel volvió casi de inmediato hasta donde se hallaba Teresa. La miró con "una fuerte recomendación", sin palabras, y siguió su camino. Rudecindo Sánchez Jordán seguía hablando con rabia y el cuchillo en la mano.



¡Guarde ese cuchillo, Rudecindo! ¡O lo echo de mi casa!

El viejo criollo guardó el arma.

¡Como quiera, patrón! ¡Pero recuerdo a mi hijo! ¡Ese negro ladino me lo asesinó a traición!



¡Mentís! ¡Fue un duelo criollo! ¡A solas los dos, cara a cara! El que mató pudo morir.

¿Con qué cariño viá llenar ese hueco, si era el único hijo que tenía? Ahura estoy viejo y solo, frente a la majada del mundo!



¡Y cuando muera, si habrá acabau mi nombre! ¡Porque me han cortau de raíz!



Bueno, hombre, bueno... ¡No se ponga así! ¡Tomemos esta copa los dos juntos!

Dejó al lado de Rudecindo una botella enterita de buena caña criolla. Uno de los esquiladores se le fue arrimando poco a poco. Quería "saber" un poco más...

¿Y por qué lo asesinaron a su hijo, señor? ¡Yo lo conocía y era buenazo!



Lo mató ese negro maldito, porque Teresa lo amaba a mi Timoteo.

¿Y cómo se entiende que el padre de Teresa lo ampare al asesino?

¡Es lo que yo tampoco entiendo, mi amigo! ¡Parece que lo quiere a ese negro sotreta y criminal! ¡Deben de andar en algún negocio...!



El esquilador, curioso, miró hacia la pulpería. Sobre el mostrador andaban, acodados y de gran conversación, el dueño de casa y... "el asesino de piel oscura"...

(¡ALGO deben tener entre ellos! ¡Este don Fidel ha hecho mucha plata en pocos años!)



En efecto: HABIA HECHO MUCHA PLATA don Fidel. El "metido" esquilador siguió llenándole la cabeza al viejo Jordán.

¡Siguro que debe haber asesinado a Timoteo! ¡Y a traición! ¡Negro perro!



Ese anoecer llegó a lo de don Fidel un caballero elegante: Sergio Robles. Ropa fina, botas lustradas y con espuelines, sonrisa amplia.



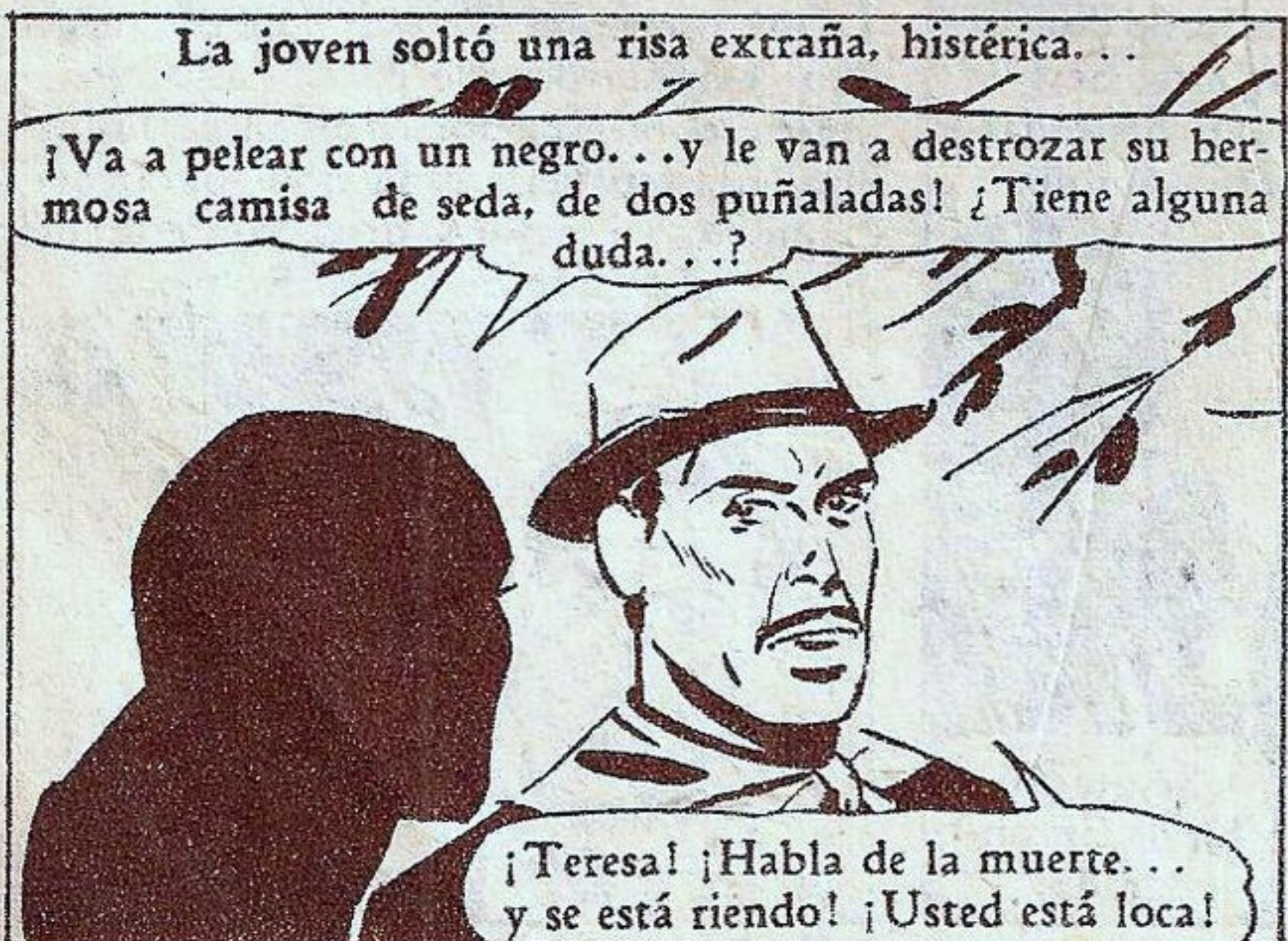
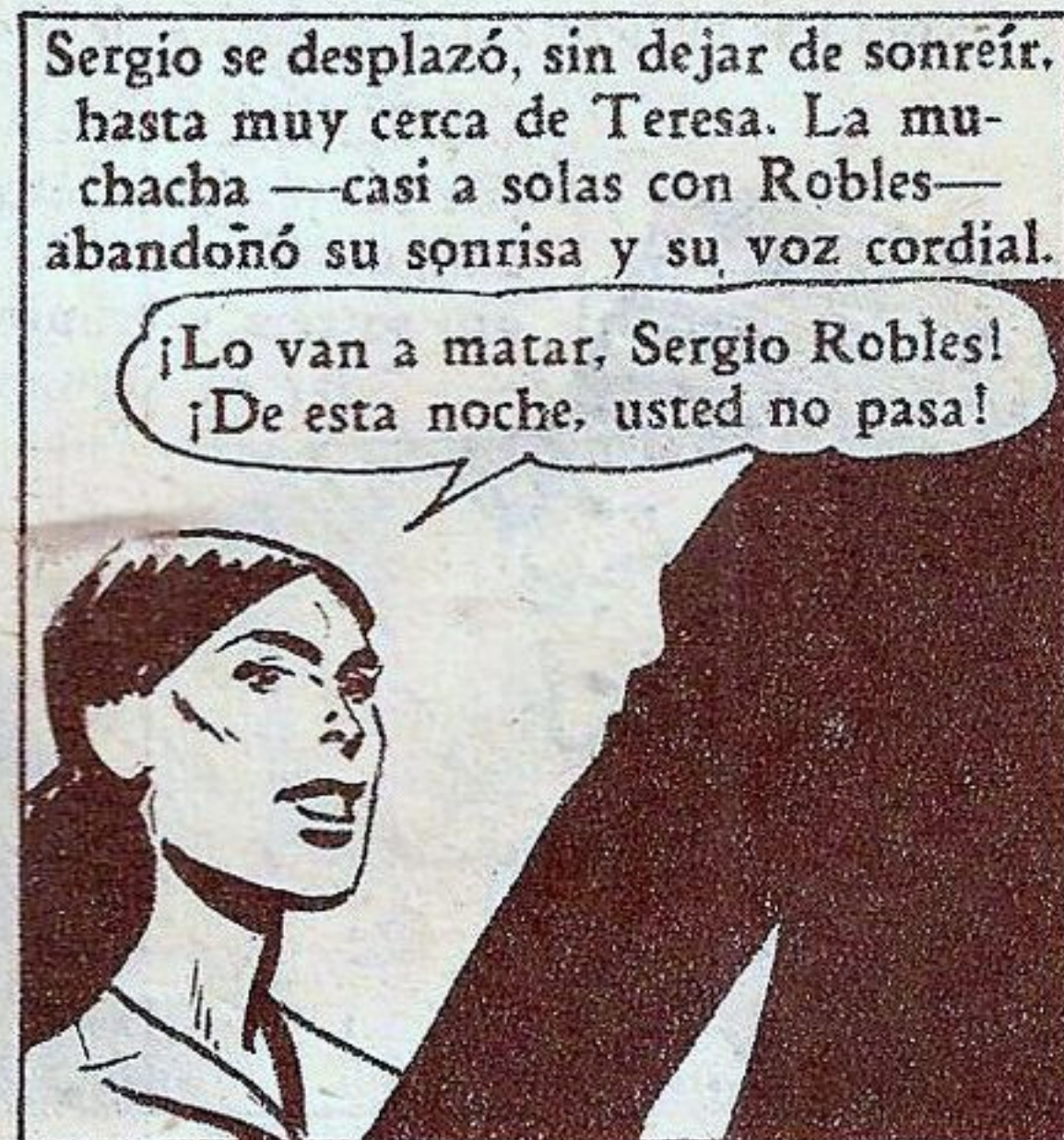
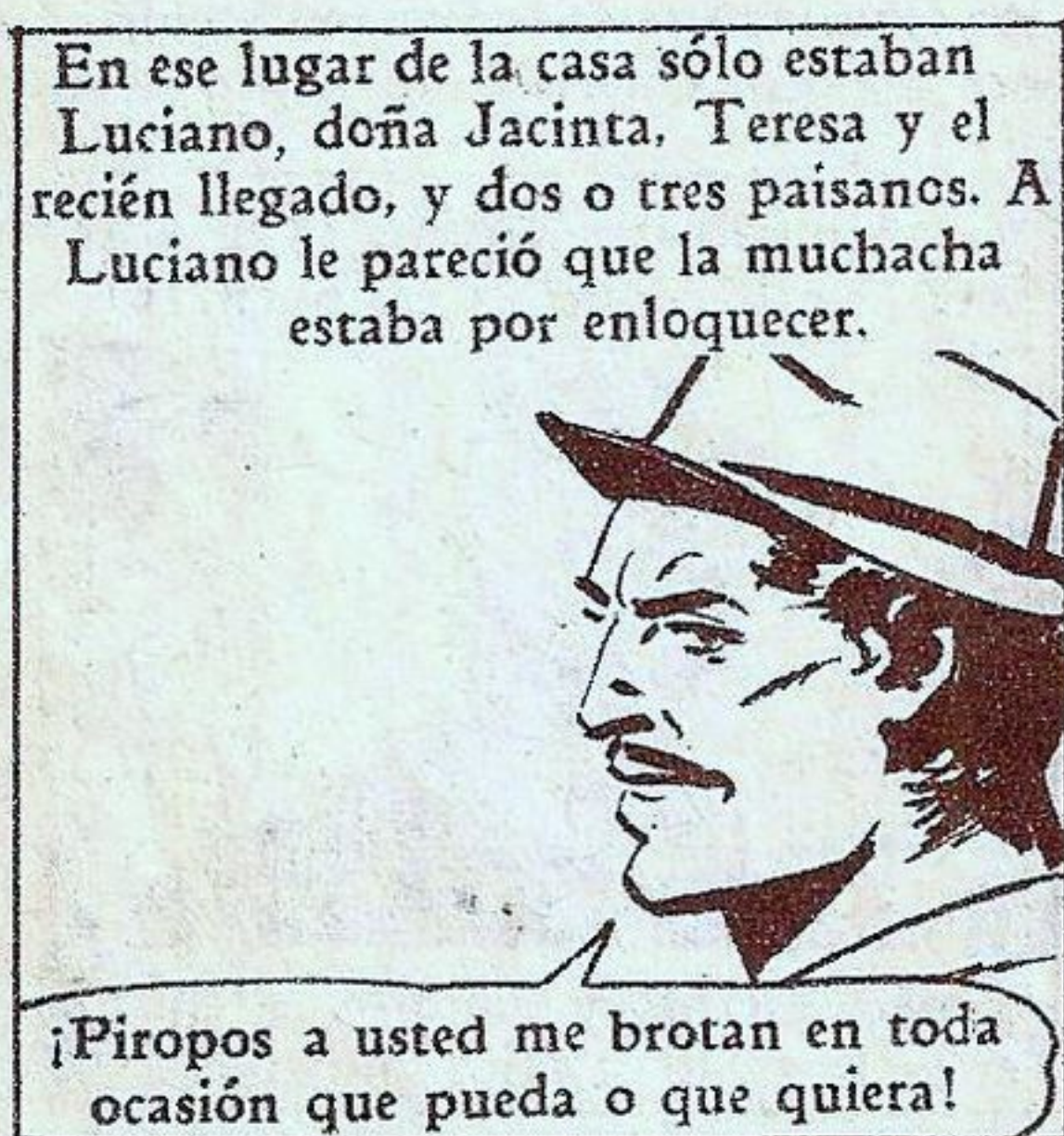
¡Un saludo a todos especialmente a los dueños de casa!

¡Sergio Robles! Encantada.

¿Qué pretendía Teresa con ese juego que exhibía delante de Luciano? Primero, el brindis por el difunto; luego, darle la espalda a cada rato, para concluir, con su mejor sonrisa, contestando el saludo de Sergio Robles.









Don Fidel la observó sombríamente. ¿Qué pasaba con Teresa? Había dejado de ser una criatura caprichosa... hasta ESA NOCHE... ¡hasta ese mismo momento!



Esto no puede continuar así, Teresa. Creo que te voy comprendiendo. Luciano...

Teresa no lo dejó continuar. Gritó como un ave herida en pleno pecho. ¡Sí, el negro! ¡Siempre él delante de mis ojos! ¿Quiere venderme a él, como una cosa del boliche? ¿Por qué insiste?



Sos injusta... mala... ¿Cómo van a venderte tus padres?

Cuando hables claramente, tus padres callarán para siempre, hijita.



¡Ni tu madre lo quiere a Robles! ¡No es de tu clase, m'hijita! ¿Comprendés?



¿En qué se fundan para pensar así? ¿Acaso ese negro es de mi clase?

Timoteo Sánchez Jordán era aficionado a las copas desbordantes, a las riñas de boliche, a la holgazanería. Y en cuanto a Sergio Robles... se lo pasaba de rancho en rancho, galante y perfumado. Robles supo aprovechar ese gran desconcierto que se operó en la vida de Teresa.



Habló con habilidad al oído de la bella muchacha... y algo consiguió.

Bueno... esperaré todo lo que usted quiera, Teresa. ¡Pero será mi esposa!!



Esa rotunda afirmación del "señorito" Robles no le cayó muy bien a Teresa, rebelde y rara por naturaleza. Sin embargo, lo siguió estimulando...



Dios dirá, Sergio. ¡Pero lo quiero!... ¡Dentro de muy poco tiempo, tal vez...!

¿Qué equivocada estaba, pobrecita Teresa! ¡Luciano Monteagudo era quien había copado su corazón... a pesar "de su piel negra"! ¡Y ella luchaba contra ese sentimiento, más fuerte que su fastidio por el color del gaucho Luciano! ¡Luchaba... a muerte!



Al día siguiente, la fiesta de los esquiladores concluyó con una competencia entre jinetes y cabalgaduras, de verdadero sabor épico. Por un pelo ganó el zaino de Luciano Monteagudo... al doradillo de Sergio Robles.



De vuelta para su casa, Teresa encontró el viejo Rudecindo.

¡Esta cruz de palo... ahora es mi hijo! Aquí está escrito su nombre... ¡Del que murió por vos!



¡Dios mío! ¡Llévese eso! ¡Lleve esa cruz a su sitio santo!

Teresa huyó entre las espigas altas de un tragal. ¡Era la única manera de llegar antes a su casa, escapando del miedo, de las sombras...!





Cayó de rodillas delante de su santa predilecta: Teresita. Ahí estuvo, unos muy largos minutos, lejos del mundo, de sus asechanzas.



Luciano le dijo a don Fidel que pensaba irse más hacia el sur. El viejo se le enfrentó, zamarreándolo casi...



¡No es el momento para irse, gaucha! Aquí espera un campo inmenso. ¡Te espera a vos! ¡Yo ya soy más un cadáver que un ser en pie!

Luciano contestó al padre de Teresa con toda la desazón de su alma triste...



¡Yo soy el cadáver, don Fidel! ¡Como los perros, me voy lejos de la casa que quiero... pa'morir! ¡Déjeme, déjeme...!

Decidido a todo, el gaucha, de piel oscura, buscó a Teresa.



(¡Tuito ha sido más rápido y más triste de lo que yo precaví! ¡Qué color... así, como el mío, tiene la vida!)

Teresa oyó, entre sus rezos, una voz dulce, acariciante...

"Dios ha puesto dentro de los seres muchas cosas buenas. Tienes que saber encontrarlas, Teresa". ¡Y ella estaba convencida que a Luciano Mnteagudo lo había tratado con despiadada ligereza! ¡Luciano...! ¡Ese negro! ¡Siempre en sus pensamientos!



Ella tenía los ojos cerrados. Cuando los abrió, vio la parte baja de unas botas masculinas en estado un poco deplorable. Alzó las grandes pestañas...

Perdóneme, Teresa. Es que... me voy. ¡Me voy pa' siempre, Teresa! ¡Ahora sí!



Ella volvió a ver en un instante toda su vida futura: Era la esposa de Luciano, "la china" Teresa, ajada, sucia, conforme con su vida... Se estremeció.



Y él seguía hablándole... "Soy un árbol fuerte... desgajado por el temporal. Todo se hace noche... ¡y en la terrible oscuridad se confunden mi ayer, mi figura, y su desprecio, Teresa...!" La joven contestó con un grito doliente:

¡No...! ¡No...! ¡No...! ¡No hables así! ¡No hay por qué hablar así!



Teresa llegó hasta los brazos de hierro del gaucha. Tenía los ojos cerrados cuando Luciano la besó. Ella sintió una gran confusión... Pero se sentía novia de él, y tal vez, muy pronto... ¡su esposa! Estaba escrito

(¡Mi Dios querido! ¡Es demasiado premio pa' un gaucha! ¡Pa' un gaucha negro! ¡Si en mi cielo es de noche, que no amanezca nunca!)



FIN.



# UN POCO DE BUEN HÚMOR



—Y sepan que Margie, después de los treinta y cuatro, cumple treinta y dos.



—Ahora tendré que ir de compras contigo, querida; no puedo sacar mi dedo de este cierre relámpago.



—Nunca he visto una pelea tan mala; tú y tu marido son mucho mejores.



# AL MORIR QUEDAMOS SOLOS

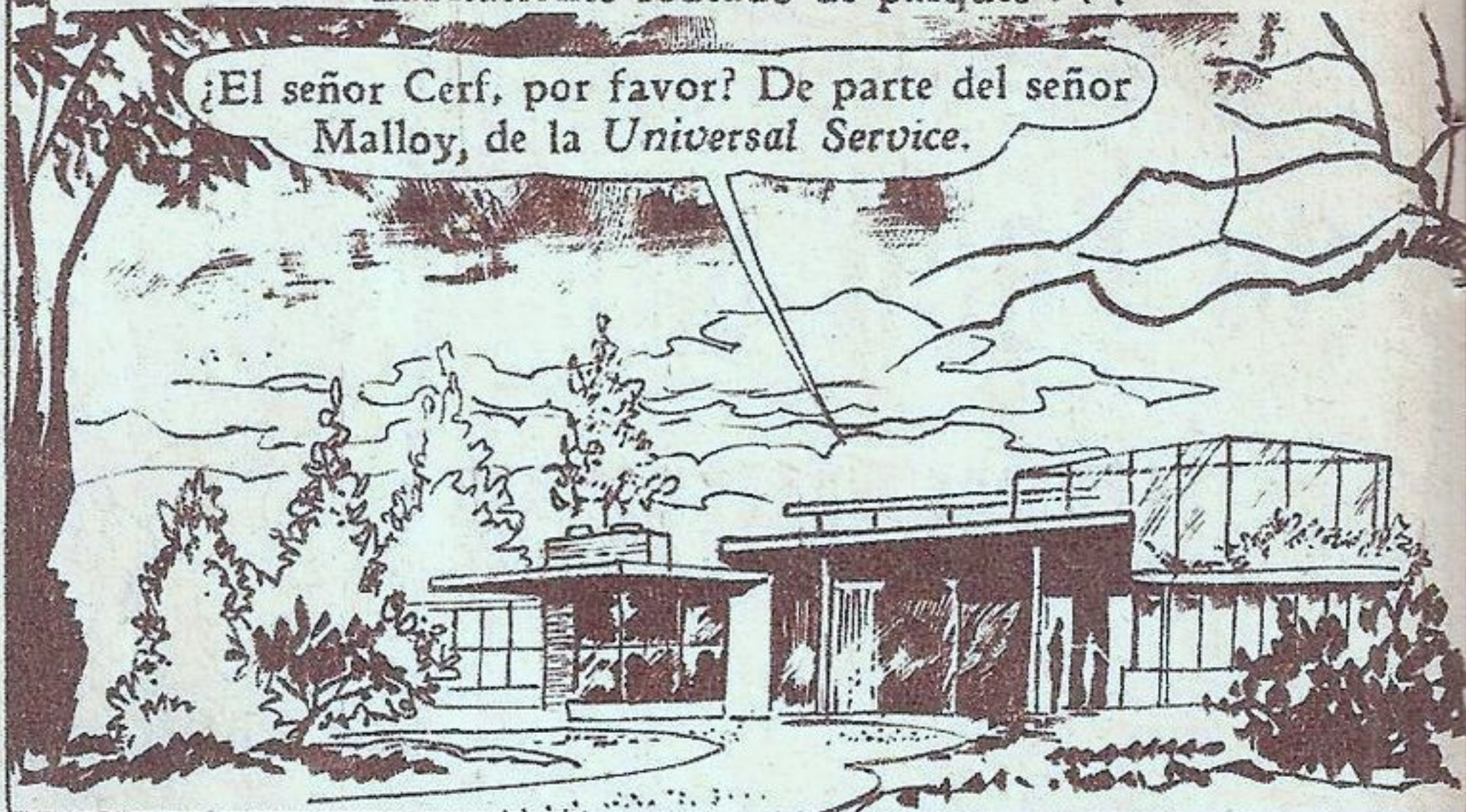
POR JAMES HADLEY CHASE

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE DURAÑONA

La casa era un verdadero palacio. Un rectángulo de veinticuatro habitaciones rodeado de parques...

¿El señor Cerf, por favor? De parte del señor Malloy, de la Universal Service.

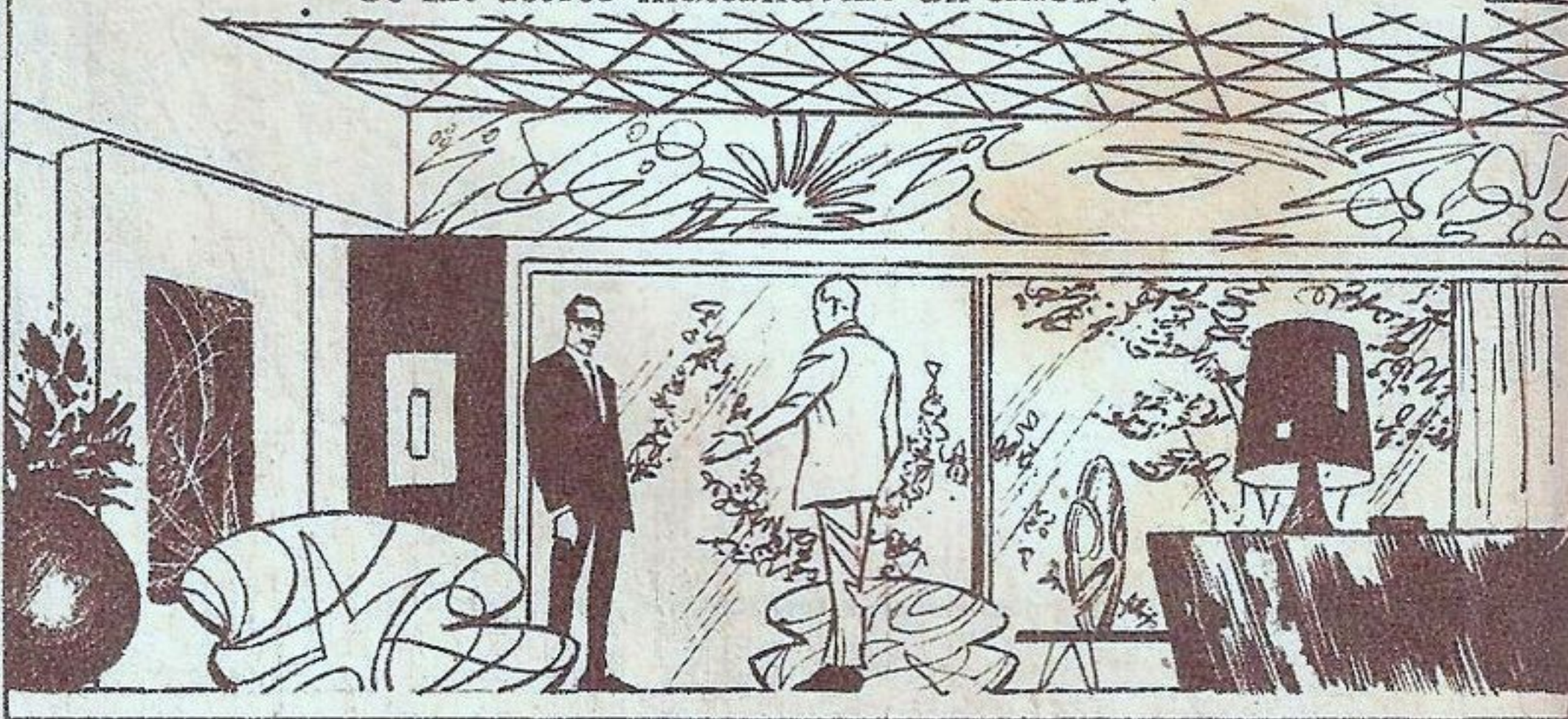


El majestuoso mayordomo me hizo pasar. Atravesé un inmenso salón, un pasillo, subí escaleras, y al fin...

Pase. El señor Cerf lo espera.



El omnipotente señor Cerf, de no sé cuántas compañías marítimas, estaba en el despacho más cinematográfico que pueda uno imaginarse. Era un individuo ágil, de unos cincuenta años, pelo plateado. Se me acercó indicándome un sillón...



... y empezó a hablar. Resultado: Mi agencia debía seguir los pasos de su mujer. Temía que fuera cleptómana.

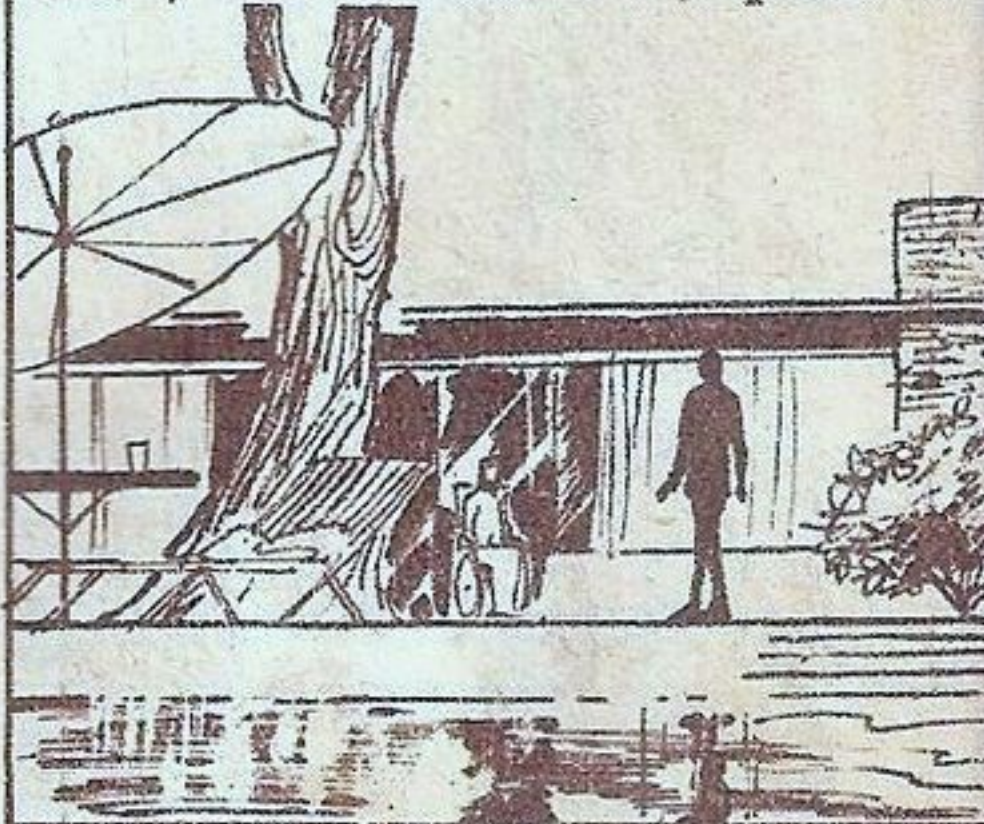
Por supuesto, debe ser en riguroso secreto. Nadie debe saber que lo he contratado.

Señor, mi agencia no revela jamás el nombre de sus clientes, excepto si éstos lo desean.



Cerf no deseaba nada de todo esto, pues temía al escándalo más que a un perro rabioso. Se había casado con una ex maniquí, y era viudo con una hija. Su primera mujer había muerto en un accidente automovilístico, y su hija había quedado lisiada como consecuencia del accidente.

Ahora se había casado con una belleza profesional, treinta años más joven que él. A su hija la cosa no debía gustarle nada. Puede comprobarlo en seguida. Al irme, y dar la vuelta a la piscina...



Era Natalia Cerf. Traté de pasar de largo. Pero ella...

¡Escuche!



Me volví. La saludé lo más amablemente que pude. Y me preguntó:

¿Usted es el hombre que mandó buscar mi padre? Detective, ¿verdad? Seguramente por esa mujerzuela...



Parecía enterada de todo. Cerf me había llamado por teléfono a la agencia, y sin duda ese teléfono tenía conexiones internas. Era visible que odiaba a su madrastra. Me las arreglé como pude, y con bastante alivio, pude alejarme, al fin, hasta llegar a mi coche.



Poco después, en el bar de Finnégans, situado en la esquina de mi oficina . . .

Este es el asunto. Dana se ocupará de seguir los pasos a esa dama. Quizá sea un trabajo de rutina.



Benny, Kermann y Dana eran tres de mis ayudantes. Paula atendía solamente el aspecto administrativo en la oficina. Fui hacia allí . . .

¿De modo que eso era todo?

Todo. Dana se encargará del asunto.



Dana era hábil. Podía seguir, como la sombra, a cualquiera, sin que éste lo supiese. Dos días después . . .

(Bueno. En lugar de cleptomanías hay romances.)



Era el informe de Dana. Mrs. Cerf se veía con un individuo llamado George Barclay (allí estaba su dirección), "sportman" rico, y otro llamado Bannister, dueño de un club nocturno llamado L'Etoile. La había seguido al ir de compras y no se veían rastros de cleptomanía.

Pensé si lo del robo no sería una excusa del viejo Cerf para hacerla seguir, o un infundio inventado por su hija Natalia. Cansado de mirar al mar, volví a mi pequeño chalet . . .

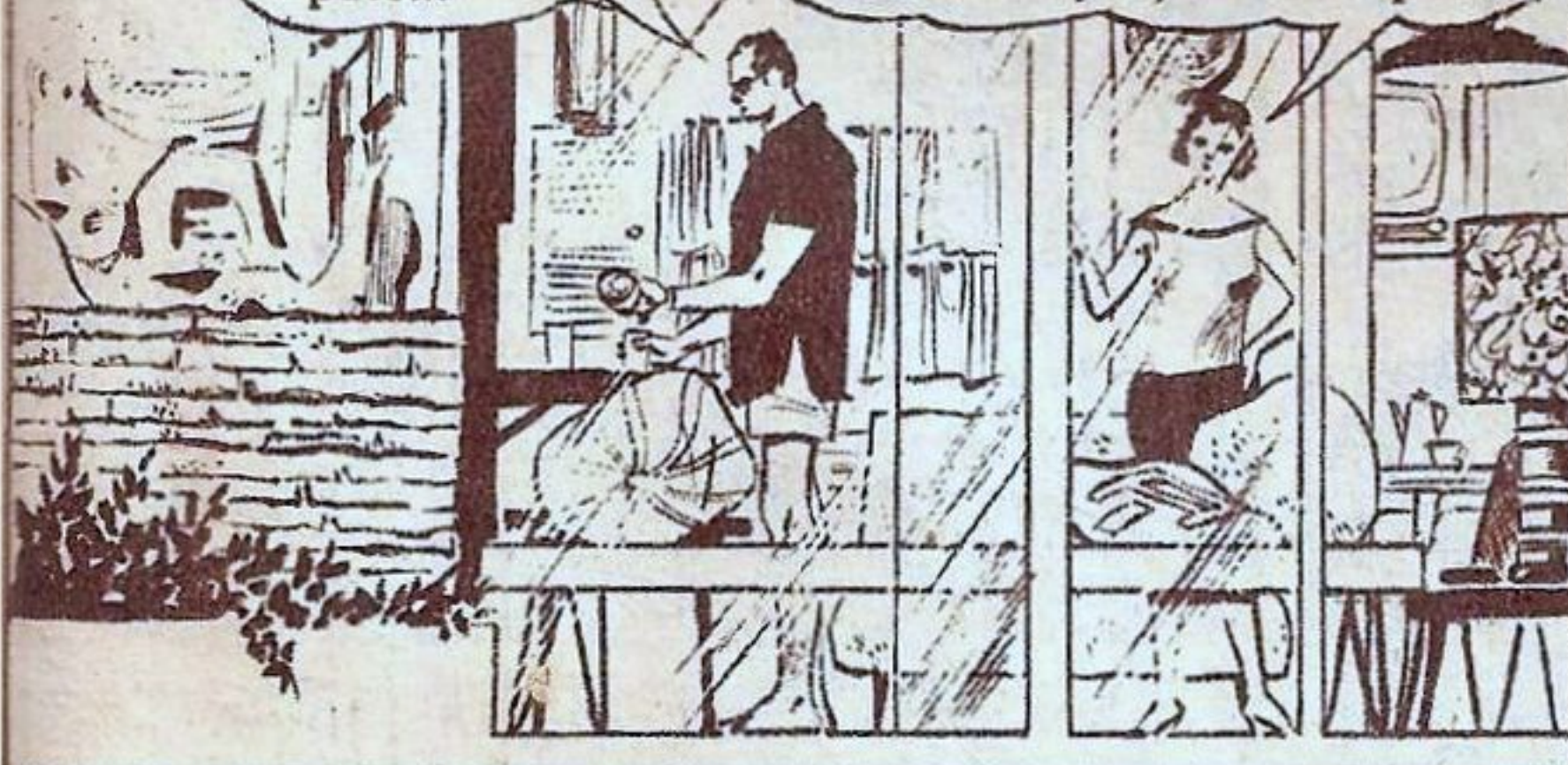
Lo esperaba, señor Malloy.



Adiviné, en seguida, de quien se trataba, pues Dana me la había descrito muy bien.

Mrs. Cerf, supongo. Parece que le gusta a usted dar sorpresas.

Estaba esto abierto, vacío. Supuse que usted tomaba el sol en la playa. Lo esperé.



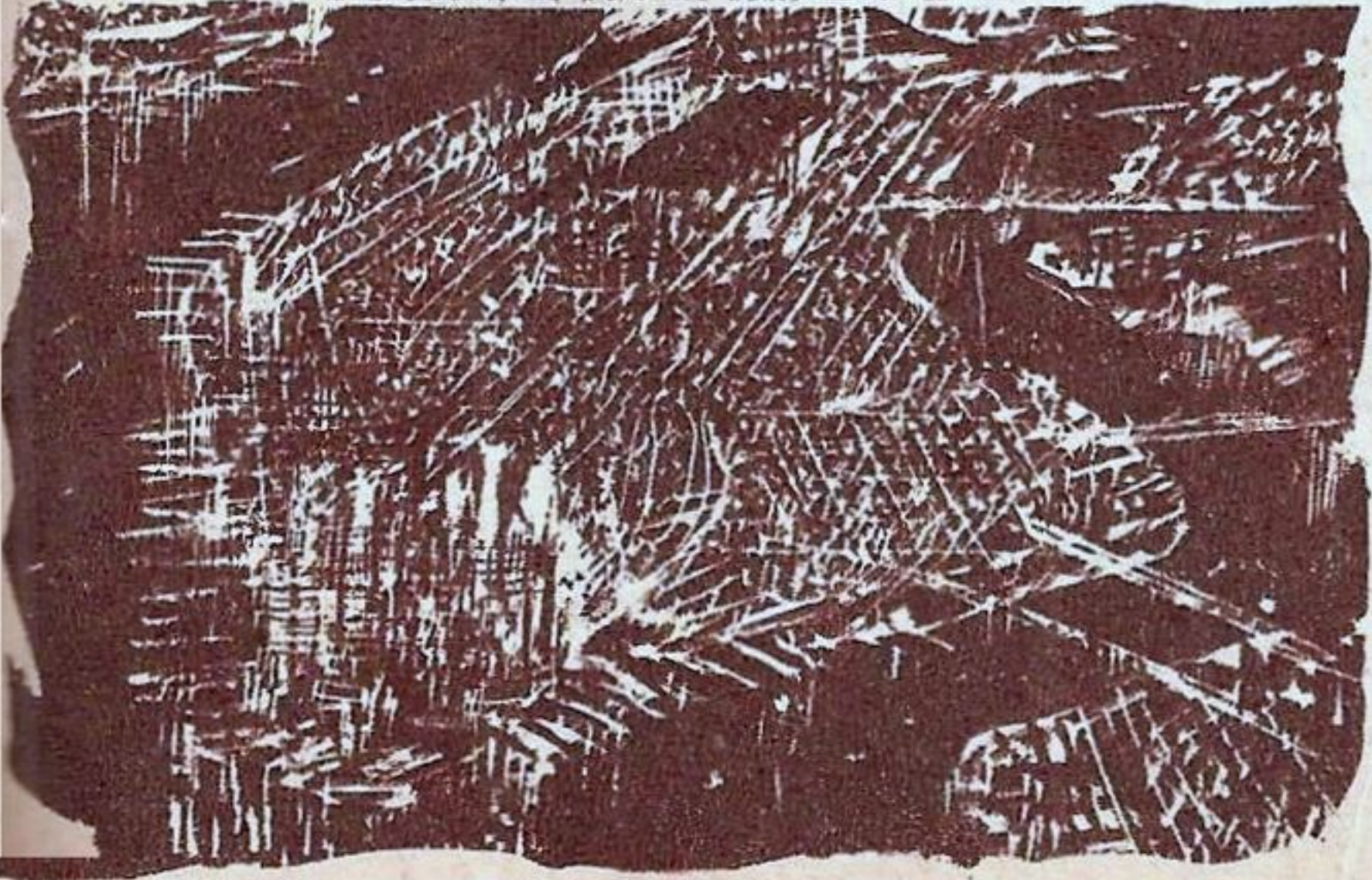
Sin duda era una mujer provocativa. Antes de que pudiera decirle nada, me espetó:

Dígame una cosa. ¿Por qué me hace seguir por esa muchacha? Usted es del Universal Service, ¿verdad?



Quedé pasmado. Dana era muy hábil. ¿Cómo se había dejado sorprender? Me negué a decirle nada. Utilizó todos los recursos. Al fin terminó por ofrecirme mil dólares. Los rechacé. No tengo muchos escrúpulos, pero ése es uno de los que tengo. No traiciono a mis clientes. Además, es el crédito de mi empresa.

Le dije que si aceptara sobornos me arruinaría en dos meses. Irritada, se fue al fin. Esa noche . . .



Es muy hábil. O tiene alguien que la ayuda, no sé. He descubierto otra cosa. Alguien la chantajea.



Ana Cerf había estado sacando dinero de la cuenta que Cerf abrió a su nombre. Cinco, diez y quince mil dólares.





A la mañana siguiente . . .



Atendí, medio adormilado, pero me desperté de golpe. Una horrible sensación me helaba la sangre.

¿Qué? ¿Está seguro?



La voz del comisario Mifflin, al otro extremo de la línea, fue categórica . . .

Sí. Un tal Leadbetter hizo el hallazgo. Es el cadáver de su empleada, Dana Lewis.



La habían encontrado en las dunas, a una milla de mi chalet de la playa. Debí ir a reconocerlo . . .



Impresionante, ¿verdad? Pero, dígame. ¿Por qué le han sacado las ropas? Fue hallada así, desnuda.

Cuando me reuní poco después con Benny y Kermann en el bar de Finnegan, estábamos los tres decididos a vengar la muerte de nuestra camarada. Kermann pensaba que, sin duda, Ana Cerf era víctima de un chantaje.



El chantagista había sido descubierto por ella y lo mató para cerrarle la boca. Había sido muerta de un tiro; con una pistola calibre 45, desaparecida.



Esa tarde, Mifflin me citó. El capitán de policía Brandon, colérico . . .

¡Dana Lewis trabajaba para usted! ¡Usted debe saber a quién seguía!

No sé nada. Dana tenía también sus asuntos personales.



No podía descubrir el nombre de mi cliente. Supe por Brandon que habían visto a Dana, la noche anterior, con Ana Cerf. Ambas habían entrado al departamento de Dana. Ana iba con blusa blanca.



La portera las vió. A las 24 salió la del vestido de fiesta, y Dana se quedó adentro. Salió sólo a las 2 horas.

Ya ve que conozco a la persona con quien andaba Dana. ¿Era ella su cliente?



Callé. Pero estaba perplejo. Después de verme a mí, Dana se había encontrado con Ana Cerf. ¿Por qué? ¿Habían ido juntas a la casa de Dana! Esta regresó rato más tarde, con un valioso collar de diamantes.



Lo reconocí. Era el mismo que llevaba Mrs. Cerf cuando fue a visitarme. Me sentía desorientado, y centré mis pesquisas en Barclay y Bannister.

Eran los dos tipos que quizá chantajeaban a Ana.

Los dos son ricos. Quizá Bannister, a pesar de todo, se haya hecho rico con el chantaje . . .





Finnegan, el dueño del barcito, estimaba mucho a Dana. Quería ayudarnos a vengarla y no se separaba de nosotros. De pronto, Benny alzó la cabeza . . .



Seguí su mirada . . .



Kermann abrió los ojos desmesuradamente, en una expresión de arrobamiento. La joven se acercó a nosotros, lo que aumentó la sensación producida. Cuando estuvo cerca . . .



Asentí. La joven me miró a los ojos. Por cierto que era interesante. Sonrió . . .



Dijo en seguida que había leído que mi ayudante, Dana Lewis, había sido muerta. Ella había conocido a Dana. La estimaba. Quería trabajar en eso y no tenía miedo.



Benny y Kermann estallaron en elogios. La acepté. Me hacía falta quien reemplazara a Dana. Le encargué que buscara a Ana Cerf.

Ha desaparecido. Sabemos que iba en un Packard negro. Y que tenía relaciones con Bannister, del club L'Etoile.



Gail Bolus conocía el club L'Etoile. Confesó que era jugadora de póker. Salí a cumplir su cometido. Envié a Kermann a averiguar todo lo que pudiese de Natalia Cerf, y con Benny. . .

Para aquí. Esa es la casa de Barclay.



Bajamos. Llamé varias veces en la puerta. No contestaba nadie.

Parece que ha salido. Entraremos y echaremos un vistazo.



Logramos abrir una puerta ventana. En su interior . . .





No había nada raro por ahí. Pasamos a su dormitorio. Un gran placard estaba lleno de trajes. Rebusqué...



¡Mira!...

Saqué un envoltorio de ropas. Había reconocido al segundo la blusa y la pollera de Dana. Benny las miró...

¡Es raro! ¿Qué diablos significa esto? ¿Y por qué la desnudaron después de matarla?

¡Si pudiera saberlo! Estoy pensando si Dana no habría sido sobornada por la Cerf, con el collar!



Benny protestó. Dana no se dejaba sobornar. Antes la Cerf había querido sobornarme a mí. Nos llevamos las ropas. Quería hacerlas analizar. Podía ser eso una prueba poderosa contra Barclay. En un cajón hallé un retrato de la Cerf, en traje de corista. Estaba dedicado a Barclay. Me lo guardé.



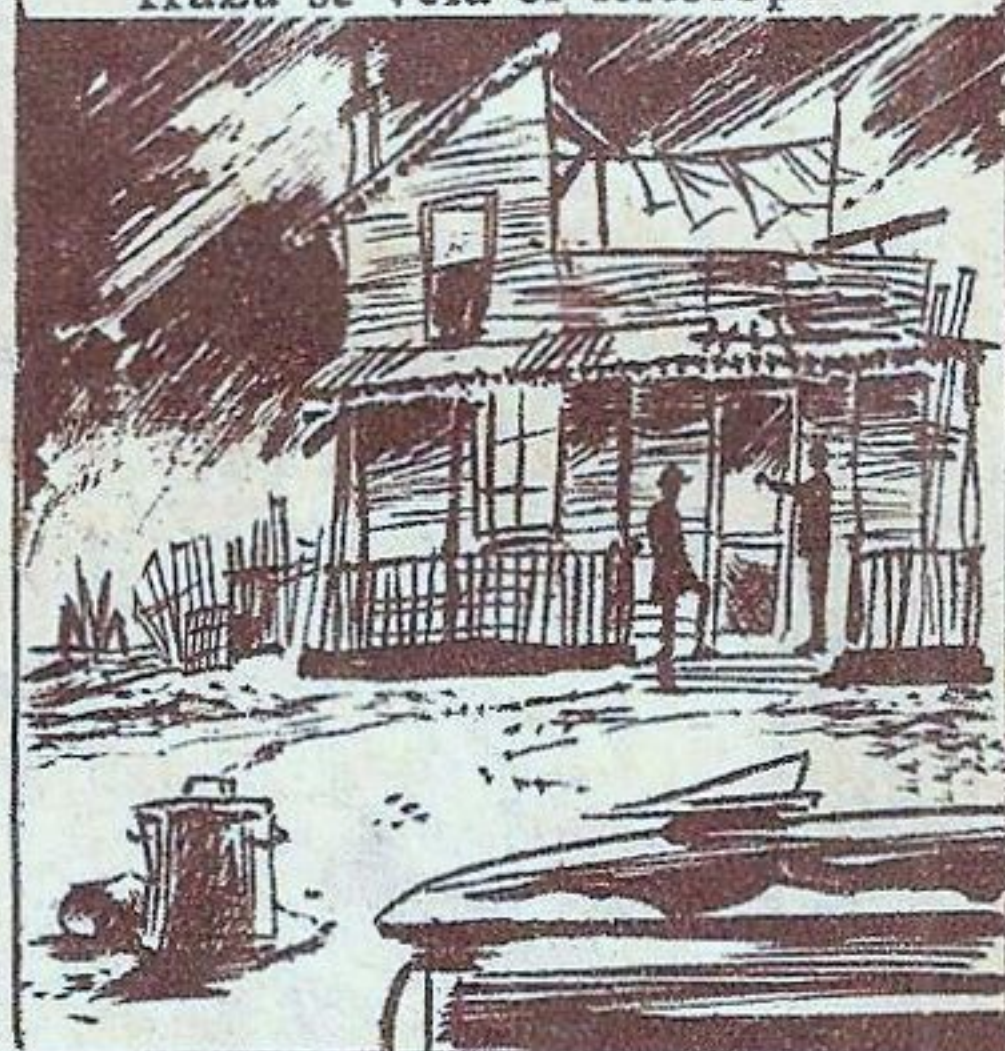
Resolví ir a casa de Ledbetter, el viejo chiflado que se las pasaba con un telescopio.

¡Pero el capitán Brandon ya lo habrá exprimido!...

Quizá no dijo todo. Ese viejo puede querer sacar provecho de lo que vio.



Ubicamos al fin la casa. Era una casucha ruinosa y sucia. En la terraza se veía el telescopio.



Llamamos pero no hubo respuesta. Entramos, y fuimos a la terraza. Allí.

No hay nada que hacer. ¡Ya lo han liquidado!



De una ojeada, vi que había sido herido en la frente, quizá, mientras miraba por el telescopio. Un buen tiro, hecho desde el jardín por un gran tirador.

Es mejor que ahuequemos el ala. Vámonos.



El retrato de la Cerf tenía el sello de un fotógrafo de San Francisco. De modo que allí había actuado de soltera Ana Cerf. Envié a Benny a San Francisco, y en la oficina...

¿De modo que nada de rastros de sangre ni de arena?

Nada. El informe es preciso. No hay en las ropas de Dana ni sangre ni arena.



Paula opinó que quizá desvistieron a Dana antes de matarla. Kermann había estado averiguando los pasos de Barclay. Había establecido, sin lugar a dudas, que la noche del crimen, Barclay la pasó en Hollywood, con una amigueta, de farra corrida.

Esa misma noche, Gail Bolus me encontró en el bar de Finnegan's.

Encontré el Packard. Está en el garage de L'Etoile.



Tenía especial interés en dar con Ana Cerf. Ella podía descifrarme el misterio del collar, de su visita a Dana, de todo. Así, pues, esa misma noche fui a L'Etoile...



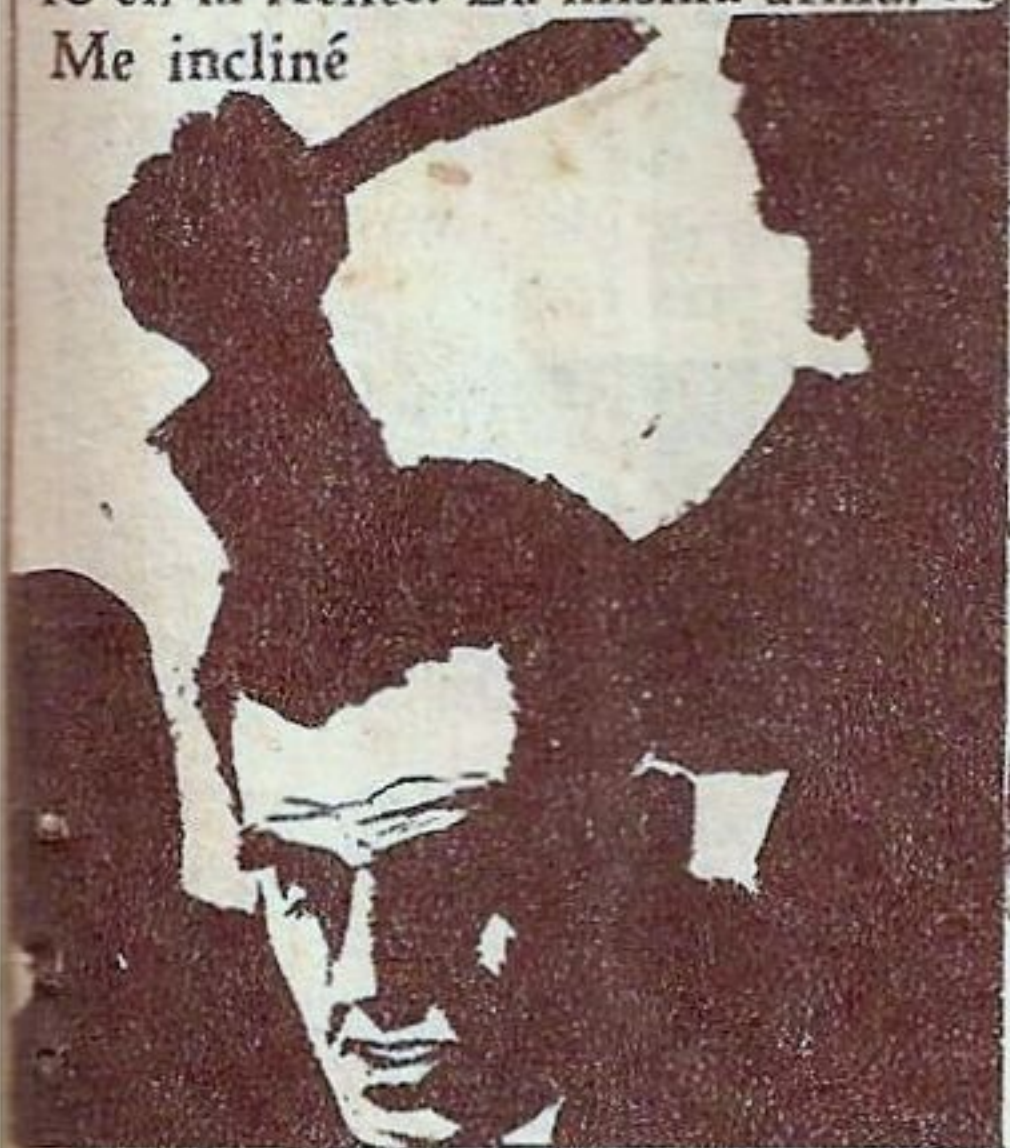
Vea, amigo. No sé nada. Estuvo aquí la Cerf muerta de miedo. Dijo que un hombre la perseguía. Pero la eché hace una hora. Y usted, abueque el ala...



No le convenía a mi pellejo hacerme el malo. Me fui. Al día siguiente, volví a entrevistar a la Cerf. Pero en su mansión me dijeron que no estaba. Por la noche, regresé a mi chalet de la playa. Al entrar, antes de encender la luz, vi, en la penumbra...



Se me heló la sangre en las venas. Me acerqué, temblando. Era Ana Cerf... Tenía un horrible agujero en la frente. La misma arma... Me incliné



Intuí que algo se movía a mis espaldas, pero antes de que pudiera hacer nada...



Perdí el sentido. Cuando abrí los ojos, oía espantosamente a whisky. Oía voces, en torno...

¿No se despierta? ¡Diablos, es increíble! ¡Echele una jarra de agua!...



Todavía aturdido, reconocí la voz de Brandon. Estaba él, allí, con Mifflin. El reloj marcaba las diez de la mañana. ¡Había dormido más de diez horas!

¿Y? ¿Puede hablar ya, grandísimo borracho?



Recordé el cadáver de Ana Cerf. Miré. El diván estaba allí, pero vacío. Faltaba la colcha que viera manchada de sangre...

¿Qué?... ¿Qué pasa?



Entonces vi a Gail Bolus. Reía, trayéndome una taza.

Tómame este café. Jamás vi borrachera igual, hijito.



¿Qué diablos era esto? Gail parecía lo más tranquila. ¿Y el cadáver de Cerf? ¿Es que se lo había llevado Brandon? Este se acercó colérico...

¡Hable de una vez! ¿Usted mandó a Benny a San Francisco?



¿Benny? ¿Qué pregunta era ésta? Asentí...

¿Por qué? ¿No puedo mandarlo donde quiera?

Porque de allí quieren saber qué estaba haciendo. Han encontrado a Benny atado de pie y manos, muerto, en el muelle.



Creí que todo se desmoronaba dentro de mí. ¡Habían despachado a Benny! Brandon se fue entre rezongos y protestas y amenazas. Miré en torno. Nada del cadáver de Ana Cerf. Gail me dijo que esa mañana me había encontrado desvanecido y oliendo a whisky...





Según esto, ella no sabía nada del cadáver... El que me había golpeado, había dispuesto las cosas para que me creyeran borracho, y se había llevado el cuerpo de Ana Cerf.



Dejando la taza, me acerqué a ella. Gail sonrió.

Conozco esa mirada. Ahora usted se hará el Don Juan.



Eso me cortó. Pero me repuse en seguida. Quiero agradecerte lo que has hecho.

Estuviste cuidándome. Debiste ver que he sido golpeado...

Soy su empleada, ¿no? Debo serle fiel.



Emanaba de toda ella una fuerte seducción. La tomé en los brazos...



Gail no se resistió. Le dije que vigilara a Bannister y esa tarde...

Me parece buena idea. Ese fotógrafo de San Francisco tiene que saber algo.

Lo juraría. Por allí debió empezar Benny sus averiguaciones. Y no ha tenido tiempo de hacer otra cosa.



El avión nos dejó en San Francisco, poco después. Una hora más tarde...

Es un hotel asqueroso, ¿verdad?

Pero queda frente al fotógrafo. Juraría que también Benny se alojó aquí.



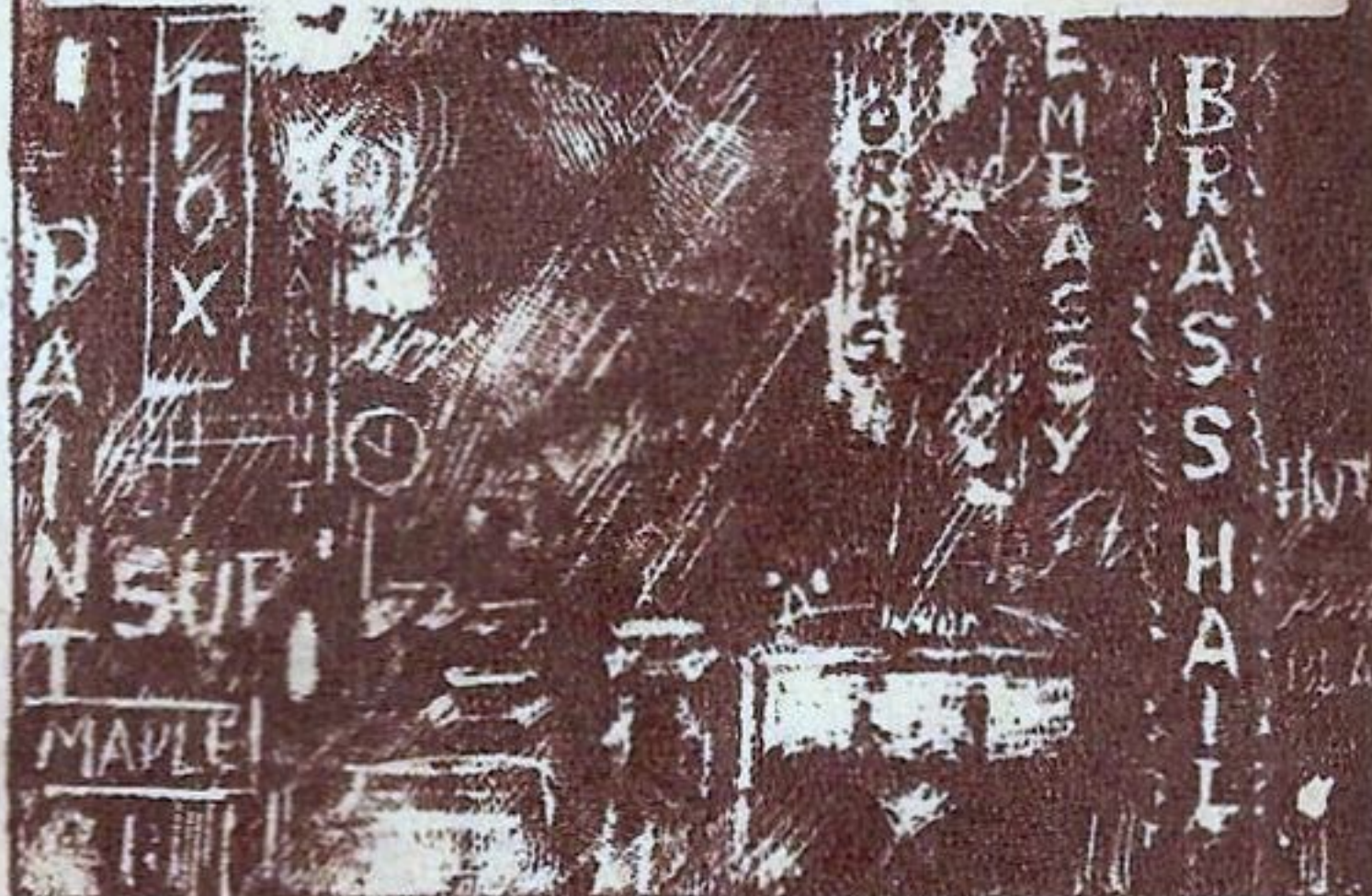
El mucamo nos trajo unas bebidas que habíamos pedido. Le di unos dólares y supe que, en efecto, Vic se había alojado allí. Le mostré la fotografía de Ana Cerf...

¿Conoce a esta mujer?

¿Quién no la recuerda? ¡Es Ana Cleads! Actuaba en el Brass Hail, hace dos años. Salía vestida con una pluma...



Despedí al mucamo, sin oír el resto de sus explicaciones. Dejé a Kermann para que vigilara el entrar y salir de gente de esa fotografía, y fui al Brass Hail.



En efecto, trabajó aquí. También actuaba aquí su marido...

¿Su marido?...



Tuve que darle otros veinte dólares al tipo para que siguiera hablando. Sacó unas fotografías.

Aquí está. Jim Thaler. Gran tirador. Se casaron y el número se echó a perder... ¡Eh! ¿Me oye?



Yo había quedado atónito, mirando. Un tipo alto, delgado, tiraba contra una muchacha que tenía un cigarrillo en la boca. Le mostré la fotografía.

¿Quién es esta muchacha?





El tipo chasqueó la lengua.- ¡Una muchacha de temple! No sé dónde andará. Thaler le hacía saltar el cigarrillo de la boca de un tiro, y ella ni pestañeaba.

Se llama Gail Bolus. Thaler dejó su número luego y ella desapareció. Ahora él es socio de un fotógrafo, un tal Louis.



En efecto, había reconocido en la "partenaire" de Thaler a Gail Bolus. Le compré la fotografía. En el hotel...

¿Qué me dices? Ana era casada. Bigama, pues no se divorció. Ahí está el chantaje. Hay que buscar a ese Thaler.

¡Diablos! ¡Y Gail Bolus! ¡Sin duda, es su cómplice! En cuanto a la fotografía, debe de ser un biombo. Las fotografías son útiles para los chantajes.



Hice una mueca. Resolvimos cruzarnos inmediatamente a la fotografía. Entramos. Kermann colgó un letrero que habíamos preparado, en la puerta...



Adentro, una muchacha salió a recibirnos. Rápidamente...



Dejamos a la muchacha maniatada y amordazada en un rincón. Pasamos al interior. Allí estaba un tipo ante una cámara. Cuando se irguió...

No se mueva, amigo, o le agujerearán la piel.



El tipo palideció. A las primeras preguntas, negó saber algo. Pero Kermann era algo brutal. Rato después...

¿Quieres más? Benny era mi amigo. ¿sabes? ¡Habla!



El tipo habló. Benny había estado allí. Thaler era su socio. Cuando empezó a hablar, Thaler, que estaba presente, lo golpeó. Thaler sacaba dinero a su esposa, pues sabía que se había casado con Cerf. No sabía quién había matado a Ana, ni siquiera que estuviera muerta...

Dijo que Thaler estaba en Orchid, y que podía haber sido él. La noche en que Dana fuera asesinada, Thaler estaba en San Francisco.

¿Estás seguro? ¿Esa noche del martes estuvo aquí?

Sí. Estuvo aquí.



Dije a Kermann que nos fuéramos. Pero Kermann opinó que, de cualquier modo, Louis había sido cómplice de Thaler en la muerte de Benny, y antes de irse le dejó el rostro hecho papilla. Regresó esa misma tarde, dejando a Kermann para que vigilara a Louis.



También debía controlar si volvía Thaler. Oportunamente, entregaríamos a Louis a la policía. De regreso...

¿Ves este tipo? Se llama Thaler. Quiera que averiguaras si anda por aquí. Creo que es el asesino de Dana.



Finnegans miró la foto con odio reconcentrado. Me dijo que haría correr el pedido "a los muchachos". Finnegans conocía todos los bajos fondos de Orchid. Esa noche... ¿Finnegans?

Sí. Ya sé donde está ese Thaler. En el antro de Bellido.



— Me dispuse a ir a casa de Bellido. Quedaba en los bajos fondos. Bellido era un rufián, tenían, además, pompas fúnebres, y era embalsamador de cadáveres. Detuve el coche en una esquina siniestra...





...y me encaminé a pie hasta lo de Bellido. De un lado estaba el galpón de las pompas fúnebres. Del otro, el bar. y en los pisos superiores, el tugurio...

(Habría que entrar por las pompas fúnebres. Que me aspen si no sé lo que hallaré.)



Eran las dos de la mañana. No se veía un alma. Me acerqué a una ventana...



Al momento...



Cerré tras de mí. Con mi linterna...



Levanté la tapa de un cajón tras otro. Y al fin...

(¡Dios! ¡Aquí está!)



Era Ana Cerf, y estaba allí, embalsamada. Thaler debió ser quien me golpeó. El, quien la trajo aquí. ¿Por qué Gail me había ayudado? ¿Acaso no sería su enemiga, en lugar de su cómplice? De pronto...



Apagué la linterna al instante. Pero en la oscuridad vi avanzar un individuo rectamente hacia mí...



Me arrepentí de no haber traído armas. Las eludo por sistema. No me gusta ser juzgado por homicidio. Esperé... Al fin, el tipo se abalanzó...



Oí un gemido. El sujeto se dobló en dos...



El temible Bellido me había resultado bastante fácil. Jadeando todavía, salí por la puerta que él había abierto. Daba a una escalera. Empecé a subir y de pronto...



¡Eran tiros! Me detuve. Oí como el ruido de una ventana, en el primer piso. y el golpe de un cuerpo al saltar a la calle. Luego me llegó un olor a pólvora... Resolví subir...



...y al llegar al rellano, vi un cuarto abierto. De ahí salía el olor. Entré...





Me acerqué. El sujeto jadeaba. Su rostro no me dejó lugar a dudas. Era Thaler. Me incliné. . .

¡Thaler! ¡Usted es Thaler!



La sangre manaba a borbotones de su pecho. Hizo un gesto de asentimiento. Alzó una mano. . .

¿Qué? . . .  
¿Señala algo?

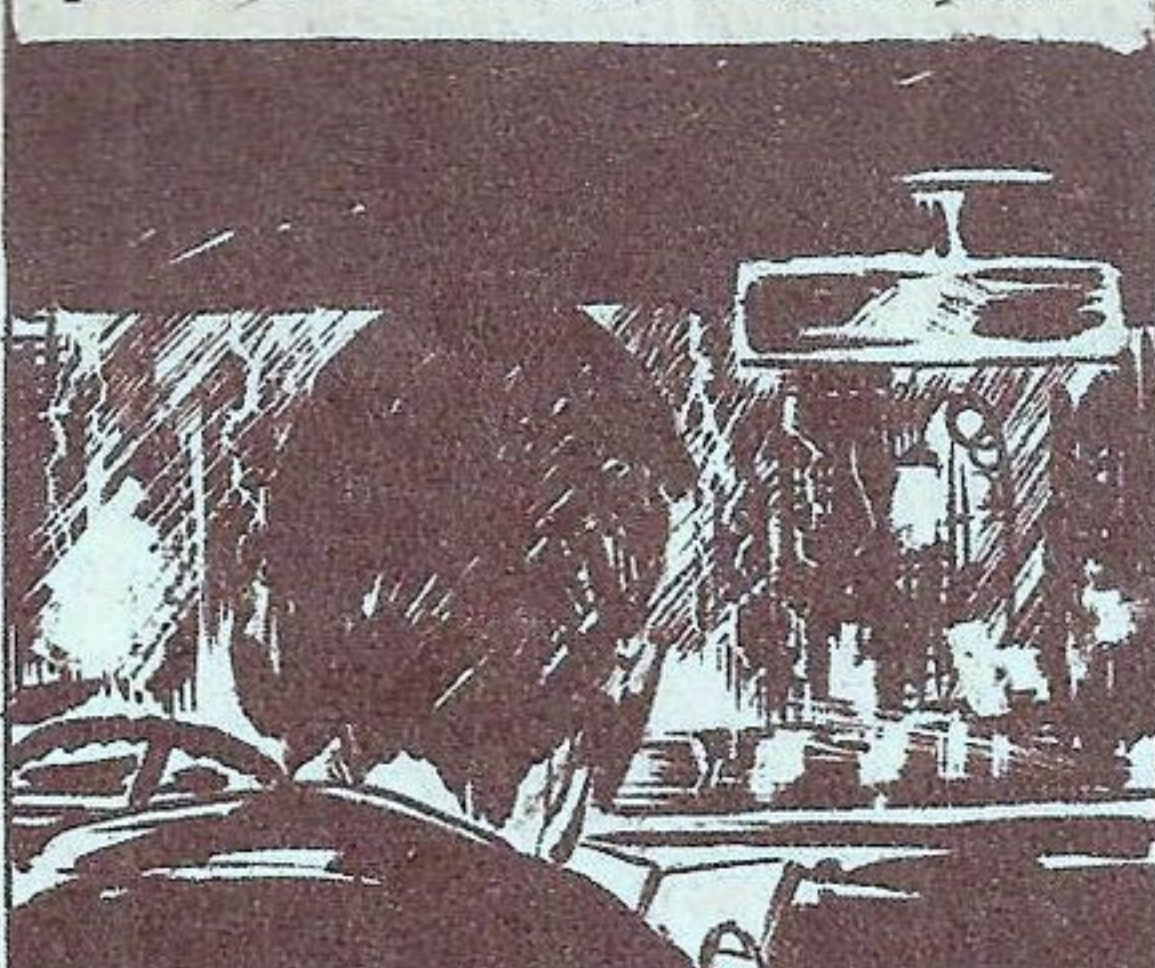


No podía hablar. Hizo otro gesto de asentimiento. Miré. Señalaba un armario. La mano cayó. Estaba muerto. Revisé el armario. . .

(¡Una pistola con mira telescópica y una libreta!)



Rápidamente me dirigí a la ventana, por la que había huído el asesino. Estaba aún abierta. En la escalera se oían pasos. Salté a la calle. Poco después. . .



Gurdé todo y me dirigí a casa de Gail Bolus. Era una casa de departamentos y estaba cerrada. Encontré la puerta de servicio y la violenté. Poco después. . .

¡Abra, Gail! ¡Soy yo, Vic! ¡Necesito hablarla!



Oí una exclamación de asombro. Luego de unos segundos, la puerta se abrió. . .

¿Qué pasa? ¿Está loco? ¿Cómo ha entrado?



Entré cerrando la puerta. Me senté, Gail protestó. No había derecho de hacerla salir de la cama a esta hora. Preparó un trago. . .

Dígame qué quiere. Parece que ha perdido el resuello.



Tuve una noche agitada. Quiero una cosa, Gail. Que me diga quién es el asesino.

Se volvió. Me miró, de un modo inexpresivo.

Acabo de encontrar a Thaler muerto de un tiro. El y Ana chantajeaban al viejo Cerf. Usted era ayudante de Thaler. Debe de saber muchas cosas, Gail.



Su rostro perdió su impasibilidad. Sus cejas se contrajeron. Pero me alcanzó el vaso. . .

¡Thaler muerto!  
¡Dios mío!



Tomó el vaso y se alejó, dándome la espalda. Saqué la pistola con mira telescópica y le dejé sobre la mesa, bajo una revista.





Gail volvió el rostro. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

¿Usted lo amaba?

Lo amaba. Habría hecho por él cualquier cosa. Ayudé a Ana y a él en ese chantaje. . .



Cuando comprobó su error le sacó las ropas. Las llevó al cuarto de Barclay para comprometerlo. Ana se aterró y se refugió en L'Etoile, y avisó a Thaler.

Este me había dicho que trabajaba con usted, para estar al tanto de sus movimientos. Ahora ya terminó todo. Thaler se asustó, al ver a Benny indagando, y lo mató. . .



Gail se limpió las lágrimas y tomó su vaso.

¿Quién es el asesino, Gail?

Usted ya lo sabe, ¿verdad? Cerf. Supo quien era Thaler. Resolvió deshacerse de Ana y de él. Ana tenía miedo.



Las lágrimas volvieron a brotar a los hermosos ojos almendrados de Gail. Ese viejo Leadbetter había visto a Cerf haciendo lo que hizo, y quiso chantajearlo. Cerf lo mató. Cuando Bennis-ter la echó, Ana fue a su casa. . .

Pero Cerf la había estado siguiendo. Thaler, avisado por Ana, había volado desde San Francisco. Llegó y la encontró en su casa, muerta. . .



Cuando vio que Dana Lewis la seguía, le habló. Le dijo que la protegiera. Le ofreció su collar, en pago. Dana accedió. En el departamento de Dana, cambiaron de ropa. Salió Dana con el traje de noche de Ana, y Cerf la confundió. La mató de un tiro.



Entonces llegó usted. Lo golpeó, para desvanecerlo, y me avisó, luego de llevarse el cadáver. Fui a cuidarlo, y eso es todo. . .



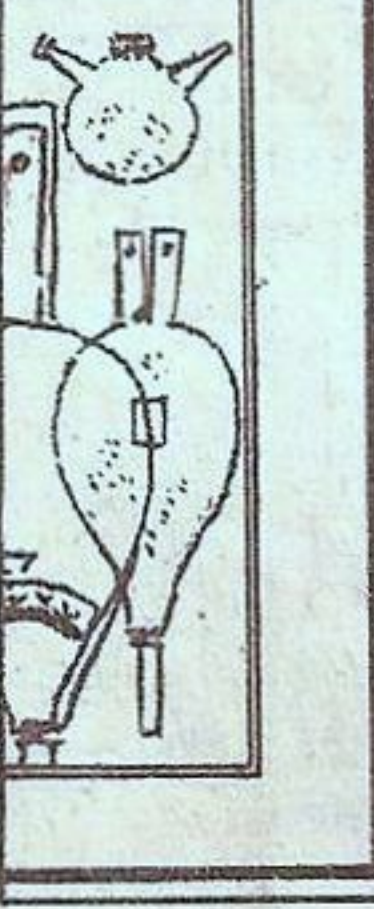
No es todo. Ahora Cerf ha sorprendido a Thaler y lo ha matado.



Gail asintió. Me levanté y fui hasta la puerta de su dormitorio. La abrí y miré hacia ella, Gail se volvió.

¿Qué hace?

Nada, querida. Miraba la cama. Está sin deshacer. Usted no se ha acostado.



Gail abrió los ojos. Me acerqué a ella, que sostenía el vaso en la mano.

Usted acaba de llegar de la casa de Bellido. Cambie en su historia el nombre de Cerf por el de Gail Bolus, y estará completa.



Retrocedió un paso. —¡Usted está loco! —exclamó. ¿De dónde saca todo eso?



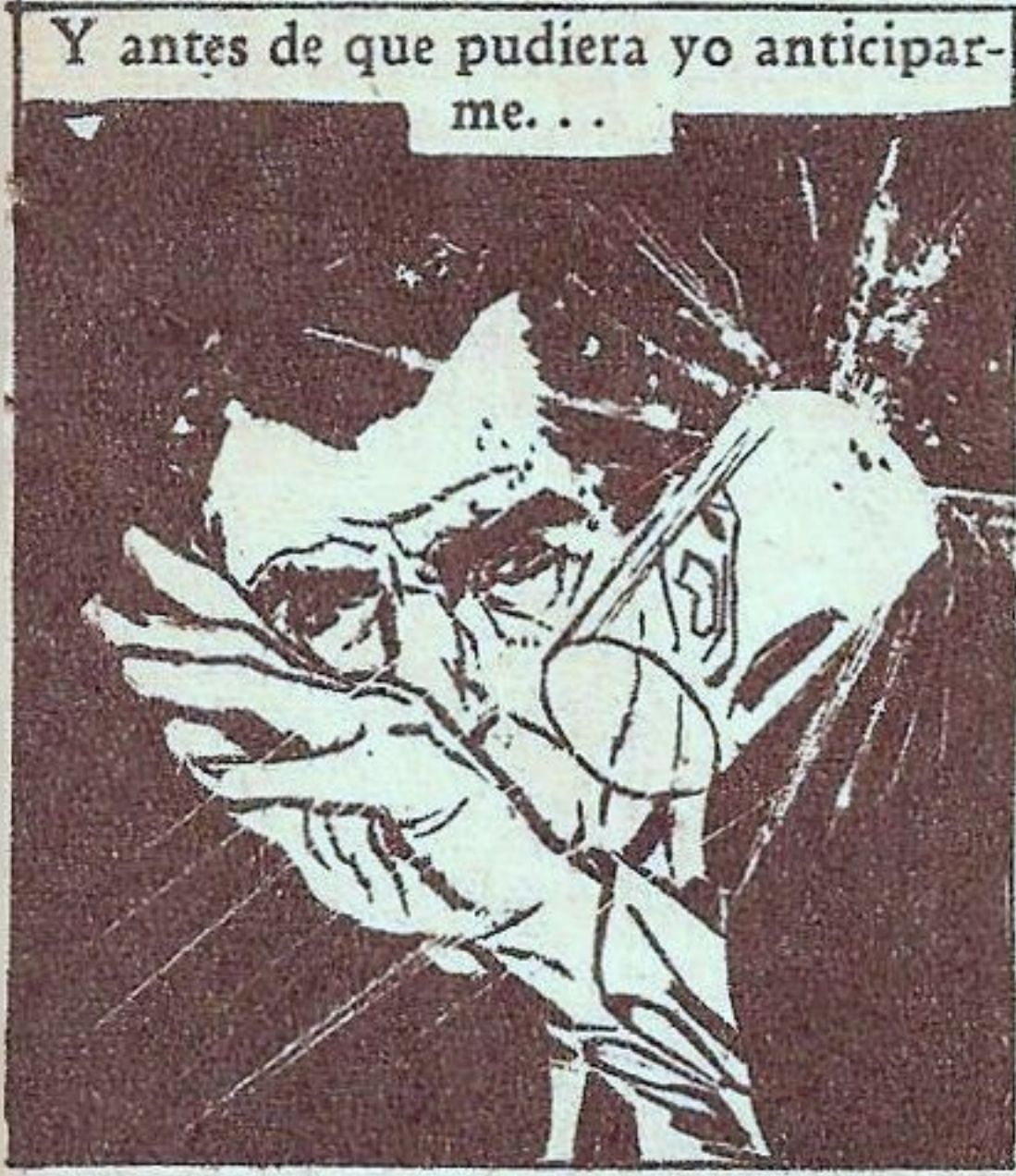
De una libreta que dejó Thaler. En ella refiere cómo usted chantajeó a Ana y a él. Usted sabía que extorsionaban a Cerf, y quería su parte.

Cuando usted vio que Ana se sublevaba, resolvió liquidarla. Usted sabe manejar una 45 tan bien como Thaler.

¿De modo que llevaba un diario. . . el imbécil! . . .





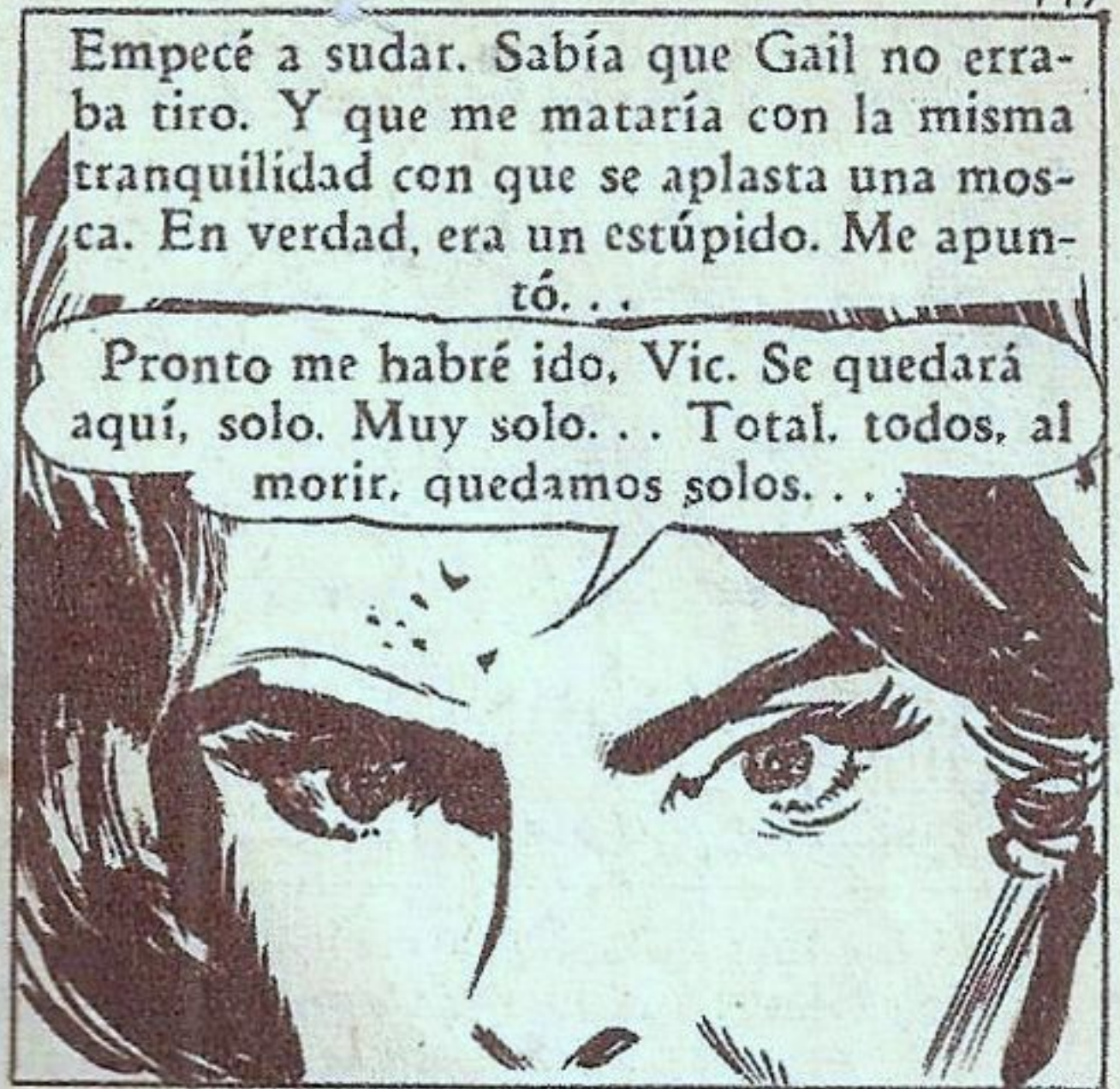


Y antes de que pudiera yo anticiparme...



Dio un salto y apartando de un golpe la revista se apoderó de la pistola...

Vi que la escondía aquí. ¡No es usted un detective muy hábil, Vic!



Empecé a sudar. Sabía que Gail no erraba tiro. Y que me mataría con la misma tranquilidad con que se aplasta una mosca. En verdad, era un estúpido. Me apuntó...

Pronto me habré ido, Vic. Se quedará aquí, solo. Muy solo... Total, todos, al morir, quedamos solos...



Pensé que debía jugarme el todo por el todo. Di un salto, estalló el disparo, y otro...



No me había tocado. El rostro de Gail revelaba asombro, espanto, tras su máscara de ira. Volvió a disparar...

¡Dios mío!



Quedé inmóvil, de pie, mirando. Gail acaba de rodar al suelo. Me acerqué...



Tomé la pistola. Había sido la última trampa de Thaler. Sin duda pensaba dársela a Dana y no llegó a tiempo. El azar había cumplido su propósito...



No era una mira telescópica. Era un arma trucada. La supuesta mira era un caño que apuntaba hacia atrás, hería al que disparaba. Gail se había matado sola. Borré cuidadosamente todas mis huellas digitales, dejé la libreta por ahí...



El capitán Brandon encontraría todo eso. Que descifrara él el enigma de la pistola trucada. Yo, al día siguiente, iría a cobrar una elevada cuenta a Cerf.

FIN



# LA MAÑANA DE LA VIDA

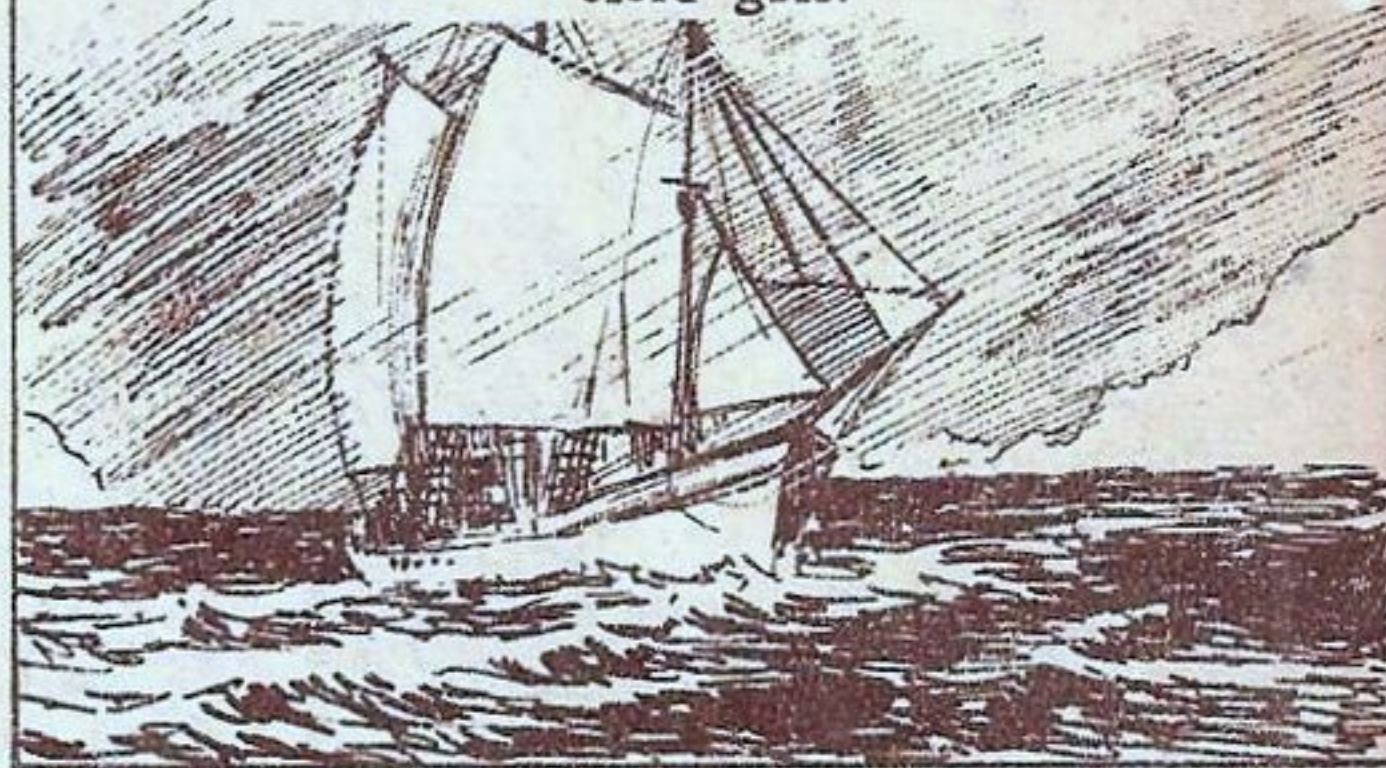
por KRISTMANN GUDMUNDSSON

ADAPTACIÓN

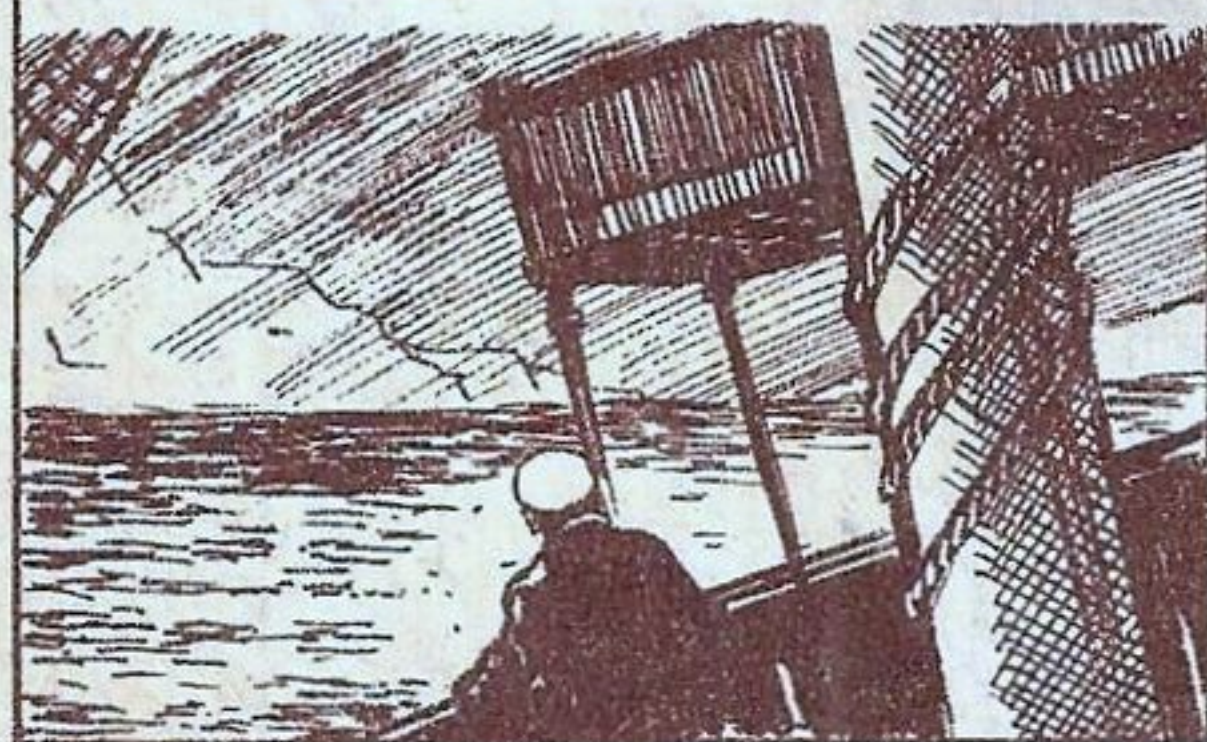
DIBUJOS DE DAVID COOPER

Esta es una obra de carácter esencialmente nórdico, especie de saga de los tiempos modernos donde los personajes y el paisaje viven en indestructible unidad.

Mientras navegaba en su barca pescadora, mar adentro, Haldor Bessason miraba, de tanto en tanto, a lo lejos, la altura blanca del glaciar. Desde niño, y cuando vivía en tierras del sur había admirado aquella mole contra el cielo gris.



Era como una especie de dios de la naturaleza, impertérrito, inexpugnable. A veces, su pureza se veía casi azul como la altura en los días claros. Cuando Haldor llegó del norte para trabajar en las factorías de la costa, viendo...



...al glaciar pensaba en lo que había quedado de su vida detrás de él. Lo que más le dolió fue despedirse de la amada Ingelin y de su amigo de la infancia y de la mocedad: el bravo Thorthein. Fue necesario.



Cuando supo que ellos iban a casarse, no pudo soportar más la vida del pueblo.

Marcho al sur, allí también hay pesca. Adiós, Ingelin, adiós, Thorthein.



Les deseó felicidad desde lo más profundo de su alma, porque los quería a los dos. Pero la herida de su sentimiento no cicatrizaba. Compró una barca, la *Aldan*, el mejor velero de la costa, y los hombres que pescaban con él, lo respetaban.



Era un mozo robusto, de barba y cabellos rojos, mirada gris y pocas sonrisas. Alternaba la vida del pescador con la del colono. Trabajaba siempre.

(Me gusta mucho el salvaje mar del invierno.)



Todas las mocitas solteras se enamoraron del marino del norte. Al principio, él no galanteó a ninguna. Después, se le impuso admirar a Salvor, fuerte, bella, la más bella de toda la costa meridional. Y ¡qué inteligente y trabajadora!



Se comprometió para desposarla en la primavera. Lo había ayudado mucho en su casa y en sus campos; apartó del extranjero la calumnia y la suspicacia.

Este hombre del Norte es más bravo que todos los marinos de aquí.



Haldor pensaba que llegaría a ser un importante colono de la tierra y del mar, hasta convertirse en el tronco de una familia robusta y noble.

(Salvor será una espléndida madre y una compañera ideal.)



Novia reciente, ya iba a ayudar a la vieja Lobba, su criada, a poner orden en la casa del marino. Hasta la habían visto remover la tierra de la huerta. Todo brillaba gracias a la linda mujer. Los criados la obedecían como a futura ama.



Claro está que la rubia Ingelin no hubiera sido capaz de realizar tantas cosas. Era frágil y sólo sabía cantar. Pero lo cierto era que Haldor evitaba comparar y aun recordar a la que ya sería esposa de su amigo de la adolescencia.



Ahora en su barca, dio las órdenes precisas para echar y recoger el anzuelo. El viento se hizo fuerte cuando la *Aldan* estaba colmada de peces.

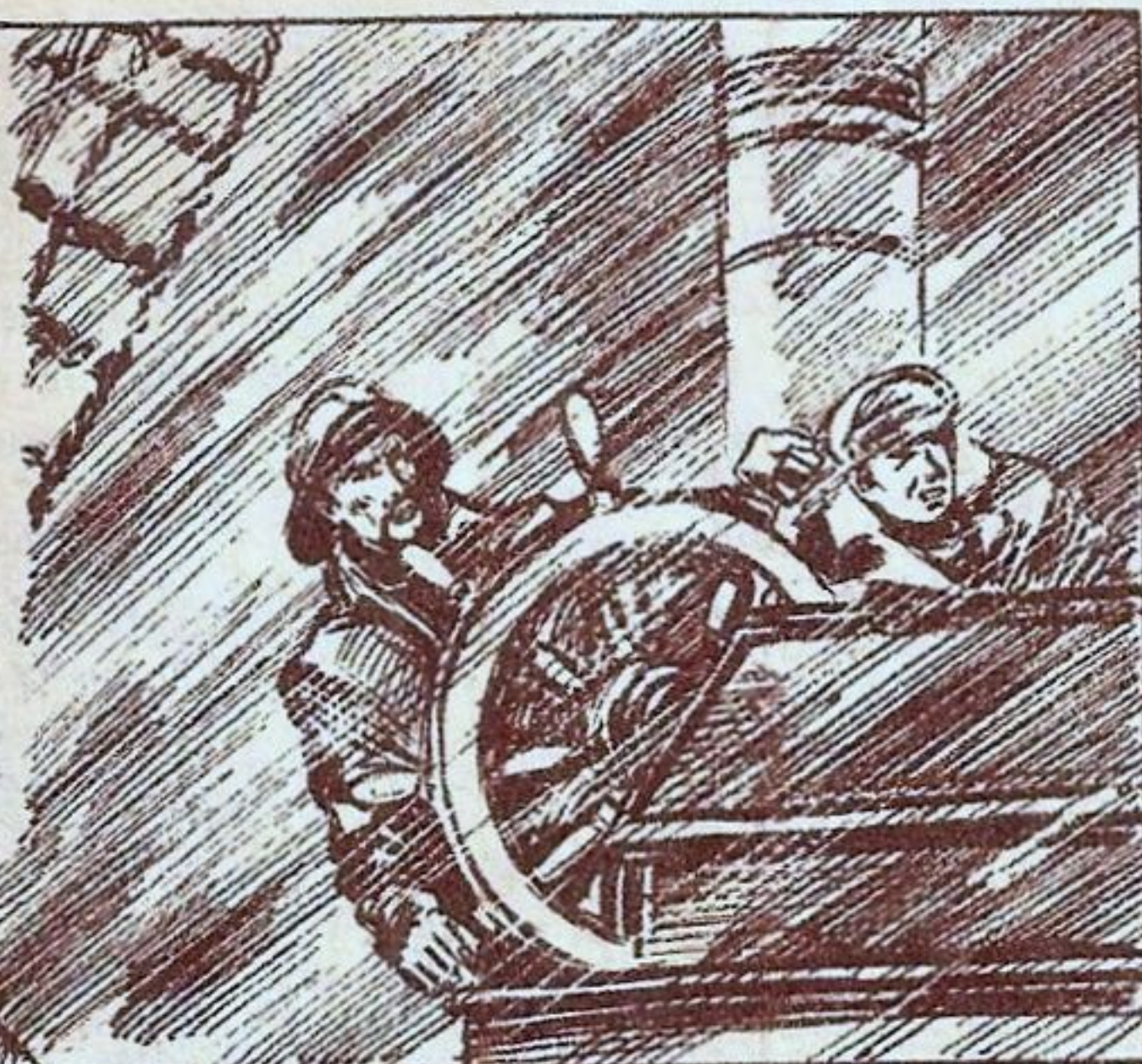
¡Izar los sedales y largar las velas!



Hannes Sidbrock, uno de los pescadores, sirvió café caliente y una rebanada de pan de centeno con carne de tiburón a cada uno de los tripulantes. El frío se hacía intenso y el vaho de la respiración se convertía en escarcha.



Haldor Bessason estaba frente al timón, dedicado con alma y vida a su trabajo. Esquivaba los golpes de mar, cortándolos con la proa. Hubo que cansarse contra la borrasca que se desató de improviso. . .



La *Aldan* conseguía llegar a la costa; los hombres estaban fatigados. Comenzó a caer granizo duro y copioso, y el viento azotaba el mar hasta volverlo blanco. Hubo que sacar agua a baldes; después de la nevada, se hizo más fuerte la tormenta.



Fueron a la deriva horas y horas como a través de una pesadilla. Pronto, con la noche, los abrumó el frío, el hambre, la fatiga. Haldor asió otra vez el timón. Había percibido un leve cambio en el viento y comprendió: señal de playa arenosa.

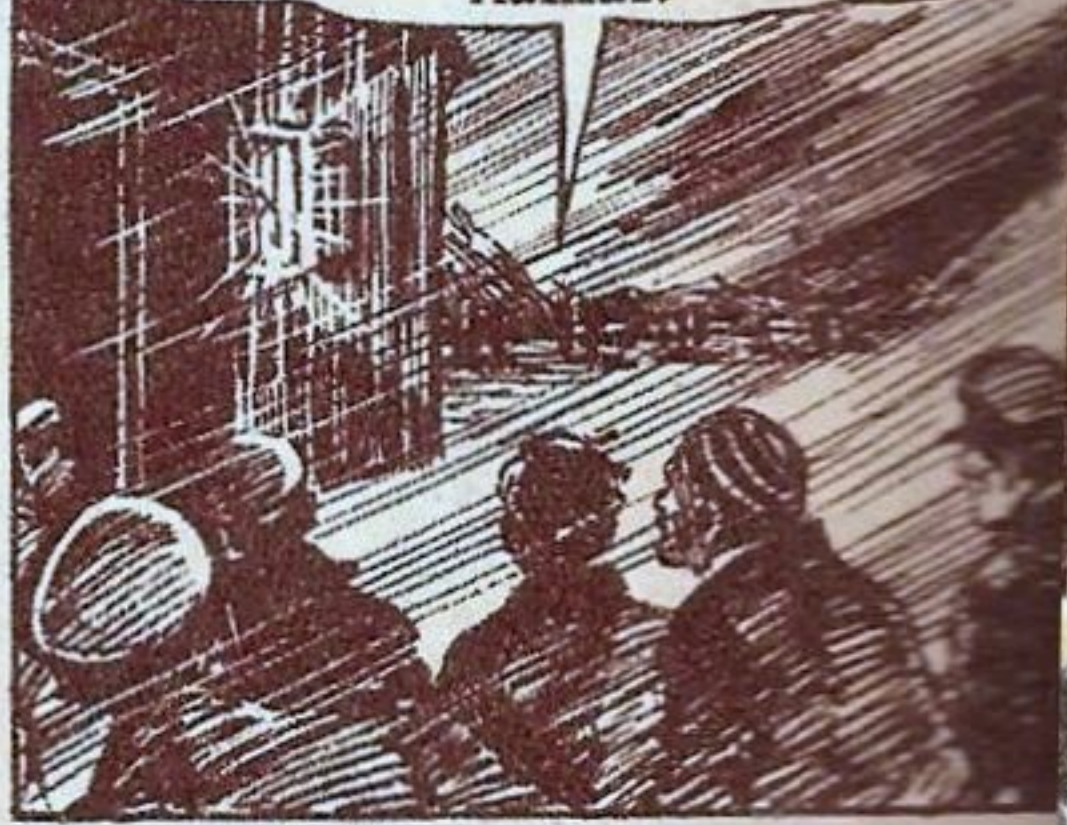
—¡Todos a proa y listos a saltar cuando toquemos tierra! Lo hicieron con suerte, mientras el mismo maretazo clavaba la *Aldan*, colmada de pesca, en la playa negra.

No se ve ninguna factoría y necesitamos descansar. . .

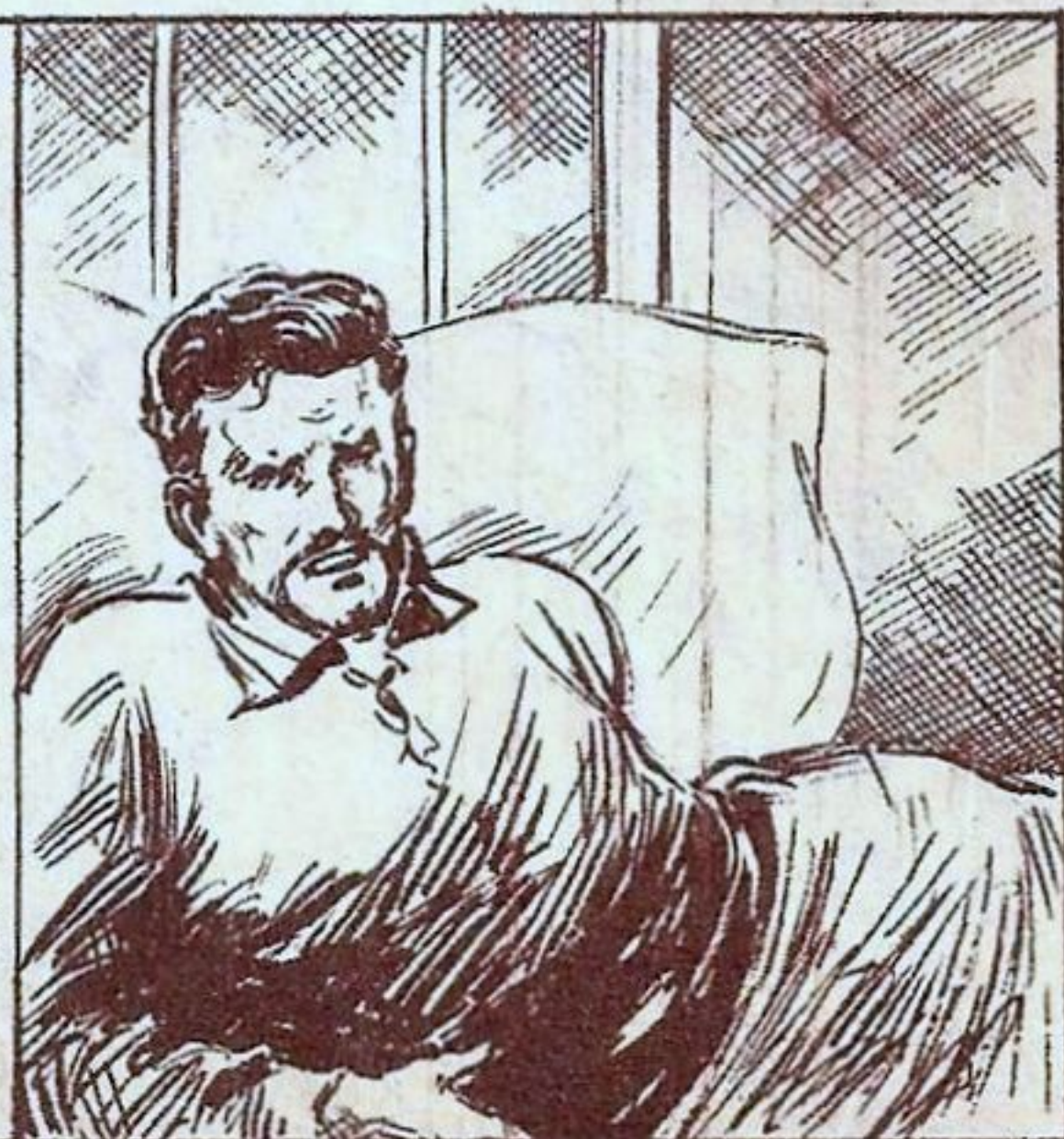


Aseguraron la barca y, tambaleándose, caminaron, guiados por el capitán.

Luz... en esa ventana. Vamos a llamar.



Sólo atinó a decir: "La paz sea con vosotros" en el saludo ritual de la costa. Perdió el sentido; otro tanto ocurrió con sus compañeros, que se habían dejado caer junto a aquella puerta. Haldor despertó en una cama blanca y muelle.



La sensación de bienestar provenía del ambiente donde ardía un gran fuego, de las ropas secas, del sueño ya dormido. Entonces apareció una preciosa joven-cita. Le puso delante la bandeja colmada de platos: carne, leche caliente, café, vino, pan.





El corazón del marino latió angustiado. ¡Qué semejante a la pequeña Ingelin esta rubiecita de diecisiete años quizá, con sus largas trenzas color de miel, sus ojos soñadores, la nariz respingona, la boca suave. Haldor sintió honda melancolía.



Recibió la bandeja, mirándola a las pupilas.

¿Cómo te llamas?



María. Por suerte, dejé luz en mi ventana, anoche.

No tardó Haldor en sentirse reconfortado, lo mismo que sus compañeros. El padre de María, de nombre Hraun, era el dueño de aquella factoría y les ofreció hospitalidad.

Hay borrasca; no pueden intentar el regreso hasta dentro de una semana.



La tormenta duró varios días y en aquel hogar trataron muy bien a todos. Haldor recuperó sus antiguos deseos de cantar. María lo escuchaba, extasiada.

Veinte días lo menos necesitamos para que el mar se calme.

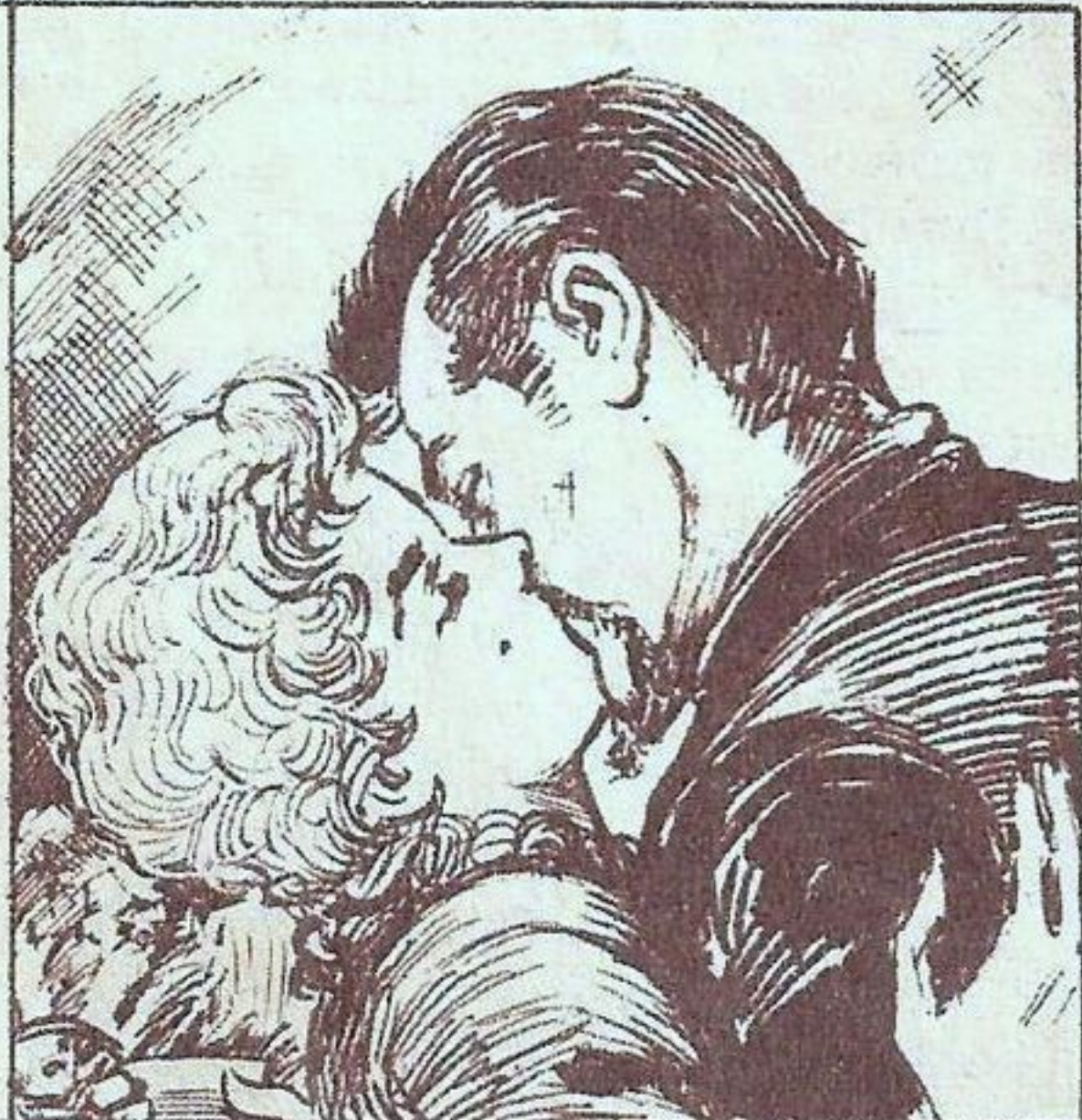


De factoría en factoría, a lo largo de toda la costa, llegó a Katanes la noticia de que los tripulantes de la *Aldan* estaban a salvo. La novia de Haldor vigilaba su casa y sus campos, mientras percibía lo necesario para la boda.

No podía saber que, entre tanto, Haldor ayudaba a la pequeña María a cardar lana y le contaba antiguas historias del país, cada vez más seducido por su gracia y su hermosura. Los compañeros de pesca lo observaban, austeros.



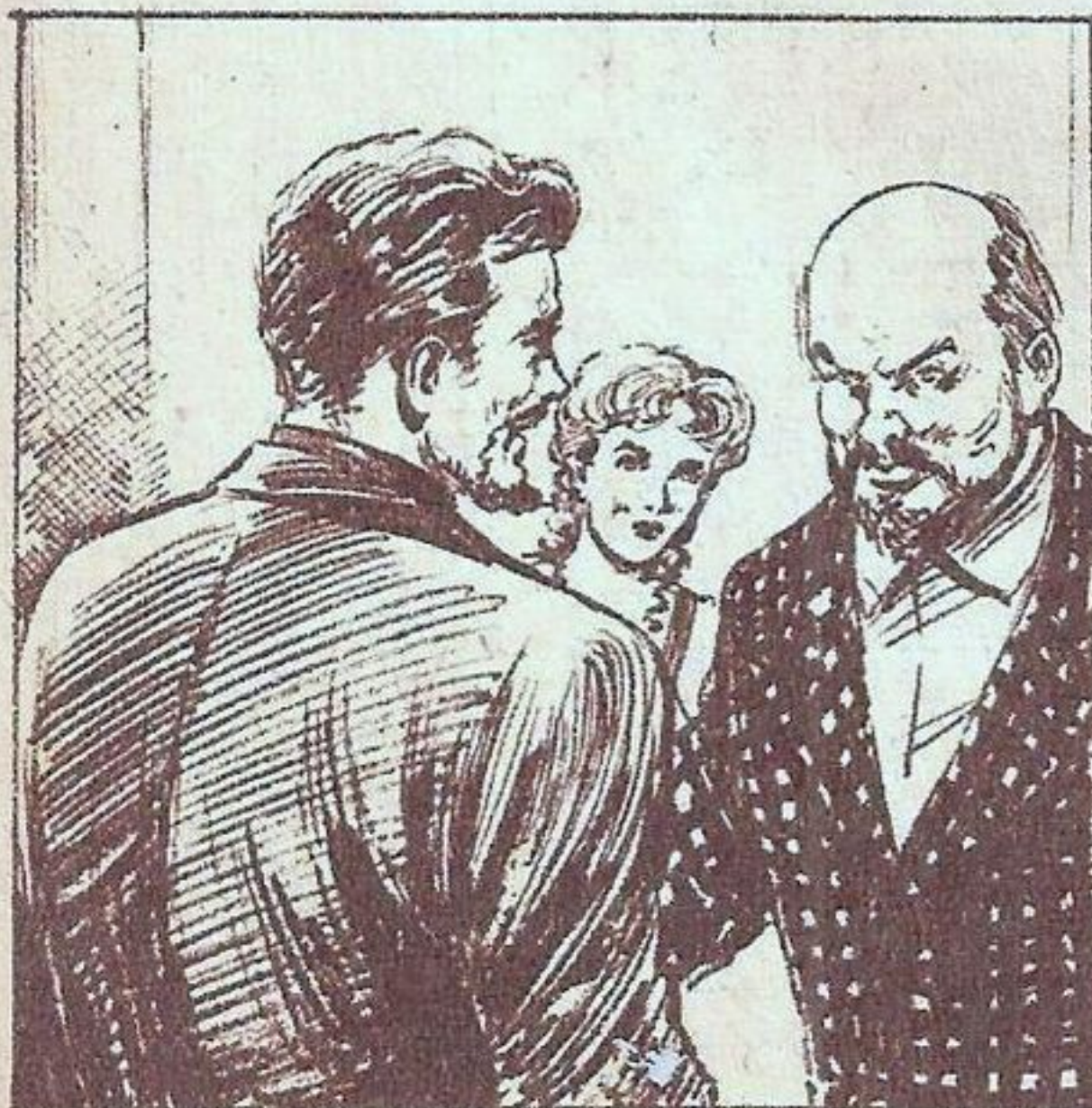
Haldor y María estaban siempre juntos. A veces él la seguía al establo y la ayudaba a ordeñar. Una mañana, a punto de recibir de la mano casi infantil un vaso de leche, antes de apurarlo, el hombre besó a María con hondo amor.



Aquella caricia le recordó la única que se permitiera con Ingelin cuando ambos eran dos muchachos, casi unos niños. Y fue como si volviera a encontrarse en la mañana de la vida y dueño de un sentimiento puro, inolvidable.



Confesó su amor a María y ella le respondió que también lo amaba. Al amanecer debía embarcarse en la *Aldan* rumbo a su factoría. Habló Haldor con el padre de María, pidiéndole su mano. —Volveré a buscarla y nos casaremos.



Ambos hombres bebieron juntos. Esa noche no durmió bien el dueño de la *Aldan*. ¿Cómo decir a Salvor que se había enamorado de otra mujer, que debía romper su compromiso con ella? ¡Había sido tan buena, tan generosa y noble!



Pero, honradamente, él nunca la amó con ilusión; era más bien un cariño suave, protector, y a la vez seguro de una fe inquebrantable por parte de ella.

(Es tan hermosa y fuerte que hallará esposo pronto. Además, tiene dote.)



Llegó a su casa encontrándola en orden perfecto. La vieja criada Lobba, y Simonia, la sirvienta antigua de Salvor, estaban guisando juntas. La sensación de seguridad, de paz y de alegría, que emanaba de su novia, se comunicaba a las cosas.



Lobba sirvió aguardiente a su amo, diciéndole que ya sabían que habían estado a punto de naufragar. La señorita Salvor esperaba; pronto vendría. Esa misma noche, Haldor Bessason cayó enfermo de gravedad: una pulmonía.



Su novia llegó a cuidarlo, propinándole toda clase de cocimientos de la región. Se alteró al oír que Haldor clamaba en su delirio: "María... María... te quiero. La labor que Salvor tejía se le cayó de las manos y sus ojos se nublaron.



Cuidó al hombre como una hermana y nada le dijo cuando, ya restablecido, retomó sus faenas en el campo. Todavía no puedo navegar. Lo haré la semana próxima. Antes de partir, Haldor ofreció una cena con aguardiente a sus tripulantes.

Salvor estaba con sus parientes y los marinos con sus mujeres y hermanas. Esa noche, cuando todos se fueron, Salvor habló serenamente a su novio...

Te noto raro. ¿Lo pasaste muy bien en casa de Hraun?



—Sí, —dijo él, sin mirarla, lleno de secreta inquietud. La despidió en el camino besándola como a una hermana, sin aquella pasión que había puesto en el único beso a María. Y ella se marchó con los labios apretados, muy pálida.



Ya solo, Haldor pensó: No amaba a la novia, no había llegado a amarla nunca...

(María me recuerda a Ingelin, el sueño de mi juventud. Debo decidirme.)



Pero el corazón resultaba un tirano demasiado exigente.

Adiós, Salvor.



Voy a buscarla y la traeré como a mi esposa a esta factoría. Salvor lo despidió en la playa, erguida, fuerte como siempre. ¡Era tan práctica y activa! Había contribuido a la prosperidad de sus campos. Con ella sería rico, tal vez.

Toda la gente de la factoría estaba reunida afuera, en el patio, cuando Haldor Bessason regresó a Katanes, acompañado de la rubia María. Salvor dijo a la servidumbre, serenamente: —Debéis esperar a la pareja con dignidad.





María semejaba una niña, tímida, junto al recio Haldor. La ex novia, preguntó: —¿Esta es la dueña que traes a tu casa, Haldor? —Sí— fue la queda respuesta.



Las cosas han sucedido así, Salvor.



Mientras los sirvientes y los amigos y amigas rodeaban a María, la otra subió al cobertizo en busca de algunos instrumentos de labranza que le pertenecían. Haldor la siguió, cabizbajo, para explicarse. Salvor estaba muy pálida.



En una mano recogió sus pertenencias; en la otra, él vio un antiguo cinturón de plata que le había regalado; era una prenda que perteneció a su madre.

¿Reconoces este obsequio de tu... fidelidad?



Había hablado en un soplo, con voz casi dulce, y él bajó la frente. —Sí. ¡Has cometido una infame acción que podría deshonrarme si mi gente no me conociese! ¡Lo reconozco, Salvor: esto es injusto, cruel! —Pero ¡lo has hecho!



De pronto, ella levantó la mano que sostenía el cinturón y lo sacudió sobre la cara de su ex novio, cuya nariz empezó a chorrear sangre, aunque él no hizo nada para evitar el duro golpe, manteniéndose apenas apoyado en la mesa, lívido...

En ese momento pensó la fuerte Salvor cuánto le gustaría ver aniquilado a aquel hombre valiente y a la vez cobarde, temerario y traidor. Dio media vuelta y salió erguida; la pequeña María la vio pasar con los ojos arrasados en lágrimas.



María de Hraun se casó con Haldor, y casi en seguida, la novia desdeñada aceptó al agente danés de la Bahía, que estaba enamorado de ella desde tiempo antes. Samulsen —este era su nombre— era el que proveía de créditos y elementos al pueblo de Katanes.



Para su boda, Haldor tuvo que pedir dinero prestado a Samulsen. En otoño vendió algunas ovejas, cuyo importe fue deducido de la deuda.

Confío en la pesca, Samulsen.



Salvor pasó un tiempo en Dinamarca. Al año nació su primer hijo, Dagnar. La pequeña María dio una niña —Gunna— a su marido. Cuando veía su hogar, Haldor echaba de menos el orden armonioso, la alegría, la confianza que tuvo antes.



Salvor, novia solamente, lo había dotado de una vida que la grácil y cada día más débil María nunca fue capaz de prestarle. Sin aliento para las faenas duras, sin entusiasmos, a menudo enferma y triste, convirtió su casa en un hogar opaco.



La dicha de Haldor era la pequeña Gunna, a quien llamaba luz, gloria, florecita.

¡Quiero ir con mi papito en la barca!



Cuando seas grande, princesita.



Pasaron los años y fueron muy difíciles para el marino. Su mujer no era capaz de ayudarlo. Aquel éxtasis que los uniera había desaparecido en él. En la factoría no perdonaban al forastero del Norte que se hubiese casado con mujer que no era de Katanes.



Y sobre todo, que se hubiera permitido querer humillar a la majestuosa Salvor. Los dependientes del agente Samulsen, marido de la ex novia, le preguntaban:

¿Cuándo pagas tu deuda, Haldor? Los intereses han subido mucho.



La vida íntima del marino no era feliz. Se refugiaba en sus hazañas a bordo de la *Aldan*. La lucha, muy recia, no le significaba ganancias, pues Haldor supo que su ex novia no permitía a su marido que le diese crédito.



Samulsen se quejaba a veces a Salvor:—No es por mi gusto que recibe ese trato el colono de Katanes; es un héroe del mar y un hombre valeroso. Era indigno tener sujeto a un hombre a la miseria, llevándole todo lo que no consume para su alimento.

Y pagándolo a bajo precio. Samulsen pensaba que Haldor era todo un hombre.

¿Olvidaste lo prometido el día de casarnos?



No. Pero llevas muy lejos tu idea. Eso es odio. Y el odio no es bueno.



Dagnar, el inteligente hijo de Salvor, admiraba al rudo marino de la *Aldan*. Y más de una vez se indignó, en su inocencia, por el fastidio que su madre le demostraba. Además, quería muchísimo a la rubia Gunna.



Se reunían con otros chicos y chicas en la playa a jugar, buscando caracoles. El rencor que separaba a los mayores se había hecho ternura en los niños.

Te haré una coronita de algas.



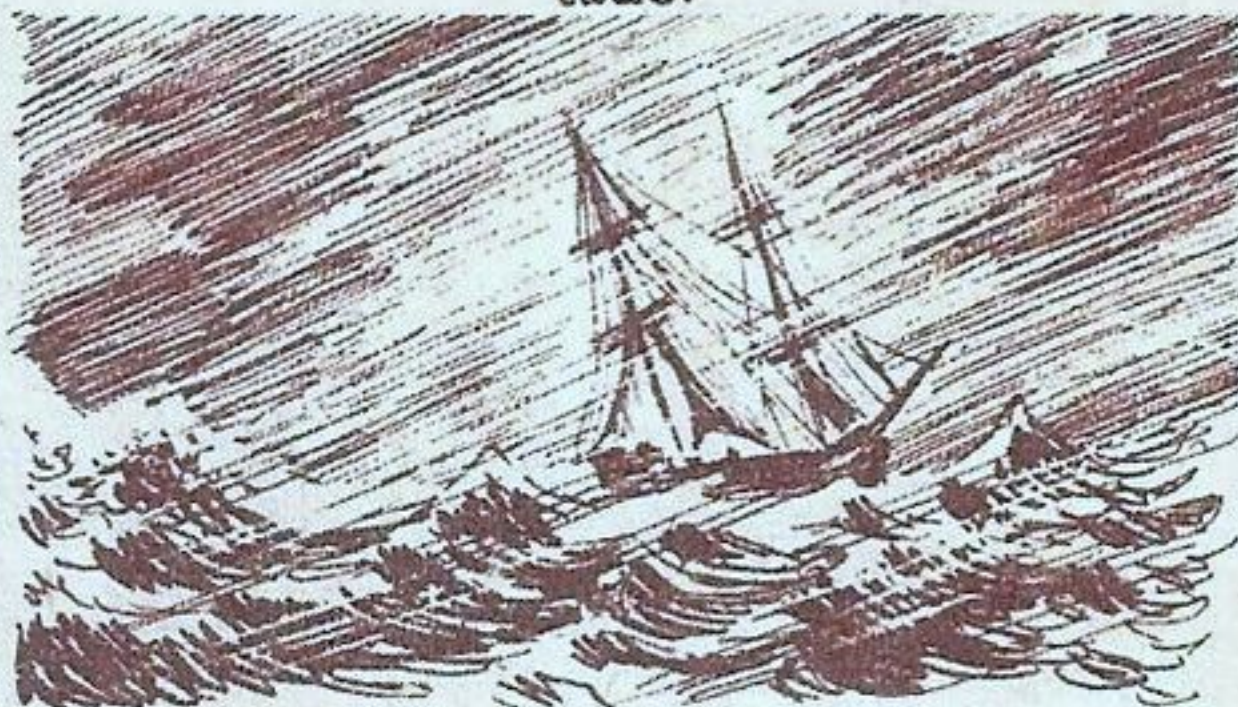


La vieja Lobba era la única que sabía algo de aquellos juegos infantiles.

(¡Dios no permite el odio; esos niños se quieren!)



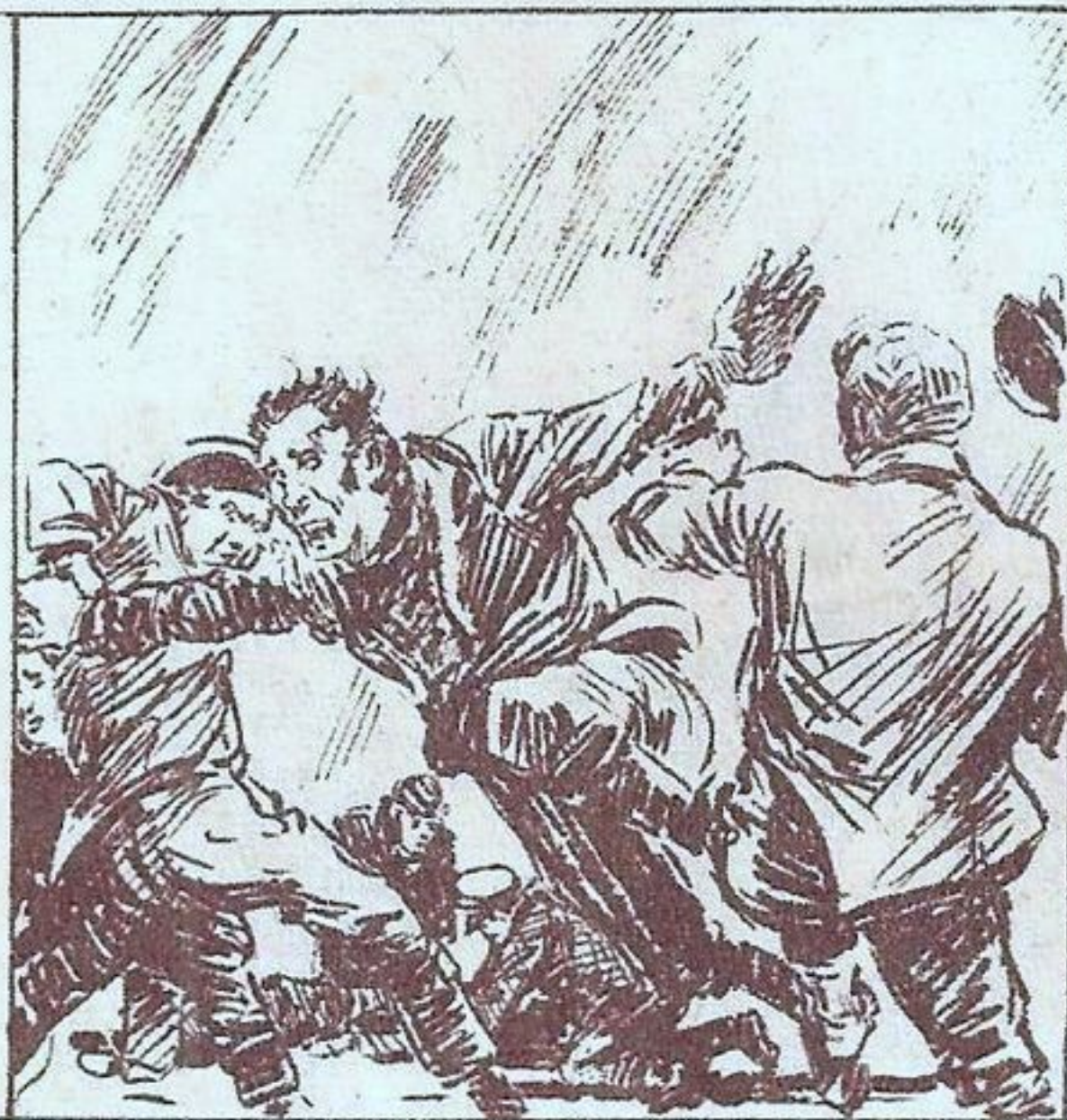
Por ese tiempo, Haldor cumplió una de sus maravillosas hazañas en alta mar. Otra vez la tormenta cayó, de súbito, sobre sus hombres, y debió gobernar el timón y buscar la ruta entre las rachas tempestuosas, sobre un mar encabritado.



Logró hacer pie en una especie de franja de playa entre paredones de hielo. Mantuvo el valor de sus hombres obligándolos a hacer fuego por turno, para que el helado ambiente no los entumeciera. El les narraba historias.



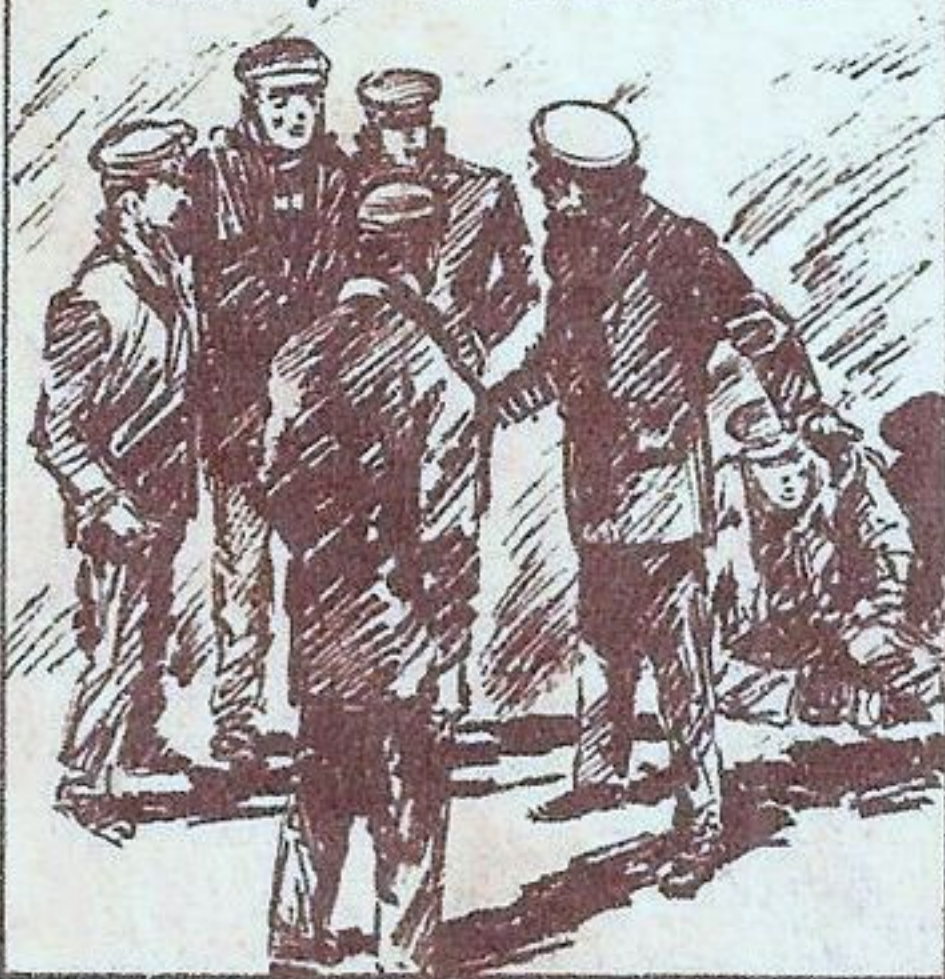
Historias fabulosas, de argonautas invencibles. El mar les hizo pedazos la barca y lograron rescatar los tablones para hacer fuego. Haldor buscó una cavidad en la roca para sus hombres. Uno estaba enfermo y el otro enloqueció de pavor.



Los otros siete lo secundaban como al héroe que admiraban en él. La tempestad duró días y noches. Hubo que comer el cuero de los cinturones, cuando se acabó el pescado. Frente al mar azotado y salvaje, Haldor sintió angustia.



Luego dijo: — Mañana treparé como pueda por una hendidura que he descubierto.



Pediré auxilio. ¡Dios no nos abandonará!



Tuvo que abofetear a los hombres para que no se durmiesen y perecieran en la noche gélida, y ahora llena de luceros. — “¡Yo no me rindo! Soy un hombre. ¡Y hay que luchar!” A la madrugada ordenó a Jon Jonsson: — Tú, cuida a éstos. ¡Yo me voy a buscar auxilio!



Al llegar a la hendidura se mojó las rodillas; empezó a subir; la roca era casi lisa y ardua; ya el hambre atormentaba al marino. Llevaba el cuchillo entre los dientes, y de tanto en tanto lo tomaba para hendir surcos. De pronto...



... empezó a sudar frío. La hendidura no proseguía. Aullaba el viento y era preciso emplear el cuchillo a cada paso. Se arrancaban las uñas de las manos, sus palmas estaban ensangrentadas. Cantó para animarse...



Pensó en el rostro suave y amado de Inge-lin, la novia en la mañana de su vida. Que ella le diese fuerzas para llegar y conseguir la salvación de sus hombres. Reza-ba también to-das las oraciones que escuchara a la vieja bisabue-la, una santa.



Apretaba los dientes, como una fiera que ruge hasta conseguir la presa. Por fin llegó al fuerte y grueso relie-ve de la ro-ca... Estaba en la cumbre. Hubiese que-rido tenderse, dormir. ¡No, no, era impo-sible!



Erró como un loco por la som-bra, tambaleándose, rezando siempre, hasta ver una luz. En-tonces despertó en él una fuer-za nueva, una extraña lucidez mental. Y con un postrer es-fuerzo llegó hasta una casa y dio en la puerta con el puño.



Al amanecer, una escuadra de hom-bres, reunida por el colono de la fac-toría, alcanzó la bahía rocosa, donde estaban los náufragos. Llevaban cuer-das, trineos cargados de mantas y pie-les, aguardiente, lo necesario para el auxilio.

Dos jóvenes animosos bajaron hasta el rellano. Jon Jonsson continuaba pa-seándose, los otros dormían entre ca-dáveres. Se los despertó y reanimó con leche caliente. Luego fueron izados. Haldor tuvo que quedarse allí largos días.



Sus piernas se habían con-gelado y hubo que amputar-las. Pero so-portó la ope-ración estoica-mente, y en la primavera volvió a tra-bajar. Se hizo hacer unas botas de tipo especial. Con-siguió realizar todo su traba-jo de antes.



El agente Samulsen dijo a su mu-jer: — No me pidas que niegue cré-dito a ese hombre. Es el más valero-so que he conocido en la vida. Voy a darle dinero para otra barca.



Me parece bien, Samulsen. Dios lo castigó bastante por perjurio.



Dios es amor, no venganza, al modo que tú lo sientes. Salvor. Te compadezco.



Y has de saber lo que pienso. Tú nunca dejaste de querer a Haldor.



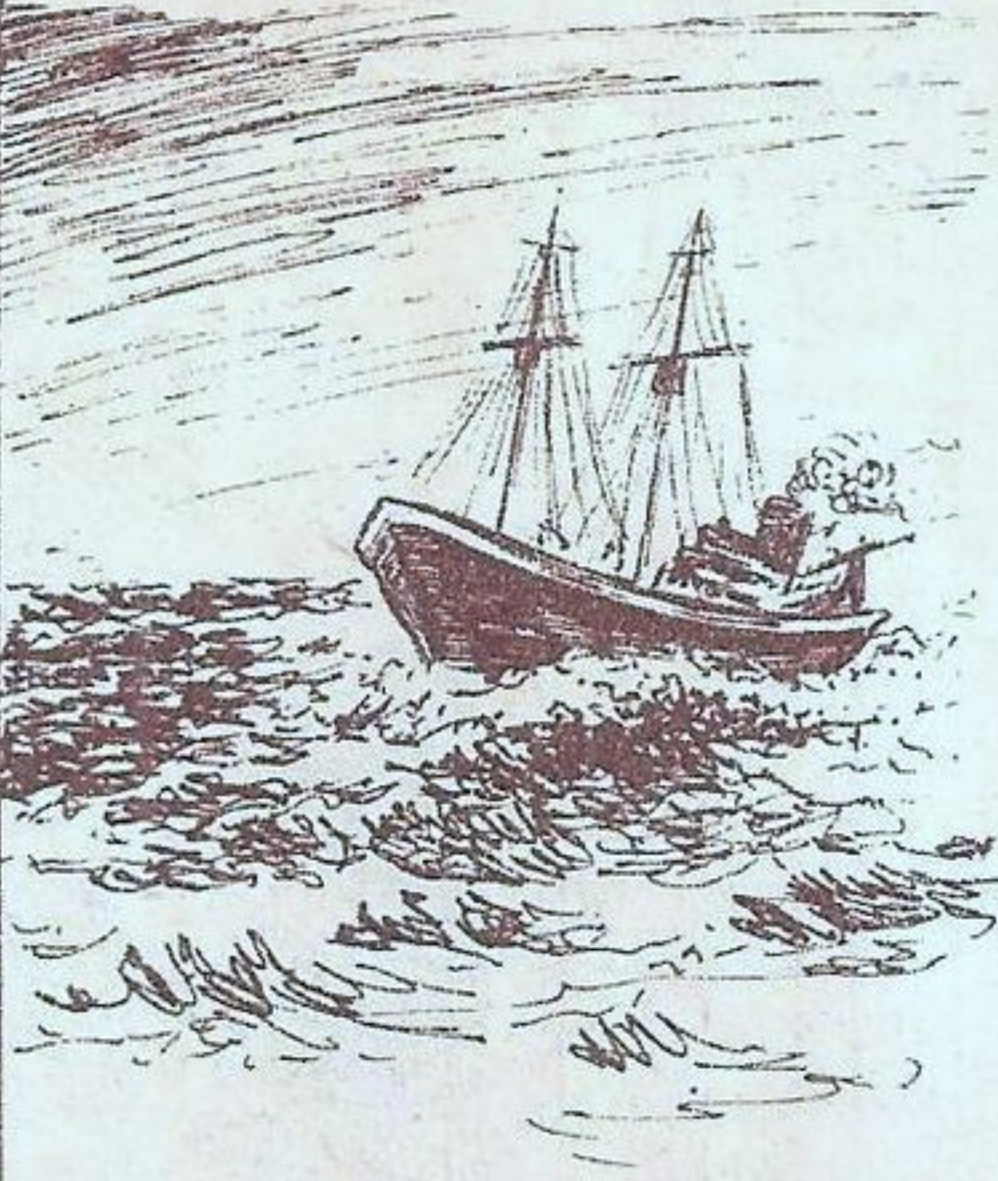
Dagnar ya era un mocito cuando el pa-dre de Gunna era respetado como un héroe en la factoría. Creció su devoción a él y su amor por la chica.

Cuando tengamos veinte años nos ca-saremos, querida.





Pasó el tiempo, y la lucha de Haldor tuvo alguna recompensa. Su barca regresaba rica de pesca y sus campos rendían mucho. Ya el agente Samulsen no lo extorsionaba, y él iba pagando sus deudas. En cambio, María estaba siempre enferma.

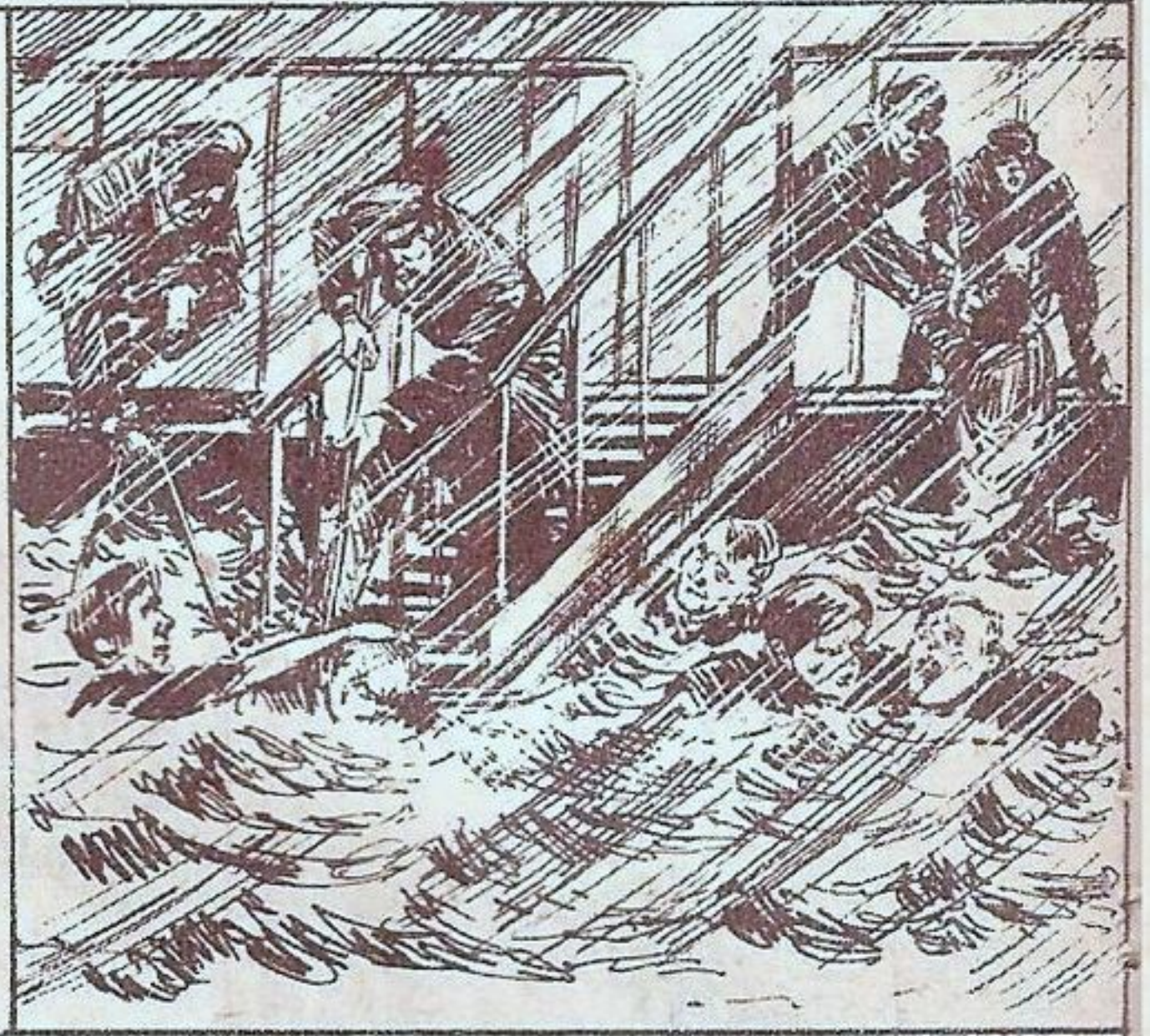


Nunca más volvió a ser la niña rubia que enamorara a Haldor. Ya era casi una vieja, agobiada, bastante corta de vista, silenciosa y triste. Quería con toda el alma a su marido, pero la había marchitado la certeza de que él no la amaba.

Por lo menos como ella lo creyó en un tiempo. ¿Sería a causa de la majestuosa y todavía hermosa Salvor? Estaba cierta de que no. ¿Entonces...? Posiblemente su esposo era de aquellas personas que viven y mueren sin conseguir el amor que han soñado.



Gunna fue a estudiar a Dinamarca y Dagnar ingresó en un colegio inglés. Pasaron los años. Fue en su madurez cuando Haldor se convirtió en un héroe casi continental, cuando la Aldan pudo salvar a los tripulantes de un yate inglés.



Sobre sus botas y desafiando a la tormenta, pudo rescatar a las víctimas casi ahogadas del "Albatros", dismantelado, imponiendo a sus hombres aquel valor que parecía irradiar de su persona dura, invencible.



Lord Allister, su esposa y su hijo, lo mismo que los amigos que viajaban en el yate, manifestaron su gratitud al capitán Haldor de modo muy efusivo. Todos los diarios locales escribieron sobre el hecho, calificándolo de hazaña.

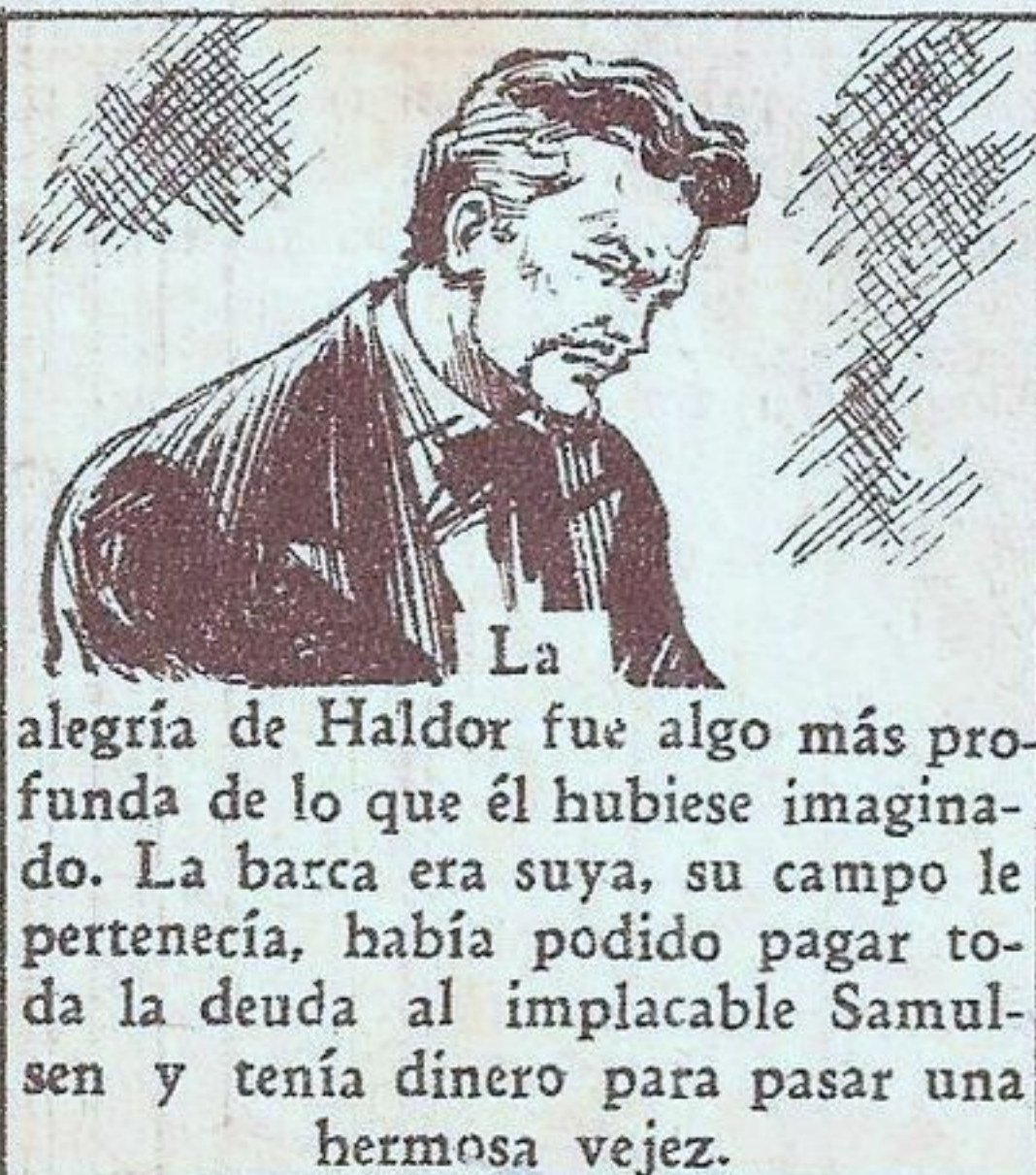


Lord Allister obligó a Haldor a aceptar una indemnización fuerte y una medalla de oro, que le fue entregada en acto público.

Usted merecía este homenaje desde que salvó a sus compañeros.



La alegría de Haldor fue algo más profunda de lo que él hubiese imaginado. La barca era suya, su campo le pertenecía, había podido pagar toda la deuda al implacable Samulsen y tenía dinero para pasar una hermosa vejez.



Para colmo de bienes, llegó Gunna convertida en una preciosa jovencita muy educada y distinguida, que se mostró orgullosa de su padre. Y María, la pequeña María, sonrió con felicidad tantos años olvidada.



Cuando volvían de la municipalidad, donde se entregó la medalla de oro al heroico Haldor, él vio a su antigua novia en la ventana. Tenía lágrimas en los ojos y lo saludaba con un pañuelo, emocionada. Luego, ella también perdonaba.





¿Por qué, pues, la insatisfacción del marino? Gunna lo acompañaba colmándolo de caricias, su lucecita, su gloria. Y entonces hubo más dicha en su alma desolada. —  
 ¿No estaré echando de menos mis piernas? Hace años que las perdí.



Eso pensaba, tratando de analizar sus sentimientos. Volvió a alegrarse cuando Dagnar, el hijo de Samulsen y de Salvor que era ya un buen mozo, recibido de médico, le pidió la mano de su hijita y le confió su antigua admiración.



Haldor se examinaba a sí mismo en largas vigiliadas. Mucho tiempo le había dolido su mal comportamiento con la altiva Salvor. Pero ella había sido feliz y lo había perdonado. No era posible atribuir a aquello su inquietud, su vaga pena.



A veces, en las noches de invierno miraba a su compañera, la pequeña María. La felicidad parecía haberle hecho recobrar encanto y sonrisa. Y alguna vez admiró sus facciones correctas y dulces bajo el cabello rubio plata.



Procuraba hacerla dichosa, conversar con ella, ayudarla en pequeñas cosas.

(¡Ojalá que consiguiera sosegar mi espíritu!)



Y rezaba por las noches con renovado fervor de infancia y juventud. Una tarde, mientras escardaba la tierra de sus rosales, oyó a sus espaldas una voz cuyo timbre lo estremeció: — ¿Cómo estás, Haldor Bessason?



“Dichosos los ojos que te vuelven a ver”. El marino dejó caer la azada y se volvió, asombrado. En seguida reconoció al hombre maduro y grave que estaba frente a él.

Thorthain Thorteinsson..., tú... ¡Qué dicha volver a abrazarte!



Los dos hombres permanecieron largo rato uno en brazos de otro. Todas las emociones de la infancia, todos los recuerdos de la adolescencia y las glorias de la juventud, parecían renacer en torno de ellos inundándolos de música.



Haldor estaba solo en la casa, pues su mujer y su hija habían ido a la capital para proveerse de telas y encajes, con destino al ajuar de Gunna.

Pasa ¡y bienvenido a mi casa!



Frente a frente, en sendos sillones, Haldor llenó las copas de aguardiente. Tuvo que sonreír al notar la pena con que el otro había advertido ya su mutilación. Thorthain, el amigo de su juventud, con quien acariciaran promesas de amistad eterna, mezclando...



... la sangre de sus heridas en el brazo, como los antiguos vikings. Este hombre marchito, doliente, de mirar apagado, era su amigo..., el esposo de Ingelin. ¡Cuánto había echado de menos su compañía! Desde entonces, jamás tuvo lo que...





... se dice un verdadero amigo, aunque tuviera bravos compañeros en el mar.

Necesitaba verte, querido Haldor, todos estos años...  
Ingelin murió en el invierno.



Haldor se sintió palidecer, y apurando el vaso de aguardiente, musitó: —Lo siento, lo siento mucho. Guardaron silencio y de pronto el viajero habló, sereno: —Las cosas fueron distintas a como yo esperaba. Hay poco que decir. ¡Ella te amaba a ti!



Haldor volvió a colmar los vasos: — ¡No digas tonterías, viejo, no mientas! Pero se oyó la voz calma: —Fue una mujer buena, fiel, me ayudó mucho...



Pero sus pensamientos iban hacia ti.



"Fue duro el comienzo. Me lo contó a los tres años de ser marido y mujer."

El amor de mi vida ha sido Haldor. Pero nunca me dijo que me quería.



Yo sigo amándolo con igual pureza, como puede amarse a un muerto. Pero seré leal contigo siempre, Thorthlein."



Tuya fue la culpa, no la pediste, no la alentabas. Sólo la be-saste una vez.



"Eso también me lo dijo, la misma tarde en que llegó a pedirme que me casara con ella. ¡Por qué, si no, crees posible que yo pensara en hacer mi esposa a la mujer...

... en quien tú habías puesto los ojos? Yo también te admiraba y te quería.



—No supe nada, nada de eso —respondió Haldor, buscando las palabras con dificultad: — La quise desde niño, pero al crecer me sentí siempre tímido delante de ella.

Y ella ante ti..., pues ni la mirabas.



Siguieron bebiendo, pero algo se había despejado en el alma de Haldor. Por fin volvía a sentirse libre, feliz, dueño de una ilusión que nadie podía quitarle. Porque Ingelin había muerto amándolo y su amor había sido puro, puro como el glaciár.

Esa fue la razón por la cual no llegó a casarse con Salvor, tan bella.

Quise a María en memoria de Ingelin. ¡Se parecían tanto!





Bebamos otra copa. Todo pasó. Y soy feliz de verte y estar contigo, amigo.



No; el viudo no le guardaba ningún rencor. Había demasiados recuerdos puros y nobles entre ellos. Se quedaría en Katanes y, fumando pipa tras pipa, recordarían la juventud. Hizo Haldor verdaderas fiestas en honor de Thorthain.



Y sucedió algo extraño. Desde el mismo instante en que supo que Ingelin había muerto amándolo, y que ambos, en realidad, se quisieron desde la mañana de la vida, Haldor miró con otra ternura y comprendió a su esposa. Se dedicó a ser...



...gentil y amable con la pobre pequeña María. La paz reinó en el hogar y aun la alegría, después de las fiestas de las bodas de Dagnar y Gunna.

Tus hijos serán los míos, Haldor.



Salvor también parecía dichosa y Samulsen había recobrado su aspecto feliz de otros tiempos, ahora que su mujer era justa y nada despótica.



# ESTOY GANANDO *más*

ALAMA



*Sólo bastó mi decisión...*

**Estudios COLUMBIA** me orientó hacia el éxito. Hoy soy muy solicitado... Tengo mucho trabajo... Gano bastante dinero y... ¡soy independiente! Instalé mi propio taller, con el equipo de herramientas que me entregaron gratis.

**TRIUNFE Ud. TAMBIEN!** Siga el ejemplo de éste y muchos amigos más. Los cursos por correspondencia que dicta Estudios COLUMBIA son los más completos, rápidos, fáciles... y sobre todo muy económicos. En menos de dos meses estará en condiciones de trabajar por su cuenta y obtener diploma profesional.

FIJESE EN LOS PRACTICOS Y DE APLICACION INMEDIATA QUE SON

## ZAPATERIA BICICLETAS

**MODELAJE:** aprenderá a crear modelos, diseñarlos técnicamente. Equipo gratis.

**FABRICACION:** todo lo relacionado para confeccionar cualquier tipo de calzado. Instala su propia fábrica con el equipo que se entrega gratis.

**COMPOSTURAS:** el sistema más sencillo, completo y rápido de reparar calzado (hombre - mujer - niño). Materiales gratis.

## MOTONETAS

La profesión más solicitada. Reparación y armado de todas marcas y modelos. Equipo gratis.

El curso más completo para armar y reparar. Entregamos todos los materiales para armar una bicicleta gratis (hombre o mujer). Equipo sin cargo.

## TALABARTERIA

Todo lo relacionado con su industria. Ideal profesión para el interior. Armado y Reparación de monturas y aperos. Equipo gratis.

## TAPICERIA

Lo más moderno en decoración. Todo lo relacionado para instalar su taller. Fabricación de artículos decorativos, en cualquier tipo de material.

Decídase hoy mismo por cualquiera de estos cursos. No importa su preparación. Basta saber leer y escribir. Ideales para ambos sexos. Envíe este cupón y marque con una cruz el curso que le interesa.

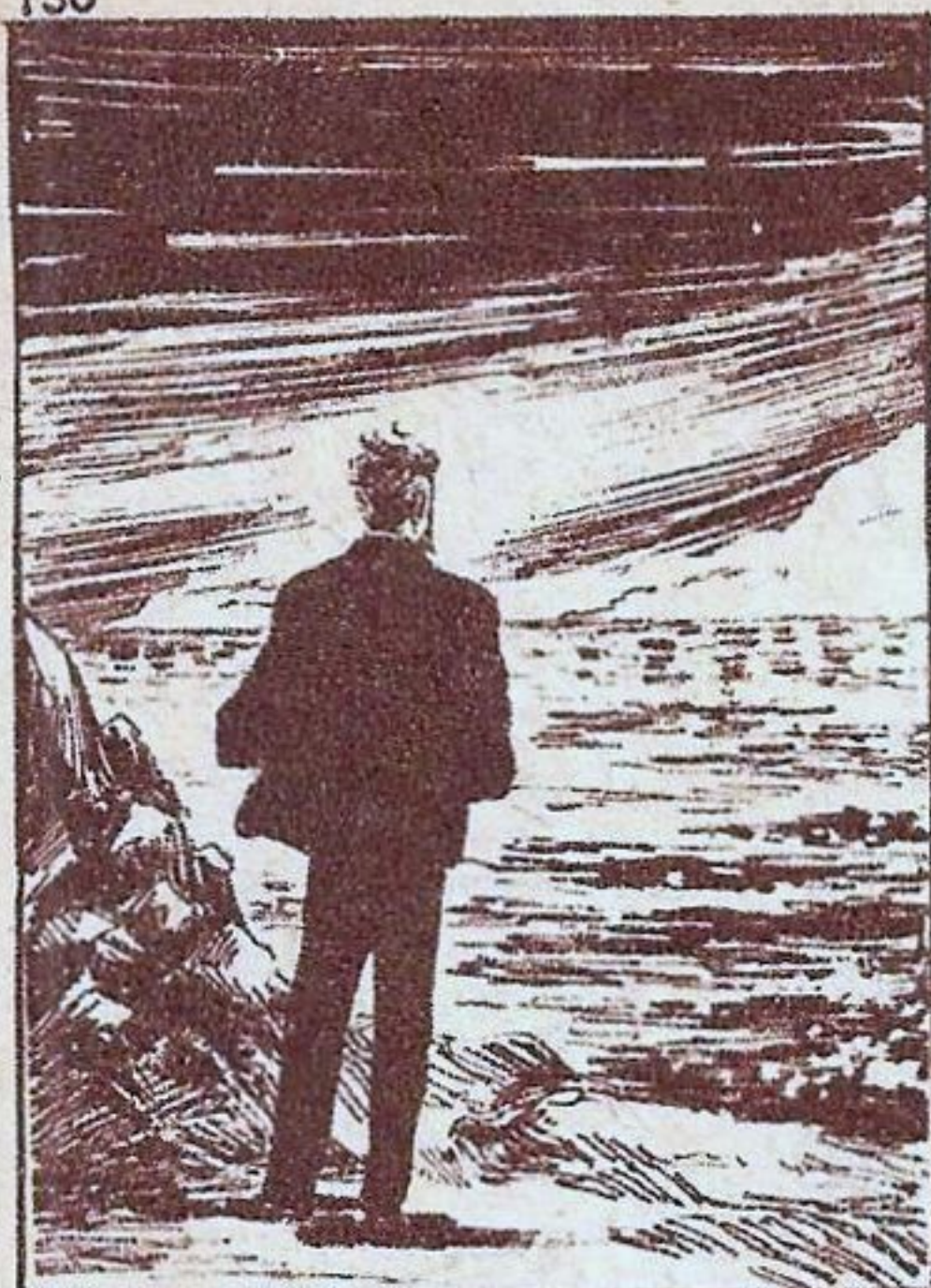
☐ ZAPATERIA ☐ BICICLETAS ☐ MOTONETAS ☐ TALABARTERIA ☐ TAPICERIA

Nombre .....  
Dirección .....  
Localidad .....  
Provincia .....

Estudio Técnico  
**COLUMBIA**

NAHUEL HUAPI 4478  
Capital



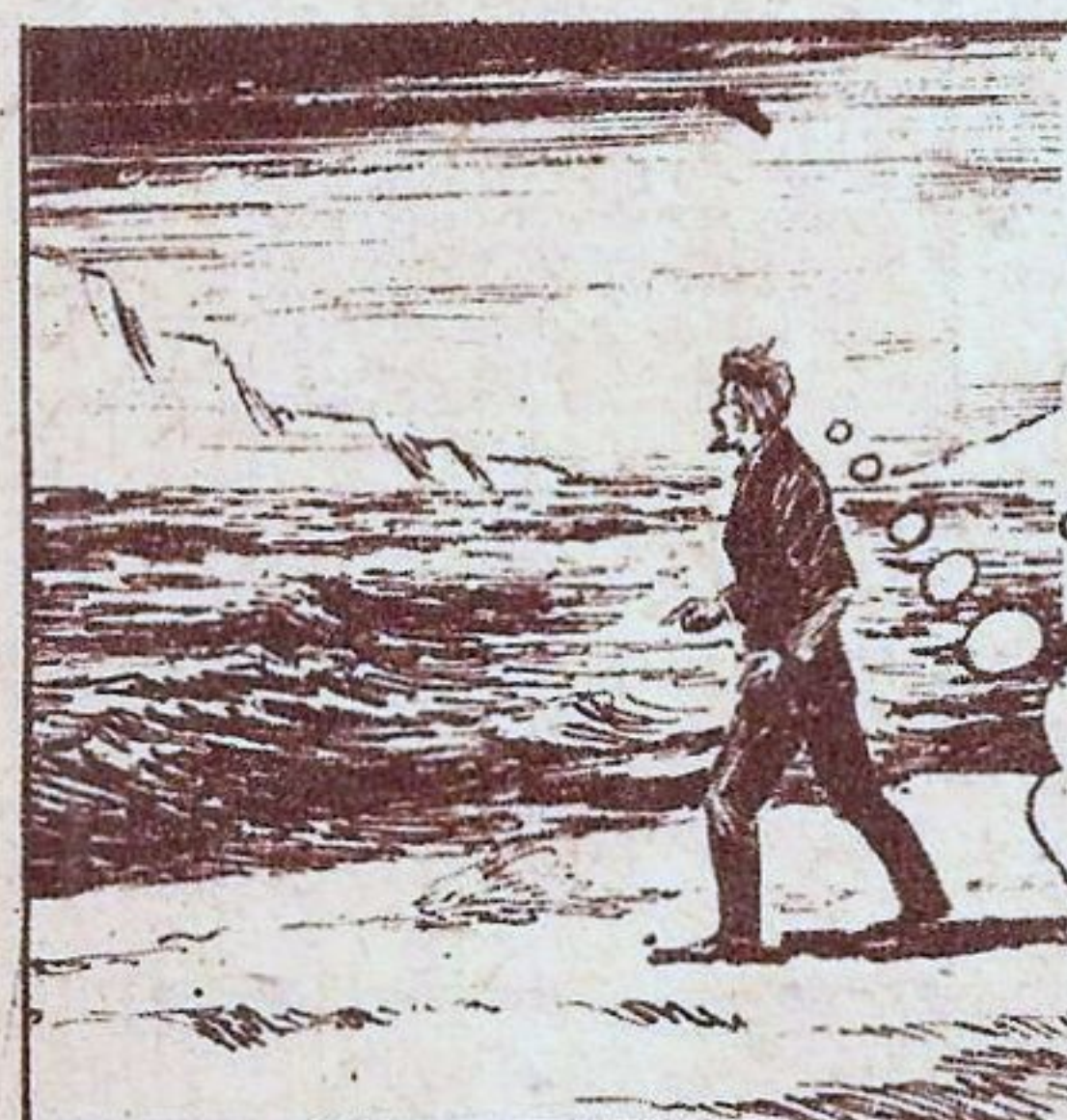


El pueblo aprovechó la ocasión para cantar en honor de su héroe. Y lord y lady Allister mandaron un hermoso regalo para los novios. A la madrugada del día de la boda y cuando todos los invitados se fueron, Haldor salió a la playa.

Su corazón se expandía en el aire fuerte del mar y podía andar rápido pese a sus piernas artificiales. No le dolían ya los muñones, y había dejado de doler en su alma la antigua nostalgia sin nombre. Durante años, no conoció la paz...



Ahora le parecía respirarla pensando en Ingelin, joven, en su risa de plata y en su rubio cabello, en la esperanza con que ambos se amaban en la mañana de la vida. Ese resplandor, nunca apagado, iluminaba ahora la tiniebla de su próxima vejez.



Todo había sucedido según la voluntad de Dios. Miró el glaciar y le pareció que su luz blanca y apacible le llegaba al alma como un mensaje de tranquilidad.

(¡Gracias, Dios mío, por la lucha, por las penas y las alegrías.)

FIN

# intervalo

## ALBUM

Año XIII

Nº 40

### INDICE

	pág.
El enemigo, por Pearl S. Buck .....	3
El abanico de Lady Windermere, por Oscar Wilde .....	14
La hija de Mata-Hari, por K. Singer ...	25
Hay sangre en los diamantes, por Francina Siquier .....	36
Asia, por Henri Lenormand .....	51
Restos de dicha, por Henry Grimm ....	69
Tras la muerte del Zar, por Morris Muni	81
El gaucho negro, por C. Martínez Payva .	95
Al morir quedamos solos, por James Hadley Chase .....	106
La mañana de la vida, por Kristmann Gudmundsson .....	118

## EDITORIAL COLUMBA

S. A. C. I.

Editores responsables  
Ramón Columba (h.)  
Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889

Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO  
VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán

Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos

Talcahuano 1146

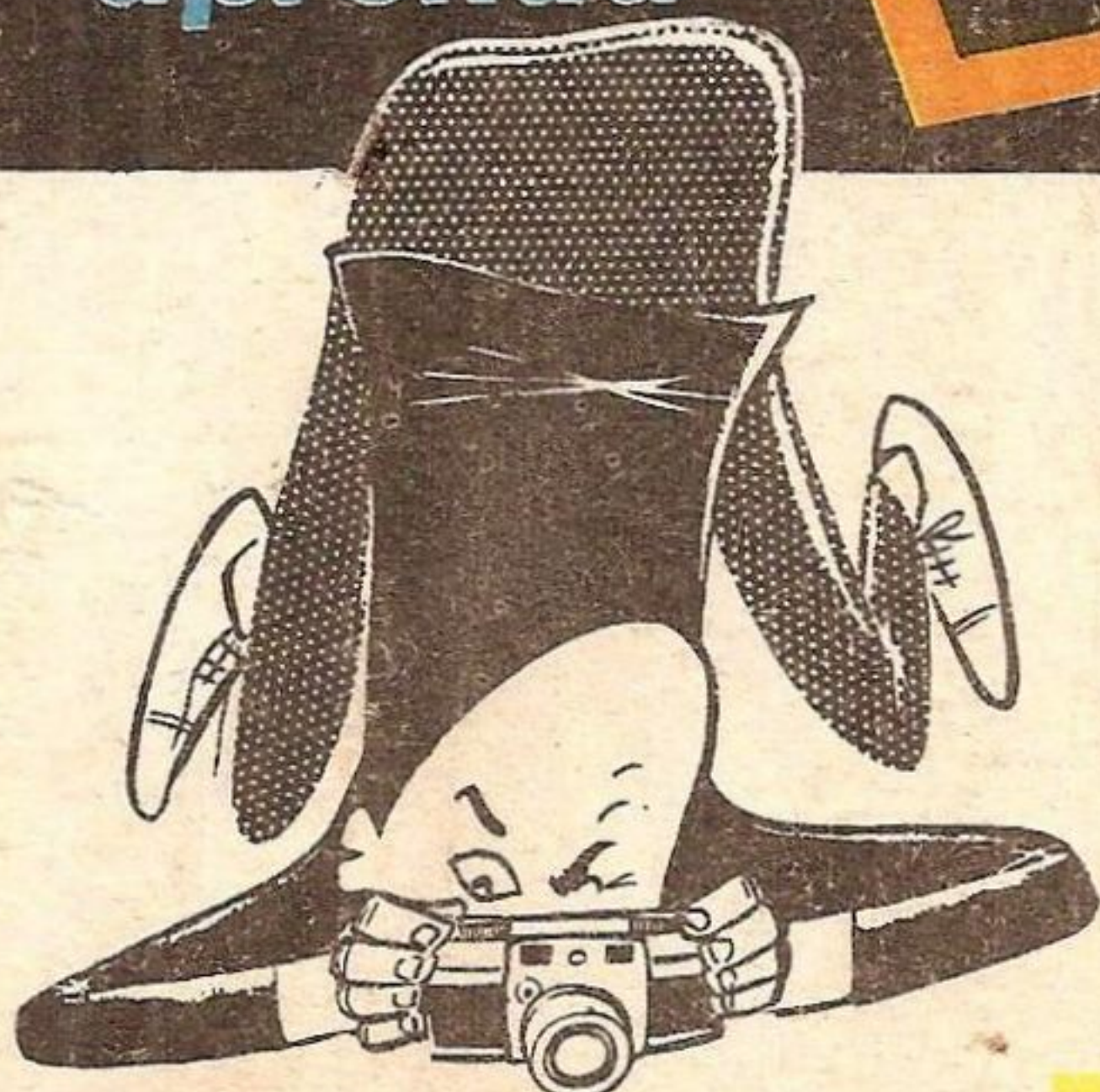
Registro Nacional Nº 679.577 de la Propiedad Intelectual	Correo Argentino Central B.	Franqueo a Pagar Concesión Nº 372  Tarifa Reducida Concesión Nº 2761
--	-----------------------------------	--



**GAÑE  
FAMA  
Y DINERO  
aprenda**

# FOTOGRAFIA

EN SU CASA POR CORREO



**1000 OPORTUNIDADES**  
de progreso y bienestar  
se abrirán para Ud.

*No importa su edad!*

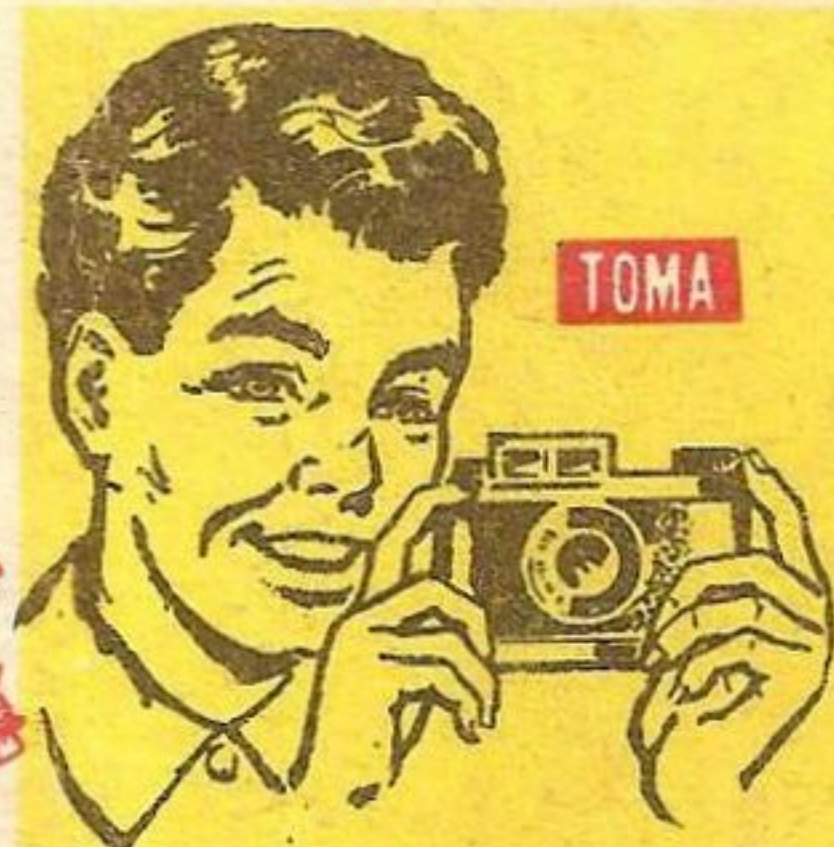
Conociendo los secretos de nuestro método exclusivo, cualquier persona hombre o mujer, puede aprender en su propia casa esta magnífica profesión.



**UD. APRENDE  
PRACTICANDO**

**ABRA SU NEGOCIO**

Instálese por su cuenta  
gane dinero desde las  
primeras lecciones



TOMA



REVELADO



COPIAS

**PARA AMBOS SEXOS**



AMPLIACION



RETOQUE



COLOREADO

CON  
EQUIPO  
GRATIS



**ESCUELA  
FOTOGRAFICA  
SUDAMERICANA**

INCORPORADA A MODERN SCHOOLS DE E.E.U.U.

**LORIA 531 Bs. As.**

- URUGUAY Casilla 152 C.C. Montevideo
- CHILE Apartado 9383 Santiago
- COLOMBIA Apartado 13816 Bogotá
- PERU Apartado 5069 Lima
- VENEZUELA Apartado 3976 Caracas, D.F.

**FOLLETO GRATIS**

ESCUELA FOTOGRAFICA SUDAMERICANA LORIA 531 - BUENOS AIRES

Nombre \_\_\_\_\_

Dirección \_\_\_\_\_

Localidad \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_

Actúe **HOY MISMO** envíe el cupón

**CURSOS PERSONALES  
INICIAN PROXIMO LUNES**



ALB. INT. +8-64